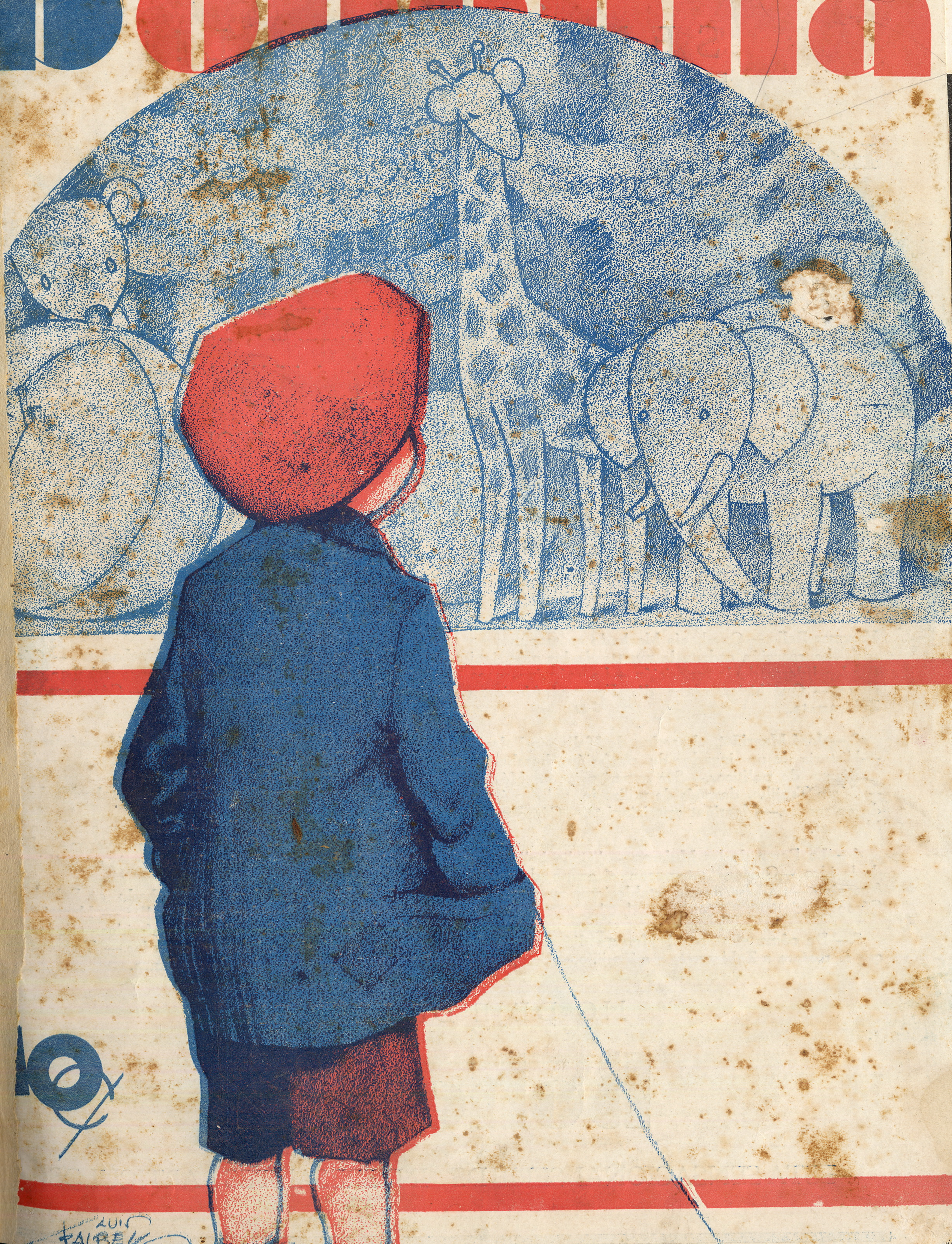
Bohemia

BIBLIOTECA NACIONAL
JOSÉ MARTÍ
HABANA CUBA



SENSACIONAL!!

Intrigas y Secretos del Machadato

Con este título comenzará a publicar BOHEMIA, desde la próxima semana, una interesantísima serie de revelaciones de un personaje que por razón del cargo que ocupó durante los ocho años de la tiranía machadista estuvo siempre en Palacio, y que en virtud de su supuesta identificación con los directores del aparato terrorista existente entonces, pudo enterarse de multitud de aspectos absolutamente desconocidos de infinidad de sucesos apasionantes.

LOS ARTICULOS QUE APARECERAN EN "BOHEMIA", SON:

1.—Historia de los tres jefes de la Porra.—Cómo nació esta organización.--Quiénes la integraban.—Sus verdaderos móviles.—Un periodista sin escrúpulos.—Un coronel de la Guerra de Independencia.— Un aprovechado de todas las épocas.— Cómo la patria sirve de bandera a los más innobles fines.— Otras organizaciones similares.

2.—Cómo dí en Palacio la noticia de la muerte de Vázquez Bello.—Que hacía Machado en esos momentos.—La reacción ordena la muerte de los más significados líderes de la oposición.—La máquina sospechosa.— Qué hicieron ese día Ferrara, Ainciart y Zubizarreta.

3.—José Magriñat, el asesino de Mella, en Palacio.—Historia de un jugador de profesión, hombre de confianza de políticos.—Sus experiencias en México.—Cómo Trujillo, después de utilizarlo, quiso quitarlo de en medio.—Magriñat oposicionista.—Cómo murió Magriñat.

4.—La Porra de las Mujeres.— "Colinche", autor de la idea.—Quiénes integraron el grupo de acción femenino.—La casa donde establecieron su cuartel.—Cómo funcionaba.—Quién pagaba los gastos.

5.—De cómo el General Herrera dió órdenes de que se matara a Zubizarreta y a Trujillo.—Una intriga de un adicto a todos los gobiernos.— Historia del Sargento Duque.— Su libreta de muertes.— Detalles de su vida.

6.—Los jefes de la Policía machadista.— Carrerá, Ainciart, Trujillo y Fors.—Cómo procedían.—Distintas opiniones en los sucesos de sangre de la tiranía.—Cómo informaban al Presidente a diario.—Los supervisores de la Policía.

7.—Los aprovechados del Machadato.— Cómo rehuían la publicidad.—Cómo se aprovechaban de sus relaciones para medrar a su costa.— Cómo amenazaban a los periodistas.

8.—La Guardia de Machado.—Quiénes fueron sus jefes.—"Colinche".—La muerte de "Mayarí".—"Los perseguidores".— Qué relación tenían con los otros organismos de represión.--Cómo los trataba Machado.

9.—La "nueva guardia".—Cuándo se cambió a los "perseguidores".— Quiénes los sustituyeron.— Diferencia de actuación.-Qué se ha hecho de estos últimos.

10.—La vida íntima de Machado en Palacio.—Cómo vivía el Presidente.— Detalles.— Horario del Jefe del Estado.—Sus oficiales preferidos.—Su lector.—Sus continuas salidas y entradas.— Temores de Machado.—Sus criados de confianza.

NO DEJE DE LEER EN

Bohemia

ESTA SENSACIONAL SERIE DE INTERESANTES ARTICULOS

Bohemia

LA HABANA
ENERO 7
DE 1934.

VOL. XXVI.
AÑO 26.
NUMERO 1.

La Revolución— cambio superficial de todas las cosas, subversión de valores presupuestales y remoción de hombres con permanencia de sistemas— ha modificado hasta las tradiciones criollas. A Melchor, Gaspar y Baltasar, se les ha prohibido, mediante un decreto-ley, penetrar en el territorio de la República en la noche del cinco al seis de Enero, siempre que no se ajusten a las normas establecidas bajo el imperativo de que ''Ya Cuba es Libre''. Y previo un cambio de impresiones, los Reyes han convenido en que no tiene mucho de cubana esa mofletuda apariencia de sus anatomías ni esa cara de beatífica placidez con que hasta aquí nos han estado visitando, por estar en desacuerdo con el ambiente de un país que sufre hambre y padece sobresaltos. Y en este año de gracia, primero de la revolución, nos visitan desprovistos de sus camellos y de sus melosas formas. Es decir, nos visitarán revolucionariamente. Su llegada se anunciará por un tiroteo general en la ciudad y por el estallido de varias bombas. Y en cuanto a su presencia, la forma en que aseguran que ''Ya Cuba es Libre'' y el obsequio que nos traen, no podemos negarle ni un ápice de espíritu revolucionario ni de cubanidad. Así que, después de Reyes, todos tendremos un ''souvenir'' que lo mismo podemos atribuirle que procede de Atarás, que del ''Nacional'' o de la Fraternidad...

(Dibujo de Luis F. de Mendoza, especial para BOHEMIA.)

DESDE · PARIS

LA · TRISTEZA · DE TSARSCOIE-SELO

POR EDUARDO AVILES RAMIREZ

BASTONES, FUETES, ICONOS, CALENDARIOS, ALBUMES DE FOTOGRAFIAS, UNIFORMES, BILLARES, TODA LA VIDA INTIMA DEL ULTIMO TSAR.— LA EMPERATRIZ OIA LAS DISCUSIONES POLITICAS POR UN AGUJERO HECHO EN LA PARED; DESPUES ORDENABA.—

Nuestro siglo arrastra vicios del anterior, como futuro arrastrará defectos del nuestro. Ley del tiempo, que no es igual según los calendarios, sino según por él mismo. Las grandes fortalezas de realismo, caídas durante la guerra, son como bastiones todavía humeantes. Y el bastión eslavo, el más gigante de todos, el más pesado de símbolos, el más difícil de demoler en su estructura secular, alcanzará aún uno o dos siglos más para asombro de las generaciones: dentro de algunos de sus palacios las cosas están tal y como estaban en los días del desastre: la Revolución los ha tocado apenas, y, siguiendo una tradición eminentemente burguesa, se ha dedicado a conservar esos palacios con toda la utilería sentimental acumulada en ellos. El palacio de Tsarscoie-Selo, por ejemplo.

Los viajeros del Neva hablan de todo, menos del aspecto íntimo de las grandes salas palatinas, hoy sumidas en la espesa neblina de tristeza que hacía decir a Pierre de Nolhac: "Estas salas son el verdadero sudario de la vida, pues a través se vé su cadáver." Uno solo de esos viajeros, dejando a otros la descripción de la gesta comunista, se ha dedicado a ver en detalle esa vasta utilería, a olisquear en los viejos rincones que aún parecen guardar un vago calor de vida humana. Y es así como nos habla del palacio de Tsarcoie--Selo, la última residencia de la familia imperial.

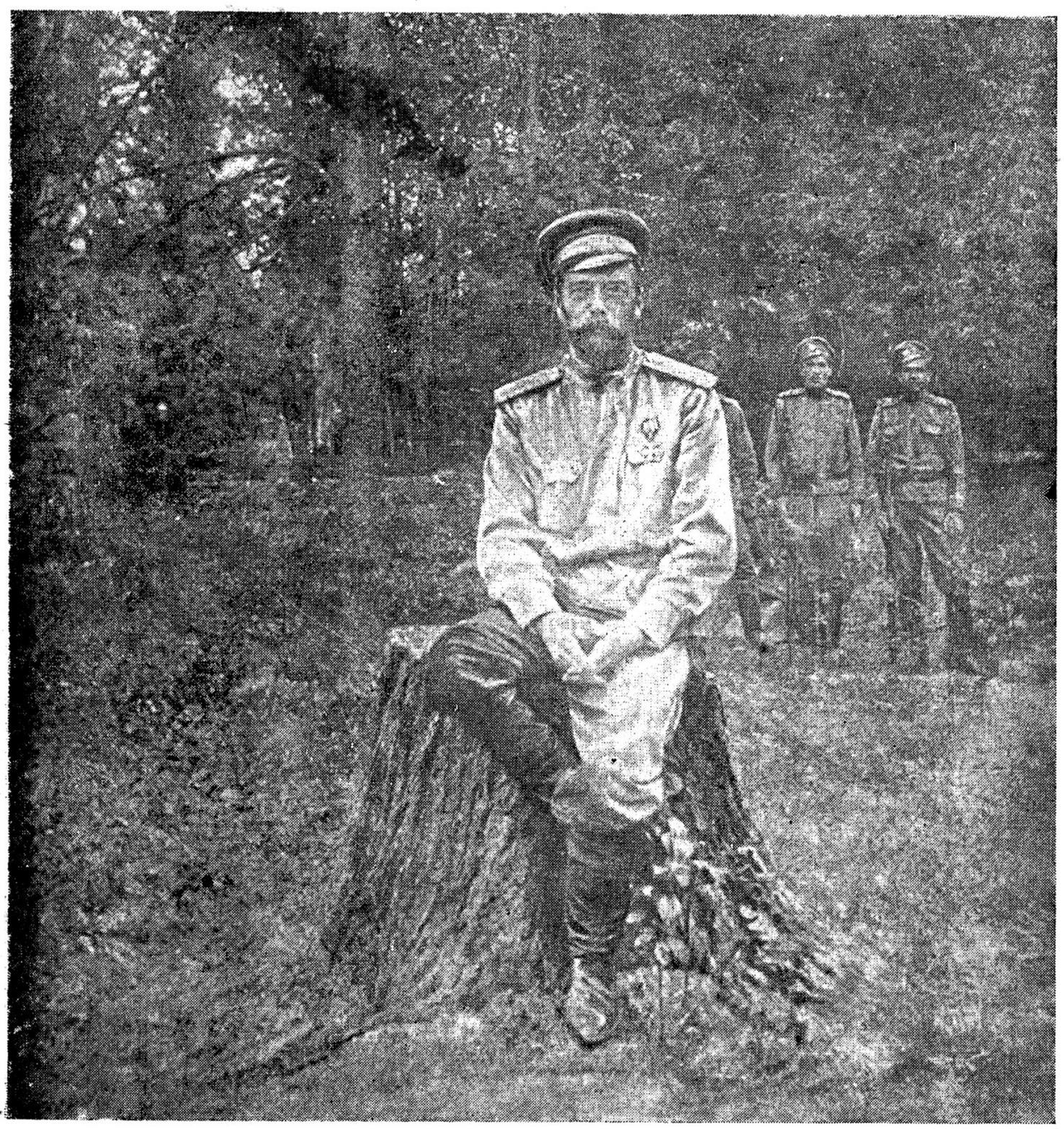
Nuestro amigo Oudard se pasea lentamente, como podría hacerlo en el seno de una catedral o de un museo, porque en el fondo un palacio vacío de personas pero lleno aún de objetos pertenecientes a las personas que desaparecieron, ¿no es una catedral y un museo a la vez?

Con paso reposado, pues, Oudard va de sala en sala, de gabinete en gabinete, de escalera en escalera, asomándose a todos los balcones, contemplando todos los cuadros, examinando todos los objetos abandonados el día de la partida.

He aquí que Nicolás II era meticuloso en extremo: el carácter del tsar fusilado se adivina en cada detalle de su palacio. Las agendas, los anuarios, los almanaques están aún tal y como él los abandonó para ir al encuentro de la muerte, es decir, en estado perfecto de orden. Sillas holandesas rodean la mesa redonda que servía para el Consejo de Ministros, y entre esas sillas, una pequeña, la del tsarevitch.

Entre esta sala y la próxima hay un corredor bastante chico. La pared no es espesa. En la pared misma hay un agujero disimulado: en ese corredor, tras ese muro débil, a través de ese agujerito disimulado, la Emperatriz escuchaba y veía lo que se pasaba en los Consejos, el ojo

El Zar, la Zarina y las duquesas Anastasia, Tatiana, Olga, María y el Zarevich (sentado.)



EL ZAR DE RUSIA

vivo, el oído fino, siguiendo así la marcha de los intereses del Estado y los bizantinismos asquerosos del palacio como la imagen misma de la Indiscreción.

Una sala de baño estilo morisco. La piscina es blanca y profunda. Las lámparas, con vidrios de colores, servían para proyectar el rosa, el azul, el verde, según la fantasía de la persona que se bañaba. Pero es que había algún poeta entre aquella familia de aristócratas degenerados e infatuados?

Detalle revelador: los iconos aparecen por todas partes, en cantidad impresionante. Iconos los hay hasta en el baño, hasta en la sala de gimnasia, hasta en los lavabos, colgando de las plumas de agua, detrás de los espejos, en las patas de las mesas de billar, en las perchas del "vestiaire". Un Niágara de iconos, una catástrofe de iconos, un cataclismo de iconos. En la sola cámara nupcial los esposos imperiales habían acumulado 800 iconos! Estupefacto, nuestro amigo Oudard los cuenta, los detalla. Casi todos están detrás de la cama, un gran lecho de metal brillante, del tsar, y de la cama, igualmente, en metal brillante y amarillo, de la tsarina, clavados a la pared con alfileres cabezudos. Sobre las cabeceras se alzan los cortinones de seda rosa, y detrás de los cortinones, más iconos aún! Junto a la cámara nupcial, Oudard descubre una cámara pequeña, llena también de iconos rodeando un Cristo, una Virgen, unos santos en estatuitas, mezclados a los cuales—detalle curioso por excelencia — fotografías pequeñas del Tzar, la Tzarina, del Tzarevitch...

He aquí la cámara de los uniformes. Inmóviles, apretados los unos a los otros, guardando aún la nitidez de los colores primitivos, los uniformes militares, inútiles en la parada, aparecen. Es una parada fúnebre la suya. Tras los cristales aparecen los detalles, los botones, las hombreras de hilo de oro, las charreteras brillantes, las estrellas, los broches. Los sombreros de parada, los kepis, los bonetes de piel de oso, los fuetes, los bastones de pomo de plata. Ya no vendrá el gran ayudante de los uniformes a buscar ninguno de ellos. Es tan grande este "vestiaire", que en él podría caber una familia patriarcal cómodamente instalada.

Y más cámaras, y más pasillos, y más salas, y el salón íntimo. De este salón íntimo, decorado horriblemente, con cuadros estúpidos de la peor especie (pintura 1900, decorado alemán 1900!) se pasa a otro, adornado con los recuerdos de juventud de Alejandra Fedorowna: retratos familiares, un cromo reproduciendo el castillo de Hesse, otro reproduciendo un castillo inglés, los inevitables álbums de fotografías, una lámpara de liberty rosa (Alejandra Fedorowna debía confesar siempre que el rosa era el color que más le calmaba los nervios, y era en esta pieza en donde tomaba el té, después de las crisis de misticismo o de las batallas políticas).

Los trajes de la emperatriz, como los uniformes del tsar, están aún apretados los unos a los otros detrás de las vitrinas olorosas a alcanfor. Allí está "la farmacia", la cámara del tsarevitch, las cámaras de las Grandes Duquesas, las cámaras de los servidores, las inmensas salas vacías pero amuebladas tal y como

(Pasa a la Pág. 59.)

ZAR NICOLAS DE RUSIA

UNA MUJER... ...EN ALTARES

POR GERARDO del VALLE

ILUSTRO CARLOS

¿Sería otra mujer? Sus ojos negros y grandes, atormentados y nerviosos, con sus relampagueos imprevistos de fiebre apasionada y sus lánguidos adormeceres sensuales proyectaban la interrogación ansiosa en el rostro sereno y meditativo de su amado, captando el enigma de sus pensamientos, hurgando con la claridad plena las linternas de la intuición femenina lo que él callaba hacía muchos días: No quería interrogarlo con palabras: si se estrellaban ante monosílabos distraídos o se justificaban en un perenne: "¡No me pasa nada, boba!" A veces sentía sus manos, que ella oprimía voluptuosa y sumisa, temblando; y sus ojos "estaban lejos del común sentimiento". Ella, atemorizada de que pudiese escapar de su alma, multiplicaba sus ternuras hasta culminar en un exasperado abrazo y una lluvia candente de besos... se nublaban sus ojos y estallaba en llanto. El, reaccionaba, expulsaba la preocupación, la miraba como despertando de un sueño y correspondía con igual frenesí a su amor. Bebía sus lágrimas y tornaba su timbre musical de enamorado:

—¡Mi alma! Soy yo quien debía preguntarte lo que te sucede. ¿No estás bien segura de mi amor? ¿Acaso tienes duda? ¡Mi niña querida! Yo sólo vivo y quiero lograr todo lo bueno del mundo para tí...

Ella luchaba para ahuyentar sus inquietudes, para desmentirlas

y se entregaba a sus proyectos futuros, abrillantados por inapagable volcán de ilusiones. Faltaba poco para que la sombra funesta que durante tres años había pesado sobre su vida se esfumara. Su marido había aceptado al fin el divorcio mediante una cantidad de dinero y después embarcaría para tierras lejanas. Entonces, como lo quería su Daniel, ratificarían el verdadero amor en un acta civil, hundiendo en lo más incongnoscible del olvido los días transcurridos junto al otro hombre vulgar que su ingenuidad de colegiala le hizo convertir en esposo... Mientras tanto, habían construído el nuevo nido, pequeño y elegante, rodeado de flores, aislado del ruido capitalino, en lo más pintoresco de un reparto. Daniel no tenía problemas: era soltero, treinta años robustos y atléticos, un título de abogado, inteligencia y acometividad para la vida; poseía una pequeña fortuna heredada de su madre y hasta poco antes de la caída del machadato había desempeñado el empleo de asesor legal de una compañía extranjera... Según decía a Celia, en la actualidad sólo vivía para su amor. No había pleitos que merecieran abrir un bufete ni quiso destinos gubernamentales ofrecidos por amigos influyentes en el gobierno cespedista. Desde su conocimiento él había sido siempre poco explícito con respecto a sus actividades. Celia comprendía que era de los hombres reacios a comunicar a la amante o esposa las pequeñeces de la vida material: la mujer de su destino debía concretar su inteligencia, su belleza, su acción, a convertir el hogar en un sitio de ensueño, de elegancia, de belleza, que sirviera de marco a la pasión, entregados eternamente al cariño, envueltos en un vaporoso efluvio de inconsciencia, alejados de la tierra... Ella cumplía sus anhelos. ¿Qué no puede lograr una mujer que ama sinceramente en cuerpo y alma? Embellecía la casa con sus manos, con su perfume, haciendo de cada rincón un poema de su espíritu; las rosas, los claveles, los jazmines vivían a su conjuro. Y como el jardín, su propio jardín interno se purificaba día a día en la lectura exquisita, en la ejecución maravillosa de la música, en la fantasía plasmada en los trajes; cuidaba de los más mínimos detalles de su belleza para que su amor fuese nuevo cada día, porque sólo así perdura el amor. Sus pupilas sabían leer su pensamiento: la tenue sombra de disgusto era disuelta con palabras o por su silencio de elocuente dulzura. Su única preocupación: que Daniel estuviese contento y feliz con ella, ser su ídolo saturado del incienso divino mantenido en los altares del templo, en vívida lámpara votiva. Lo sabía bien: correspondía a su adoración ciega y religiosa de amante. Una mujer todo sensibilidad y comprensión que despierta—después de vivir al margen de lo falso—al sol fecundo y floreciente de la pasión, no se engaña... más, algo surgía de imprevisto que interceptaba las horas sublimes con una ligera sombra en la frente de Daniel... No podía ser otra mujer, no. ¿Qué hacía su amado cuando abandonaba la tibia y perfumada magia del nido? Durante tres días hubo de llegar tarde. ¿Por qué no le revelaba sus impresiones, sus planes. las conversaciones con los amigos? Ella podía ser el más sincero de todos los confidentes y consejeros. Era una mujer que aparte de atesorar elevada cultura estaba dotada de un sentido claro y lógico de las cosas. libre de prejuicios, valiente para la vida. ¿No había seguido los impulsos de su alma, en plena cadena matrimonial, desafiando los convencionalismos familiares y sociales, los peligros de un cínico amparado bajo su contrato social? A poco de hallarle casualmente en su camino, ¿no había visto en sus ojos la señal inequívoca de la afinidad,

convenciéndose que Daniel no surgía como un conquistador circunstancial sino que, también para él, ella representaba lo que antes no existió en su espíritu?...

Aquella noche, después de la comida, Daniel estaba más cejijunto y preocupado. Celia lo observaba... Temía afrontarlo para estimularlo a vaciar su alma: ella estaba dispuesta a todos los sacrificios por su felicidad. ¿Constituía un obstáculo para ocultos planes del joven? Podía esfumarse de su vida aunque ello le costara el tormento inquisitorial más cruel o incalificable.

Había comido con poco apetito. Se sentó en un chaisse-long y tomó un diario de la tarde. Sus cejas se fruncían más y apretaba imperceptiblemente los dientes, mostrando con movimientos de mano una nerviosidad aguda. Mirando a Celia hizo un esfuerzo para aparentar serenidad... se notaba que quería hablar. Al fin, precipitadamente, como para salir pronto del paso, le dijo cariñoso:

—Te ha de extrañar, mi vida, pero en estos días se han presentado asuntos propios de mi carrera... muy difíciles. No puedo darte, por ahora, detalles... pero tengo que salir esta noche a un viaje... volveré mañana... no te alarmes.

No se sorprendió Celia y hasta sintió en su interior algún regocijo, pues esas palabras y esa decisión abrían el enigma que tanto le atormentaba. Se mostró natural y fué a su lado tierna, pasando sus manos por el pelo encrespado de su amante.

—¡No te preguntaré nada, mi alma! ¡Dímelo mañana, cuando desees. Sólo me interesa que me quieras y estés contento conmigo... Me quedaré muy triste, pero pronto se me pasará pensando en tu amor.

—¡Mañana estará resuelto todo!... debo irme en seguida, pues me esperan unos compañeros.

Tomó el sombrero y se levantó. Un abrazo prolongado, un beso intenso y trémulo, como si el viaje fuese a durar muchos días y se marchó rápidamente. Ella le vió perderse de vista y agitar su mano en señal de despedida.

O

La criadita negra la despertó asustada. A las cinco de la mañana había logrado conciliar el sueño, sobresaltándose a cada momento por presentimientos desconocidos. Después de la marcha de Daniel, aunque había procurado entregarse tranquilamente a la lectura, a las labores del tejido y bordado, la asaltaba la preocupación. ¿Dónde iría su amante? ¿Por qué se hallaba tan nervioso él, de ordinario sereno?

—¡Señora, señora!—exclamaba la doméstica—. ¡Hay revolución! ¡Han "tumbado" a Grau San Martín, y Carbó y Batista están presos!

Saltó de la cama y se asomó por las persianas que daban a la calle. La quietud del reparto era turbada por autos que corrían hacia la ciudad, llenos de jóvenes en mangas de camisa, portando rifles y con banderas verdes. Conectó la radio. Una voz de mujer, vibrante de entusiasmo guerrero, declamaba. Hacía un llamamiento a los abecedarios para que corrieran al Cuartel de San Ambrosio, donde se les procurarían armas y al mismo tiempo ratificaba la noticia de que ya todas las dependencias del Gobierno Revolucionario Auténtico estaban en poder de los contrarrevolucionarios, así como que el anterior Presidente había vuelto a ocupar su puesto. Aseguraba que los oficiales presos estaban libres, al frente de las fuerzas rebeldes y una gran mayoría de soldados se identificaba con el movimiento, acatando las órdenes de sus antiguos superiores. En el egoísmo de su amor, Celia vivía indiferente de los trascendentales acontecimientos que vivía la patria. Ella y Daniel jamás aludían a ellos, entregados a la vida deliciosa del mundo rosado que ardía en la llama mutua de aquella luna de miel. Lo único que deseaba, con todas su alma, era que los cubanos arreglaran sus propios asuntos sin intervención extraña. Siendo cubanos, sin influencias humillantes de allende los mares, cualquier gobierno le parecía bueno.

Cerró la radio y se sentó un momento, pensando angustiada. En su pensamiento sentía corrientes telepáticas, revelaciones a su intuición de mujer que sabía amar y que la llevaban a la definición de todos los misterios que días antes, en la misma noche, la preocupaban... Y la luz de la verdad se estereotipó en su espíritu... Sí, eso era. Daniel formaba parte de los conspiradores y sus titubeos y nerviosidades eran consecuencia de ello. Comprendía que se lo ocultaba a ella para no alarmarla. Aquel hombre, que le pertenecía y que había estudiado con su fuego y con su ternura, era difícil que pudiese tener enigmas para ella. El amor sólo no la satisfacía, no llenaba las aspiraciones de su vida. Era un cerebro en acción y la pereza la enfermaba. No podía permanecer días y semanas en una vida sin actividad, pasivamente comiendo de sus rentas, sensual y sentimentalmente en los brazos de la mujer amada. Celia comprendía el temor y las inquietudes de Daniel: el que ella pudiese despreciarlo por su bizantinismo, sin ideales, cuando todos los jóvenes pensaban u obraban, en distintos derroteros y múltiples ideologías, por

(Pasa a la Pág. 54.)

Amor de vista corta

POR

ELMER DAVIS

Dilworth estaba perdido. Nadó, por espacio de media hora, en la niebla, tratando inútilmente de orientarse en aquella densa nube gris que lo envolvía todo. Para colmo, una hilera de arbustos le interceptaba por completo la visión del camino. Indeciso, el joven optó por detenerse y sofrenar sus nervios excitados.

De pronto, olió el aire con interés. La brisa le traía el aroma de un cigarrillo. Alguien fumaba cerca. Dilworth llamó en voz alta. Otra voz de mujer le hizo eco.

Se orientó hacia la desconocida. Una mancha marrón y verde, que se destacaba a la derecha, guió sus pasos. La mancha se convirtió en una mujer de pollera verde y blusa marrón.

La mujer, que estaba sentada a orillas del mar, entornó los ojos y miró con desconfianza al hombre que se le acercaba. Dilworth tomó asiento junto a la joven.

—Perdone, señorita—se disculpó—. Me he perdido.

—¿De dónde viene, señor?—inquirió la joven—. No creo haberlo visto en el hotel.

—Llegué en el tren de esta mañana—explicó Dilworth—. Por un asunto de negocios...

Ella sonrió, tranquilizada por la voz de su interlocutor. Y dijo:

—Yo también me he perdido. Hace años que no veo una niebla como ésta. Llevo largo rato en esta posición. Por suerte, he traído cigarrillos... ¿Fuma, señor? Pero no tengo fósforos. Si quiere encender en el mío...

Dilworth aceptó el cigarrillo, tomándolo entre el pulgar y el índice. Sujetó el de la joven entre el anular y el meñique de la misma mano, y así obtuvo fuego.

—¡Muy bien!—sonrió la joven—. ¡Qué habilidad! Todo el mundo usa ambas manos para encender el cigarrillo.

—Es una costumbre impuesta por el uso del teléfono. Tengo clientes demasiado conservadores. Como no puedo soltar el auricular, prendo el cigarrillo en esta forma, con la mano derecha.

—¿Clientes? Entonces usted es el abogado que Mr. Borden esperaba... En el hotel una se entera de todo, aunque no quiera... Además, casi todos estamos aquí desde el comienzo del invierno. Y nos quedaremos hasta el fin de la temporada.

—¿Hasta que termine la temporada? Dichosa de usted. Yo parto mañana mismo—dijo Dilworth. Y agregó, con una sonrisa—: Pero confieso que me encantaría quedarme unos meses...

Y así, de trivialidad en trivialidad, los dos jóvenes fueron rodando por la pendiente de las confidencias. La niebla los aislaba y los protegía contra las miradas indiscretas. Se veían por primera vez, pero Dilworth sentíase tan a su agrado conversando con la joven como si hubiera sido un antiguo camarada de ella.

Algo extraño había en aquella charla, sin embargo. Los dos jóvenes hablaban con cierta nerviosidad. Dilworth se reprochaba interiormente el haber dejado los lentes sobre la mesita de su habitación. Corto de vista, sin la ayuda de los cristales se sentía también corto de genio.

Pero, de pronto, el sol fué disipando la niebla. Y entonces Dilworth pudo admirar, aunque no en toda su precisión, la elegancia de la joven. La elegancia, nada más, pues los detalles del rostro seguían siendo un misterio para sus ojos miopes.

—¡Oh, el sol está en el ocaso!—exclamó la joven—. ¡Ya llevamos cerca de tres horas conversando!

—A mí me han parecido tres minutos.

Ella se incorporó:

—Sí...; pero..., nos veremos esta noche en el hotel, ¿verdad?

—Desde luego, señorita. Lo lamentable es que yo deba marcharme mañana y que usted... se quede hasta el fin de la temporada.

Los dos jóvenes se miraron en los ojos. Dilworth sufría al no poder distinguir el color de aquellas pupilas. Y prefirió, para disimular su contrariedad, volver la vista a otra parte.

Echaron a andar, el uno al lado del otro. En el "hall" del hotel se despidieron:

—Hasta luego, señorita. Creo que Mr. Borden me dejará libre la noche.

—Así sea... Todas las noches bailamos en el salón. Allí me encontrará...

—Bien. Pero... ignoro su nombre, señorita.

—Se lo diré esta noche. Vaya a conversar con Mr. Borden y trate de arreglar pronto ese asunto. ¡Hasta luego!

◇

De pie en un costado del salón Dilworth inspeccionaba, a través de sus lentes, a todas las mujeres que pasaban, bailando, del brazo de los caballeros. Miraba a las rubias, y también a las morenas, y no menos a las pelirrojas. Ninguna reparaba en él. Atentas a la charla de los caballeros, las danzarinas sólo dirigían a Dilworth miradas casuales e indiferentes que lo desesperaban.

(Pasa a la página 55.)

Jean Harlow se ha Casado por Tercera Vez

por
Sylvestre
Bonnard

JEAN HARLOW

Hace un año, poco más o menos, Paul Bern, director de películas, cónyuge nada fotogénico de Jean Harlow, se suicidó. Aquella tragedia tuvo formidable resonancia. Paul Bern, a pesar de su megáfono, era como un rey caduco, reacio fundamentalmente a los menjurjes glandulares de Voronoff. Y sobre aquel tálamo de frigidez, pasó una sonrisa de crueldad.

Antes de Paul Bern tuviera otro esposo, el primero. Era un millonario de Chicago llamado Charles F. Mac Crew. Tenía ella, entonces, dieciséis años y era como una espiga dorada, la boca ancha y reidora, una expresión de virgen ingenua en los ojos luminosos. Mac Crew, al casarse con Jean Harlow, tenía cincuenta años. Era un viejo gastado y vaciado, que quedaba en un pasmo ante su mujer, una niebla bovina en las pupilas azules y acuosas, perdidas en las bolsas que cava la diabetes con afilado artificio en el dibujo. Sin embargo, Jean Harlow, que aún no era platinada, confesaba a todos, con un valor resuelto, que había encontrado en su camino al esposo modelo. Y en verdad, salvo la vejez marchita y decrépita de Mac Crew, éste resumía todas las virtudes teologales. Era austero y pantuflar. Fumaba su pipa en silencio. Leía sus periódicos en un sillón de mimbre. Absorbía mansamente su ración de **whiskey and soda.** Cada quince días, para apuntalarse y para tornarse intrépido, cargaba con énfasis sobre el cangrejo a la americana que rociaba masivamente de pimienta. Pero, luego, al final de la comida, átono, hiperclorhídrico, quedaba encallado en la mesa, urdiendo migas de pan, con un largo cloqueo que se le escapaba de sus labios sumidos. Y un criado de librea le dragaba de su silla, le arancaba los zapatos, lo instalaba en su bata de dormir, depositándolo y archivándolo en la cama, mientras Jean Harlow, la ventana abierta, tendía los brazos, desesperadamente, hacia el perfume misterioso que subía del jardín callado y acariciaba, envuelta en luna, las hojas blancas de una magnolia que era su confidente.

A la noche siguiente, para ir a un party jovial, Jean Harlow se colgaba del brazo de su millonario. Y en la mesa, a la hora del asado, siempre tenía una oportunidad, para soltar su frase, como un leit **motiv.**— Soy inmensamente feliz. Me he casado con el hombre a quien amo. Es el esposo modelo.

Charles F. Mac Crew se esponjaba. Caía en el éxtasis superlativo. Y tan largo y tan henchido era su arrobo, que olvidaba el asado, su hiperclorhidria y su ruina carnal.

Ignoro si Mac Crew en uno de sus fracasos, se conectó, definitivamente, con la apoplegía. Ignoro, si Jean Harlow, fatigada de su felicidad y del esposo modelo se divorció. Pero un día se anunció su matrimonio con Paul Bern, director de películas, que le doblaba la edad. Esta tragedia conyugal es demasiado conocida para insistir sobre ella. Jean Harlow, desde la primera noche, guardó el secreto, punzante y desgarrador, de su tálamo trunco. Paul Bern, amaba desesperadamente a aquella criatura de hechizo. Amaba su carne de leche y de rosas. Amaba el júbilo loco de su risa, que fluía cantarina. Amaba su melena platinada, que era como un pecado y como una deliciosa tentación. Y no podía convertir su sueño de hombre y director de películas en una realidad. Era un desollado vivo entre su dolor y escapaba al acoso de los brazos frescos y blancos de la amada, en una especie de alucinación.

La HARLOW en los días de su efímero matrimonio con Paul BERN.

Jean Harlow fué valerosa. Jamás dijo una palabra de tristeza o de rebelión. Por el contrario, cuando la rodeaba la gente, decía de Paul Bern, lo mismo que dijera muchas veces de Mac Crew: —Me he casado con el hombre a quien amo. Mi experiencia es un éxito. Paul es atento, correcto, tierno, amante. Es el esposo modelo.

Y una noche, Paul Bern, para librarse de su suplicio se suicidió...

Ha pasado un año. Y Jean Harlow, que nunca fuera una viuda inconsolable, se ha casado por tercera vez. El actual esposo se llama Harold G. Rosson. No es un director de películas, como Paul Bern. No es un millonario como Mac Crew. Es un modesto "cameraman". Pero como Paul Bern le dobla la edad. El humilde fotógrafo, que entre dos close-up, cultiva el **golf**

(Pasa a la Pág. 59.)

CUENTOS MEXICANOS

La Leyenda de Licumea

POR

RODOLFO GONZALEZ HURTADO

EN el campo el día acaba temprano, con el sol.

Al terminar la cena aquella noche, abandonamos el amplio comedor oloroso a queso del hogar solariego en el rancho de "El Muerto". Mamá Tina, la Abuela sexagenaria, empuñó la palmatoria y protegiendo la flama con la otra mano por pantalla, echó a andar por delante con la rapidez que sus piernas reumáticas le permitían. Recorrimos en procesión el corredor empedrado del amplio patio y como de costumbre, penetramos en el largo salón que a guisa de capilla ostentaba en su fondo improvisado altar que almidonados manteles cubrían y sobre los cuales un bosque de pebeteros, sosteniendo inverosímiles ramos de flores artificiales de pétalos brillantes y hojas doradas, rodeaban una estatuilla tallada en madera de "San José de la Montaña", el santo de la devoción de los buenos abuelos.

A la luz vacilante de la vela, nuestras sombras se proyectaban trepando, por las desnudas paredes encaladas. A una señal del Abuelo hincamos las rodillas y empezó el rezo del Sagrado Rosario.

El Abuelo llevaba la voz. Arrodillado, con los brazos en cruz, inclinada la nevada cabeza, la blanca barba patriarcal se extendía sobre su pecho como una cascada. Yo lo miraba de perfil, su perfil de aquilina nariz que a la luz movediza se destacaba con el tinte amarillento de un viejo marfil, mientras que de sus labios marchitos brotaba la oración con la solemne fuerza de la profecía. Fué siempre a los ojos de mi infantil fantasía, la viva encarnación de Abraham, el patriarca de Ur.

El rosario era largo. Semidormidos, contestábamos a la interminable letanía y cuando "la oración por las ánimas" nos anunció que el rezo tocaba a su fin, nos despabilamos, animados por el aliciente de escuchar, como en otras noches, las interesantes leyendas con que el Abuelo premiaba nuestra buena conducta durante el rosario.

Al fin nos levantamos con las rodillas adormecidas y fuimos hacia la sala. Era otra larga habitación a la que los pocos muebles dejaban casi desierta. En el estrado, un ajuar austriaco en su invariable disposición; a la izquierda, entre dos ventanas, un viejísimo piano al que las ratas, para formar sus nidos, habían roído los martinetes; sobre los muros, imposibles amplificaciones de la familia, de un parecido dudosísimo.

El Abuelo se repantigó en su equipal de cuero, se cubrió las rodillas con grueso poncho y nosotros nos sentamos en derredor para escucharle.

Recapacitó un momento y a semejanza del arqueólogo que saca a la luz del día los viejos pergaminos que hablan de otras edades, el anciano exhumaba de su prodigiosa memoria las antiguas tradiciones del Bajío, y en aquella noche, nos contó esta leyenda:

"Sucedió por los tiempos remotos de la conquista, cuando al estruendo desolador de los hechos guerreros que ensangrentaron la patria, siguió la calma de la dominación y la hispana raza se difundió como una nueva simiente arrojada, desde el viejo continente, en exiguo puñado sobre las fértiles tierras de la Nueva España.

De entre los bravos capitanes que fieles a la corona de España negáronse a secundar el movimiento sedicioso y traidor de Cristóbal de Olid, llegóse hasta el Bajío un noble aventurero cuyo nombre se ha perdido para la Historia, más es probable que fuese uno de aquellos indómitos hidalgos que armados caballeros por Carlos V y capitaneados por él, dejaron aniquilada a la flor y nata de la nobleza de Francia en los campos de la memorable batalla de Pavía.

Mas de cierto se sabe, que el noble Capitán, al amparo de sus grandes influencias, sentó sus reales solo y por su cuenta en la próvida región del centro de la Nueva Galicia, hoy Jalisco, y afianzando su planta poderosa fué el amo y señor de todo lo que su ilimitada ambición pudo abarcar.

En el centro de sus vastos dominios, dentro de los que nacía y moría el sol, edificó, a lomo de indio, enorme caserón de cal y canto, de espesos muros, sólidos contrafuertes, bastiones, torreones almenados, foso profundo y puente levadizo, que le daban el aspecto de inexpugnable fortaleza.

Y desde allí tendió su mirada de águila que dominaba los amplios horizontes.

Desciñó de su cinto la acerada tizona de Toledo, que de no haber envilecido por la inocente sangre indígena hubiese perdurado ennoblecida por la gloria de cien lides caballerescas. Libertó su ágil torso de la férrea armadura que castellano artífice cincelara y hendió en surcos fecundos el virgen regazo de la tierra morena, esparciendo, como el sembrador de parábola, toda suerte de prolífica simiente.

La tierra, que no es jamás ingrata y que paga con creces al que en noble intención hiere sus flancos, solícita y generosa volcó su cornucopia a los pies del guerrero, poniendo rebosantes de frutos y de granos sus descomunales trojes, suficientes a alimentar un pueblo entero

Sus ganados eran, en veinte leguas a la redonda, los más numerosos y los mejor nutridos.

Era un hombre callado y pensativo. Tenía el gesto adusto del solitario y el porte altivo y displicente del soldado. A su derredor, domesticados y sumisos se movían mil esclavos.

Hablaba a los nativos, de las razas machihue, tarasca y otomí (1), con tono imperativo, pero afable, y disponía las labores del campo con la misma severa disciplina del que ordena una batalla.

Los indios le miraban con respetuoso temor y con recelo cuando, caballero en su potro retinto recorría las labores así como cuando por las noches le miraban pasearse por las terrazas de su ciudadela a los rayos de la luna, como un negro fantasma ensimismado en sus meditaciones.

Había un hondo misterio en su pasado cuyo recuerdo le hacía inclinar la cabeza y suspirar, como si añorase una felicidad perdida o le anegase un cruel dolor. Tal vez la nostalgia de la patria distante hacía sangrar su corazón. Quizá rememoraba el instante en el que, desde el puente de la frágil carabela que le arrastraba hacia lo desconocido, miró esfumarse en la lejanía las manos que se alzaban agitando el pañuelo en el gesto de angustia de la suprema despedida.

Pero aquellas nubes que le volvían sombrío por instantes, se disipaban pronto. Su alma estaba templada a los golpes de la adversidad y resurgía en él el indomable espíritu de su raza.

Cada mañana, tras de santiguarse frente al Crucifijo pendiente

(1) Apuntes etnológicos del ilustre historiógrafo don Agustín Rivera y Sanromán.

de uno de los pilares del portalón de la finca, jinete en su potro andaluz recorría sus dominios, sin que cosa alguna escapase a su escrutadora mirada, que lo mismo hurgaba los abismáticos barrancos de los que se elevaba la niebla opalina de los riachuelos, que el humilde santuario de las cabañas a cuya penumbra se agitaban, miserables y desnudos, los hijos de sus esclavos.

Y cuenta la tradición que una mañana de aquellas, allá por la estación de las flores, en que el espléndido sol besaba las doradas cabelleras de los maïzales y zumbaban, ebrias de miel y de luz, las incansables abejas que presurosas iban de las amapolas rojas como corazones a las áureas custodias de negro centro de los girasoles, llegóse nuestro Capitán, atravesando valles y colinas, hasta el borde de una abrupta barranca; se detuvo un momento e irguiéndose sobre los estribos, tendió su vista hacia la hondonada. Y se quedó estático ante la escena que a sus ojos se ofrecía.

El barranco era profundo y anchuroso. Enormes peñascos color pizarra caían a tajo, simulando, en la margen opuesta, la vetusta fachada de una catedral gigantesca. Hacia su parte media, como si la roca hubiese sido tocada por la vara milagrosa de Moisés, surgía diáfana, cual arco botante de cristal, una cascada cuyas aguas se precipitaban en el abismo, yendo a estrellarse sobre las rocas escalonadas veinte metros abajo, con el estrépito de una catarata que resonaba en la quebrada y cuyo eco iba a perderse a lo lejos en el valle dormido.

Mas no era aquel maravilloso espectáculo de la naturaleza lo que trocaba en estatua ecuestre al fiero Capitán, muy distante talvez de poseer el alto espíritu contemplativo de un esteta. No. Algo había más humanamente accesible a su rudo psiquismo de soldado. Era que allá abajo, cobijada por la diáfana cascada, como por un capelo, había una mujer desnuda.

De pie sobre la roca, cóncava por el golpe de las aguas, como una Afrodita erguida sobre fantástica concha de nácar negro, una hermosa mujer de tez morena, que los rayos del sol damasquinaban con reflejos de bronce antiguo, se bañaba. Su larga cabellera, tallada en obsidiana, caía sobre su espalda y sus brazos, de contorno perfecto, circundaban su cabeza en la actitud plena de gracia de las torneadas asas de un ánfora etrusca.

Aquella extraña flor de la tierra salvaje, soberbia y majestuosa en su belleza primitiva, se antojaba a los ojos del bravo aventurero como una exótica aparición, llena de tentación y de misterio.

Era la encarnación palpitante del alma de una raza impenetrable y fugitiva. La revelación plástica de la belleza que surgía en forma de mujer, del fondo enigmático de la tierra sojuzgada.

Contempló largo rato la extraña aparición, como debe contemplar el tigre hambriento a la incauta gacela que baja al manantial. Había en sus ojos llamaradas de incendio y su pecho, al que ya no aherrojaba la cota de malla, se ensanchaba con los rítmicos vaivenes de la marea.

De pronto, abandona de un salto su impaciente corcel y con la agilidad de un gato montés se precipita por las escarpadas rocas de la barranca.

Cuando llegó hasta el fondo, donde la virgen india en la casta desenvoltura de su soledad se abría al sol y al agua como un místico loto, se detuvo.

El fragor del torrente había acallado el ruido de su loco descenso sin turbar el éxtasis que embriagaba a la sacerdotisa, que en el templo magnificente de la Naturaleza parecía entregarse a un sagrado ritual.

Todavía la miró el aventurero, como si un postrer escrúpulo le contuviera a profanar la casta desnudez de la nativa, mas la

(Pasa a la Pág. 52.)

EL CIELO ... ... ENVENENADO

POR CONAN DOYLE

RESUMEN DE LOS CAPITULOS ANTERIORES

El periodista Malone recibe la misión de ir a entrevistar al profesor Challenger, a propósito de un artículo publicado en el ''Times''. Dicho artículo está basado sobre las posibilidades científicas del fin del mundo.

Malone encuentra en la estación a varios amigos de Challenger, los cuales han recibido de este último un telegrama rogandoles que fueran a verlo, provistos de tubos de oxígeno. Todos están sumamente intrigados a causa de esa petición de Challenger.

Al llegar a la estación, los hombres encuentran al profesor Challenger, que ha ido a buscarlos en automóvil. Reunidos en el gabinete de trabajo del profesor, éste les explica que nuestro planeta ha encontrado en el éter una zona venenosa, y que se precipita a través de esa zona a una velocidad de varios millones de millas por minuto. Y les dice también que de allá proceden las enfermedades sentidas por ellos y por él mismo.

Pronto, efectivamente, esas enfermedades se multiplican y aumentan en gravedad. Ya la atmósfera se ha hecho irrespirable y, en el campo, gentes y animales caen por todas partes como si fuesen pulverizados. El Profesor y sus huéspedes disponen del tiempo exacto para encerrarse en la villa con el fin de escapar de la plaga. Por suerte, una habitación de la villa los acoge propiciamente: es el cuarto de la señora del profesor, Mrs. Challenger. Todos se precipitan allí provistos de los preciosos tubos de oxígeno que constituirán su supremo recurso cuando les falte el aire. Pero ese recurso no tarda en resultar insuficiente. Y entonces...

El Profesor, gracias a un procedimiento ingenioso, ha logrado destruir químicamente el óxido de carbono disgregado en la habitación donde están encerrados los héroes de esta aventura. El pequeño grupo de reclusos está convencido de que, gracias a un providencial concurso de circunstancias, ellos son los únicos seres vivientes que han escapado de la muerte en el vasto mundo. Mientras tanto, el profesor Challenger, agobiado, hasta en el umbral de la muerte, por sus preocupaciones científicas, estudio con el microscopio una gota de agua, y descubre un microbio vivo. Este hallazgo, irrisorio en apariencia, parece sumergirlo en una profunda alegría, por lo cual sus compañeros de infortunio llegan casi a dudar de su equilibrio mental...

CAPITULO V

He citado los términos aproximados de la discusión; pero no tardó mucho en degenerar en una acalorada disputa en que abundaban las palabras polisílabas grecoromanas de la jerga científica.

Es, sin duda, un privilegio poder oir dos hombres de clara y vasta inteligencia que debaten las más altas y abstrusas cuestiones; pero su perpetua contradicción hace que los profanos como lord John o yo no puedan obtener ningún provecho positivo de tanto saber acumulado y expuesto luego.

De pronto cesa aquel parloteo.

Summerlee se ha vuelto a sentar tranquilamente, en tanto que Challenger, moviendo de continuo los tornillos del microscopio, emite sin interrupción un rumor sordo, profundo, inarticulado, como el mar después de la tempestad.

Lord John se me acerca y mira también por la ventana las tinieblas de la noche apenas disipadas por las claridades lejanas de los incendios.

Una luna nueva, la última que deben ver humanas pupilas, brilla con pálido resplandor. Pero las estrellas tienen una vivacidad extremada. Ni aún en la atmósfera transparente de la meseta americana las vi jamás brillantes de aquel modo. ¿Acaso la modificación del éter afectará la luz?

La pira funeraria de Brighton llamea aún, y una gran mancha encarnada que se refleja en el firmamento, anuncia algún siniestro en Arundel, Chichester o Portsmouth.

Me siento, medito, y de cuando en cuando tomo una nota.

Flota en el aire una suave melancolía. Juventud belleza, amor, virtudes caballerescas, ¿desapareceréis para siempre? Bajo la luz astral, esta tierra parece el país de los ensueños y de la paz. ¡Cuán lejos estamos de un Gólgota de la raza humana, terrible y cubierto de cadáveres!

De pronto, sin saber por qué, me río.

—¡Caramba, buen mozo! — dice lord John—. ¿Qué ocurre? Parece que no todo han de ser temores y tristezas en estos momentos.

—Pensaba—respondo—en todas las grandes cuestiones que quedan por resolver después de haber costado disgustos sin cuento a la humanidad: la cuestión rivalidad anglo-alemana, o la del golfo Pérsico, que tanto preocupaba al director de mi diario. ¿Quién hubiese imaginado, cuando nos daban tantos quebraderos de cabeza y producían tantos desastres, que debían resolverse de este modo?

Quedamos nuevamente silenciosos. A no dudarlo, todos pensábamos en nuestros deudos y amigos ya desaparecidos.

La señora Challenger solloza y su esposo la consuela en voz baja.

Veo a muchos de mis conocidos y a todos me los figuro pálidos, rígidos como está el pobre Austin en el patio. Me imagino a Mac Ardle, de quien, por el ruido que hizo al caer, sé la posición exacta: con la cabeza encima de la mesa, el cuerpo inclinado hacia adelante y el teléfono derribado junto a él, o en la mano.

En cuanto a Beaumont, nuestro director, de fijo que está tendido en el suelo sobre la alfombra turca, azul y encarnada, que adornaba su santuario.

Los camaradas están en la sala de los noticieros. Allí se ve a Macdonna, Murrey, Bond: todos han perecido trabajando, hojeando sus carnets atiborrados de notas, de impresiones vivas y de hechos prodigiosos.

Imagino que uno estuvo a consultar a los doctores; otro fué a Westminster; el otro acudió a San Pablo. ¡Cuán magníficos y llamativos títulos imaginarían para sus sensacionales crónicas, crónicas y títulos que jamás aparecerían en papel impreso!

Me parece que veo a Macdonna entre los sabios y doctores.

HAY ESPERANZA EN LO PORVENIR

Interview de Mr. Soley Wilson.
El gran especialista dice:

''NO NOS DESCORAZONEMOS.''

''Nuestro corresponsal particular ha encontrado al eminente sabio encaramado en el tejado, donde tuvo que refugiarse para escapar de la turba de clientes azorados que invadían su casa. Sin disimular que comprendía la inmensa gravedad del momento y de la situación, el célebre médico

no quiere admitir que estén cerrados todos los caminos de la esperanza...''

Así, sin duda, hubiese empezado Mac su crónica.

Luego había que contar con Bond. Bond cuidaba mucho su estilo. Aquel era un magnífico tema para su talento y su pluma.

''Mientras desde la estrecha galería que corre bajo la gran cúpula, sumía mi mirada en la muchedumbre humana que estaba prosternada por la desesperación a los pies de una potencia que con tanta obstinación desconociera, subía hasta mis oídos un murmullo tan intenso de terror y de oración, una adjuración tan temblorosa hacia lo desconocido que...'' Y así por el estilo.

Sí, ese había sido un hermoso fin para un repórter, aunque hubiera muerto, como yo voy a morir, en posesión de tesoros no empleados. ¡Qué no daría Bond, pobre muchacho, por ver sus iniciales J. H. B. al pie de las líneas que creo leer!

◇

Pero basta de charla. Es un modo como otro de pasar el tiempo.

La señora Challenger se ha retirado al cuarto tocador. Duerme, según dice su marido. El, entretanto redacta notas, consulta libros que hay sobre la mesa, tan tranquilo como si tuviese por delante muchos años de plácido trabajo.

Su pluma, al correr sobre el papel, produce un leve chirrido que parece expresar su desdén por las opiniones adversas.

Summerlee, acurrucado en un sillón, suelta de cuando en cuando un ronquido que me crispa los nervios. Lord John descansa en una silla, con los ojos cerrados.

No concibo cómo aquellos hombres duermen en tales condiciones.

Son ya las tres de la madrugada. Despierto sobresaltado. Eran las once y cinco cuando escribí la última línea. Recuerdo perfectamente haber dado cuerda al reloj y mirado la hora. He malbaratado, ¿quién lo creyera?, cuatro horas del corto tiempo que nos queda de vida—y no digo de esperanza: ''es última dea''.

Verdad es que he perdido tiempo; pero he ganado tranquilidad y fortaleza. Me siento regenerado y dispuesto a afrontar mi destino. Por lo menos así me lo figuro. Y, sin embargo, cuanto más robusto y más tranquilo esté un hombre, más debe sentir la marcha implacable de la muerte que se aproxima en su demanda.

¡Cuánta sabiduría y misericordia implica la solicitud de la Naturaleza, que dispone que nuestra áncora terrestre se arranque por una serie infinita de imperceptibles sacudidas, hasta que, desde el puerto inseguro en que nos ataba el mundo, nuestra conciencia deriva hacia el inmenso mar del más allá!

La señora Challenger duerme aún. Challenger se ha dormido en la silla. ¡Qué cuadro! Su enorme torso está derribado hacia atrás. Tiene las manos vellosas aferradas a los bolsillos del chaleco; la cabeza está casi oculta, de tal suerte que sólo veo, por encima del cuello la melena erizada de su barba. Ronca vibrándole todo el cuerpo; y el tenor agudo de Summerlee acompaña de cuando en cuando su bajo sonoro. Lord Roxton dormita también en un sillón de mimbres.

El alba deja penetrar su fría claridad en el aposento. Todo aparece gris y triste.

Miro como nace el sol, rojo, radiante, rodeado de esplendor, de aquella claridad gloriosa que esparce por doquier alegría y fuerza y que ahora alumbra una desolación sin nombre. Miro ese sol fatal que ilumina un mundo despoblado.

Un día ha bastado para extinguir la raza humana; pero los planetas continúan su curso; las mareas fluyen y refluyen; el viento suspira; la Naturaleza prosigue sus vías hasta en la propia amiba, y ni una leve señal manifiesta que el que se titulaba rey de la Creación haya alegrado o entristecido el universo con su presencia.

Abajo, en el patio, Austin continúa tendido, lívido a la claridad naciente, empuñando aún la manguera con su yerta mano.

La humanidad parece estar personificada en ese hombre derribado, medio trágico, medio grotesco, caído de su soñado poder, cerca de la máquina que gobernaba.

Aquí cesan mis notas. Luego los acontecimientos se han precipitado con tanta violencia que no me permitieron escribir.

Pero la memoria me representa todos los detalles de aquellas horas. Una impresión de ahogo, de estrangulación me hizo estremecer. Miré los cilindros y aumentó mi pena. Las clépsidras de nuestra existencia se agotan y no hay el recurso de volverlas boca abajo.

Challenger, durante la noche había agotado el tercer cilindro y empezado el cuarto. A éste le quedaba ya poco gas.

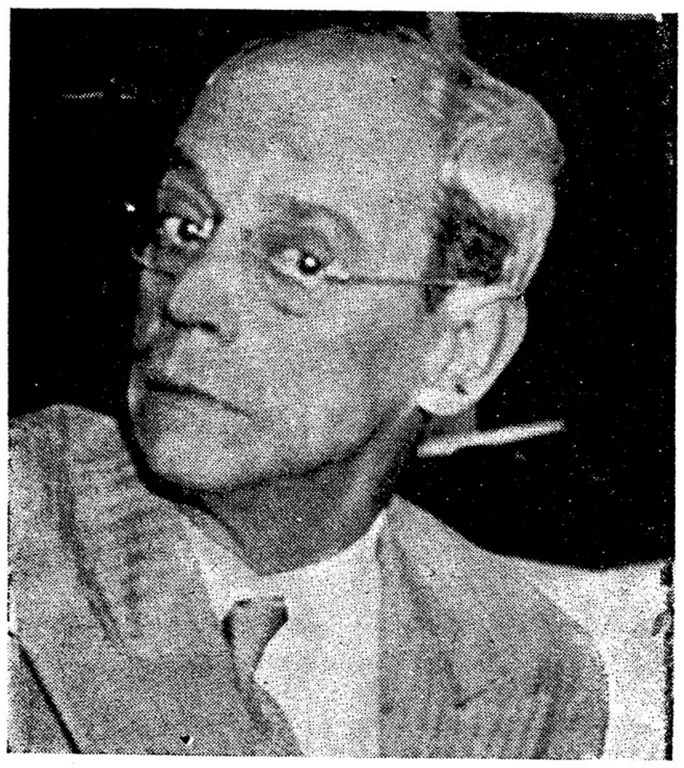
Mi garganta sentía cada vez con mayor angustia la sensación de ahogo. Corrí a abrir el quinto cilindro... el último. Com-

(Pasa a la Pág. 53.)

DIARIO · SECRETO · AMIGO · DE

SEXTA PARTE

La partida del Palacio Presidencial.—Carlos Miguel de Céspedes, Eugenio Molinet, Comandante Llaneras, Coronel Machado y el Dr. Averhoff acompañan al Dictador.—Temor de agresión al pasar frente al Castillo del Príncipe.—El Embajador había prometido dos aeroplanos de 12 pasajeros cada uno.—La retirada del ejército de la finca "Nenita".—Pánico entre los amigos del Tirano al sentirse desamparados en la casa campestre de Santiago de las Vegas.—El Capitán Crespo quiso retener el escuadrón, pero los soldados se opusieron.—Salvadorcito Guedes tuvo que bajarse del avión para darle su puesto al ex-jefe de Atarés.—La partida.—Wifredo Fernández, "Colinche", Dr. Ainciart y Carlos Miguel contemplan cómo el "gran amigo" los deja desamparados.—Agresión del pueblo a Wifredo, Colinche y Ainciart.



"PEPITO" IZQUIERDO

La sensación de que el Gral. Machado había resignado el mando que, durante ocho años, ejerciera de un modo omnímodo, la tuve al verlo despedirse de sus ayudantes Ricardo Firmat, Rodríguez León y Galí Menéndez.

—Muchas gracias—les dijo—. Han sido ustedes unos buenos amigos y compañeros, y los recordaré siempre con cariño. Nos volveremos a ver.

Y le dió la mano a cada uno.

El Comandante Firmat, unido al Presidente desde que fuera Secretario de Gobernación, en el período del General José Miguel Gómez, no pudo evitar que se le humedecieran las pupilas. Galí Menéndez apretaba las mandíbulas como para sujetar, con los músculos faciales, la emoción que se le precipitaba de lo hondo de su vida. Rodríguez León, el más joven de los ayudantes de campo del Dictador, militar de vocación, se mantuvo rígido, con la mano derecha sobre la frente, rindiéndole así su último acatamiento a quien había servido lealmente durante más de un lustro.

El Presidente avanzó entonces entre la multitud que llenaba el pasillo, respondiendo a los brazos que se le tendían; y el Alcalde, "Pepito", echóse sobre un banco con la cara oculta entre las manos. Cuando llegamos al ascensor ya estaba ocupado por mayor número del que podía contener y el General Herrera tuvo que requerir su autoridad para que se le permitiera un espacio al Presidente. Bajaron en ese viaje el propio General Herrera, Dr. Eugenio Molinet, Dr. Averhoff, Coronel Carlos Machado, senador Enrique Machado, Comandante Llaneras, Dr. Carlos Miguel de Céspedes y dos personas más que no recuerdo. Como yo pertenecía al grupo que debía acompañar al Presidente hasta la finca "Nenita", corrí por el pasillo para utilizar el ascensor de la cocina.

El Alcalde permanecía en el banco donde lo había dejado un minuto antes y lo sacudí por un brazo.

—El Presidente acaba de bajar—le informé—. Corra.

Llegué al zaguán en el momento en que el Gral. Machado subía a la máquina, en unión de Averhoff, Molinet, Coronel Machado y Carlos Miguel de Céspedes. Llaneras ocupaba el asiento de la derecha del chófer.

CARLOS MIGUEL DE CESPEDES

Me costó trabajo atravesar el patio, colmado de camiones y otros vehículos, a los que subían soldados, policías y paisanos. El pequeño espacio donde se alineaban los automóviles estaba invadido por otra muchedumbre; pero diferente a la del patio: hombres vestidos de blanco o de uniforme militar: congresistas, secretarios, periodistas, coroneles, parte del estado mayor del gobierno que acababa de hundirse. Los motores retumbaban. Las emanaciones de la gasolina hacían irrespirable la atmósfera, y comenzó el desfile. Delante, la máquina del Presidente. Inmediata, la del capitán Rodríguez Batista, con seis hombres armados de ametralladoras. En tercer lugar, la mía, al mando del ex-sargento del ejército Baldrich y cinco militares más.

Tomamos a la izquierda, por la Avenida de las Misiones, frente a la Embajada Americana, donde se aglomeraba el público. Se nos miró con curiosidad, pero sin descubrir en ninguno de los individuos allí situados el menor movimiento de brazos ni de labios. Fué una expectación silenciosa. Doblamos la glorieta del Malecón y seguimos por la avenida par del Prado. En Colón, grupos de abecedarios dieron gritos y agitaron los brazos al aire. En Neptuno miré hacia atrás y descubrí que se nos habían agregado otros automóviles. Reconocí los del Dr. Ruiz Mesa, Antonio Bosch y "Salvadorcito" Guedes.

Delante de nosotros corrían quince o veinte máquinas. La mayoría se quedó en el Capitolio. Distinguí al Gobernador de Oriente, José R. Barceló, a Benigno González, al senador Lorenzo Fernández Hermo y al ingeniero Onetti. A la izquierda, cruzándose con nuestra comitiva, rodaba, hacia el Parque Central, un camión lleno de militares y de policías. Los vigilantes llevaban cananas terciadas al pecho y muchos enarbolaban los fusiles sobre sus cabezas. Nos reconocieron y gritaron. Después supe que fué el primer clamor de repulsa que se profirió en presencia del hombre que, hasta unos minutos antes, había sido el más poderoso de los jefes de Estado que tuviera la República, desde su inauguración, el veinte de Mayo de mil novecientos dos. La segunda manifestación hostil tuvo lugar en Infanta y Carlos III. Allí, un principio de muchedumbre que se congregaba de todas las calles concurrentes a aquel centro de tránsito urbano prorrumpió en:

OCTAVIO AVERHOFF

—¡Abajo el Tirano! ¡Viva la Revolución!

Aunque rodábamos a gran velocidad, la guardia personal del Presidente, que le seguía, preparó las ametralladoras para la acción instantánea; pero pronto estuvimos lejos, y la amenaza de una posible colisión con los que se hubieran atrevido a agredir al Gral. Machado, quedó a la espalda, a centenares de metros de distancia.

Nos inquietó un poco el grupo de militares y escoltas que nos contemplaba des-

DE · UN · INTIMO MACHADO

de lo alto de la plataforma de entrada del Castillo del Príncipe. Desde aquella altura hubiéramos sido un blanco perfecto o difícil de responder con la efectividad indispensable para evitar bajas por parte nuestra. Respiramos al encañonar la recta de la Nueva Avenida.

Miré hacia atrás, al doblar, desde Carlos Tercero, y el cordón de automóviles que nos seguía era larguísimo: unas 25 o 30 máquinas. Nuestra velocidad por el brillante asfalto rebasaba los noventa kilómetros. Pasamos por Mazorra y Rancho Boyeros como una tromba, abierto los mofles y las bocinas.

◇

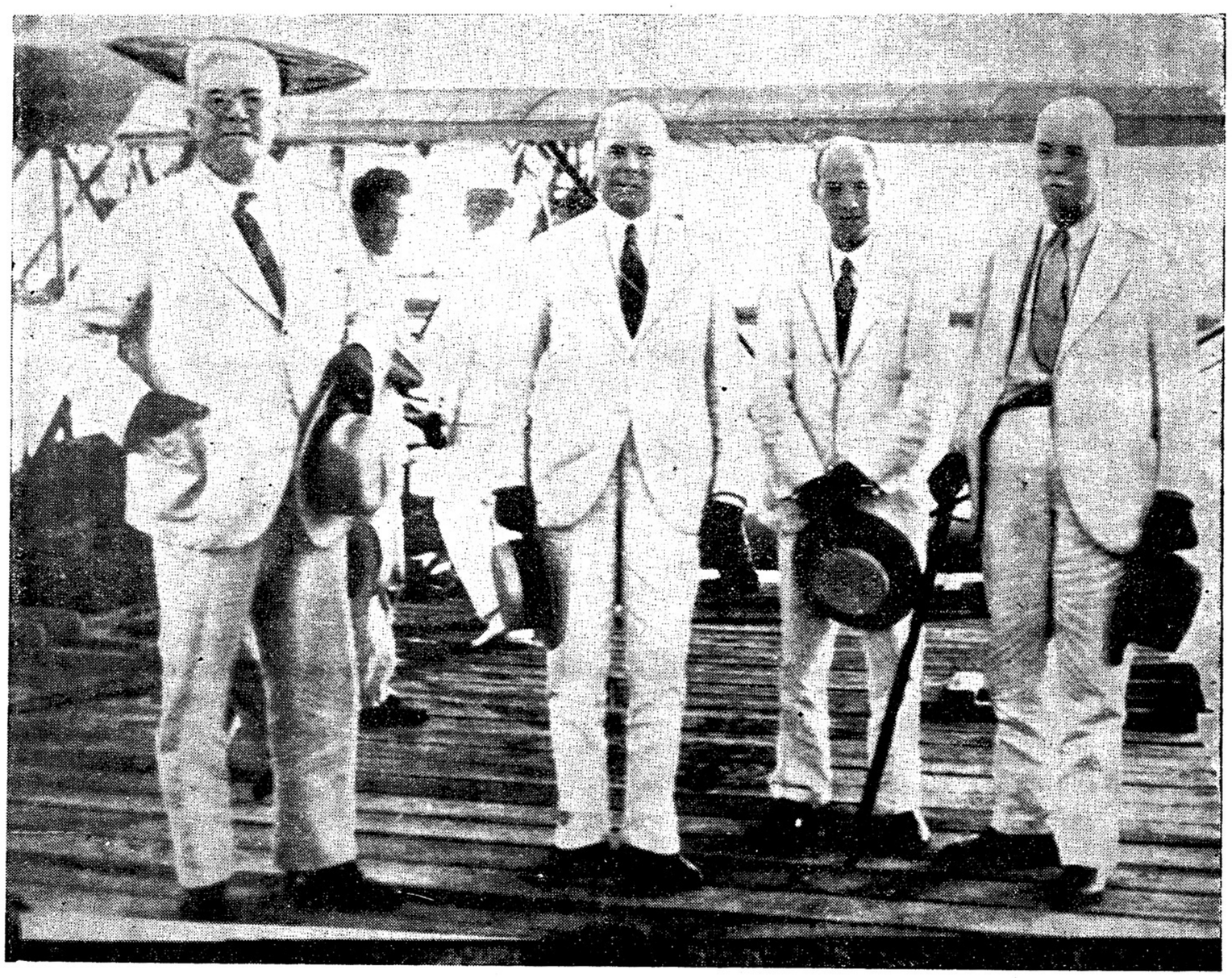
El pueblo de Santiago de las Vegas parece que no nos esperaba ni tenía idea de lo que había ocurrido, pues las calles y, principalmente los alrededores de la entrada de la finca "Nenita", estaban vacíos.

La guardia de ocho militares estacionada en el portalón de la residencia campestre del General, presentó armas.

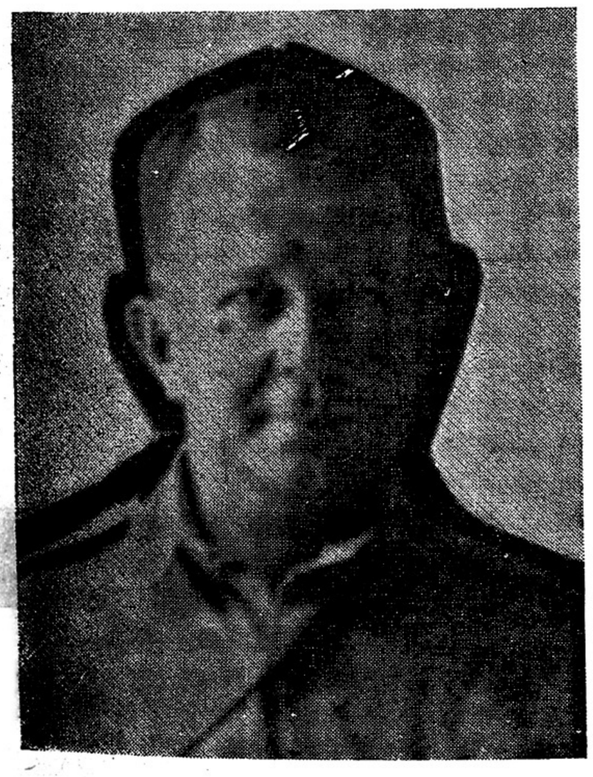
El automóvil que seguía al del Presidente se apartó de la caravana y ví a "Colinche" apearse. Quedábase a la entrada para identificar a las personas que pretendieran acercarse a la casa.

Encontramos sólo a la servidumbre y a los soldados. Vestían éstos trajes de campaña, con todos sus arreos militares, y los caballos estaban ensillados.

La máquina del Presidente se detuvo



Al final de este episodio magistralmente descripto por el anónimo "íntimo amigo", se escribió esta última página de la llegada de la Hiena y sus cachorros a Nassau.



CAPITAN MANUEL CRESPO

frente al portal de la casa, y le salió al paso uno de los oficiales subalternos del capitán Crespo.

◇

—¿Tiene alguna orden que darme, señor Presidente?—preguntó el teniente.

—No, ninguna—dijo el exdictador avanzando unos pasos; pero se volvió en seguida y:

—Haga el favor de llamar en seguida al Capitán Crespo, Teniente.

—Mi Capitán no ha llegado, señor Presidente.

—Localícelo y avíseme.

Los automóviles se alinearon en el patio, en dirección al bohío y descendieron sus ocupantes: Bebito Echarte, Panchito Campa, Mestre, capitán San Pedro, el jefe de la policía, doctor Ainciart, Wifredo Fernández, Benigno González, Comandante Trujillo, Juanito Rodríguez Ramírez, Sebastián Planas, Cecilio Soto, Dr. Madan. Antonio Bosch, etc.

El Presidente entró en su despacho de la izquierda y llamó a Averhoff. Sostuvieron una conferencia de diez o quince minutos. A la puerta, esperando, conversaban Carlos Miguel, Wifredo, "Salvadorcito" Guedes, "Colinche", Llaneras, Molinet y otros.

El doctor Averhoff salió al corredor del patio y me le acerqué para indagar el probable destino del Presidente. Era lógico suponer que se preparaba para abandonar el territorio nacional. Intenté sorprender al ex-rector de la Universidad preguntándole:

—¿Usted acompañará al General en su viaje a los Estados Unidos?

—No iremos a los Estados Unidos.

—Verdad. El aeropuerto más próximo es el de Miami, y allí existen aún muchos oposicionistas. Pero Yucatán es un territorio amigo, doctor.

—No hemos pensado en México.

Se advertía que el doctor Averhoff no deseaba hablar del sitio adonde pensaban ir; pero estaba resuelto a agotar la tolerancia del Secretario de Justicia e insistí:

—Doctor. Usted sabe la amistad que me liga al Presidente, y es posible que me vea obligado a emigrar, y sería una gran satisfacción para él encontrarme con usted y él lejos de nuestra patria.

El trémol de emoción que vibraba en mi voz pareció decidirlo, y me dijo:

—Hemos discutido ampliamente las rutas que debemos tomar al partir de aquí. Nos convendría ir a alguna de las posesiones inglesas que rodean los mares antillanos; pero no nos hemos decidido por ninguna. Quizá sea Jamaica. Puede ser Bélice o Nassau. No sabemos bien. Las dos primeras están lejos, y pudiera ser que el avión o los aviones que utilicemos no tengan capacidad bastante para llegar hasta Jamaica o la Honduras Británica. Después que levantemos el vuelo se fijará la ruta.

—Muchas gracias, doctor—le respondí—y permítame una última pregunta:

—¿Quiénes serán las personas que acompañarán al Presidente?

—No lo sé. El Presidente es el único capaz de decidir esa cuestión.

—Pero usted sí irá.

—Hace días que resolví correr la misma suerte que el Presidente e iré con él adonde sea necesario acompañarlo.

Nos despedimos. El doctor Averhoff encaminó sus pasos al despacho del Presidente y yo me dirigí hacia el patio.

En el portal exterior paseábase un alto empleado de la compañía de aviación **Panamericana** y fué introducido, por "Colinche", en el despacho del Presidente.

No pude, en el momento, saber cuál era la misión de aquel representante de la compañía de navegación aérea, aunque lo sospechaba vagamente. Luego supe que el General deseaba saber cuántos aeroplanos estaban a su disposición y a qué hora podía utilizarlos.

Estos preparativos de fuga secreta estaban en contradicción con la apariencia de normalidad que el propio ex-jefe del Estado pretendía darle a su permanencia en la finca; pues llamó al jefe de los servicios domésticos y le dió orden, en voz

(Pasa a la página 58.)

STALIN EN ACCION

por
ANNA LOUISE STRONG

Fuera de la Unión Soviética se habla frecuentemente de Stalin como si fuera un Dictador comparable a Mussolini, Hitler o Kemal Pacná; algunas veces se le denomina ''El Déspota Asiático''. Por lo menos, se le llama ''el hombre misterioso''.

Sin embargo, prominentes funcionarios del Soviet que conferencian frecuentemente con Stalin, se impacientan con tales descripciones, y dicen: ''Es absurdo llamarlo ''el hombre misterioso''. Es un camarada con sus compañeros, tranquilo y de mente más despierta que la mayoría, con la más extraordinaria habilidad para analizar los hechos y las personas. Después que todos los de un grupo han dado su opinión, Stalin dice: ''Así pues, camaradas, ésta es vuestra decisión''; y en sus palabras reconocéis, claramente formulado, el pensamiento básico en cada uno de vosotros; por lo que esa decisión no puede menos de ser unánime.''

Otros, familiarizados con la fraseología americana me han dicho: ''Estás acostumbrados a hombres que ''se imponen'', que ''conquistan'' a la gente. Stalin tiene una técnica distinta: nunca os hace pensar en él. Dirige—es un gran dirigente—pero no podéis decir que ''gobierna''. A menudo, cuando se le pide que hable a grandes congresos, contesta: ''Soy ya suficientemente reconocido; debemos dar a conocer a otros.''

Stalin habló sin ambages a los campesinos reunidos en el Congreso de Campeones de Haciendas acerca del camino difícil y espinoso que tenían que recorrer como directores de la rápida organización de la agricultura de la nación. Cuando fueron para sus respectivos puestos, dijeron a los funcionarios locales: ''Aquí, en los distritos rurales no tenéis tiempo para escucharnos; pero en Moscou Stalin nos consulta.''

Tal es la descripción que hacen de Stalin hombres que trabajan con él y que celebran conferencias con él, hombres que luchan por llevar adelante sus planes, de los que nunca hablan como si fueran ''planes de Stalin'', sino ''la política del Partido''. A quien esté acostumbrado durante años enteros a las frases de Rusia, el repentino cambio que se observa al llegar a Alemania, Italia o a nuestros países democráticos, donde a sus dirigentes se describe con el nombre, la voz y características generales, resulta un marcado contraste con el distinto concepto del Gobierno que en Rusia hay.

Podría explicarlo mejor describiendo cuál fué mi experiencia personal con Stalin. Le vi presidir un pequeño comité de siete personas, para decidir un asunto de secundaria importancia, acerca del cual me había quejado. Durante más de un año había estado tratando de obtener una solución de otras personas, hasta que por fin me decidí a escribirle a Stalin. Tres días más tarde se me concedía la entrevista, y se citaron también a todos los demás interesados.

Crucé las portadas del Kremlin, subí un elevador, atravesé una de las secretarías y llegué a una amplia habitación, donde tres hombres que había sentados junto a una mesa se levantaron para recibirnos. Vi a un hombre bronceado, con cabello canoso, que parecía ni cansado ni descansado, sino como conservando sus energías, que había trabajado mucho y que podía seguir trabajando mucho más, tranquilo, sin movimientos inútiles. Esta fué mi primera impresión de Stalin, fué rápidamente borrada por la mayor vivacidad de los otros dos hombres a su lado: el rozagante Voroshiloff, más juvenilmente gastador de energías, y el alto y trigueño Kaganovich, hermoso y pleno de ingenio. Así me encontré frente a estos tres hombres, quienes, además de su cargos respectivos, forman la ''pequeña sección'' de la ''Oficina Política'',—el consejo más importante de la Unión Soviética—; el resto de nosotros veníamos a resolver nuestro problema.

Stalin se sentó, no a la cabeza de la mesa, sino en un lugar donde podía verles las caras a todos. Se cercioró de que el camino estaba despejado, preguntándonos si todos hablábamos el ruso, y entonces comenzó a hablar, haciéndolo de manera sencilla y directa, repitiendo nuestra queja y preguntando al hombre contra quien se formulaba: ''¿Por qué fué necesario hacer eso?''

Después habló menos que nadie. Una frase aislada, una palabra sin hacer presión; hasta sus preguntas parecían menos demandas a respuestas que interjecciones que guiaban el pensamiento del que hablaba, pero, ¡con cuánta rapidez se reveló todo!, nuestras esperanzas, nuestro amor propio, nuestros conflictos, todas las cosas que nos habíamos estado haciendo unos a otros. La naturaleza esencial y los deseos de los hombres que yo había conocido durante años así como los de los otros con quienes me reunía por primera vez surgieron con mayor claridad de la que nunca, pero sin prejuicios. Las características personales que habían sido durante largo tiempo fuentes de resentimientos o de devoción partidarista, se convirtieron en lo que realmente eran, factores a considerar en el problema, y este problema consistía en hacer un trabajo eficientemente y con determinado objetivo. Este objetivo también quedó aclarado.

El mismo Stalin se destacó menos que ningún otro. Tuve un primer sentimiento de desencanto. ''¿Es éste el gran hombre de quien me han hablado?'' Después me entregué a la discusión del asunto. ¡Con qué rapidez se desenvolvía todo!

Las tropas rojas desfilando, en el corazón de Moscú, ante el dictador STALIN, durante el festejo del décimo sexto aniversario del Soviet.

STALIN, el hombre fuerte de Rusia, dictatorial mantenedor del gobierno de "obreros y campesinos" de la Unión de Repúblicas Soviéticas.

Cuando todo quedó aclarado, y ni un momento antes o después, Stalin se volvió hacia los demás y dijo: "¿Y bien?" Todavía hoy día no podría decir quién dió la decisión, aún cuando recuerdo cada una de las palabras de todos. Una palabra de uno, una frase de otro, reunidos para formar una frase. Ví señales de asentimiento—la decisión fué unánime.

Aún entonces, al retirarme, no estaba consciente de que Stalin hubiera hecho ésto. Me parecía que nosotros lo habíamos hecho todo; el resultado apetecido había surgido por sí mismo. Stalin parecía sobresalir poco, una persona fácil de abordar, un hombre sólido y seguro. Alguien que cogía la idea de uno a la mitad de las frases y hábilmente sugería una palabra para explicarla mejor y sacarle a uno la idea con rapidez y seguridad, con el claro propósito de hacer que el trabajo se hiciese mejor. Mas, cuando salí del salón para bajar por el elevador del Kremlin, todos los demás me habían hecho más impresión, las decisivas señales de aprobación de Voroshiloff, el jovial y luminoso ingenio de Kaganovich, hasta las características de los personajes secundarios que conmigo habían venido, se destacaban más vívidas que la personalidad de Stalin.

Solamente cuando llegó la noche y durante el siguiente día, cuando el impacto de la última media hora había vuelto a mi mente, fué que pude comprender el papel desempeñado por Stalin. Al recordar cada palabra, cada frase dicha sin énfasis —(¡y cómo surgieron día tras día en mi imaginación en momentos de iluminación!) —revelaban la verdad esencial de que alguno quería exponer, o inducían a otro a expresarse mejor. Al cuarto día comprendí repentinamente por qué me había hecho ciertas preguntas sin importancia, y cómo me había "calado" en casi dos minutos.

No es necesario mencionar aquí los asuntos que se discutieron; se trataba de un trabajo rutinario, y no de una entrevista para la prensa. Recuerdo cuando preguntó: "¿Escribió usted ésto voluntariamente o presionado por alguien?... ¿Y ésto le satisface?... ¿No desea nada más?" Y cuando alguno había hecho alguna declaración significativa, se volvía a otro y preguntaba: "Quizás si usted lo interprete de distinto modo". Comprobando cuatro veces para cerciorarse de que todas las mentes funcionaban bien, y dejando entonces que los comentarios siguieran.

Recuerdo que un editor aludió a sus dificultades con los censores, relatando que había escrito una carta en la que se decía que un marinero americano había visitado el puerto de Odessa y encontrado en esa ciudad delapidada, una de las menos progresistas de la Unión Soviética, la misma vida pujante y organizadora; y parece que el censor había suprimido partes de la carta. El marinero había dicho: "Vi miseria en Odessa, como la he visto en todas partes del mundo. Pero..." Y el editor no continuaba. Stalin indicó: "¿Y el censor suprimió la "miseria" de Odessa?" No olvidaré nunca su tono de absoluta comprensión. Comprensión de la ciudad de Odessa, comprensión de los procedimientos de los censores y comprensión de lo bueno que sería que los censores pudiesen realmente "suprimir" lo que ocultaban.

Y todos sus compañeros fueron cortos, como éstos, todos comprendiendo más bien que destacando.

Sin embargo, día tras día, al ir recordando los hechos, vi que había rápida mente comprendido nuestras dificultades y visto que algunas no tenían importancia, aunque desagradables, y que había que pasarlas por alto, otras eran inevitables en la actual etapa del desarrollo de Rusia y que otras, aparentemente las más triviales, eran realmente peligrosas para la "dirección" que debíamos seguir, y exigían ser rápidamente eliminadas antes de que se empeorasen. Nos lo hizo comprender así; todos los comprendimos en un momento.

Entonces me reí al pensar cómo el mundo lo había convertido en un dictador personal. Es algo tan superior a eso, algo tan nuevo en la historia del mundo! Es un experto en escoger a los hombres para la acción colectiva, en hacer que se exterioricen, comprendiéndolos sin pérdida de emociones, ya sea con alabanzas o censuras—en averiguar lo que puedan hacer para la implantación del socialismo y colocarlos en el lugar en que puedan hacerlo.

Comprendí entonces por qué durante los últimos cinco años, Stalin había sido proclamado en los estandartes de las manifestaciones obreras principalmente como "jefe de brigada" como "nuestro zapataz". Deseé también que me confiara algún trabajo, cualquier trabajo que creyese yo pudiera hacer. Me parecía que con ese "jefe" uno podía trabajar por siempre, con sólo poder algunas veces ir a ver cómo la embrollada madeja se desenredaba gracias a una comprensión más profunda que la de una. No pedí, sin embargo, el trabajo, pues me había dejado tan libre, había impuesto tan poco su personalidad, que no lo pensé así hasta el día siguiente.

Cuando en los meses siguientes me he sentido irritada o asombrada por la vida diaria en la Unión Soviética, sus censores de mente estrecha, sus ineficiencias, el costo en sufrimiento humano de todo progreso esencial, he sabido que la causa de estos males no es que Stalin sea "dictador", sino que hay muy pocos Stalines para "dictar". Los grandes hombres fijan la política a seguir: los pequeños la echan a perder con mala organización, poca disciplina o falta de sentido común. Son estos hombres secundarios, la llamada burocracia, los que tuercen la diaria maraña de nuestras vidas. Hay, no obstante, otros hombres, capaces e incansables, que aumentan por miles y miles, que actúan en la Unión Soviética como Stalin—creando la voluntad colectiva.

Después de esa entrevista, el mundo para mí asumió mejores proporciones desde Leningrado hasta Vladivostok. Todas las estupideces y ferocidades, todas intrigas para subir, toda la labor continua y definida, todo el interminable sufrimiento, toda la constante esperanza e incesante esfuerzo. Todas las convulsiones de parte del porvenir, podían verse como realmente eran: brutales, pero convulsiones de parto.

En este vasto y atrasado país de todas nuestras luchas humanas, donde los campesinos se apoderan de tierras y donde los obreros inutilizan mercancías que no pueden aún producir, y los ingenieros ocupan altos sitiales y los empleados civiles luchan por el poder, en ese país y con ese material humano, esos hombres edifican un nuevo sistema social y económico, eliminan la utilidad privada, crean industrias gigantescas poseídas y administradas por el Estado, manejan como una sola finca una extensión de terreno equivalente a la sexta parte de la superficie terrestre. Seleccionan y disciplinan ese material humano, utilizándolo donde pueda ser útil. ¡Y pueden hacer que la obra marche!

(Pasa a la Pág. 60.)

Facetas de la Dictadura en Venezuela

VII

Bodas de sangre. — 19 de Diciembre de 1908-1933. — Una Carta.

Corría el año de 1908, en vertiginosa carrera, envuelto en los pliegues de un engaño, en el que se había iniciado el desfile final de una Dictadura soez, que encarnaba "El Cabito", **Siempre vencedor, jamás vencido,**—como también llamaban a Cipriano Castro—, porque los que nunca tuvieron el valor suficiente para despojarlo del Poder con un gesto cívico o con las armas en los campos de la Revolución, acogieron el momento que se ofrecía propicio para jugarle una mala pasada, aprovechando un viaje que hacía, en busca de la salud perdida, a las viejas tierras de Europa. El hombre, envuelto en el ropaje cobarde de la desconfianza—con suficientes motivos—fué engañado por su "compadre", a fuerza de demostrarle a aquel, con infinitas protestas de amistad, su incondicionalidad; e s t e "compadre" era el por siempre benemérito General Juan Vicente Gómez.

Por la ausencia del "Siempre Vencedor Jamás Vencido", que se alejaba lleno de zozobras, tomó las riendas del Poder Juan Vicente Gómez, que entonces ocupaba la Vicepresidencia de la República. Algunos incautos o demasiado optimistas creyeron sinceramente que este antiguo arriero serviría para encauzar los destinos de la Patria, aprovechándolo como un intermedio entre el tirano que se alejaba y el futuro que se encontraba en sus manos; pero como ¡ue éste, allá en lo hondo de sus entrañas de rufián, soñaba con el mando desde que sus pezuñas se afincaron en las escarpadas rocas de los Andes, no quiso prestarse a lo que los otros le proponían y, con satánico designio, burlón y sarcástico, se dió un "cuartelazo" a sí mismo; de manera que el movimiento militar pareciera asestado al representante del mando de Cipriano Castro, para llevarlo a él al Poder como encarnación de un futuro mejor para la Patria esquilmada y vencida.

Esto sucedió el 19 de diciembre de 1908, día terrible en que se estremeció todo el ámbito venezolano; día en que las campanas del engaño se echaron a vuelo una vez más para conmemorar la subida a la silla presidencial de un caudillo más de los tantos que han afligido a aquel pueblo esclavo. Desde este nefasto día Juan Vicente Gómez, tomó el título del "Héroe de Diciembre" para echárselo como un esputo a todos los que en él, incapaces y cobardes, pusieron sus aspiraciones políticas. Estos, haciendo más patente aún sus descalabros morales, se fueron a su lado; viendo que perdían prebendas, se le acercaron sumisos para testimoniarle su adhesión; eternos esclavos no supieron tener un gesto digno y aceptaron el látigo del Peón de la Mulera. Desde entonces un charco de sangre inunda la tierra siempre gloriosa de Venezuela. Una vez más la siniestra sombra del encumbrado caudillismo sembraba oscuridades en la tierra de Bolívar, convirtiéndola en un antro de alimañas feroces.

Ese crimen del cuartelazo, que pareció ser una jugarreta política, fué un golpe terrible que se asestó a la Patria y fué el comienzo de una serie de crímenes; fué la inauguración del mal, que desde ese momento sería el árbitro de los destinos políticos y sociales del pueblo. Desde ese momento, la Constitución fué un capricho; las Leyes, antojos y apetitos de un hombre insaciable que sólo atendía a su bienestar, y los hombres, muñecos cuya cuerda sólo les permitiría la genuflexión sumisa ante la figura del Bisonte que encarnaba la "Rehabilitación Nacional". El sufragio pasó a ser el juguete con el cual se divertían los áulicos de Juan Bisonte—y de todos los tiempos—que, burlándolo, ponían incapaces donde debían asumir responsabilidades hombres correctos y bien preparados. Las Constituciones han sido su diversión favorita, haciendo una cada vez que les era necesario para poder perpetuar en el Poder al "Salvador del Salvador". Resulta imposible enumerar las Constituciones que ha sufrido Venezuela bajo el mando grotesco de Juan Vicente Gómez. Una de las piezas del juego, las constituían los hombres máscaras, cuyo oficio era aparecer como Presidentes provisionales mientras los componentes de inmorales Plebiscitos remendaban la Constitución, para que aquel volviera al Poder "aclamado por el pueblo".

Pronto Juan Vicente Gómez comenzó a enseñar sus pezuñas que hacían sangrar las almas nobles, que, ingenuas, creyeron en él, y al verse engañadas, se cobijaron bajo la bandera de la oposición. Estos hombres, que a tiempo supieron descorrer la cortina con que se encubría la malignidad de la "Causa" de Diciembre, fueron considerados como traidores y las Cárceles los engulleron con apetito devorador. Los calabozos fueron estrechos para albergar a tantos "traidores" que iniciaban el desfile doloroso de los "descontentos"! Las torturas hicieron presa en aquellos cuerpos que abrigaban almas varoniles, entrando con esto el fantasma de la tragedia, dando paso a la no menos trágica Dinastía del Gomezalato, preñada de hijos bastardos que se adueñaron de la República, tal como si fuera la legítima herencia del

(Pasa a la Pág. 60.)

La Habana, Cuba, Dic. 30 de 1933.

Sr. Gral. Juan Vicente Gómez,
Presidente de los Estados Unidos de Venezuela.
S e ñ o r :

El diecinueve de Diciembre de este año de 1933, se cumplió el XXV aniversario de su ascensión al Poder, que fué posible por la abyección de un Ejército mercenario y rastrero que,—en vez de haberlo muerto a usted como cómplice de Castro, en sus incontables atropellos—, se prestó, cobarde, para llevarlo a usted a la Presidencia de la República en detrimento de la Patria, que hoy muestra su sonrojo ante la América, que nos contempla con una mueca de burla y de desprecio. Y, no bastándole ésto a ese Ejército espúreo, apadrinó gustoso todas las mojigangas postreras que le han permitido llegar a la celebración de estas sangrientas Bodas de Plata con la Presidencia.

Pero si ese Ejército mercenario y soez ha sabido apadrinarlo durante tanto tiempo, no lo ha hecho así el Pueblo que gime impotente ante el derrumbe de todas sus libertades; el Pueblo nunca, moralmente, ha sabido soportarlo a usted a pesar de lo que usted piense y le digan sus eternos aduladores. ¿Cómo podría hacerlo con un hombre que para conseguir fines egoístas de mando, ha llenado las cárceles de seres honrados por el sólo delito de hacerle oposición; cómo hacerlo, cuando constantemente llegan hasta él los lastimeros ayes de dolor de los que sufren torturas; cómo, cuando usted burlándolo todo, ha suprimido el Sufragio, único medio de que el Pueblo dispone para elegir a sus mandatarios? ¡Imposible! Nunca, repetimos, el Pueblo ha sabido soportarlo. Lástima grande sí es que su rebeldía, hasta ahora, haya sido sólo moral y no material como todos ambicionamos para acabar así una situación que con el transcurso de los años se hace más bochornosa

Veinte y cinco años son más que suficientes para desorganizar a un pueblo como usted lo ha hecho, embruteciéndolo cada vez más por la falta de cuidado en la instrucción pública, que a usted se le antoja innecesaria, y también, con su política absurda; es hora ya de que usted renuncie, General, a la Presidencia, antes de que los pocos venezolanos puros que hoy ruedan por el mundo sin hogar, se queden también sin Patria; es hora de que renuncie a seguir desmoralizando y embruteciendo a unos hombres que tienen el derecho de la Paz y de la reconstrucción moral, intelectual y cívica como componente de un pueblo. Basta ya, General; renuncie, aunque esta renuncia no implique, por parte de la Oposición, el fin de la Revolución que ha de seguir hasta barrer, para siempre, todas las lacras que usted ha creado en la República, y hasta con usted si, renunciando, se queda en territorio nacional.

Basta ya, General; ya es bastante con los innumerables presos que sufren torturas angustiosas en la Rotunda y en las demás prisiones de la República y con los que viven en el exilio para saciar sus ansias de venganza; basta de tantas mojigangas para perpetuarse en el Poder utilizando hombres máscaras; basta ya de Marqués Bustillos y de Pérez.

Yo mismo, que he aprendido a amar la Libertad en esta Cuba tan hospitalaria; en este pueblo, que sufrió un digno discípulo suyo; pero sin su suerte, porque tenía bajo sus pies a hombres más cívicos y varoniles que los nuestros; en este pueblo, repito, he aprendido a manejar el rifle, en instituciones nacidas al calor del Machadato, con la esperanza de verme un día envuelto en la vorágine de la Revolución, para gozar del placer de encontrarme con uno de sus generales, cara a cara, o con usted mismo, si es capaz alguna vez de un gesto valeroso, para tener la satisfacción de partirle el corazón de un certero balazo.

Y, así como yo, así hay muchos, cuyo único sueño y afán es empuñar las armas vindicadoras allá en las vastas llanuras de Venezuela, para verla libre, al fin, de su figura envejecida de Tiranuelo vulgar.

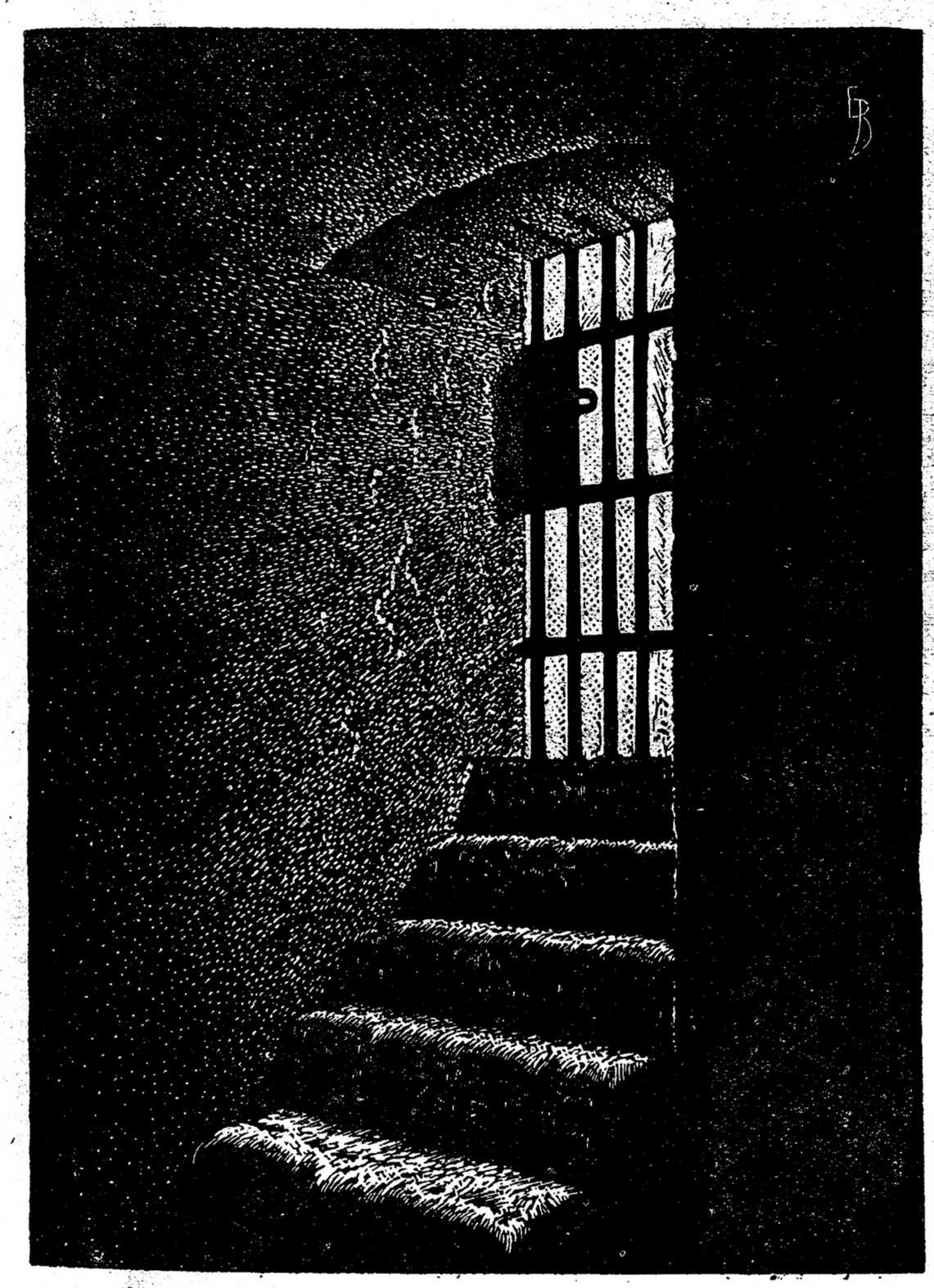
Basta ya, General; huya, no espere a que llegue el momento trágico de su vida como anteriormente le digo, pues estoy seguro de que llegará tarde o temprano; ¡BASTA YA, GENERAL!

Su sincero enemigo,

FRANCISCO ALFONSO HERNANDEZ.

La Exposición Blanck en el "Liceum"

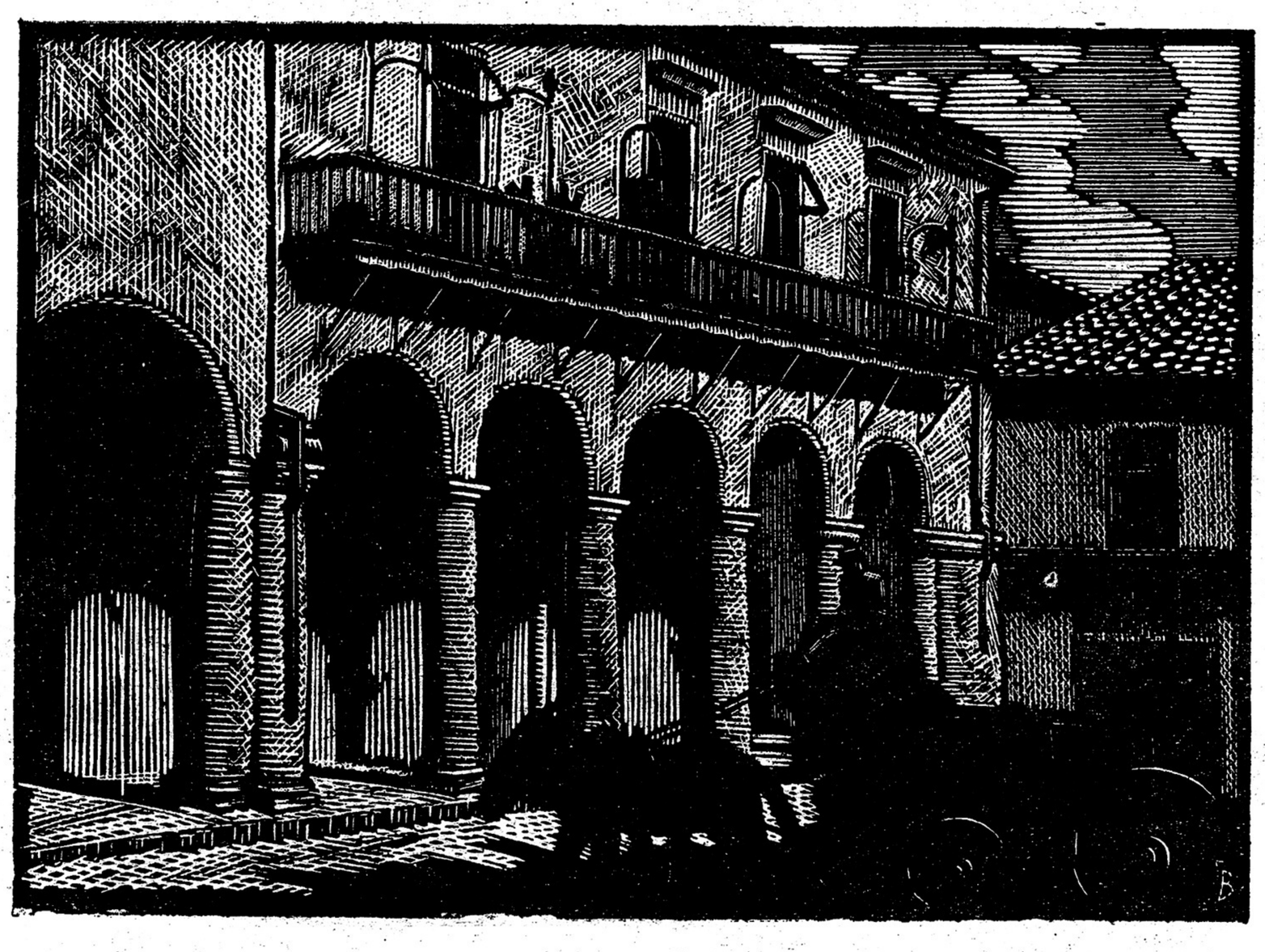
El bombardeo del hotel "Nacional"



Se inició el día 4 de Enero, la exposición de aguafuertes y grabados en madera del joven Ernesto de Blanck, discípulo del inolvidable Melero, que perfeccionó sus estudios en los Estados Unidos, permaneciendo tres años en New York. Durante la Revolución de 1931 se vió internado en la Fortaleza de la Cabaña, donde el joven artista tomó impresiones reales de la vida del Penal. Hijo del maestro Hubert de Blanck, parece que Ernesto ha heredado la vocación artística de su padre, aunque orientada en otro sentido. Entre sus cartones son los más notables VARONA, LA CELDA DE PANCHITO DIAZ, ATARES, ESCENAS DE LA HABANA VIEJA y muchos más hasta completar el número de treinta.

La celda de Panchito Díaz en Atarés.

(DIBUJOS DE DE BLANCK)



La Plaza de la Catedral.

Carta a un Obrero de Tampa

por

Juan Marinello

●

Mi querido Esteban Cortés:

Nuestra viejísima amistad, nacida en días de niñez, debía hacer de esta carta una evocación sentimental. Los tiempos, tú lo sabes mejor que yo, no están para esas cosas. El mundo—y Cuba, aunque quiera olvidarse, es parte del mundo—, vive un instante de encendida tragedia, de braceo enfebrecido por encontrar los caminos anchos. Distraer esta hermosa actitud batalladora con remembranzas románticas es traición. Discurramos, haciendo honor al instante actual, sobre el asunto interesantísimo que en tu reciente carta me planteas: **¿Es el gobierno de Grau San Martín nuestro Gobierno?**

Para quien conozca tu postura y la mía no precisa larga exégesis la interrogación: quiere ella aclarar, decidir, simplemente si el gobierno que Cuba tiene es el llamado a satisfacer las necesidades de las masas laboriosas de Cuba. Me doy cuenta exacta de lo que te ocurre. Hace muchos años que te viste forzado a la emigración. La larga ausencia de tu tierra te ha hecho perder el conocimiento de personas y organizaciones. Ahora llegan a tu mesa de tabaquero vagos rumores de izquierdizaciones y radicalismo gubernamentales. Y quieres enterarte por mí de la verdad de lo que en Cuba está ocurriendo. Veamos si en el marco brevísimo de esta carta puede quedar definida la fisonomía del gobierno actual y advertidas sus posibles actuaciones inmediatas. Como entiendo que éstas son cosas que interesan a muchos, se hace pública esta carta.

No, querido Esteban no es éste nuestro gobierno. Dilo en seguida a tus compañeros de labor. No puede serlo, porque **no es un gobierno revolucionario**, aunque sus componentes se llenan la boca hablando de "revolución auténtica" y de "redención del pueblo". Esto también lo hace el A. B. C. y ya ves el carácter fieramente reaccionario de esta divertida organización. El actual es, simplemente, un gobierno de gente lista que sabe bien lo que no pudieron sospechar en su ilimitada torpeza ni Menocal, ni Miguel Mariano ni el coronel Mendieta: que el sentido de la Revolución verdadera ha calado en el tuétano de los trabajadores cubanos. Por saberlo, se han adelantado a medidas que en definitiva no son más que dos cosas: o disposiciones reformistas, que nunca se aplican, o decretos fascistizantes con que detener y dividir el movimiento proletario.

Pero ya es hora, Esteban, que digamos cómo las cosas no se producen milagrosamente y cómo este gobierno de Batista y Grau obedece a un estado de pensamiento criollo. A un estado de pensamiento inconsistente, pero real sin mayor trascendencia, pero con indudable vigencia. Lo mejor que tiene este estado de pensamiento para nosotros es que no posee fuerza eficaz, es sólo cosa efímera. No le asiste una base social con definición económica específica como al A. B. C. y al Menocalato, que ya son hoy, no sé si lo sabes, una cosa misma. Hagamos un poco de historia, que no será por suerte, historia remota.

Tú sabes que hubo un instante de interés excepcional en la lucha contra el Machadato: el día 30 de septiembre de 1930. Aquel instante le dió a la lucha subsiguiente especial color, color estudiantil, o mejor, color universitario. Aquel día se organizó con sentido concreto la rebeldía escolar contra Machado, que había tenido en los muchachos,—no en los profesores—, el antecedente magnífico de 1927. Los estudiantes fueron desde aquel día al presidio y a la muerte con asombrosa serenidad. Yo, que estuve muy cerca de ellos, puedo afirmarlo como nadie. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: que la protesta estudiantil fué ciñéndose de un tono específico, el que correspondía a la extracción social del alumnado. Un grupo pequeño entonces, cuantioso hoy, dijo cómo sin un replanteamiento de nuestro caso nacional y sin la acción de las masas oprimidas, nuestra desdicha pública, nacida de nuestra coloneidad, no cesaría. Este grupo no significó, no pudo significar, la rebeldía estudiantil **oficial** contra la Tiranía. Su voz quedó vencida por el ruido de las bombas y las Thompsons. La lucha—limpia, heroica, hay que decirlo—, del muchacho universitario contra el Sátrapa se produjo dentro de cauces perfectamente históricos: se quería sustituir a Machado por un gocaron sumisnos diera una democracia honesta y eficaz. niarle su adh

Junto al estudiante "ortodoxo", al que no tenía por qué temer la burguesía criolla, ni el indigente de cuello de pajarita que aspira a burgués, se organizó un grupo formado de intelectuales y profesores. Yo mismo, hasta tanto la honrada consideración de ciertos hechos no me hizo doblar a la izquierda, fuí componente de ese grupo y hasta dicen por ahí que lucí entorchados de jefecillo. Quizás. Pero lo que importa dejar sentado es que un grupo de hombres avisados y sabedores de cosas que los políticos no saben, unieron su esfuerzo al de los muchachos en la consecución del ideal democrático. Eran,—son—hombres que saben dónde está la única verdad política de nuestro tiempo, pero no tienen en sí reservas de abnegación y de desinterés para declarar, en su perjuicio, esa verdad. Esos hombres, Esteban, son los que ahora están gobernando a Cuba. Esos hombres son los que declaran que velan por las masas populares cubanas y cuando éstas se incorporan para realizar su papel las ametrallan fríamente. Esos hombres son los que gritan su sentido humano de lo social y echan a pelear al extranjero contra el nacional y al blanco contra el negro. Esos hombres son los que enarbolan un imperialismo lírico y retórico y guiñan el ojo al aventurero Caffery para acordar el mejor modo de comenzar la zafra "sin problemas obreros".

Como tú comprendes bien, Esteban, estos gobernantes, estos intelectuales, no pueden proceder de otra manera. No significan por sí mismos, ni aún unidos a los estudiantes, una clase, una entidad político-económica. No tienen intereses privativos que defender. ¿A qué intereses servirán? Servir los intereses de la masa laboriosa y desvalida es lo mismo que enrolarse en la Revolución grande, en ese torbellino omnipotente que arrebata la biblioteca, la consideración social y el baño tibio por las mañanas. Es, nada menos, que pelearse con el mundo que manda. Grave cosa a la que no irán estos intelectuales. Por otra parte, quedar junto a las fuerzas de extrema reacción como el Menocalato y el Abecedato no es elegante. Ni conveniente, porque "eso del comunismo" puede llegar. Un sólo camino posible queda a esas gentes: hay que dar la impresión, por elegancia y conveniencia, de que se está con el oprimido cuando, en realidad, por imperativo parasitario, se está con el opresor. Porque no ponerse al lado de quien, con fuerza para ello, da la gran batalla al crimen capitalista es situarse al lado del crimen.

Pero, preguntarás en seguida, ¿y si el actual gobierno de Cuba carece de base social que lo mantenga, ¿cómo va viviendo, cómo va resistiendo los embates de las derechas e izquierdas genuinas? Esta pregunta no es difícil de contestar. Ocurre que el Ejército es el sustentador de este gobierno vacilante y sin su apoyo hubiera, hace ya muchos días, dado el traspiés final. Pero, ahora tu nutrida curiosidad insistirá: el Ejército, ¿no se levantó con un impulso realmente revolucionario frente a los oficiales machadistas? Tú sabes que el Ejército no es más que el órgano defensivo, el aparato de represión de un régimen económico determinado. Al no ser revolucionario el régimen que impera en Cuba y al estar éste sostenido por el Ejército, queda dicho que estamos ante el caso corriente y moliente en que la fuerza armada mantiene y alarga el reinado de la monstruosidad económica capitalista. Ni más, ni menos. Ya está dicho que el movimiento producido en los organismos armados el 4 de septiembre fué, objetivamente, de gran significación revolucionaria. Pero como no se unió el soldado a sus hermanos de clase, a los obreros, a los campesinos, tuvo ese movimiento que quedar en simple cambio epidérmico, en cuartelazo hispano-americano, con jefes dóciles a los intereses dominantes. Ya se sabe que Batista, jefe de aquel movimiento es el mejor amigo de los terratenientes criollos y de los embajadores yanquis en Cuba. El Ejército actual no se distingue, pues, de otro Ejército cualquiera de América. A su tiempo dirá si merece la distinción.

No, no es éste, Esteban, **nuestro** gobierno. Ni ha sido producto de una rebeldía clasista ni los hombres que lo componen pueden ser otra cosa que hombres de gabinete empavorecidos con la llegada de un gobierno **nuestro**. Si actúan con criterios defensivos, ¿cómo pueden ser revolucionarios?

Te abraza fuertemente tu amigo.

JUAN MARINELLO.

Heliodoro García, Triunfa en el "Nacional"

por

DON GALAOR

El teatro "Nacional" ha cambiado de aspecto y, lo que es más importante, aunque parezca exagerado: ha ganado con el cambio. Los defensores del teatro legítimo, hubieron de protestar al asomo de las primeras notas de contaduría que anunciaban la posible instalación del cinematógrafo, que hoy pone en la vida nocturna de la ciudad su feérica lumbrarada alboratriz.

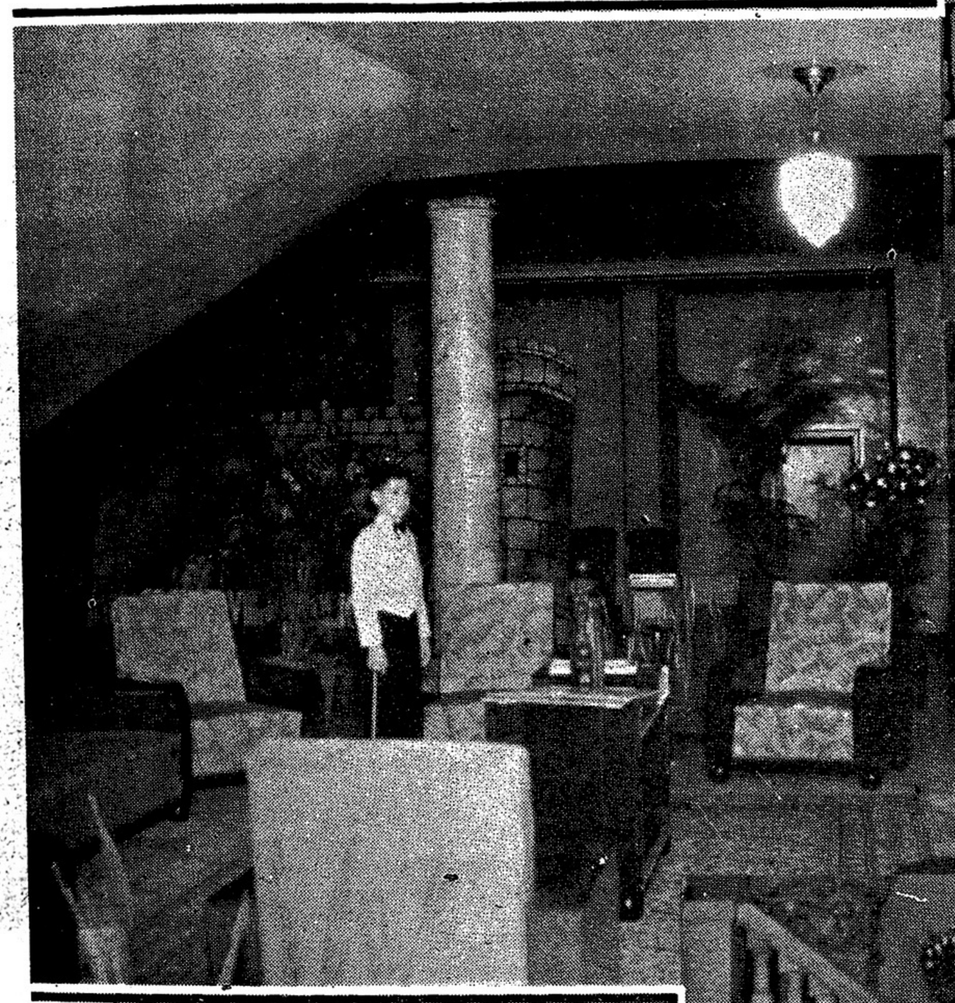
Las argumentaciones que exponían los protestantes no tenían la solidez suficiente para llamar y

DON GALAOR charla con Heliodoro García, junto a Enrique VIII y sus seis mujeres, que verán los asiduos del "Nacional", la próxima semana.

cierne sobre las fiestas laureadas de los histriones y éstos a la vez con toda su carga de citas clásicas y promesas lloronas, junto a la infeliz humanidad del hotelero.

Lo mejor que podía ocurrirle al teatro "Nacional" ante el desolador momento que vivimos, era ésto que le está ocurriendo. ¡Y en qué forma! Entrar en el vestíbulo, refugiarse en su foyer, es ausentarse co-

(Pasa a la Pág. 45.)



Había un rincón en el foyer del teatro "Nacional", que ningún empresario se detuvo a considerarlo útil. Es éste, que García ha convertido en un lujoso y coquetón saloncillo de fumar, y que queda, precisamente, abajo de la escalera que conduce al primer piso de palcos.

contar con el apoyo capaz de evitar la conversión del primer coliseo al arte semi-oscuro del cinema. No querían, simplemente, que el teatro se denominase "Nacional".. La pretención no podía ser más infantil. Porque al paso que iba el local de los gallegos, en manos de compañías mediocres que cultivaban géneros ínfimos y deleznables, bien merecía la pena que el cambio se realizara.

El teatro en La Habana, ha venido a menos. Esta es una afirmación que duele hacerla. Pero las afirmaciones como las malas noticias deben decirse pronto y sin reservas. Compañía extranjera que nos visita, compañía que queda maltrecha desfondando asientos en los cafés al aire libre. Hay que echar mano del vitáfono. El cine es un espectáculo que se proteje solo, con y sin buenas entradas. Viene todo su maravilloso espectáculo envuelto en unos envases de hoja de lata. La compañía productora los envía a sus representantes, y éstos se los entregan a los emprsarios. ¿Que hay buena entrada? A repartirse las utilidades. ¿Que es escasa la recaudación? Pues a sufrir callados. Las latas cilíndricas, como monedas de buena ley, siguen rodando, rodando de cine en cine.

En cambio, si una compañía teatral no tiene las entradas necesarias para cubrir la nómina, y el empresario no dispone de caja, la tragedia se

Las lindas y gentiles acomodadoras del "Nacional", visten la moda impuesta por Marlene Dietrich, la maravillosa actriz de "El Cantar de los Cantares".

La propia Marlene, se sentiría satisfecha de su pintoresca modalidad, si viera esta sonriente y escultural muchacha que acomoda a los felices mortales que van al 'Nacional'.

GRAU SAN MARTIN LE CONTESTA A "BOHEMIA"

El señor Presidente de la República, ha contestado, por conducto de la Secretaría de la Presidencia, al interrogatorio que hubimos de someterle en el texto de la entrevista que con el compañero Fernández de Castro verificó.

Estas respuestas, sin comentarios de ninguna especie, las trasladamos a nuestros lectores. A ellos están dedicadas y son ellos quiene deben comentarlas. Sólo hemos de expresar, como periodistas y como cubanos, la esperanza de que aquellas manifestaciones que encarnan promesas a plazo fijo o el cumplimiento de lo que la mayoría del pueblo anhela y espera, sean estrictamente verificadas en su tiempo, para bien de Cuba. Quedan pues a la luz del día y a la vista de todos, esas alentadoras promesas. Tome nota el pueblo que él será el que en su día dictaminará si han sido o no debidamente cumplidas las rotundas afirmaciones hechas por el Presidente-catedrático.

1.—¿Cómo resolverá usted el problema del Ejército?

Al sustituir el propio Ejército y la Marina de Guerra el concepto de disciplina ciega por el de la disciplina cívica ejercida por ciudadanos conscientes de sus deberes políticos, queda resuelto el problema más arduo y trascendental a que se puede referir la pregunta.

2.—¿Tendremos, en definitiva, PLAN CHADBOURNE o ZAFRA LIBRE?

Tendremos nacionalización de la Zafra, es decir, ZAFRA LIBRE o tan amplia como sea posible para los ingenios cubanos, y cuota para los grandes centrales extranjeros.

3.—¿Cómo se desenvolverá la labor electoral para la Constituyente?

En estos días de enero, se iniciarán los trabajos preelectorales con la promulgación de la Ley Electoral y la inscripción cívica obligatoria de todos los ciudadanos, hombres y mujeres, mayores de veinte años. A la vez se desarrollarán todas las actividades que conduzcan a la formación de los nuevos partidos políticos para proceder en seguida a las elecciones de la Constituyente.

4.—¿Cree usted que los distintos sectores políticos se sentirán bastante garantizados para el desempeño de esta función?

Tengo la firme convicción de que todos los sectores políticos que se sientan respaldados por la opinión pública, no vacilarán en reconocer las garantías que proporciona este Gobierno como las más eficientes para que triunfe el que tenga mayor número de votos.

5.—¿Hará usted algún esfuerzo, antes de esa justa electoral, para armonizar los sectores que discrepan de su obra de gobierno?

Los seguiré haciendo incansablemente como hasta ahora, pero no aceptaré representantes encubiertos de la ingerencia extranjera.

6.—¿Cuál es su plan para la rehabilitación económica del país sin ayuda extraña?

La nacionalización del trabajo y de la riqueza del país, el fomento de la pequeña propiedad por la segmentación de los latifundios, el mejoramiento de las condiciones de vida del trabajador, rural y urbano, la depuración de las deudas nacionales, las reformas arancelarias y de los sistemas de tributación, y la afirmación del crédito nacional, poniendo en práctica todos los recursos procedentes, son condiciones que definen el Plan del Gobierno para lograr la rehabilitación económica. Con firmeza y decisión hemos comenzado a realizar todo lo referente a este programa.

7.—¿Trata usted de acercarse a los Estados Unidos o no? ¿Y en ambos casos cuál será su política con relación a ese país?

Siempre he tratado de robustecer nuestras relaciones con los Estados Unidos, mediante la práctica de las actividades cívicas que como pueblo libre sabrá siempre apreciar el pueblo americano. Considero justo e indispensable el mejoramiento de las relaciones comerciales entre ambos pueblos, y la derogación de la Enmienda Platt, que debe ser sustituída por un Tratado de Paz y Amistad entre Cuba y los Estados Unidos, confirmándose de este modo el criterio de solidaridad internacional que proclaman la Libertad, la Justicia y el Decoro de los pueblos.

8.—¿Cuál será el término preciso de su mandato? Y si fuera la fecha de reunión de la Constituyente, y ésta no pudiera reunirse por no participar en las elecciones los demás sectores, ¿qué haría usted?

Ya he dicho repetidas veces y espero que se me crea, que no estaré ni un momento más después del 20 de mayo próximo en el cargo que ocupo. Si no se han terminado las labores para la Constituyente otro cubano será quien las termine.

9.—¿Se organizarán el Gobierno que usted preside y sus simpatizadores, en Partido Político?

Este Gobierno Provisional no tiene actividades políticas.

10.—¿Tiene algún plan específico para el mejoramiento de la industria azucarera?

En estos momentos considero necesaria una actitud de relación concordante con la situación. La aplicación del alcohol como combustible, va aumentando visiblemente, y tengo la firme esperanza de que es una halagadora perspectiva la que se presenta para esa industria nacional.

Habana, Enero 2 de 1934.

Sr. Director de BOHEMIA,
Ciudad.

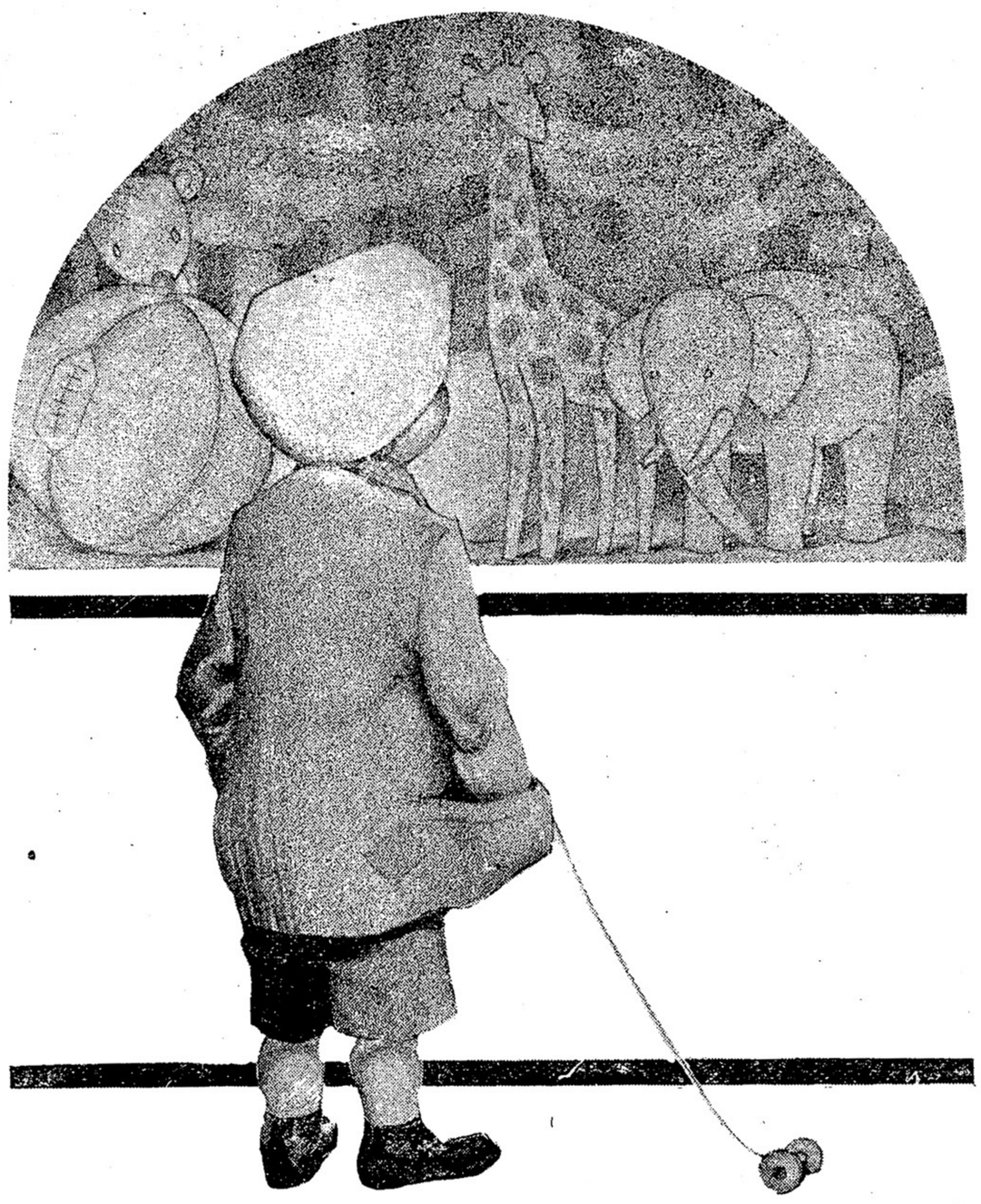
Muy señor mío:

En el número correspondiente al día 31 del pasado mes de diciembre, la revista BOHEMIA presentó a la consideración del señor Presidente de la República una serie de preguntas, emplazándolo, en interés de nuestro pueblo, a contestarlas cuanto antes; y el señor Presidente, que ha leído con verdadero interés el cuestionario, que públicamente se ha formulado, me ha hecho entrega de sus respuestas al mismo, con el encargo de que las haga llegar a su poder.

Cumpliendo esas instrucciones del señor Presidente, tengo el gusto de incluirle las referidas respuestas para su publicación.

Anticipándole las gracias por esa atención, aprovecho la oportunidad para ofrecer a usted el testimonio de mi consideración más distinguida.

Ramiro CAPABLANCA.



Visita Inútil de los Reyes Magos

Confuso, en lo distante, tiembla un cielo de estrellas. Pasa la noche. De lo remoto llega, frío, el aire que ha estremecido en la Behtlenem lejana, las hojas plateadas de los cidros. Luego huyen las nubes, y queda el cielo claro, que resplandece de fulgores.

Por el desierto estupefacto, por el arenal vacío, marcha la caravana.

Viejas osamentas que se destiñeron al sol. Un oasis. Palmeras.

Todo es horizonte. Y silencio. Van al paso, sobre el arenal caliente aún del sol de mediodía, los camellos fatigados. Aúlla un chacal, distante. Y por la vieja extensión polvorienta, sobre la extensa prolongación de la ruta, pasa la caravana. Son los Reyes Magos.

La noche está melancólica y los camellos cabecean de sueño.

Lejos, al final de la ruta, Belén la humilde. En el cielo, como una flor de hechicería y de milagro, relumbró un lucero. La pequeña caravana enmienda su rumbo.

Pobres reyes, tan llenos de ilusiones en sus tronos móviles!

Por los mantos que el sol hubiera encendido de púrpura, de azul y de oro, resbala el viento del desierto, un poco frío, seco, desolado. Y sobre todos ellos, y aún sobre el dilatado horizonte vasto, vuelca su plata la luna. El dios que la plantó en el cielo es sobrado generoso. Su luz dá para todos.

—¿Y ese resplandor?

—Es Belén...

La caravana marcha directamente hacia el establo en que ha nacido el niño. El camino es incierto, pero la estrella los guía. Y llegan...

Pero ésto pasó hace tiempo. Ahora...

Ahora la calle está sola y sombría. No es raro. Son las doce de la noche, se han recogido las patrullas y sopla frío el viento del golfo. Llovizna a ratos.

Es noche de reyes.

Algún ciudadano los vé pasar desgadamente.

—¡Mal momento, majestades, para vuestra anual cruzada!

Los reyes lo miran, desconfiados.

—Nosotros, demócratas, socialistas, hombres del porvenir, hemos hecho una revolución. Y vosotros, majestades, estáis demasiados viejos para estas audanzas. De vuestro paso por el arenal desierto hace mil novecientos años. ¿Oís esa caravana que pasa en la noche? Son los nuestros. Es una sección de ametralladoras. Tal vez camiones blindados, llenos de fusileros. De todos modos, es la revolución que pasa.

Una detonación seca, perfora la noche. Un proyectil, silbando, ha pasado sobre el grupo.

—Cuidaos, ciudadanos, dicen los Reyes.

Siguen en su automóvil.

Siguen, también, silbando, algunas balas. Hasta que, de pronto, se hace el silencio.

El silencio está lleno de miedo, y de ensueño infantil. Los Reyes, ahora, son desmedrados y concupiscentes. A los niños les consta que no vienen a lomos de camello... Los reyes de ahora trafican en hombres y cañones, despojan pueblos, roban imperios... Y la mirra y el incienso que esparcen vienen en tubos metálicos o de cristal: gases asfixiantes. Los niños, en cambio, empuñan el fusil. Un fusil verdadero, último modelo. Y se hacen matar junto a los hombres.

Los reyes, acaso, están a esa hora fría de la madrugada discutiendo el reparto de un próximo botín. Pero esos son otros reyes...

Estos, no.

Hay niños, empero, tan demasiado pequeñitos, que aún son niños. Esos están en su cama, desvelados e inquietos. Y si cruza una ronda militar bajo sus ventanas, con su pisada fuerte y sonora sobre el pavimento empedrado, ellos pensarán que son los Reyes que pasan en la noche para el reparto generoso. Arrullados por el ensueño se quedan dormidos. Arriba brilla el cielo, cuajado de estrellas.

Los Reyes arriban, en efecto.

Es absolutamente inevitable su visita. Monarcas suntuosos y puntuales, estos domadores de la leyenda han abandonado sus camellos del otro lado del mar. Sus camellos, lentos y felpudos, descansan ahora de la vieja jornada fatigosa. Llegan a nuestra isla en avión y recorren en automóvil las avenidas de nuestra ciudad. Portan, es natural, modernos **colts** a la cintura. Bajo sus trajes civiles se advierten las canañas.

El niño que nació como un exabrupto hace mil novecientos años para dejar sentado un absurdo fisiológico, aroma de recuerdo la noche del archipiélago. Y los niños de la gran isla, en sus alcobas tibias, esperan a los magos.

Sobre la isla en ruinas, sin embargo, se detienen poco tiempo los embajadores de Oriente. Aquí hay poco que hacer.

—Esta miseria es espantosa, ha dicho Melchor mesándose las barbas y mirando hacia el interior de una casa de buena apariencia.

—En ésta ni han comido hoy, adivina Gaspar, metiendo la mirada en una casa pobre.

En la ventana entreabierta, por donde penetra bruscamente el frío de la madrugada, ha colgado la ilusión un par de zapatos viejos. ¡Tan destrozados!

La caravana pasa.

Platea las calles un fugitivo halo lunar. Por entre el silencio unánime de la ciudad que duerme, llega bronco un estallar lejano.

—¿Qué?—dice Gaspar subiéndose la bufanda.

—Es una bomba—aclara Melchor.

Siguen su camino.

Los Magos advierten que los niños,—aún exceptuando aquellos que se han hecho hombres sin edad para serlo—, son muchos. Muchos más que el pasado año. Muchos. Muchos... Y como los tesoros reales están en crisis, (Oriente confronta intensamente la depresión mundial), los juguetes son escasos.

Dentro del automóvil de los Reyes,—que ha sido blindado previsoramente, aunque cuentan con un salvoconducto del Estado Mayor—, se amontonan pocos juguetes.

—No van a alcanzar—dice Melchor.

—¡Qué vamos a hacer!—exclama Baltasar pesaroso.

Una pareja les detiene en la próxima esquina:

—¡Alto!

Párase el automóvil de los Reyes.

—Somos los Reyes Magos, dice tímidamente Gaspar.

—¿No llevan armas?

Los soldados registran el automóvil. En el fondo del coche se encuentran unos cuantos juguetes baratos. La pareja los examina atentamente. Los dejan seguir.

—¡Paparruchas!—dice el jefe de la pareja.

El otro soldado ríe.

De pronto recuerdan que no han avisado a los señores Reyes Magos la dirección de sus casas... Los hijos se quedarán esta noche sin juguetes. ¿Puede ser eso?

—No tal vez,—dice un soldado—. Quizás Luisa...

Luisa es su mujer. Repite:

—Sí. Quizás Luisa haya avisado...

Los dos tienen hijos. En sus lechos tibios, ahora que es la madrugada, los niños se revuelven inquietos. Pero ya los Magos están lejos. Han dirigido su auto por un arrabal. Melchor, que va al timón,—no tienen chauffeur—, dice:

—Aquí no hay nada que hacer.

—Pero aquí hay hambre,—dice Baltasar. Podíamos haber traído un poco de comida. Víveres. Es la casa del pobre. Pero todo puede arreglarse.

Se hurga el bolsillo.

(Pasa a la Pág. 46.)

F. DE IBARZABAL

La Tragedia se Ciñó a su Canto

por

J. C. González Rebull

MARIA CERVANTES DE AULET

La tragedia tuvo celos de su felicidad y se ciñó a su canto. Para ofrecerle la composición triste, dolorosa, opaca, del amor fatal. María Cervantes de Aulet, brindó su última canción sentimental, que prendióse en su alma cual eterna cicatriz. La canción lúgubre de la muerte que en perenne sinfonía desgranara en su vida sus notas intensas de sufrimiento, de martirio, de recuerdo.

Tres nombres: María Cervantes de Aulet, Carlos Augusto Aulet y Rafael Llovet Alfonso. El primero, temperamento artístico exquisito, compositora genial, cantante popular. El segundo, un esposo. El tercero, joven ansioso de sentimientos musicalizados, de aspiraciones tiernas, de poemas inéditos, de endechas románticas, de madrigales sublimes. He ahí los vértices del triángulo de la tragedia del Cine "Florencia". Los protagonistas del drama último. Los actores de una página más del amor que llega tarde.

Ella llegó a la cima de la fama, por su voz llena de melodías, de emoción y de pureza, como el primer beso de mujer. Por su música nostálgica, popular e impresionante. Oirla cantar, era sentirse un admirador fervoroso de sus boleros inquietos, expresivos, sentidos. De sus canciones suaves, arrulladoras, acarriantes, que se esparcían como sinfonías silenciosas de violín. De sus puntos populares que nacían como cataratas ruidosas al calor de su creadora.

Rafael Llovet y Alfonso, fué un admirador más. En una noche de ensoñación, de presagios, de aventuras, la vió cantar y la sitió en el altar de la admiración. Y en un peregrinar constante fué siguiendo a María Cervantes, en sus presentaciones, trabajos y recitales. Sentía él una admiración artística de superación en esa mujer, que lo hacía feliz. Cuando ella cantaba, el éxtasis se posesionaba de su alma. Erase una influencia mágica de cuentos orientales.

Y Llovet, concibió escribir alguna canción, sentirse autor, para que la Cervantes le diera vida a su inspiración. Y el propósito fué realidad. Y pronto el temperamento artístico encontró su gemelo. Y en el Mundo del Arte se unieron los nombres: Cervantes y Llovet. Y por ellos el amor, la felicidad, las promesas, los desengaños, los caprichos, ofrecieron sus más ricas gamas a las sonoridades de la música.

Pero los temperamentos afines que cultivan el arte son los puntos lumínicos más peligrosos del amor. No hay seres inmunes al amor. Ovidio ya lo dijo: "Amor, tu llama arde hasta en el seno del agua." Vince exclamaba: "Frente al amor mi corazón se ha abierto como las flores bajo la primavera..." Y Llovet no era de los hombres densos, oscuros, insensibles, que llevan como corazon una piedra. María Cervantes lo sabía. Y junto al compañero de idealidades, sintió también que el amor brotaba al estímulo de la canción.

Pero no había comunión. Eran secretos íntimos. Sentimientos profundizados. Ansias reprimidas. Pero la canción siguió su curso con el estribillo maléfico del amor. Y ambos llegaron a enfermarse de amor. Vivían su enfermedad silenciada. Depositando él en la letra toda la pasión, todos los deseos, todas las confesiones. Inspirando ella con su música toda su correspondencia, toda su ilusión, toda su satisfacción. Escribían la pieza del cariño que no se atrevían a cantar. Su canto era un pecado.

Había un obstáculo: Carlos Augusto Aulet. El esposo que tenía todos los derechos, el testigo mudo de su repertorio musical, el hombre legal de ella. Y el sufrimiento arreció más en aquellos temperamentos, que como aguas encendidas correcian a la vida el amor en música. Ellos conocían que en la existencia el amor se diferencia del deseo, en que el primero aspira a la eternidad y el segundo sólo quiere vivir con la fugacidad del relámpago. Y sus esperanzas se cifraban en esa eternidad sublime...

Y la duda surgió un dia en el esposo. Se alimentó quizás en un comentario indiscreto. La duda se convirtió en acecho, en vigilancia, en celo. La tragedia enviaba sus primeros rayos negros de horror. Pero la fiebre del canto—representativa del amor—cegaba a sus inspirados. Y continuaba rindiendo testimonios de fé a ese secreto, con mayor intensidad los embriagos en la dulzura de esa hipersensibilidad artística.

Y la tragedia arreció. Ciega, tiránica, voraz. Cada canto de amor, era una flecha de fuego. Se desató el huracán de los celos. Un proceso evolutivo brusco. La canción los llevaría por un sendero perfumado al jardín del amor. Y las tentativas de separación fueron inútiles. Estériles los propósitos. Había una afirmación y entendimiento de estrecha unión.

Llovet continuaba con sus composiciones, sus poesías, sus escrituras. Ella, con sus interpretaciones, su música y su cooperación. El esposo relegado en el plano de esas actividades, y mordido mortalmente en sus sentimientos por los celos. El esquema de la tragedia se delineaba con perfección. Todo estaba dispuesto en el destino de María Cervantes. Una canción más. Y drama pasional brotaría rudo, cruel, sangriento... Y así sucedió. Allá en un teatro, donde mismo inició su adoración Llovet, encontraría la muerte. Marcando en la vida de la cantante la canción recia de la amargura. Y la tragedia se presentó en escena, a los ojos de los espectadores, a los ojos de los protagonistas, a los ojos de los testigos asombrados...

María Cervantes escaló el escenario; una salva de aplausos la recibió. En las últimas filas, confundido entre el público, estaba Llovet. Feliz, satisfecho, encantado. Rindiendo devoción sentida a su amor artistico. La primera canción se deslizaba entre el murmullo acogedor. La Cervantes triunfaba, pero la tragedia se levantó a su paso. En la figura del esposo celoso.

Al teatro llegó Carlos Augusto Aulet. Lívido, nervioso, sin control, poseído del celo dominante. Vió a su esposa que en el canto pregonaba la letra de Llovet. Esa letra que para él no era poesía, sino blasfemia. Buscó impacientemente a Llovet. Alguien lo señaló. Y el drama corrió a la cortina de su acto final. Aulet, lo examinó: joven, decidido, audaz, llevándose por el camino bello de la seducción artística a su esposa. Y los celos gritaron dentro de su ser la sentencia criminal: "¡Mata!"

Y Carlos Augusto Aulet mató. Desesperado, con seguridad, con venganza. Fué una escena breve. Instantánea. Tan corta como el decir de un verso en los labios de la Cervantes. Tres disparos sonaron. La tragedia se había consumado. El pánico cundió. La canción quedó tronchada... como la vida del hombre que era su autor. Los labios de María Cervantes se enmudecieron. Y a la entrada del teatro, Rafael Llovet quedaba muerto, mirando al escenario a la mujer que brindó su existencia artística, oyendo sus últimas palabras musicalizadas y pensando como el poeta: "El amor, hasta en la muerte, es vida..."

(Pasa a la Pág. 46.)

La Guerra: Sueño de Prosperidad

por

MANUEL MARSAL

¿Y la guerra—nos han dicho en más de una ocasión desde que regresamos del destierro—no cree que pondría fin a esta tremenda crisis económica? Al responder hemos sonreído piadosamente. ¿Acaso no fué la del 14 una guerra para conjurar esta misma crisis cuya intensidad se ha ido acrecentando a contar de la hora misma en que se firmó el armisticio el 11 de Noviembre de 1918?

No dándose por vencidos los que alimentaban con la posibilidad de otra guerra mundial sus sueños de prosperidad, insisten: "El azúcar, nuestro azúcar..." y recuentan los episodios todos de aquel período que ya nos va pareciendo fabuloso, bautizado con el nombre bíblico de las "Vacas Gordas". En Cuba, es lo cierto, la danza de los millones la bailó una minoría, derrochando en una feria de vanidades el caudal del futuro; no sólo su propio caudal, sino también la riqueza del suelo que era de todos. Aquel vértigo originado por la fiebre de producción azucarera, por la demanda desmesurada del dulce producto, completó la total absorción de nuestra primera industria por el capital extranjero. Nuestra incipiente economía nacional, en consecuencia, quebró a poco, acentuando el "status" semicolonial de la República, atacada de raquitismo desde su primer día de vida. Esta debilidad ingénita de la nacionalidad cubana debe considerarse como uno de los factores que, presionando de continuo sobre los hombres que han dirigido la administración pública, señalándoles a cada momento la posibilidad de un largo eclipse o la total desaparición de la nominal independencia del Estado, ha contribuído al aceleramiento del proceso de desmoralización de las clases dirigentes del país afectadas, además, por los vicios propios del sistema capitalista, que ahora, como antes de 1914, cree encontrar en la guerra el remedio a su mal incurable.

DENTRO DEL MARCO DE ORO.—

Cuando se habla del período más opulento de la República, los que ven en la guerra la posibilidad de una mejoría económica apresuran haciendo uso de razonamientos demagógicos, para provocar el entusiasmo de sus auditorios, a recordar los altos jornales y los crecidos sueldos que se devengaron en Cuba en el curso de aquella breve etapa. Cautelosamente callan toda referencia al alto costo de la vida, que excedió en más de un sesenta por ciento a las posibilidades adquisitivas de los que tales sueldos y tales jornales percibieron. Las masas, la población obrera, la misma clase media sufrió durante aquellos años penuria y angustias económicas, que han ido agravándose en la medida ascendente de la crisis mundial. Las clases dominantes nativas capitalizaron el sudor del trabajo de las otras, y no pareciéndoles todavía bastante la utilidad obtenida, mataron la gallina de los huevos de oro: vendieron la tierra o la hipotecaron a los avisados Shylocks de Wall Street. Y, en cuanto a la vida política, la danza de los millones señaló el establecimiento de la primera dictadura, con su secuela de atropellos, persecuciones e injusticias, acallando, en nombre de la ley y el orden, toda cívica protesta; destruyendo por la violencia las organizaciones obreras; dejando al proletariado sin posibilidad alguna de reclamar sus derechos, por medios legales; preparando, en fin, a la población joven, por medio de una Ley de Servicio Militar Obligatorio, para que fuera a dar su sangre en las trincheras, al otro lado del Atlántico, en defensa de una democracia cuyos últimos vestigios se perdieron en la propia batalla que se peleaba en su nombre y para su conservación.

LA GUERRA EN LOS ESTADOS UNIDOS.—

No dándose por vencidos los que, deslumbrados, engañados por la propaganda de prensa y de tribuna concienzudamente organizada por la clase que debe beneficiarse con la guerra, ven en este evento la posibilidad de solucionar sus problemas económicos, dejan caer otra pregunta, que, en seguida, se contestan: "¿Ocurrió en otros países, participantes más directos en la contienda de 1914, lo mismo que en Cuba? Los Estados Unidos, por ejemplo, centuplicaron su riqueza."

Que los Estados Unidos de Norte América centuplicaron su riqueza durante la Guerra Imperialista, es innegable, más esto no quiere decir que el 87 por ciento de su población, representado por la pequeña burguesía y el proletariado, recibiese beneficio alguno, sino que, bien por el contrario, sufre desde entonces con mayor agudeza los efectos de la crisis económica. El número de millonarios, durante el cuatrenio trágico fué de 7,500 a 25,000, pero frente al enriquecimiento de esta exigua minoría, debemos considerar el empobrecimiento de cien millones de individuos, de los cuales todavía dieciséis millones viven, vegetan, es más exacto decir, gracias a la caridad del Estado o a la misericordia pública, a despecho del cántico de bienvenida a la prosperidad que entonan a toda voz los bien pagados caros rooseveltianos. Para tener una idea aproximada de cómo fueron creados estos dieciocho mil millonarios durante la gran hecatombe que se inició en las calles de Sarajevo, nos bastará hojear en los archivos del Senado de los Estados Unidos el Documento No. 259, redactado en el curso de las sesiones de la sexagésimaquinta legislatura. En esas páginas encontramos—he aquí un ejemplo elocuente—que las acciones de la fábrica de municiones de Irene E. du Pont, bien conocida en Cuba, alcanzaron dividendos por concepto de utilidades que se elevaron a un 104 por ciento. La U. S. Steel Corp., controlada por la Casa Morgan, en el mismo período, registró en su balance $295.292.000.

LOS QUE COSTEARON LA GUERRA.—

En el otro extremo del puente, en el extremo que se hundió, millones y millones de hombres no recibieron beneficios: fueron explotados hasta la saciedad sin posibilidad alguna de rebelarse, sin derecho a la protesta. Leyes y más leyes, en nombre de la defensa de la patria, les obligaron ora a marchar hacia la muerte en las trincheras de Francia y en las estepas de Siberia; otrora a trabajar como galeotes en la industria de guerra y, los que escaparon de la garra oficial empeñada en recuperar a cualquier precio, para los banqueros de Wall Street, los millones que habían prestado a los Aliados, la suerte no fué mejor.

El costo de la vida se elevó, durante los citados años, desde un 60 a un 115 por ciento, en tanto que, como señala el economista Hugh Hanna, los jornales y los sueldos no alcanzaron en momento alguno, durante el mismo período, un aumento que excediese de un 33 por ciento.

BALANCE DE LA CONTIENDA.—

En el curso de los cuatro años de la Guerra Imperialista de 1914, murieron 10,000.000 de hombres que vestían uniformes militares; 20,000.000 figuran en el "bureau" de los "hombres perdidos" cuyo paradero se ignora.

La población civil, por su parte, perdió, a consecuencia del hambre, la peste y otras enfermedades engendradas por la guerra, 20,000.000 de individuos. La influenza agostó 15,000.000 de vidas. 9,000.000 de niños quedaron en la orfandad y 50,000.000 de mujeres, vistieron luto de viuda. 10,000.000 de personas quedaron sin hogar por los estragos de la metralla y los ataques de la miseria.

El costo neto de la guerra fué de $200,000.000.000, de los cuales

(Pasa a la Pág. 42.)

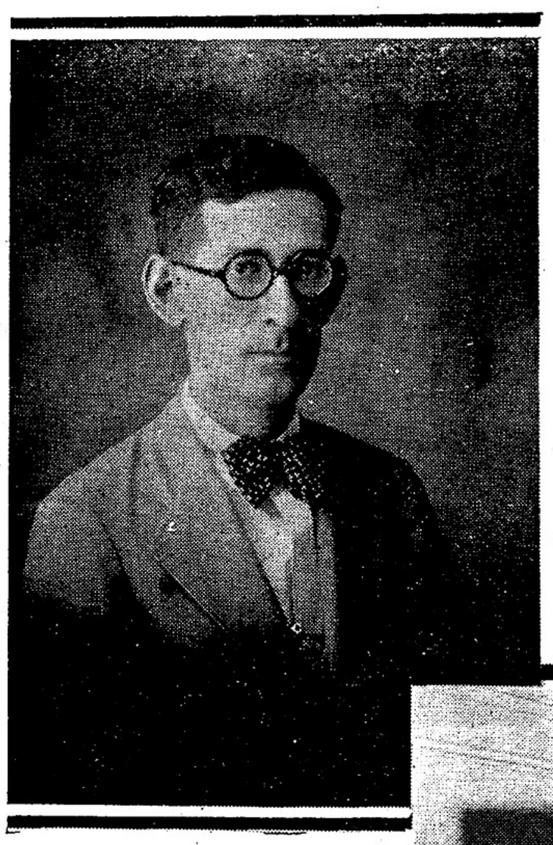
La Zona Franca es única salvación de

La Ciudad Dormida que cantaron los poetas, pasó de su letargo a la angustiosa agonía en que se debate.—De no concedérsele la Zona Franca, los matanceros tendrán que abandonar sus lares, y emprender la triste caravana del hambre.—Los arrestos de todos los hombres decididos de aquella ciudad, están dedicados, en plausible y vigoroso esfuerzo, a que Matanzas no muera.—Lo que fué, lo que es y lo que podrá ser la Ciudad de los Dos Ríos.—Lo que los matanceros anhelan, beneficiaría grandemente a su ciudad, sin perjudicar a ninguna otra.—Es una vía o un pontón al tráfico marítimo internacional, lo que Matanzas quiere ser.

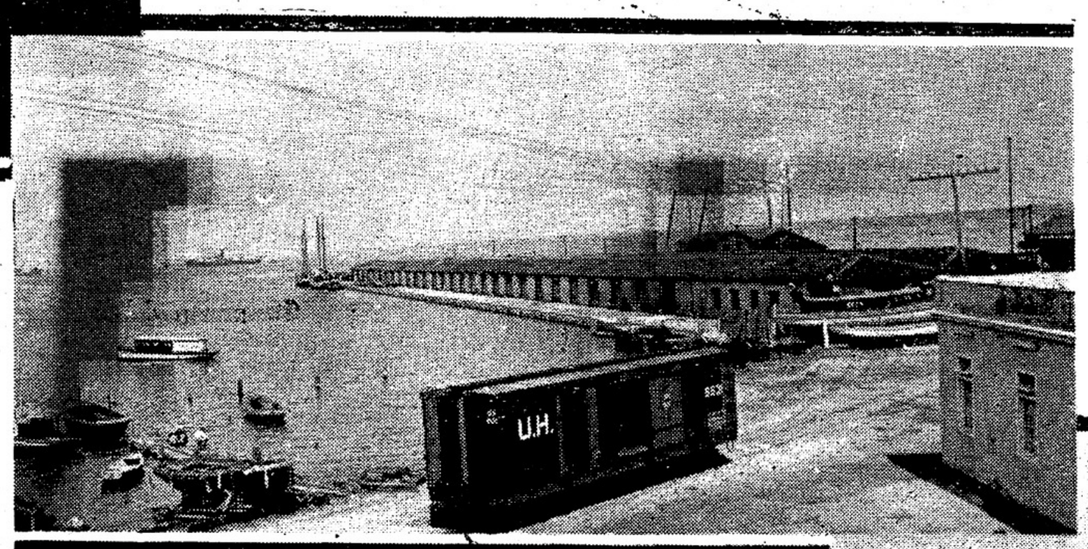
Polvo. Miseria. Telarañas en las viejas cajas de caudales, exhaustas y decorativas. Casas destartaladas. Baches, aceras rotas. Jardines descuidados, pelados, polvorientos, tristes. Comercios en ruina, lanzados a mil equilibrios para cubrir los graves compromisos de las contribuciones. Industrias en quiebra, cerradas, desaparecidas. Todo aminorado, reducido, atomizado, ínfimo. Las que eran grandes fábricas de tabaco, reducidas a chinchales; los chinchales, hechos lúgubres puestecitos de pedir limosna. Las fábricas de dulces, convertidas apenas en tableritos callejeros. Y los hombres, los hombres de trabajo y de lucha, los hombres de condiciones y de valía, industriales y obreros, empleados y comerciantes, profesionales y periodistas, todos, aherrojados a la inactividad, asidos a la última esperanza antes de abandonar el suelo natal, querido y digno de mejor suerte, antes de abandonarlo como tantos y tantos, centenares y miles de matanceros, lo hicieron ya.

La Ciudad Dormida que cantaron los poetas, agoniza cruelmente. Ya no duerme; ahora se está muriendo definitivamente. Si los hombres que fueron sus alcaldes, sus gobernadores, sus senadores y sus representantes, y sus concejales y sus consejeros, no tuvieran más culpas que las que su cooperación vergonzosa al Machadato les hubiese echado encima, todavía podrían ser perdonados. Pero cuando no tienen perdón es cuando se contempla el estado espantosamente miserable en que han dejado perecer a Matanzas.

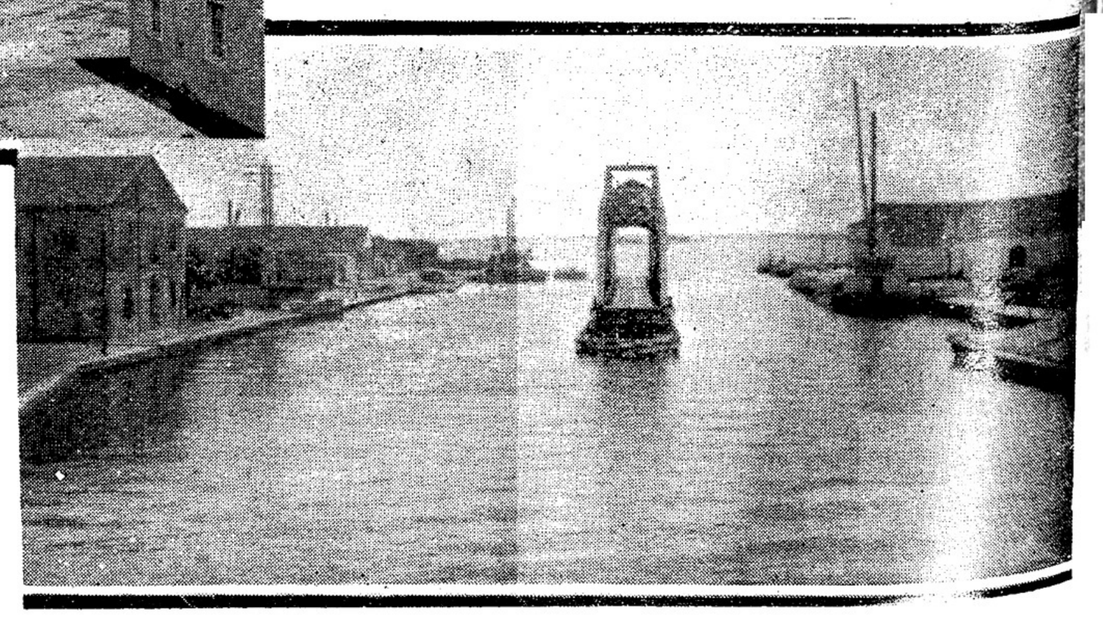
Dr. Agustín ACOSTA, Gobernador de facto de la Provincia de Matanzas, que coopera decididamente al logro de la Zona Franca en el puerto matancero, como medida única para salvar del hambre aquella región.



Dr. Mario JORDAN, abogado y rotario, autor del proyecto de Zona Franca, que ha hecho un concienzudo estudio legal, consagrando sus valiosas actividades al logro de esta concesión que tanto beneficiaría a Matanzas.



El muelle general de Matanzas, era ésto hasta hace pocos años. Había movimiento. La foto fué tomada precisamente en un día que no había vapores atracados a él; pero los había en puerto, los hombres tenían trabajo, en Matanzas había dinero.



A la desembocadura del río San Juan, hubo necesidad de levantar este puente giratorio para el cruce del tren de la "Matanzas Terminal", auxiliar poderoso, en el ayer lejano, del tráfico marítimo de Matanzas. Por el río, hacia los grandes almacenes de depósito, navegaban continuamente los remolcadores arrastrando grandes reatas de lanchones cargados.

La iniciativa de crear una Zona Franca en el puerto de Matanzas, no podría decirse exactamente de quién partió. Baste decir que fué la primera población cubana que solicitó ese derecho, y que desde 1870, en diversas y múltiples ocasiones y circunstancias, ha reiterado su petición. Pero ahora, fueron los rotarios primero, y los estibadores después quienes han calorizado la idea que merece triunfar, por cuanto nunca cómo en esta ocasión se hace necesaria esa concesión.

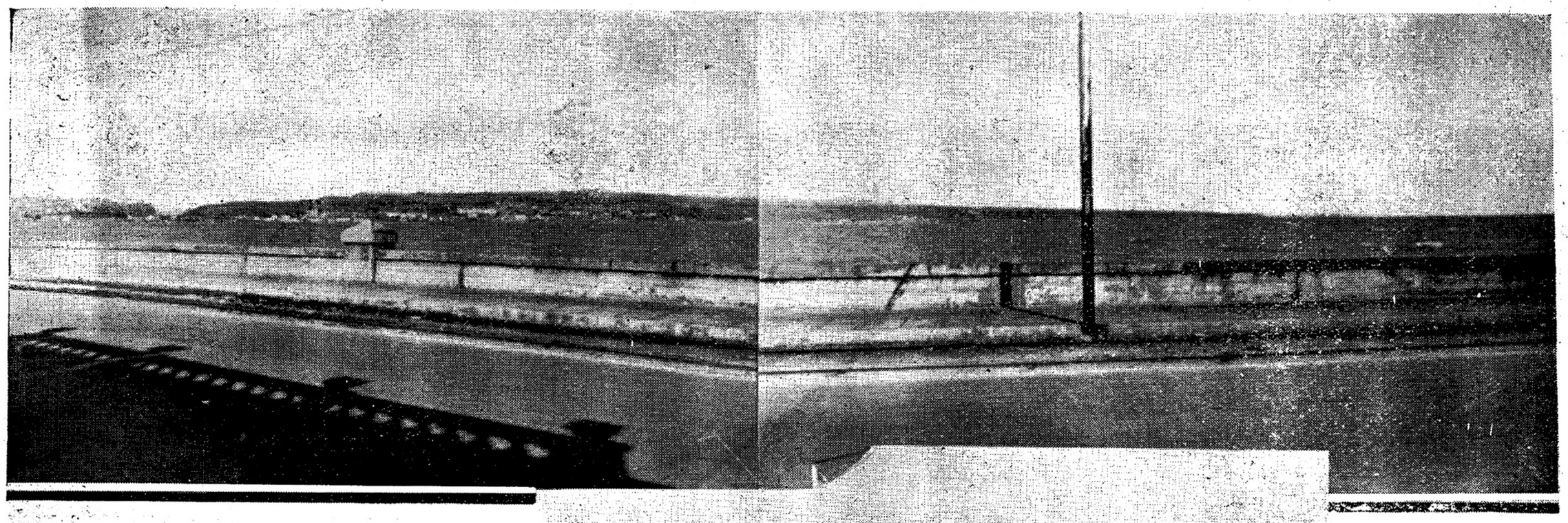
En reciente viaje que hizo a Europa el señor Ricardo Linares, comerciante prestigioso y rotario benefactor de la ciudad yumurina estudió el problema de las zonas francas

morosamente privilegiada por la Naturaleza. Matanzas agoniza; pero ante la agonía de Matanzas, los matanceros se han puesto en pie. En pie de combate y de lucha. Todos se han unido en estrecho haz, sin distingos de clase alguna, y todos se han lanzado a la reconquista de la vida para la ciudad matancera. El remedio que hace falta es heroico; pero es imprescindible. Y sería criminal no dárselo, cuando para concedérselo el Estado no tiene que derramar chorros de oro sobre Matanzas, ni tiene que gravar a nadie, ni crear nuevos tributos, ni perjudicar a ninguna otra región.

ZONA FRANCA EN EL PUERTO DE MATANZAS.

Todo lo que Matanzas necesita para su salvación, es que se le conceda por el Gobierno Central el establecimiento de una Zona Franca en su hermosísima bahía. Nada más. Con terrenos propios, suficientes y sobrantes para ello, el Estado no tiene que hacer expropiaciones en el litoral. Estudiado el proyecto detenida y cuidadosamente por quienes han puesto su amor en la causa, se le dá todo hecho. Al Gobierno toca solamente, ya que no puede darle mejoras de ninguna clase, ni proporcionarle trabajo, ni contribuir al renacimiento de sus industrias, ni llevar la prosperidad a su comercio, ni hacer de ningún modo que los barcos que antes hacían del de Matanzas su puerto de carga para los azúcares, vuelvan a hacerlo, otorgar la concesión, que no va en favor de una firma, de una persona o de una entidad privilegiada, sino la busca el pueblo de Matanzas, desfallecido y misérrimo.

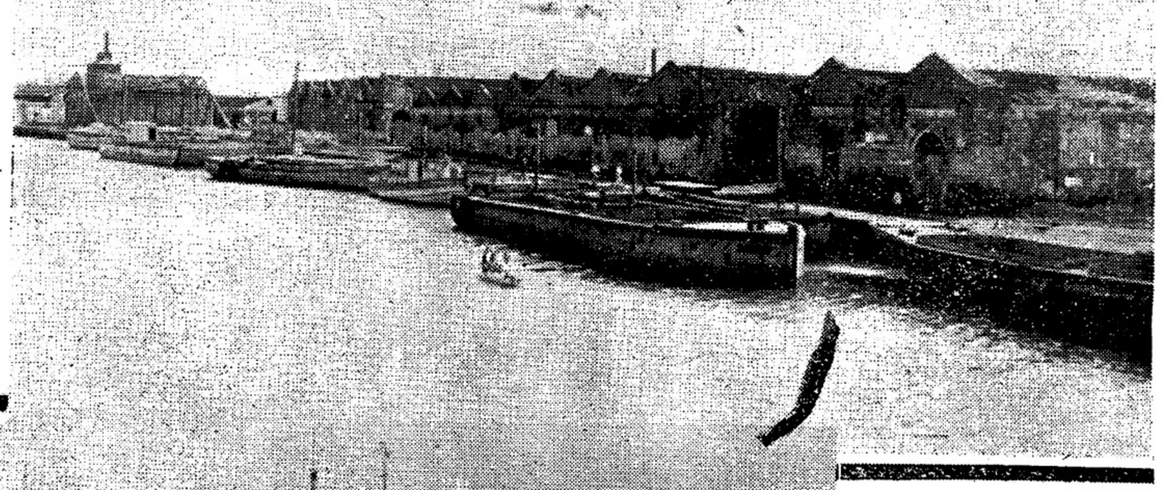
El Puerto de Matanzas, la Ciudad agónica



La bahía de Matanzas, mostrada así parcialmente, aparece desierta; apenas si el botecito de algún pescador cruza sus aguas. A la izquierda, se ve la garganta del Abra del Yumurí, un poco más al centro, el pintoresco barrio de Versalles. Después, hasta Punta Sabanillas, el litoral donde podrían establecerse, no una, sino diez zonas francas, ya que en el mismo cuenta el Estado con grandes extensiones de terreno.

los puertos libres. Trajo documentación, y presentó su proyecto a la consideración del "Rotary Club". Una comisión integrada por los rotarios Juan José Alcózer, Ricardo Linares, Ernesto Prieto y el Dr. Mario Jordán, inició las gestiones. Se acercó a la prensa, obtuvo calor. Se acercó a los obreros, obtuvo acogida. Pero los acontecimientos nacionales hicieron perder las iniciativas en el maremágnum ambiente.

Sosegados un tanto los ánimos, y más grave cada día la situación de



Ahora el "San Juan" es un cementerio de actividades. No suena nada en él. Los remos cansinos de alguna lanchita pescadora. Nada más. Los remolcadores están mudos; las panzas de los lanchones ventrudos que aún no se han ido a pique, se agobian vacíos o de aguas podridas; los almacenes, destechados, agrietados, derruídos; como entregados a una autodestrucción suicida, tras el convencimiento de su inutilidad.

A ésta pudiera llamársele "la nave solitaria". Junto al muelle, desde hace mucho tiempo, no se ven más arreos marítimos que los de esta goleta náufraga.

Hoy... el muelle de Matanzas es ésto que veis aquí. La inactividad trajo la miseria, el abandono, el deterioro y la destrucción. Es un tramo de tierra inútil que se adentra en el mar. Las férreas columnatas de la armadura, se yerguen descarnadas e inútiles, con la tristeza con que se nos muestran en los museos las osamentas de los plesiosaurios.

Matanzas, el Gremio de Estibadores supo que el Secretario de Gobernación lanzaba o amparaba la idea de hacer del de la Habana un puerto libre. Fué entonces que los estibadores reanudaron sus actividades; los rotarios fueron hacia ellos de nuevo, a llevarles el aporte de su cooperación; y pronto, todas las fuerzas que no pudiéramos llamar vivas tratándose de Matanzas, pero sí revividas en un esfuerzo gigantesco y heroico, se han unidos para luchar por el triunfo de la misma causa.

Todos unidos bajo la bandera del resurgimiento de Matanzas.

El anhelo es tan justo, que nadie ha vacilado en aportar su colaboración. Y hoy, el Gobernador y el Alcalde, los jefes militares y las autoridades judiciales, magistrados y jueces, profesores y catedráticos, comerciantes y detallistas, abogados y médicos, rotarios y periodistas, industriales y masones, empleados públicos y funcionarios oficiales, almacenistas y azucareros, banqueros y corredores, maestros y propietarios, todos los obreros de todos los ramos y todas las industrias, todo el mundo está unido individualmente y colectivamente. Porque junto a las clases, las institucio

nes. Y con los hombres, los organismos. Liceo, clubs, centros, sindicatos, asociaciones, todos. Todos, clamando por la mejora única, por la salvación única. Todos: la Hermandad Ferroviaria, Matanzas. Terminal, Dependientes del comercio, chauffeurs, curtidores, zapateros, torcedores, tranviarios, electricistas, carpinteros, pintores, tipógrafos, sastres, carniceros, patrones y marineros, panaderos, músicos, jornaleros... lo que se dice en una palabra: todos.

Y todos reclamando lo que al Estado no implica sacrificio alguno, y lo que vendría a ser, no ya la inyección vital para Matanzas, sino que una fuente de riqueza para el erario público.

MATANZAS DEBE LOGRARLO.

La Zona Franca, establecida en el litoral de Matanzas, mediante la legislación que tan detalladamente ha estudiado para presentarla al Gobierno en su oportunidad el joven letrado matancero doctor Mario Jordán, daría lugar a que se estableciesen en gran número, industrias fabriles y almacenes generales de depósito. Esas mercancías, de libre importación, fuera de los límites aduanales, serían almacenadas en la Zona Franca, disponibles para la importación en territorio cubano; o para almacenarlas, cuidarlas, escogerlas, manipularlas, clasificarlas, cambiarlas de envase, dividirlas, mezclarlas, transformarlas, comprarlas, venderlas, disponer de ellas, reembarcarlas o reexportarlas. Es decir, para diversas manipulaciones, todas y cada una de las cuales reclamaría la presencia de obreros y empleados matanceros, que tendrían en la Zona Franca un medio de vida con que actualmente no cuentan.

Santiago GRIÑAN, periodista y lider obrero, incansable y tenaz, que está laborando en primera fila, por el triunfo de la que es hoy aspiración máxima y unánime de Matanzas.

Dr. Joquín DE ROJAS, Presidente de la Cámara de Comercio de Matanzas, que en su carácter de tal está trabajando incesantemente por la aspiración matancera.

Laureano LOPEZ, miembro de la Comisión Gestora de la Zona Franca, que desarrolla múltiples actividades, desde la prensa y por mil modos, en favor de la plausible iniciativa.

LO QUE FUE EL PUERTO DE MATANZAS.

El de Matanzas fué en otros tiempos un puerto de importancia. Por él se embarcaba una gran cantidad de azúcares. Cuatro millones de sacos llegaron a exportarse en una zafra. Ahora, en esta zafra que se avecina, es posible que no pase por sus aguas un solo saco.

Todo ha ido contra Matanzas. Las tarifas ferroviarias, las primeras en su contra. Baste decir que los ferrocarriles cobran más caro por el transporte de un saco de arroz de Matanzas a Unión de Reyes, que de la Habana a ese mismo lugar. Después, véase: en el año 1893, pasó por el puerto de Matanzas carga bruta ascendente a 649.649.02 toneladas, de las cuales se descargaron 54.497.36 toneladas. Pues bien, el año que acaba de pasar, el tonelaje bruto no ha llegado ni a la cifra de tres mil toneladas.

Félix U. CASAS, director del periódico matancero "El Imparcial", que desde sus columnas ha batallado infatigablemente, en diversas ocasiones, en favor de "Matanzas, Puerto Libre"

Ricardo LINARES, comerciante y rotario yumurino, a cuyas iniciativas se debe en gran parte la gestión matancera en pro de la Zona Franca.

NO PERJUDICA A NADIE.

La mejora que se pretende no causa perjuicios a ningún otro puerto. El de la Habana, es indudable e indiscutible puerto de tránsito y de importación y exportación. El de Cárdenas, dada la lejanía de los centrales matanceros al de Matanzas, tiene el embarque de azúcares, ya que es menor el kilometraje que esos azúcares han de recorrer yendo a Cárdenas que a Matanzas. Queda a Matanzas ese único arbitrio: el de hacerse puerto internacional, para el de transbordo y depósito de mercancías y el de la conversión de materias primas en artículos manufacturados, implantándose esas fábricas en el territorio de la Zona Franca.

Teniendo en cuenta que Matanzas es la única provincia que no tiene puerto alguno en el sur de la Isla, esta medida vendría a resarcirla un tanto de los perjuicios que sufre por ello.

OTRAS RAZONES DE FUERZA.

Otras múltiples razones podrían aducirse en favor de Matanzas, en apoyo de su aspiración a que se le conceda la Zona Franca.

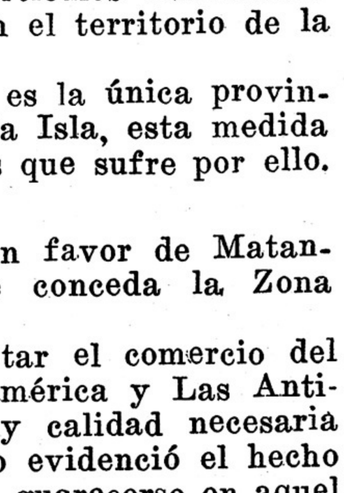
Su posición geográfica le permite interceptar el comercio del Golfo de México, de Norte, Centro y Sud América y Las Antillas. Además, su bahía tiene la capacidad y calidad necesaria para toda clase y calidad de buques, como lo evidenció el hecho de que el paquidérmico "Rex" tuvo que ir a guarecerse en aquel puerto, cuando visitó a Cuba en el pasado año.

Su situación próxima a la Habana, hace útil la Zona Franca hasta para el propio comercio importador, ya que por la Ca-

(A la Pág. 43.)

José GONZALEZ, Comisionado por la Seccion de Artes Gráficas de Matanzas, para laborar en pro de la Zona Franca.

Isaac ECHEVARRIA, Secretario del Gremio de Estibadores de Matanzas, y uno de los propagandistas más entusiastas de la Zona Libre en aquel puerto.

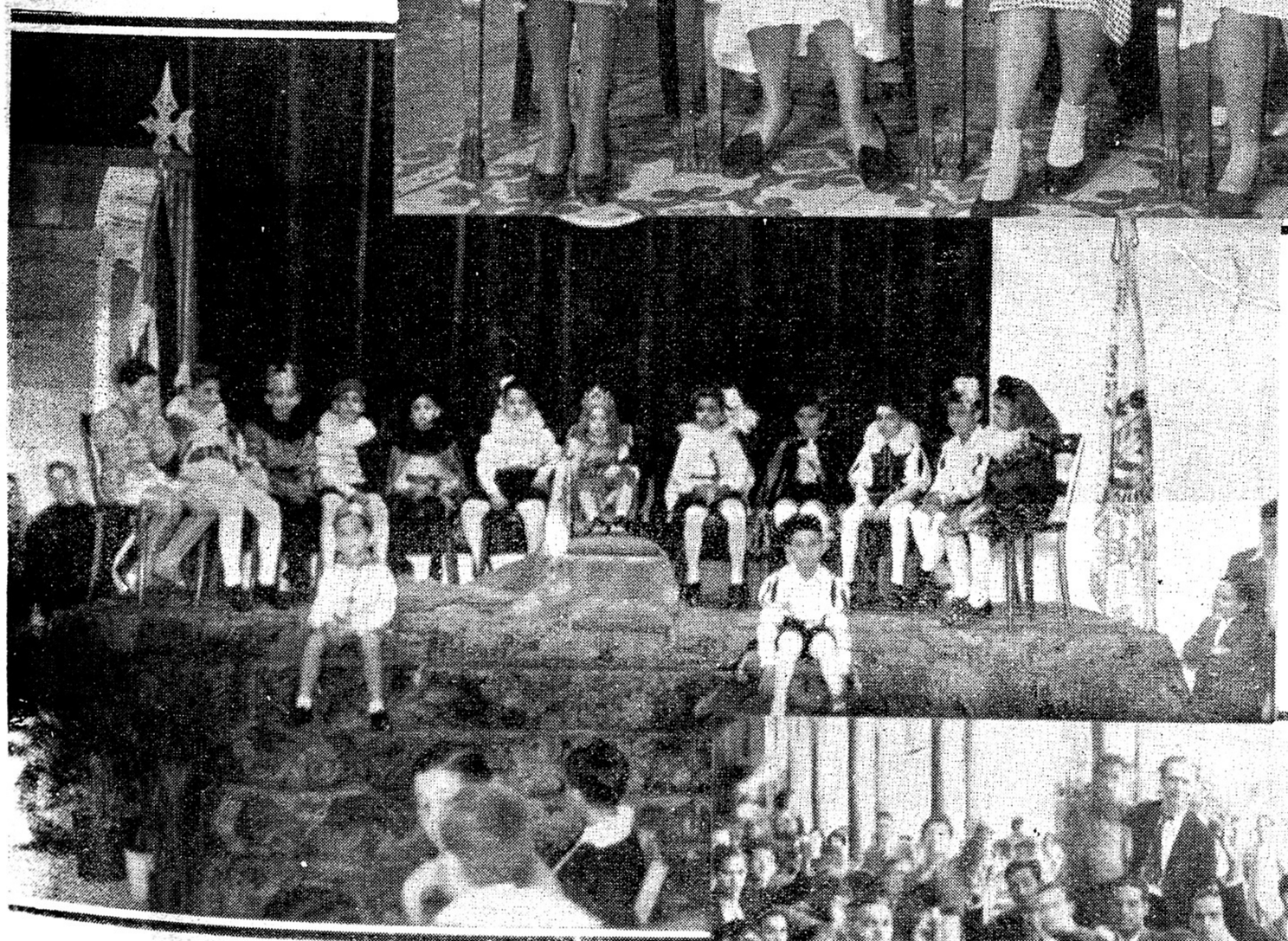


Pedro IGLESIIAS, Presidente del Gremio de Chequeadores y Pesadores, presta también su concurso a la idea.

Actualidad

El Profesor Paul V. Shaw, de la Universidad de Columbia y eficaz colaborador del Dr. Fernando Ortíz en sus esfuerzos revolucionarios a favor de Cuba, ha sido huésped de nuestra capital, donde ha realizado estudios de nuestra situación para escribir varios artículos. Ambas personalidades posaron para BOHEMIA

Miss Esther J. CROOKS, Delegada de la International Women's League, ha visitado a Cuba.— Esta es una de las mujeres americanas que más ha ayudado a Cuba en la lucha contra la tiranía de Machadonia. La señorita Crooks fué cumplimentada por la señorita Hortensia Lamar, la señora Mederos de González y el doctor Fernando Ortíz.

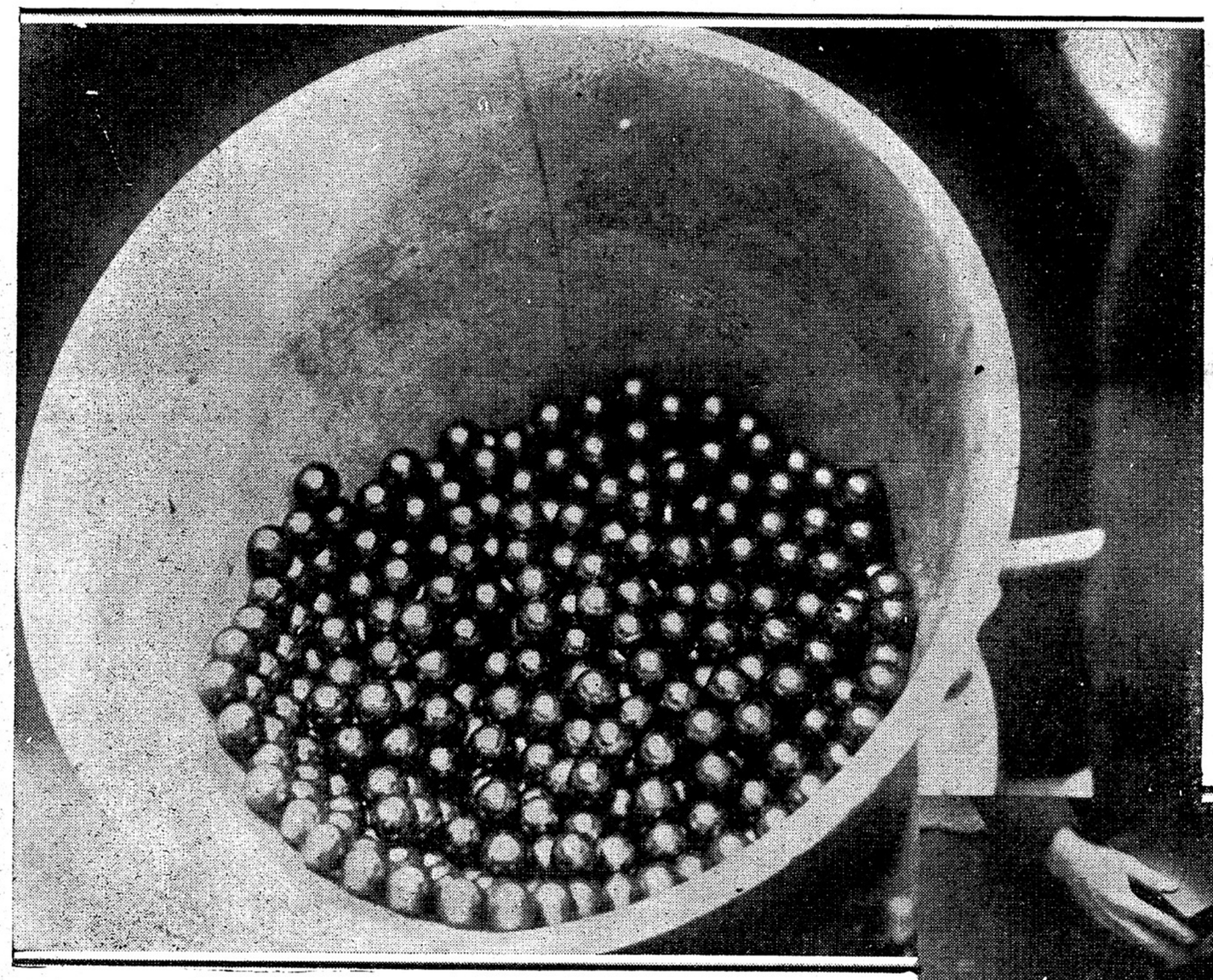


REPARTO DE PREMIOS A LAS ALUMNAS DEL CONSERVATORIO PEYRELLADE. —Grupo de alumnas del 4o., 5o. y 6o. año, premiadas por su labor al finalizar este curso, por la señora Juana Vallés de Pérez Goñi, directora del referido plantel.

LA FIESTA DE LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE BELEN.— Uno de los caudros presentados por los niños Luis Sorzano, Pascasio Pérez, Luis Rodríguez, Federico Linder, Manolito López, José R. Alvarez, César Salaya, Guillermo Echavarría, Chicho Ariosa y Eusebio Coterillo.

UN ACTO DE CONFRATERNIDAD ESTUDIANTIL. Grupo de alumnos de Artes y Oficios, asistentes al almuerzo de

Un Nuevo Instrumento de Destrucción



He aquí una carga de perdigones que la nueva ametralladora puede lanzar a una velocidad de nueve mil por minuto.—(Fotos Internews).

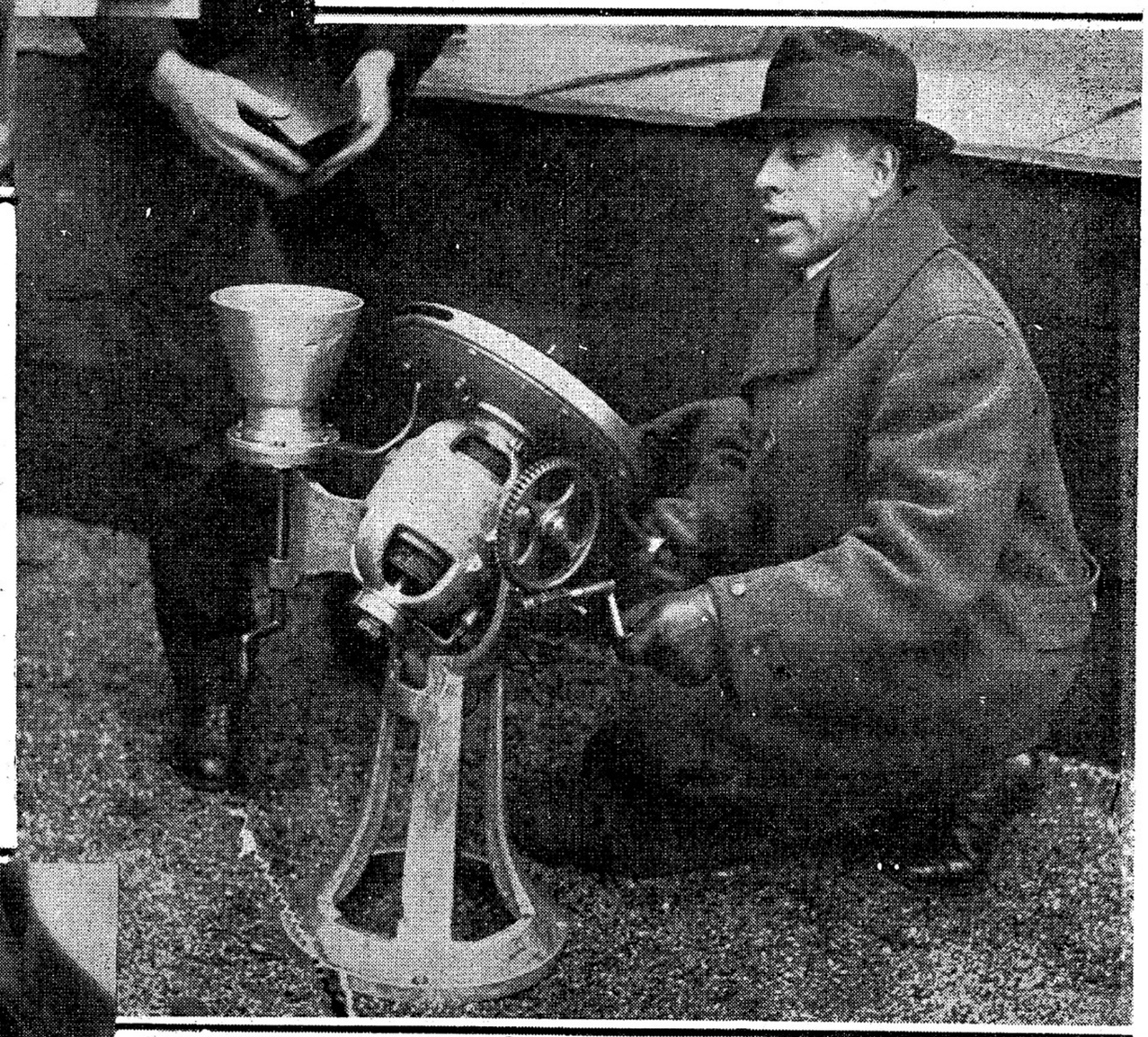
Reportes procedentes de Berlín anuncian la existencia de un nuevo y mortífero instrumento guerrero, que acaba de ser inventado por un científico japonés y que está llamado a producir terribles estragos en caso de un conflicto bélico en que tan eficiente mecanismo se utilice.

El aparato en cuestión, que, según nuestros lectores pueden ver, tiene una conformación muy semejante a la de las inofensivas maquinitas de moler carne, es nada menos que una terrible ametralladora capaz de disparar nueve mil proyectiles de 3|4 de pulgada de tamaño, en el espacio de un minuto.

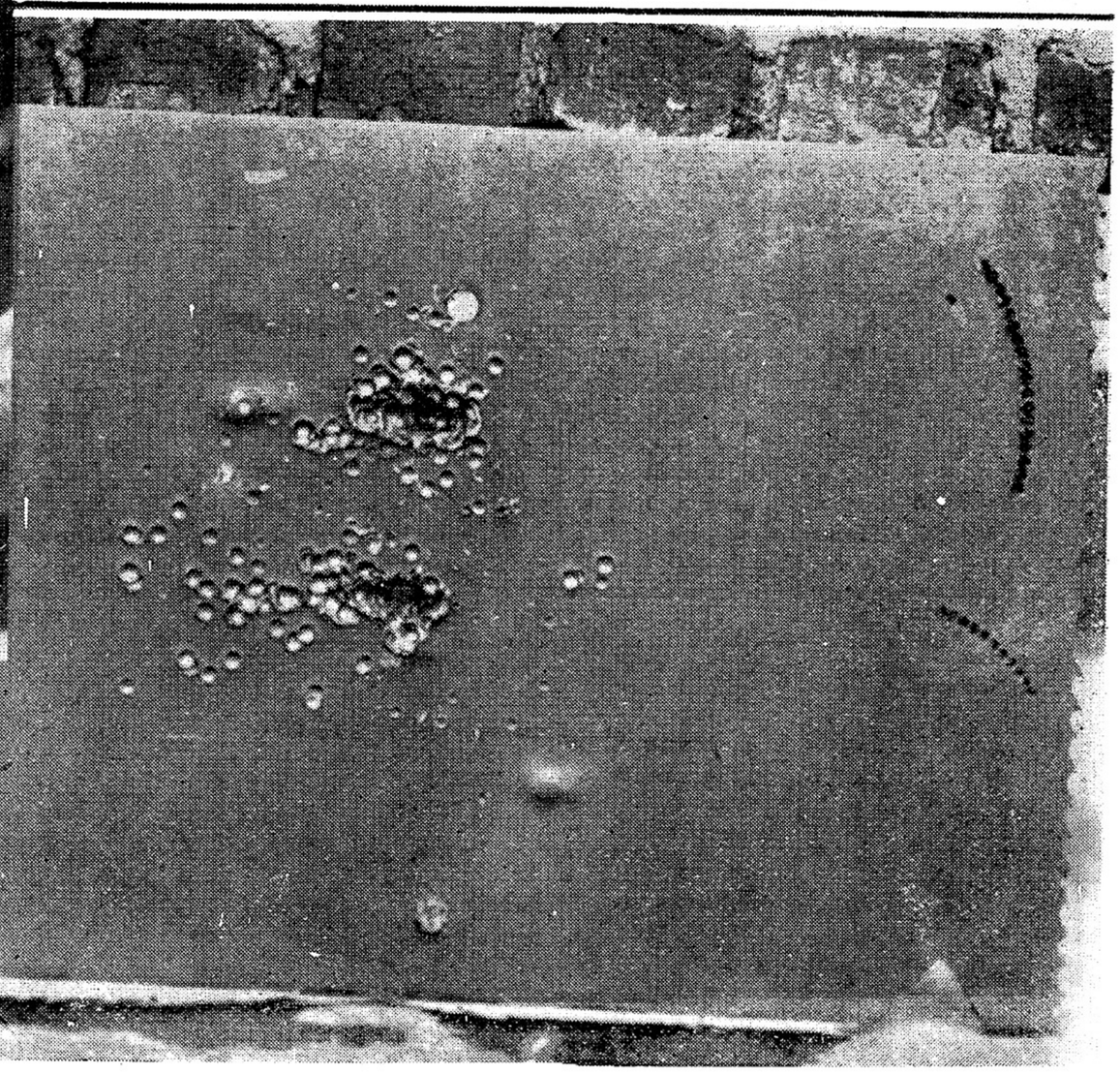
El mecanismo, que carga los proyectiles en el depósito del grabado superior, funciona con gasolina, por medio de un motor eléctrico, con vapor y con la fuerza centrífuga, y aunque carece de cañón como las demás armas de fuego, la fuerza centrífuga imprimida a un disco de metal, proyecta los balines con una velocidad extraordinaria, capaz de taladrar planchas de acero de 9|16 pulgadas o más gruesas.

Las municiones se echan en un depósito en forma de embudo que las traslada a una serie de tubos cuyos conductos desembocan inmediatamente por debajo del disco movido por la fuerza centrífuga, expandiéndolas en la dirección indicada con inaudita velocidad. Se asegura que estos

(Pasa a la Pág. 39.)



He aquí una de las múltiples maneras de manejar el mortífero aparato de tan inofensiva apariencia.



Una perspectiva de la nueva ametralladora, mostrando el embudo de abastecimiento de municiones y los conductos por donde éstas llegan hasta el disco que, impelido por la fuerza centrífuga, las lanza a gran distancia.

Una plancha de 9|16 pulgadas, mostrando los efectos de las perforaciones producidas por los proyectiles de la nueva ametralladora.

Bohemia

Editorial

Dolorosas Realidades

Las perspectivas al iniciarse el nuevo año, no son halagadoras. Vivimos los cubanos en un ambiente de recelos e incertidumbres. La caída del Machadato no ha producido los efectos saludables que de ella era lógico esperar.

El triunfo revolucionario ha sido desnaturalizado. En vez de mantenerse unidas, consolidadas e integralmente vigorosas, las distintas fuerzas oposicionistas que lucharon contra aquel desdichado régimen, se dividieron; y con la bella ideología estudiantil por gallardete—aunque lesionando los prestigios de tan noble ideología desde los primeros instantes—se lanzó a la conquista del gobierno un grupo de revolucionarios, proclamándose auténtico representativo de la Revolución.

Las sonrosadas ilusiones han ido desvaneciéndose poco a poco. El pueblo cubano ha pasado por el dolor de ver desteñirse banderas gloriosas y desdibujarse figuras de relieve. La bandera del estudiantado no luce con los matices que realzaron insuperables purezas y sacrificios, mientras parecen eclipsados nombres que aureolaban los destellos de una sana e impetuosa juventud.

La Universidad era vista a mediados de 1.933 como divinizada cumbre de sabiduría y ejemplos de conducta. Nombres de numerosos estudiantes—mártires y el nombre de un tan gallardo maestro como Gonzalo Freyre de Andrade, asociábanse en el amor del pueblo cubano a las víctimas del 27 de Noviembre de 1.871, y la grandeza del Alma Máter acrecentaba su augusta altivez.

Unos meses han bastado para que el panorama se presente con tonalidades negativas. Sobre el peñasco donde se alzan los muros de la alta docencia, agita sus negras alas el pajarraco de la discordia. Todo es ahora enmarañado, confuso, enojoso, laberíntico, en el desenvolvimiento de las actividades universitarias.

Tratadistas eminentes sostienen que no puede ser legítima una democracia sin que en ella predominen cuatro elementos esenciales: orden, concordia, justicia y libertad.

Examinado con espíritu de análisis e imparcialmente el cuadro político-económico-social de Cuba, fácil resultará comprender que distan mucho de predominar en la República los cuatro elementos que se estiman indispensables para que la democracia haga sentir en un pueblo el benéfico influjo de su acción.

Seríamos insinceros si negásemos que el gobierno del doctor Grau San Martín ha tenido algunas plausibles iniciativas o que ha actuado en determinadas ocasiones con fortuna; pero mentiríamos si no reconociésemos dos realidades dolorosas: que ha creado un ambiente público en el que fatalmente fracasan hasta sus propios aciertos y que ha roto los resortes básicos necesarios para el equilibrio político, económico y social de nuestro país.

De todos los males que alfombran el camino de la República al iniciarse un nuevo año, ninguno tan grave como el que entraña la preponderancia del militarismo. Y el militarismo es una planta que se ha extendido por el territorio de la patria en proporciones y circunstancias tales, que han desaparecido los rasgos característicos de una sociedad civilista, borrados por las sombras en que se destacan—omnipotentes—los prestigios del Cuartel.

A la hora en que escribimos, se ofrece a la crítica de propios y extraños un espectáculo deplorable. En la persona del joven Mario Cadenas clavaron sus garras la Tortura y la Muerte. E indignada la conciencia pública —sedienta de esclarecimiento acrisolado y serena justicia—conmovióse nuevamente días después del crimen, al enterarse de que dos soldados, supuestos autores del hecho, habían caído bajo el plomo de la famosa Ley de Fuga. La conciencia pública se enfrentaba con un nuevo cuadro triste de sangre y misterio, cuando lo que pedía era esclarecimiento acrisolado y serena justicia. En resumen: la República sufría el bochorno de más sombras en san gren ta das, cuando interesaba a su espíritu noble y a su decoro que se hiciera luz, mucha luz!

Pero el cuadro brinda otros perfiles sombríos: procesados por la autoridad civil correspondiente varios militares—de núcleos jerárquicos y de tropa—el militarismo ha puesto en juego argucias leguleyescas, y a la hora en que escribimos espera todavía el juez actuante que los procesados sean sometidos a su jurisdicción.

Casos que guardan analogía con el reseñado, no escasean; pero la nota saliente corresponde al caso de los jefes y oficiales de mar y tierra, perseguidos por los triunfadores del 4 de septiembre en Columbia.

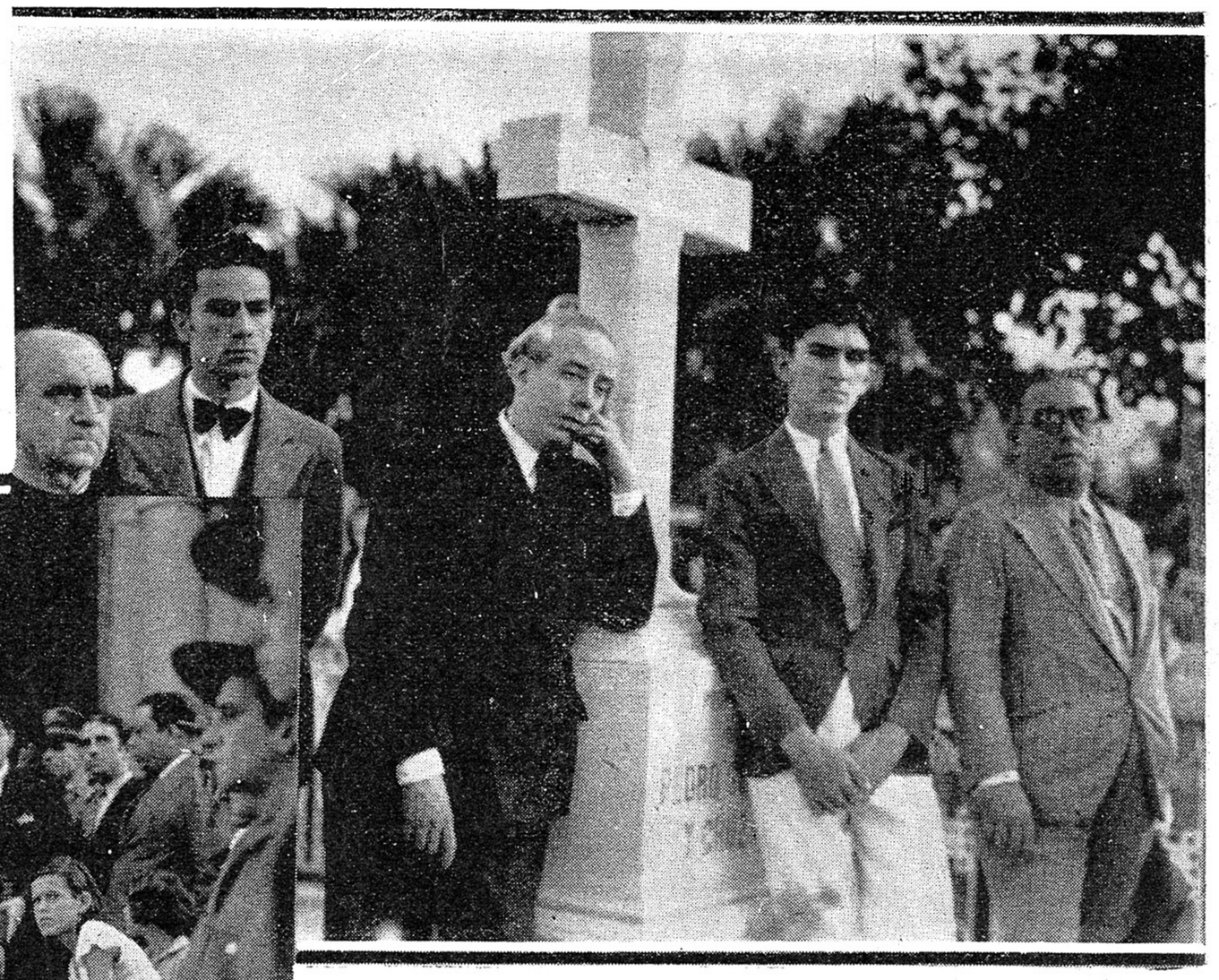
Los magistrados competentes ordenaron la excarcelación, y la influencia militarista ha impedido—con poderío incontrastable—su libertad.

BOHEMIA clama porque todo en Cuba se subordine al imperativo categórico de una fuerza generosa e igualitaria, a la vez que severa y fecunda: la Ley.

Este señor de ademanes de Mariscal napoleónico, es el sargento-coronel Fulgencio BATISTA, que rehusa cumplimentar las disposiciones de la Audiencia, que no entrega a la jurisdicción civil a los complicados en la tortura y muerte de Cadenas, que se gasta el lujo del "ballyhoo" de F. Palmer, en un artículo bombístico publicado en el semanario americano "Liberty"... Indudablemente es una figura de culminante actualidad.

GRAFICAS

EL ENTIERRO DE LA SRA. GALARRAGA DE SANCHEZ.—El féretro de la distinguida señora, en los momentos en que era transportado de la Capilla Central del Cementerio hacia el lugar en que reposarán para siempre.



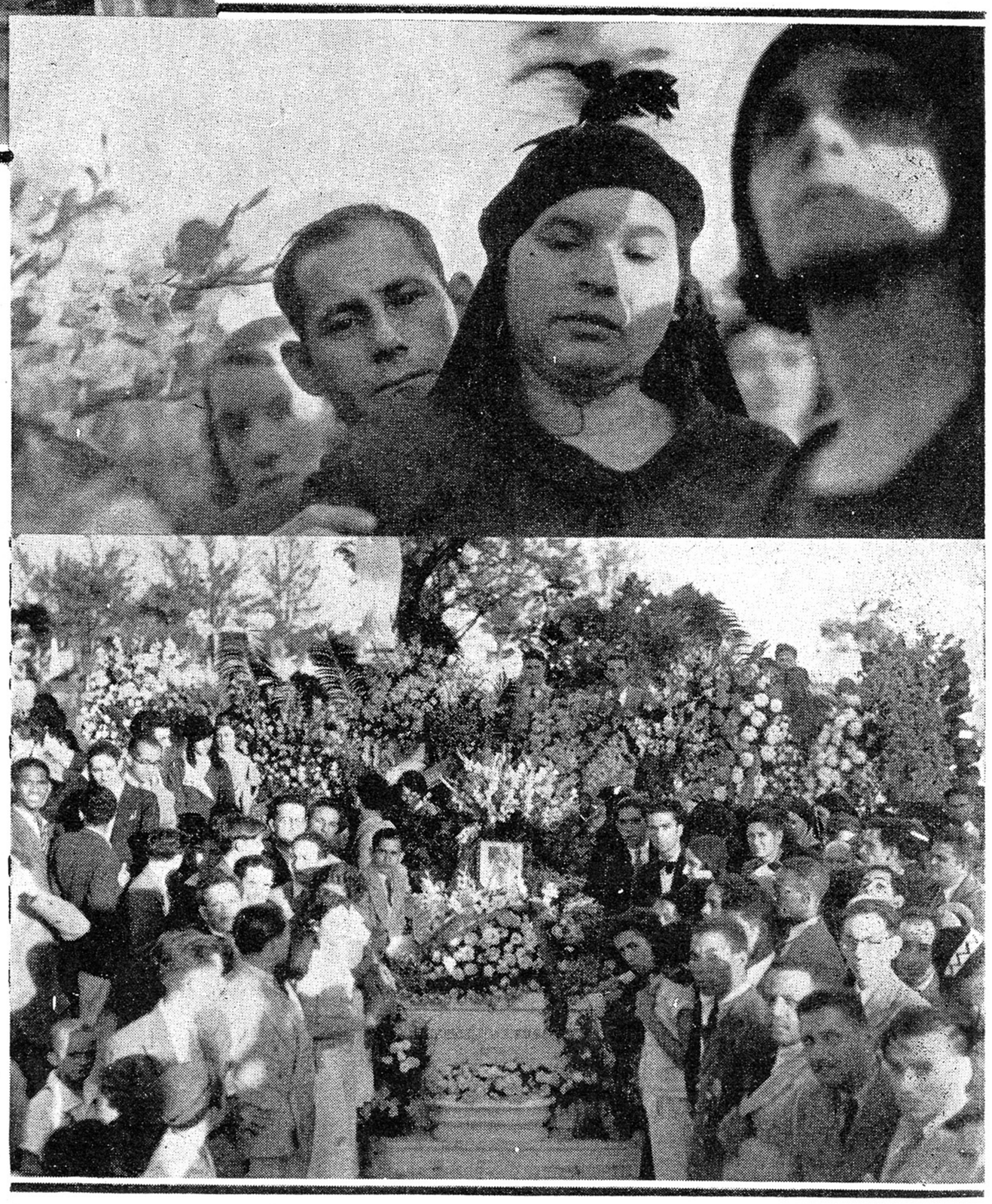
LOS FUNERALES DE LA SRA. GALARRAGA DE SANCHEZ.—El poeta Gustavo Sánchez Galarraga, hijo amantísimo de la distinguida finada, contempla, apoyado en una cruz, el entierro de los amados despojos, en los momentos en que es sorprendido por nuestro fotógrafo.

LA VISITA DEL CONSUL DE CUBA EN MIAMI

El señor Ismael Seijas, representante consular de Cuba en Miami, nos ha hecho el honor de visitarnos, aprovechando la oportunidad para darnos las siguientes declaraciones:

"En el desempeño de mis funciones como Cónsul de mi país en Miami,—quiero reiterarlo hasta la saciedad—considero a todos mis compatriotas allí residentes, de manera definitiva o accidental—, exceptuando desde luego a aquellos de franca factura machadista — como cubanos dignos de mi estimación y del concurso oficial que de mí necesiten. No influye para nada el factor político en las determinaciones que deba tomar como Cónsul de Cuba en la ciudad floridana, donde dedico todos mis esfuerzos al mejoramiento de nuestras relaciones comerciales y al mayor auge del turismo, ya que considero que a ésto deben limitarse mis funciones.

"Como revolucionario tengo que añadir: que lamento con todas las fuerzas de mis convicciones, que el actual gobierno, indudablemente bien inspirado, se encuentre tarado por la mácula del Ejército, cosa que pudiera dar al traste con su actuación, ya que se mantienen en su totalidad los anteriores procedimientos machadistas y se desconoce en absoluto la autoridad civil. Mantengo, sin embargo, la esperanza, de que una corriente rectificadora se abrirá paso, y que verdaderamente será la opinión pública la que oriente las determinaciones de nuestro porvenir en época no lejana.



LA PEREGRINACION HASTA LA TUMBA DE GONZALEZ RUBIERA.—Dos aspectos del acto conmemorativo de uno de los mártires más jóvenes del Machadato. (Arriba:) Los esposos González Rubiera, junto a la tumba del amado hijo. (Debajo:) Estudiantes—del Instituto, de la Universidad, de las Normales—junto al mausoleo del glorioso camarada abatido arteramente por los esbirros del Tirano.

(Fotos de Vales para BOHEMIA).

Del Momento

Dos aspectos, interior y exterior, de la residencia del poeta Agustín Acosta, actual Gobernador de facto de Matanzas, tal como quedó después de la explosión de la bomba que manos desconocidas pusieron en aquel lugar. El pueblo matancero lamenta el hecho, y BOHEMIA formula su más cálida protesta por este atentado salvaje que puso en peligro la vida de uno de los hombres de más sólido prestigio de la hora actual.

El Cónsul de Cuba en Miami, Ismael Seijas, acompañado del Dr. Juan Rodríguez Pintado y otro amigo, posando todos con nuestro Director, durante la visita que hicieron a esta casa de BOHEMIA. (Véase en las ''Gráficas'' las declaraciones de Seijas.)

FOTO DE VALES).

Las Propagandas del Sargento-Coronel Batista

Calzado por la firma de Frederick Palmer—intitulado corresponsal de guerra—y mereciendo los honores de un cintillo en la portada de la última edición del semanario americano ''Liberty'', aparece, con el título de ''¿ANGEL O DIABLO? BATISTA, EL REBELDE DE LA HABANA'', un artículo—profusamente ilustrado y empalagosamente encomiástico—que constituye la apología del coronel Fulgencio Batista, hecha por quien parece ser ''su más querido amigo''.

BOHEMIA, que siempre da preferente atención a las producciones extranjeras relacionadas con la situación cubana, ha tenido que romper su línea de conducta en este caso; porque, como conocemos bien al Coronel, y como no formamos parte de la legión de publicaciones que venden pulgadas de propaganda ''cash'' a determinados personajes, no podríamos prestarnos al juego.

Sólo tenemos que lamentar que el Presupuesto de la República—de seguir tan marcado afán de ''ballyhoo''—vaya a recargarse demasiado en época de penuria en que los maestros ganas sueldos miserables, porque ¡son tantas las figuras impopulares de esta situación que necesitan una buena y costosa propaganda!

YO ESTABA EN LA MA
· EN · LA · PLAYA

La muerte del senador Clemente Vázquez Bello—golpe de mano audaz de un puñado de valerosos jóvenes revolucionarios—era el primer paso de un amplio plan de destrucción de todos los servidores de la Tiranía. Los detalles de esa empresa son de sumo interés para el público, que, conociendo fundamentalmente los acontecimientos, desconoce las alternativas de esos apasionantes instantes vividos por cubanos de escasos años y de insospechado valor. Otras versiones se han publicado en Cuba de este hecho; pero, al decir de los mismos protagonistas, adolecen de ciertos defectos de apreciación, lógicos y naturales en quienes no han vivido esos instantes. Es por eso que damos una exacta versión del sucedido, con la doble finalidad de informar bien al público de aquel extraordinario hecho y con la de puntualizar y concretar detalles históricos. Esta versión es hecha por uno de los protagonistas del audaz asalto.

Comienzo a escribir estas líneas, urgido por la mayor parte de mis compañeros de aventuras y de peligros en la época—que a veces nos parece mejor que la presente—en que combatíamos a diario, a sangre y fuego, al poder de la Tiranía machadista, dispuestos a dejar en nuestro noble empeño, la vida si fuese necesario, como dejábamos la seguridad personal, y las alegrías propias de nuestros años y condición. Hasta ahora, se han publicado en la prensa distintas versiones de uno de los acontecimientos que más contribuyeron a resquebrajar el aparato de la dictadura machadista: la muerte violenta del Presidente del Senado, Clemente Vázquez Bello, suceso en el que las circunstancias históricas que atravesábamos, me obligaron a intervenir, así como a todos los del grupo de acción revolucionario, que en aquellos días, tanto dimos que hacer a los esbirros del Machadato.

Ni por mis aficiones ni por mis antecedentes, hubiera sido posible suponerme nunca capaz de intervenir activamente en hechos de esta índole, únicamente justificables, ante cierto sector de la opinión pública y de la Historia en su día, por el motivo inmediato que los produce. Por eso no me arrepiento de haber contribuído a su resultado. Lo que quiero aquí hacer constar, guardando el anónimo que me impone mi misma situación, es restablecer la verdad de lo sucedido, y detallar algunos puntos oscuros o no conocidos del público, en relación con aquel acto.

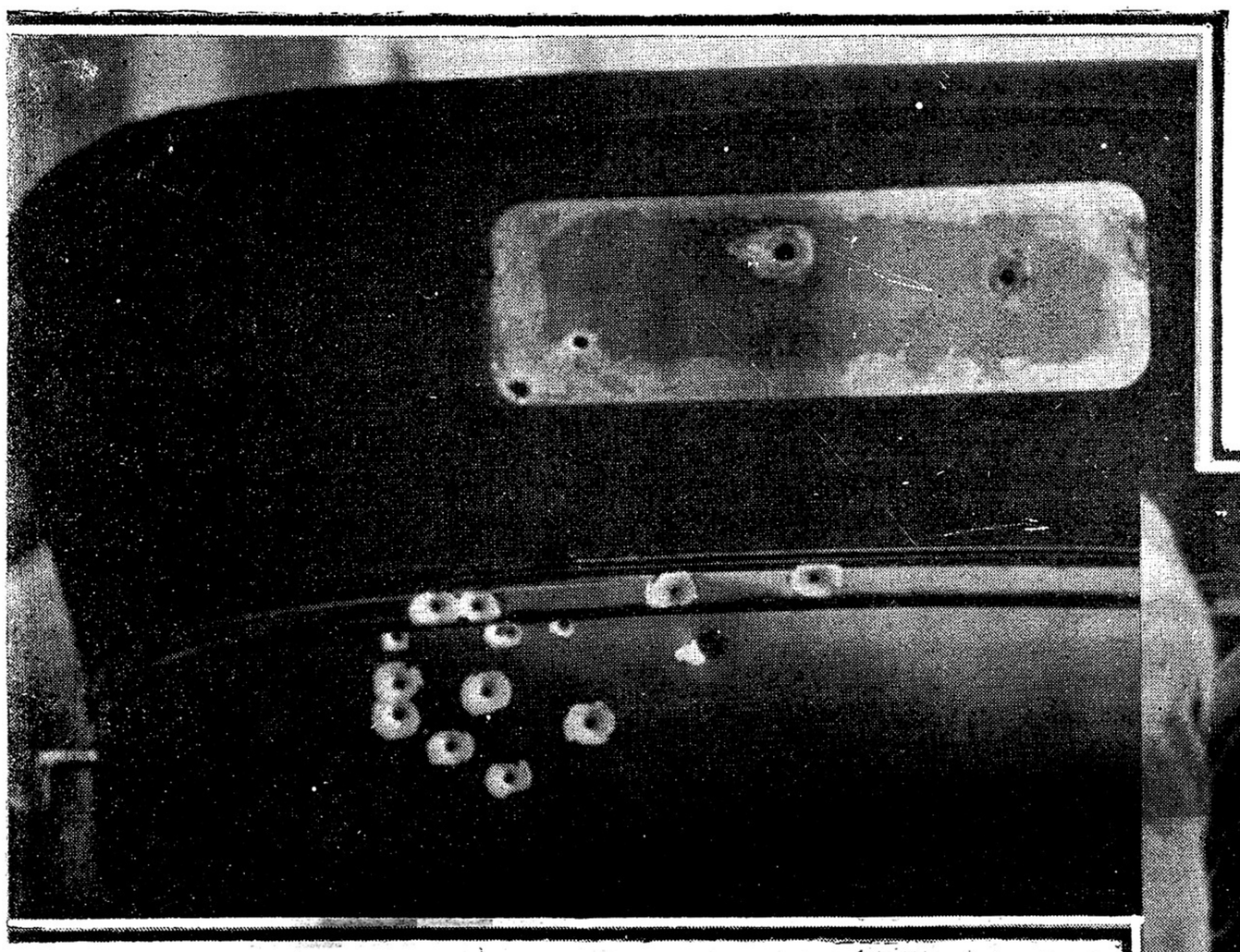
Yo, que no pertenezco al determinado sector oposicionista que exclusivamente se ha atribuído la resonancia de aquella muerte, contribuí, como el que más, a su realización. Y conmigo, multitud de compañeros—que no son precisamente aquellos a los que cierta publicación señala, innecesariamente, ante la opinión pública y que fueron complicados y procesados por los torpes ''scarpias'' del machadismo.

Más claramente: en una revista que se publica en La Habana, y en la que recientemente apareció una pretensa ''auténtica'' narración del hecho a que aludo, y que tiene de tal lo que yo de analfabeto, se publica en cuadro especial una lista de nombres de individuos, entre los que no aparece precisamente el mío, que intervine de manera directa en la preparación y ejecución del suceso, y en la que sus autores incluyen a personas totalmente ajenas a aquél. Para mencionar un ejemplo incontrastable, me fijo en el nombre de nuestro compañero y amigo, el desgraciadamente desaparecido ya, Santiago Silva Murray, quien, es público y notorio, no sólo entre nosotros, sino hasta entre los emigrados revolucionarios de Miami y la Florida, que se hallaba desde semanas atrás en los Estados Unidos, pues tuvo que abandonar La Habana, así como las gestiones que venía realizando con nosotros, ante la persecución y espionaje de que era objeto por parte de la Policía Judicial y Secreta, inmediatamente después de la muerte de Calvo, en la que sí fué factor determinante.

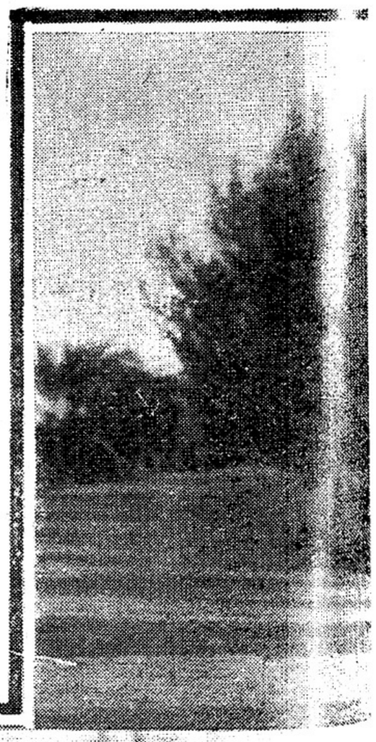
Y sin embargo, la revista a que aludo, al publicar más tarde otro ''auténtico'' relato de la muerte del Capitán Calvo, dice literalmente: ''el atentado a Calvo y el atentado a Vázquez Bello fueron realizados por las mismas personas y con los mismos métodos''. He demostrado ya la primer falacia. Y eso que no me refiero más que a un solo caso, al más conocido, y tanto, que debían conocerlo hasta los periodistas que presumen de enterados.

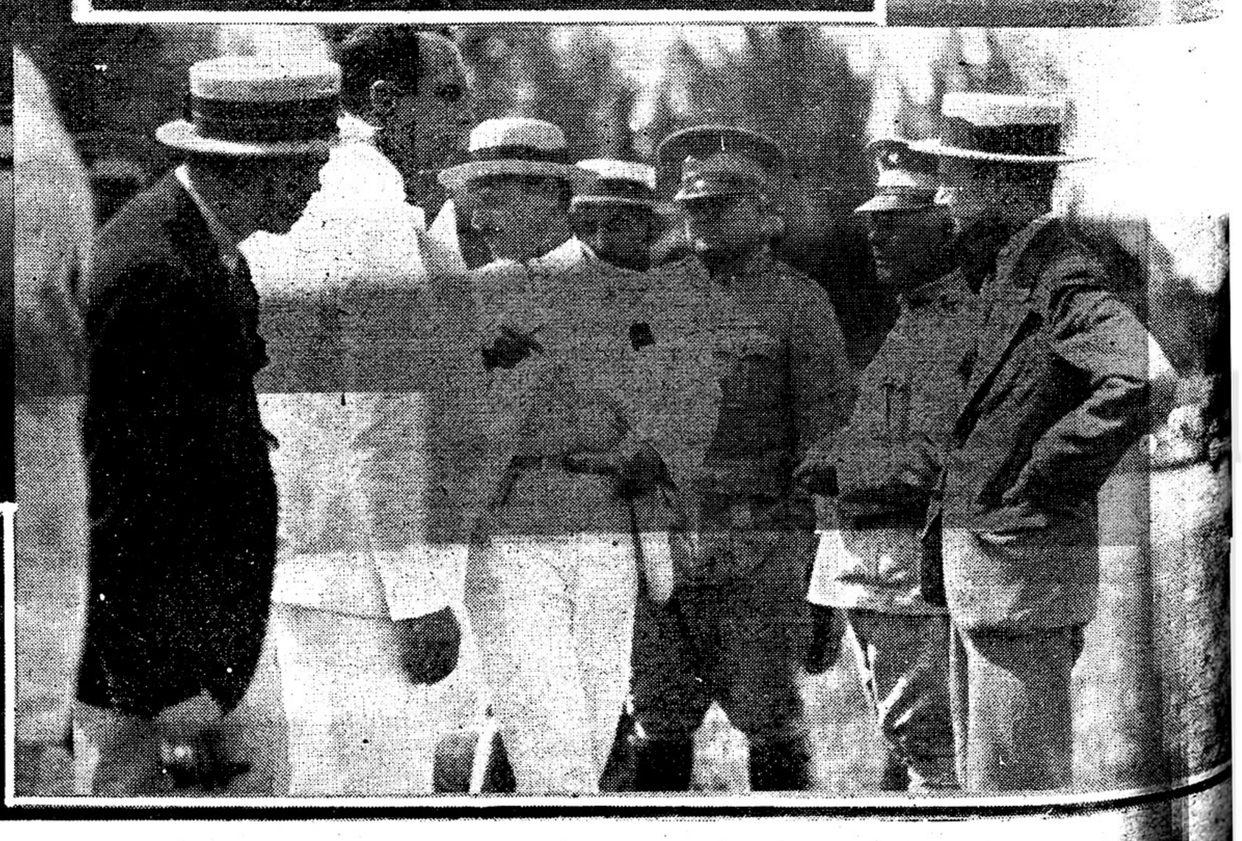
Mis compañeros quieren que escriba estos recuerdos para dejar sentada nuestra protesta por la parte que en esa narración se atribuye a uno solo de los grupos de acción que intervinieron en el suceso. En efecto, para demostrar otra falacia de la referida narración, basta con volver a leer la lista de las personas que fueron procesadas, y la cual se encuentra publicada en la revista tantas veces aludida. Allí, al lado de abecedarios conocidos, aparecen los nombres de miembros del Directorio Estudiantil Universitario, de nacionalistas y de otros sectores revolucionarios. Por cierto que en toda la narración no se hace mención de los verdaderos dirigentes y constructores de la mina en el cementerio, formidable obra de ingeniería que se debió a un conocido revolucionario, hoy perfectamente identificado con el gobierno que rige la nación.

Tanto en uno como en otro **trabajo**, laboramos juntos, perfectamente identificados, revolucionarios pertenecientes a todos los sectores, unidos entonces en el único empeño de derribar al Tirano y a sus secuaces. Ojalá volviéramos a la unidad de antes. Entonces, lo que hoy parece impracticable — el restablecimiento de la paz en la República— sería tan fácil como entonces nos parecía cualquier empeño por difícil y arriesgado que éste fuera. El más



Parte posterior del ''Lincoln'' del ex-Presidente del Senado, tal como quedó después del atentado.





El Juez Cowley, el Comandante Trujillo y el Teniente Echenique, en el lugar de los hechos.

QUIN·A·QUE·SE·QUEDO

EPISODIOS IGNORADOS DE LA MUERTE DE CLEMENTE VAZQUEZ BELLO

por

Uno que Participó en el Suceso

Clemente Vázquez Bello, ex-Presidente del Senado de Cuba, pocos días antes de ser abatido a tiros cerca del Yacht Club.

alto de todos: acabar con el Tirano y sus secuaces. Recuerdo perfectamente quiénes íbamos en las dos máquinas que tenían la misión de "acabar" con Vázquez Bello. Pero no voy a mencionar ni siquiera a los muertos. Opino, contrariamente a otros, que sobre estos sucesos debe existir siempre el más absoluto anonimato, para evitar que la falsa aureola que durante un tiempo pueda brillar sobre nuestras cabezas, deslumbre a los que, menos reflexivos, puedan lanzarse a obrar análogamente en empeños que sólo traerían tras sí ruina y desolación en

El Juez de Marianao, verifica una inspección ocular en el lugar de los hechos.

momentos distintos a aquel en que específicamente se imponía como método de lucha política.

El día anterior al del suceso, Vázquez Bello, que no guardaba precaución alguna, excepto la formal de llevar en el asiento al lado del chofer a un hombre de su confianza, logró escaparse por sólo cinco minutos, pues salió del Yacht Club, antes de la hora a que invariablemente lo abandonaba. Estábamos tan seguros de nuestro plan y tan confiados en todos los valientes que integraban el grupo, que decidimos, ese mismo día, atacarlo a su salida del Senado, pues como se ha publicado ya, lo teníamos perfectamente "chequeado". Ocurrió una ligera disención en cuanto a la hora de la cita, y no pudimos ponernos de acuerdo ese día. Actuamos igual que cuando Calvo, es decir, extremamos la discreción. Sólo uno de los que iban en la máquina en que estaba yo,—y la cual tenía a su cargo "cuidar la retirada" como se ha dicho ya—, conocía la contraseña que otro de los nuestros, que estaba en el Yacht Club, haría para indicar el momento de la partida de Vázquez Bello, a quien aguardaban las dos máquinas.

Aquí ocurrió lo que yo y algunos de mis compañeros llamamos la primera "falla", en el suceso. Pocos minutos antes de que fuera la hora aproximada de la aparición de Vázquez Bello, en la puerta cochera del Club a donde iba a recogerlo su "Lincoln" oficial, se fundieron las bielas de nuestro carro. El compañero que en nuestra máquina conocía al que desde el Yacht Club debía dar la señal, dijo:

—Me parece que hoy tampoco podremos, porque no vamos a tener tiempo de arreglar la máquina. Ahorita sale el hombre...

No acababa de pronunciar esas palabras, cuando recibió la señal, y entonces, en vista del accidente que habíamos sufrido, decidimos rápidamente no trasmitir a los compañeros que iban en la otra máquina la señal convenida para que partiesen en seguimiento del "Lincoln" de Vázquez Bello.

No sé qué pensarían éstos cuando vieron pasar, delante de ellos, al Presidente del Senado. Sabían que el golpe tenía que realizarse de común acuerdo. Recíprocamente amparados y sostenidos ambos grupos. Sin embargo, ya se sabe que decidieron actuar solos. Nosotros estábamos en una situación desesperada. No podíamos abandonar el automóvil con las bielas fundidas, porque dentro, llevábamos las armas, y además, aunque hubiéramos podido llevarnos éstas, el solo hecho de que la policía ocupara el carro, serviría de pista lógica para el descubrimiento de los verdaderos autores.

¡Cuál no sería nuestra estupefacción, poco después de haber visto salir a Vázquez Bello, al oír a una distancia menor de quinientos metros el eco de las "recortadas"! ¡Y nosotros sin poder movernos! El peligro que corríamos era inminente. Montamos guardia en un punto estratégico, para evitar que se nos atacase por la espalda, y comenzamos a examinar la situación. Nadie llegaba de la dirección en que habíamos escuchado los disparos. Al revés, todas las máquinas que estaban en el Yacht Club, tomaban la misma dirección que había tomado la de Vázquez Bello. Nuestra angustia crecía. ¿Habrían tenido éxito nuestros camaradas? ¿Estarían siendo perseguidos, muertos ya en aquellos instantes?

¿Qué había sucedido frente a la casa de Ward? Y además, ¿cómo era que no veíamos cruzar por el punto convenido a nuestros compañeros del "Cadillac"? Porque en nuestros proyectos, lo teníamos todo perfectamente resuelto. La ruta a seguir, antes y después del golpe. Las señales de éxito o de fracaso. Y nosotros allí, sin saber nada, en una esquina estratégica pero fácilmente visible de cualquiera.

La primera noticia que tuvimos respecto al supuesto éxito favorable al logro final de nuestra empresa, me la dió el propio ayudante del Presidente Rodríguez de León, a quien ví venir a todo correr en una de las máquinas de Palacio—las conocíamos todas—por la Avenida Carlos Miguel de Céspedes, muy desencajado, completamente solo, diciendo a gritos al chofer que lo conducía:

(Pasa a la Pág. 39.)

La máquina en que viajaban los autores del atentado, fué localizada, en las proximidades del Colegio de Belén, pocas horas después de realizado éste.

La Gran Tragedia de la Verdadera Oficialidad Cubana

Un meritísimo joven cubano, Oficial Subalterno que ha venido prestando servicio activo y valioso en el Ejército Nacional durante 18 años hasta el 4 de Septiembre último en que el ''status'' militar y general de Cuba cambiaron por completo, ha dado a la publicidad recientemente un breve folleto que, titulándose ''El Ejército y sus Problemas'', se refiere someramente a la vida nacional cubana en relación con el organismo militar y expone críticos aspectos interiores del mismo que sin duda alguna son de capital importancia.

Pero sin que pretendamos hacer juicio analítico de dicho folleto, sino sencillamente valorizando los elementos sustanciales de ese delicadísimo problema, nos parece que lo medular y estructural del mismo aún permanece al margen de toda consideración y desconocido de todos; inclusive hasta de algunos militares aunque esto parezca imposible.

No es a nosotros, ciertamente, a quienes corresponde obligadamente el exponer ante la Opinión Pública y a la Conciencia Nacional la realidad única y que necesariamente debe conocerse acerca de la Oficialidad Militar de nuestras Fuerzas Armadas, sino que es a ellos precisamente a quienes obliga una exigencia nacional a que hagan tales esclarecimientos; pero en consideración a los acontecimientos desarrollados desde Agosto pasado a la fecha, y a la situación especialísima en que ellos se encuentran, que están impedidos de dar a conocer la íntima realidad del problema, es por lo que decidimos decir algo sobre tan sensacional asunto nacional, fundándonos en las más serias y desapasionadas informaciones que en el transcurso de las últimas semanas hemos obtenido de manera asaz discreta y confidencial.

Los vicios ciudadanos que los ''politiqueros'' partidaristas han fomentado y alentado continuamente en nuestra Patria, durante los 31 años de vida republicana que venimos haciendo; vicios, aberraciones y vilezas incontables que han contaminado todos los sectores del Pueblo y la Sociedad Cubanas, emponzoñó también con su destructora virulencia a una buena parte del sector militar, como bien sabemos todos. En consecuencia, hemos visto con pena y con pavor infinitos cómo nuestras Fuerzas Armadas han venido sufriendo la miserable tristeza de verse emporcadas por la actuación nefanda de algunos de sus miembros, viles y mercenarios instrumentos de las truculencias de la política de caudillaje y rapacería.

Desde los lejanos días del imperio del tristemente famoso Gabinete de Combate en 1905 y 1906, hasta los muy recientes de 1930 a Agosto del pasado año, en que toda la gama del delito y el horror ha hecho abominable impresión de acero y sangre en la memoria de todos, la imbécil maldad de muchos gobernantes ha venido escogiendo a determinados miembros de nuestras Fuerzas Armadas para la realización de sus maquiavélicos planes y para confiarles inconfesables misiones haciéndolos por ello partícipes del odioso botín así obtenido.

He ahí la razón de ser de la irreconciliable malquerencia popular cubana hacia nuestras Fuerzas Armadas; malquerencia y antipatía colectiva y que por serlo no se detiene en análisis depuratorio, envolviendo en ella, injustamente, a toda la Colectividad Militar.

Pero ahora más que nunca, en los presentes críticos momentos históricos que vivimos, es necesario e imprescindible al mejor encauzamiento y orientación de la Opinión Pública y del Sentimiento Nacional el esclarecimiento total y definitivo de la tremenda injusticia en que incurriríamos si continuásemos confundiendo bajo un solo concepto de repulsión a todos los elementos que integraban las Fuerzas Armadas hasta el 4 de Septiembre último, y muy especialmente en lo que respecta a la Oficialidad Militar propiamente dicho; es decir, a la verdadera y legítima Oficialidad de las mismas: la Oficialidad Académica.

Es necesario que se sepa que a pesar de todas las dificultades, muchos jóvenes cubanos, esforzados, animosos y plenos de ideales, han desfilado por Academias Militares nacionales y extranjeras, obteniendo un meritísimo bagaje de conocimientos y preparación; evidenciando con ello la excelente aptitud y capacidad cubanas.

Es necesario que se sepa también cómo, con desprecio inaudito de ese esfuerzo, preparación y méritos de esos hermanos nuestros, los venales gobernantes que en todas las épocas hemos padecido se han complacido en favorecer arbitrariamente a aquellos miembros de las Fuerzas Armadas (de cualquiera posición y grado dentro de las mismas) que mejor les sirviera en sus perversos manejos; y así es como hemos presenciado atónitos y avergonzados los descarados nombramientos de Oficiales por Decretos y los ridículos y estúpidos Ascensos por Selección, fundamentados casi siempre en bastardías y miserias bochornosas.

El inmediato resultado de semejantes tropelías fué casi siempre la postergación inicua de aquellos a quienes les correspondía el avance y mejoramiento en su carrera profesional, de manera preferente por el triple motivo de su preparación académica, por los méritos de su ejecutoria y finalmente por la ineludible exigencia imperativa de las reglas del Escalafón Militar.

Ese elemento postergado, de mentalidad extrictamente militar y de recia moral cívica aprendida de ejemplares Profesores en las Academias y ejercitada en el decurso de una actuación brillante e inmaculada en el Servicio de las Armas, no pudo ser nunca propicio ni dúctil a las diabólicas exigencias de los Dictadores y de sus secuaces; sino que bien al contrario, rugió muchas veces indignado, pero fatalmente impotente para producirse de modo efectivo contra ellas, a causa no sólo de su postergación, sino principalmente de la anulación a que han estado sometidos por hábiles combinaciones de ''los de arriba''.

La Oficialidad Superior (Comandantes, Tenientes Coroneles y Coroneles) con honrosas pero muy escasas excepciones, ha constituído por espacio de los últimos 25 años una infranqueable barrera que se ha opuesto tenazmente al natural y merecido progreso y desarrollo de la Oficialidad Subalterna (Tenientes y Capitanes); con la agravante de que casi la totalidad de los Oficiales Superiores no han sido jamás alumnos de Academias de ninguna clase, pero sí consumados maestros de la Escuela de la Pillería y del Bandidaje, habiendo ganado con esos títulos los ascensos hasta escalar las más prominentes y determinantes posiciones de omnipotencia desde las cuales han dictado e impuesto tantas atrocidades.

Esa caterva de bribones, envidiosos y recelosos de la nueva Oficialidad que surgía, la Académica, hicieron siempre cuanto pudieron para desvirtuar la beneficiosa influencia que su libre y natural desenvolvimiento dentro de las Fuerzas Armadas pudo haber tenido; y así se explican los alistamientos de individuos sin escrúpulos, delincuentes consuetudinarios, antes miserables y sometidos, para ser prontamente ascendidos a Clases y más tarde a Oficiales por las famosas selecciones, cumpliendo en todo ese ciclo de evolución con los siniestros propósitos de los Oficiales Superiores envilecidos y de los ''caciques'' y magnates de la asquerosa ''politiquería'' imperante. Es así como se explica la preferencia arbitraria, ilegal, ofensiva e irritante que muchos Oficiales Superiores y Jefes del Ejército y de la Marina demostraron siempre por ciertas Clases y Alistados con menosprecio evidente de los Oficiales Subalternos.

Es bien fácil de comprender que esa situación colocaba a la Oficialidad Subalterna, considerada en conjunto, dentro de un círculo de hierro que la comprimía e impedía de toda reacción contra cualesquiera injusticia que ''desde arriba'' cayese sobre nuestras cabezas; pues ni siquiera podían hacer nada en oposición a sus propias contrariedades y perjuicios.

La existencia de la Oficialidad Subalterna Académica fué durante los últimos quince o veinte años una silenciosa tragedia del ambiente militar; aunque para el bueno y confiado Pueblo de Cuba sólo había en ella los oropeles y apariencias de los ostentosos desfiles y el optimismo y conformidad que la disciplina y el equilibrio individual interior de cada Oficial aparentaba.

Es preciso que se sepa y se considere en toda su significación y trascendencia que en el Ejército y en la Marina de Cuba se han dado infinidad de casos en que muchos individuos de condiciones perfectamente inferiores y sin preparación de ninguna especie han sido alistados como simples soldados, dos o tres años después de haber ingresado en las filas un Oficial Académico graduado, como Segundo Teniente, y que este Segundo Teniente ha quedado con su mínimo grado por espacio de 12, 14 y hasta 16 años, al propio tiempo que aquel simple alistado saltaba portentosamente de grado en grado cada poco tiempo hasta llegar a Capitán o Comandante sin que nadie pudiera explicarse el por qué ni los motivos legítimos de semejantes exaltaciones.

Pero la justificación de ellas consistía siempre en las cosas miserables que se exponen en párrafos precedentes.

En síntesis: hay que convenir en que la situación real de la Oficialidad Subalterna, y principalmente la Académica y hasta aquella que sin serlo estaba identificada y compenetrada con ella y por tanto son merecedores de igual consideración, ha sido durante los últimos diez años por lo menos, la de una extremada coacción y tiránica limitación de su natural desenvolvimiento y actividades.

Cuando el Pueblo de Cuba preguntaba angustiado, indignado y desesperado el por qué de la pasividad de nuestras Fuerzas Armadas ante los desmanes de los Tiranos y sus sicarios, desgraciadamente y por ignorancia e incomprensión de la mayoría resultaba que no había nadie que supiese dar la verdadera contestación. Ella hubiera sido: ''que las Fuerzas Armadas de la Nación estaban maquiavélicamente minadas de elementos previamente seleccionados y preparados a los fines gubernamentales más bastardos, y que era inútil la apelación dirigida a la Oficialidad por cuanto entre ella estaba en minoría la clase responsable, consciente y de calidad verdadera, además de encontrarse esa clase en la situación de secuestrados que venimos exponiendo.''

(Pasa a la Pág. 40.)

UNA NUEVA IDEOLOGIA

El Combate Contra el Chaqué

Los periódicos, con risueña malicia y con un intrincado pasmo admirativo, publicaron la noticia: el doctor Guiteras, Secretario de Gobernación, no pudo acudir a la recepción protocolar del Año Nuevo en Palacio, por no tener chaqué. Los espíritus superficiales pasarán junto a ese hecho con un encogimiento de hombros. Pero apenas uno se detenga en esta realidad—la frente grávida de pensamientos, el cráneo apretado entre las manos, los ojos hundidos en el futuro—sentirá en torno como un deslumbramiento: es que sobre ese chaqué difunto se alza una nueva ideología. En fin, la Revolución ha penetrado en el reino espeso de la sastrería. Y eso es un consuelo, un alivio y una esperanza.

Todos estamos de acuerdo en que, a lo largo de treinta años, la República ha sido una mascarada grotesca, una zarabanda de estupideces, un chapotear de hipópotamos nauseabundos en una charca fétida. Pero nadie vió la influencia maléfica y ponzoñosa del chaqué en nuestra triste peripecia democrática. Es verdad que en el pasado se alzaron algunas voces contra el chaqué, protocolar y escandaloso. Eran voces tímidas, balbuceantes, que se recogían luego con temor, asustadas de su audacia. Pero todo se perdía en un esfuerzo vano. La República, súbitamente, en el entierro de un patricio—y Dios sabe lo pródigos que hemos sido los cubanos en el renglón de los patriotas—emergía con premura hacia los cipreses del Cementerio en una ansia de caracoleo fúnebre. No pagaba el entierro del Faraón que había reventado para deleite de todos. Pero, en cambio, adhería al coxis, los faldones bicéfalos del chaqué y se saturaba de pompa, de protocolo y de majadería. Y todo era a recomenzar. Al día siguiente de una de estas apoteosis del chaqué era la historia de siempre: el convulsionismo, la piratería política, la desvergüenza a toda orquesta, el asalto a las urnas, la bachata administrativa y el "guano" como Gran Elector.

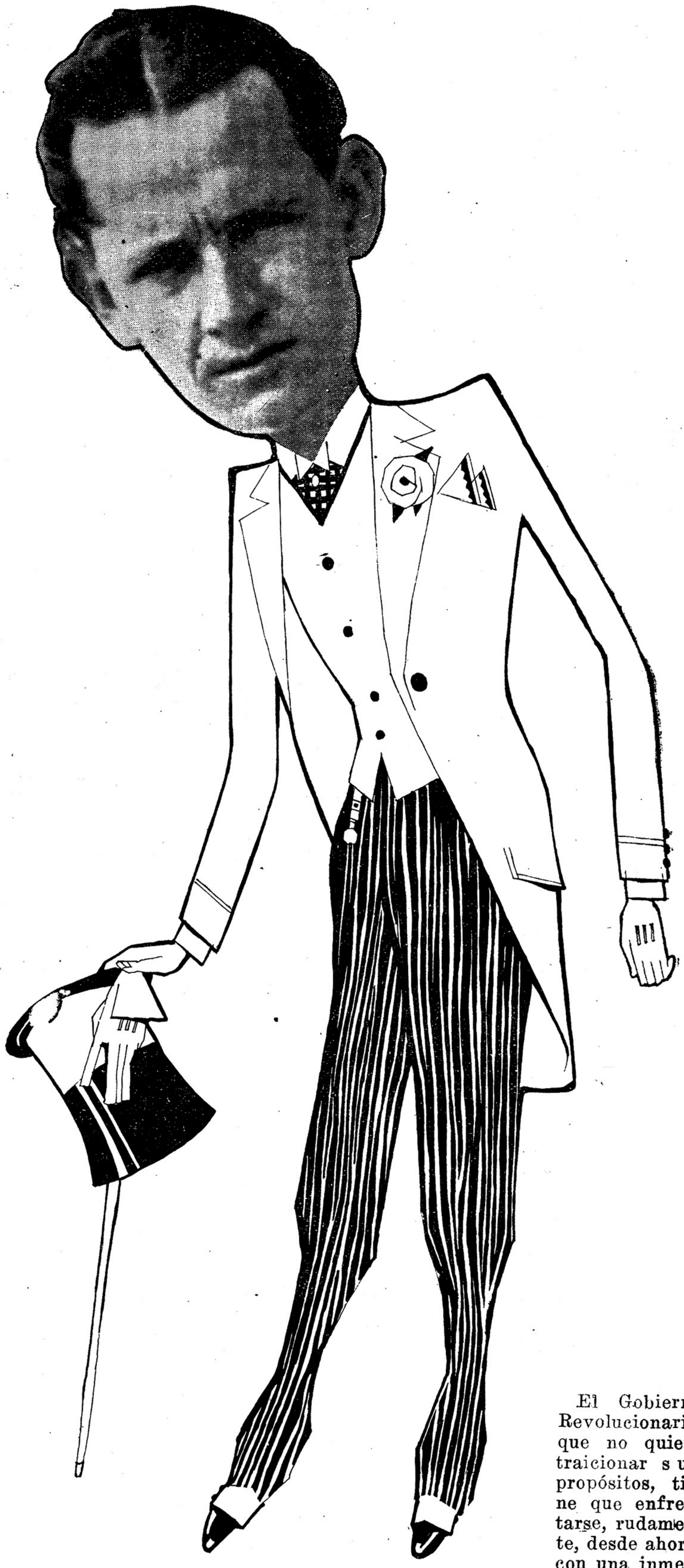
Hubo hombres que alertaron al músculo y avisparon la mente para el buen combate. La evidencia había prendido en muchos corazones y en ellos se caldeó un fervor magnífico. De ahí, de esa militancia contra el chaqué, data el alba gloriosa de todas las ideologías nuevas. La lucha, sin embargo, estaba llena de riesgos y de sinsabores. Los ideólogos que leyeran a Taine y que aprendieran la historia de la Revolución Francesa en "Los Girondinos" de Lamartine, sabían que Maximiliano Robespierre, muy cuidadoso de su persona, acudía a la Convención, frío, rígido, pulido, la peluca "cendré et poudré", instalado como un dios inaccesible y lejano, en su casaca color de piñón, mientras reclamaba con su voz impasible, sin acento y sin timbre, sin un estremecimiento en su cara afilada y pálida, el envío de doscientos mil nobles al cadalso para purificar la República de todos sus enemigos y para imponer sobre la tierra el reinado decoroso y manso de la Virtud.

Pero en los buenos ideólogos se producía un sobresalto de interpretación materialista de la Historia. En resumidas cuentas, Maximiliano Robespierre era un dictador de la peor calaña, un místico de la ferocidad y de la guillotina, y todos cayeron en la cuenta que su casaca impecable era una abuela acariatre y desapacible del chaqué protocolar. ¡Ah, el chaqué horrendo! El, siempre él.

En cuanto al caso del señor Guiteras, Secretario de Gobernación, sería preciso mayor caudal de antecedentes, para llegar al enjuiciamiento definitivo. No acudió a la recepción de Año Nuevo porque no tenía chaqué, según han afirmado varios colegas. Pero en esa actitud contra el chaqué difunto, ¿hay, en realidad, un deliberado principio ideológico?

Yo no sé si el señor Guiteras se ha forjado un estado de concienecia contra el uso del chaqué. Porque no basta con una repelencia superficial. No basta con eludir esa prenda de la clavícula y escapar, perentoriamente, a sus faldones de repetición. Para enfrentarse al chaqué maléfico, hay que poseer en todos los instantes una tensión heróica, una pugnacidad invencible, un pliegue mental, cuajado en una fe madura, semejante al de los primeros cristianos, cuando en el circo, frente a los leones voraces de Vitelino, alzaban los ojos al cielo, sin un temblor en la carne mortal, que, de esta suerte, se preparaba para el martirio tozudo, que se epilogaba siempre—como la moña azul en una arriscada carrera de bicicletas—con los deleites eternos de la santidad.

No basta con proclamar un viraje a la izquierda para probar, de manera coherente, que se abomina del uso del chaqué. El chaqué es un enemigo sinuoso, cauto, cursivo, que desaparece en la sombra o en la vidriera de una sastrería, pero que, luego, vuelve al asalto. Es el Enemigo, por excelencia, de la República: es latifundista y reaccionario. Es el chaqué, sombrío y recroquevillado, quien favoreció en Cuba la filtración del capital financiero yanqui. Es él, quien suspiró, enternecido, con la llegada del "Wyoming". Protocolar y ávido estuvo en todas las ceremonias, especialmente en aquellas donde había que curvar el esternón y donde el sandwich de "foie gras" pululaba en el buffet, junto a las jarras de cristal talladas, cargadas de ponche.



El Gobierno Revolucionario, que no quiere traicionar sus propósitos, tiene que enfrentarse, rudamente, desde ahora, con una inmensa tarea: el combate contra el chaqué. Todas las demás cuestiones pueden aplazarse: la convocatoria de la Constituyente, el reparto de tierras, el nuevo uniforme policíaco, la emisión de los veinte millones. Es hora de ir pensando en las cosas que afectan, fundamentalmente, a la salud de la patria. El chaqué es el enemigo de la República y aunque las fuerzas oscuras de la reacción se opongan tenazmente, hay que exterminarlo y extinguirlo, para que la Revolución, permeándolo todo, penetre en la sastrería y allí, sobre los anticuados figurines de chaqué, cumpla una nueva etapa.

MIGUEL DE MARCOS

Carlitos Robreño, autor de ''El Año Terrible'' y de estos comentarios.

CARLITOS ROBREÑO DICE:

''El Año Terrible'' es una revista política, como suelen ser todas las revistas de hoy y del mismo corte de ''La Conferencia de Montevideo'', ''Los Explotadores de 1933'', ''La caída del César'', ''L'Hotel Nacional'', ''Oh, very well'', ''Abecedario'' y ''El Gran Desfile''. Estas tres últimas fueron escritas y estrenadas bajo la dictadura de Machado.

La noche del incidente, yo acababa de irme del teatro, pero según me contaron luego, la alteración del orden comenzó apenas se levantó el telón, tirando tomates al escenario. Más tarde, cuando se representaba el cuarto cuadro, el escándalo tomó mayores proporciones, no dejando continuar la función y siguiendo los tomatazos y llamando guerrilleros a los intérpretes y al autor.

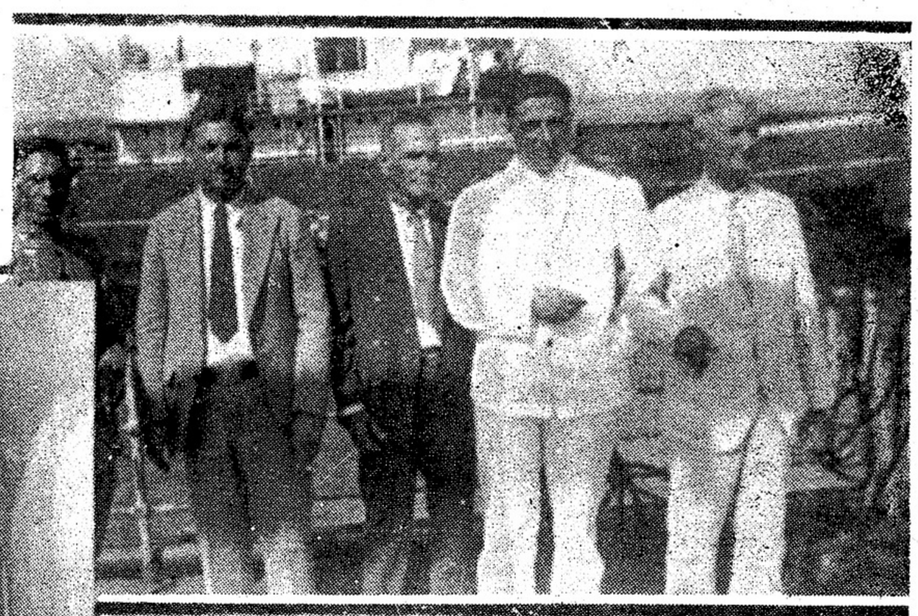
Caridad Suárez, la aplaudida tiple, intentó hacerse oír, recomendando calma, y fué igualmente tomateada y vejada. La policía por su parte, nada hizo por restablecer el orden, llegando un sargento a exclamar que no procedía, por ser del pueblo los provocadores y que por algo había derribado a la tiranía.

¡Vaya un criterio policíaco!

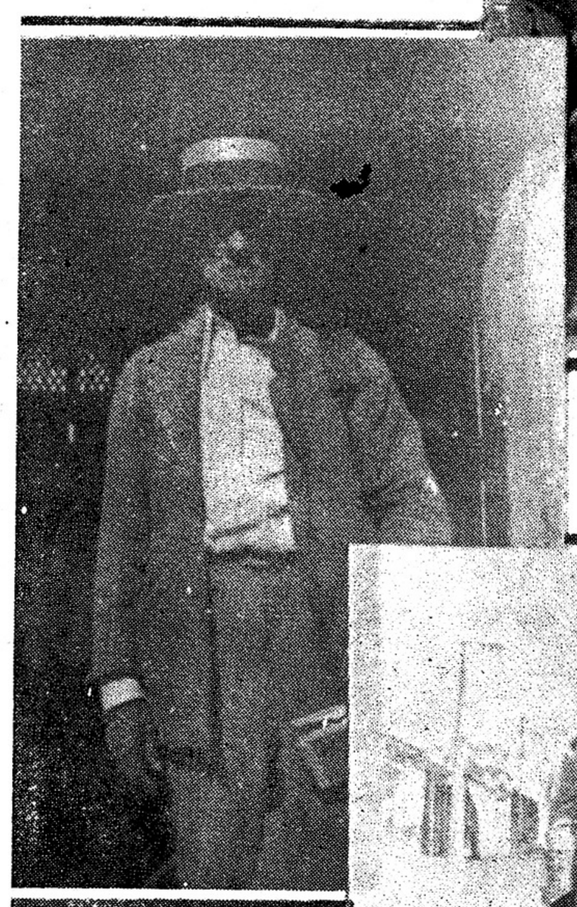
En cuanto a los gritos de ''guerrillero'' con que el público pedía al autor, no causaron en el ánimo de éste gran impresión al enterarse de ello, porque ya estaba acostumbrado. En tiempos de Machado él formaba parte de la redacción de ''Karikato'' cuando la ''porra'' irrumpió en aquel lugar, disparando tiros y al grito de ''malos cubanos''.

El incidente, a pesar de lo desagradable del primer momento, me satisface como autor, porque una obra que había sido representada durante siete veces consecutivas, a teatro lleno, no puede negarse que es un buen promedio para un escritor sin grandes pretensiones.

Nuevitas, Ciudad Cívica



El Capitán del vapor italiano ''Laconia'', Ravasini, en unión del Sr. Rodríguez Blanca, Administrador de la Aduana de Nuevitas, del Práctico del Puerto Sr. Serrú y del Capitán Martínez Fiallo.



MIGUEL GARCIA, el anciano cartero que, junto con su hijo de diez años fué bárbaramente aplaneado por los soldados

Un anciano inválido que también fué víctima de las furias de los soldados, en Nuevitas, quienes no respetaron a nadie en la terrible noche del 24 de Diciembre.

Grupo de chiquillos que, aún bajo la impresión del espectáculo de la noche triste, nos relataron los detalles de la misma.

(FOTOS PUZO)

EL EJERCITO SIGUE CON LOS PROCEDIMIENTOS DE SIEMPRE:

La noche del 24 de Diciembre, la floreciente y hospitalaria ciudad de Nuevitas, fué teatro de un espectáculo que, por su naturaleza, se escapa a todo adjetivo de ponderación.

Varias bombas hicieron explosión en dicha ciudad, a la hora en que el vecindario se encontraba en las calles haciendo sus compras para la tradicional Noche Buena, y el Capitán José L. Torres dió la orden de que los soldados desalojaran calles y lugares públicos.

La orden se cumplió al pie de la letra: convertidos en centauros—como de costumbre—se lanzaron por todas las calles, y empleando los términos más soeces, aplanearon inmisericordes a niños, mujeres, ancianos, inválidos, según consta en certificados médicos extendidos.

Toda la ciudad de Nuevitas vibró de santa indignación, ante el ultraje de que había sido víctima y con la gallardía que caracteriza a los hijos de Agramonte, los gremios obreros de bahía, todos los trabajadores, intelectuales y comerciantes, decretaron un paro en señal de protesta, suscribiendo un pliego de condiciones para restablecer la normalidad.

El Capitán Carreño, Jefe del Segundo Distrito Militar radicado en Camagüey, visitó, al día siguiente, Nuevitas, consciente de que algo grave había ocurrido, a pesar de que el Capitán Torres le informó que era un movimiento sin importancia. Citó a una magna asamblea para oír al pueblo y, en el curso de la misma, pidió y obtuvo un plazo de cinco días para castigar a los culpables, habiendo accedido inmediatamente a sacar de Nuevitas a quienes tan indignamente se habían comportado.

El señor José Rodríguez Blanca, Administrador de la Aduana de Nuevitas, en unión de otros connotados vecinos de ese lugar como son los directivos de los gremios obreros, el señor Juan Filgueras, el Dr. Federico Miranda Rodríguez, médico que con todo civismo certificó las lesiones de 28 personas, Juan Serrú, Pedro Vijande y otros, laboraron intensamente con el fin de llegar a solucionar tan escabroso asunto, ya que era inminente un paro general como señal de protesta por tan repudiable acción.

Nuevitas espera que se cumpla la promesa del Jefe del Segundo Distrito, dando así un saludable ejemplo a esos individuos que, olvidándose que están en una nación que se dice civilizada, siguen con los mismos procedimientos con que servían al tirano Machado.

YO ESTABA EN LA MAQUINA QUE SE QUEDO EN LA PLAYA...

(Viene de la página 35.)

—Por ahí, por ahí... Hay que doblar, hasta la casa de Ward...

Y el auto de Palacio cruzó como una exhalación ante mis ojos. Después del cruce de Rodríguez León, decidimos que dos de nosotros llegasen hasta La Habana, para buscar otra de las máquinas que utilizábamos, y sacar la nuestra a remolque, porque dejarla allí era entregarnos y mucho más con las armas dentro. Mientras tanto, seguíamos ignorando la suerte de nuestros compañeros, a quienes, sin embargo, ya suponíamos con éxito y por cuyo destino ulterior pasábamos angustias mortales.

Designamos—repito—a dos de los nuestros a que fuesen a La Habana a traer otro carro y sacar a remolque nuestra máquina, es decir, los enviamos a un peligro seguro, pero que había que correrlo para no dejar huella alguna. Tenían que ir hasta uno de los garages donde guardábamos las máquinas, traer una de éstas, regresar al sitio donde nos hallábamos los otros y llevarnos la máquina fundida a remolque!

Recuerde el lector que nuestros compañeros del Cadillac, no habían podido hacer ninguna de las señales convenidas, ni habían hecho el regreso por la ruta convenida, ya que si tal hubieran realizado, hubiéramos tenido datos en que apoyar nuestras conjeturas para resolver el problema.

De pronto, vimos venir de La Habana, otra máquina oficial. Y en ella, plantado entre dos "porristas", al propio Secretario de Gobernación. Hubo un momento en que creí que venía contra nosotros. Y dije a mis compañeros que se prepararan. Afortunadamente, pasó tan rápido como anteriormente Rodríguez de León, con la vista fija en el edificio del Yacht.

A los pocos minutos, otra máquina con Ainciart, que venía más histérico que nunca, sin gorra, con toda la cabellera gris revuelta sobre la frente. Con éste iban policías uniformados. Nueva expectación por parte nuestra, y nuevo alivio al verlos desaparecer por delante de nosctros! Asimismo desfilaron delante de nosotros, Barreras, el senador, con muchos acompañantes.

Pero cuando estuvimos más en peligro fué cuando vimos avanzar, como a la hora y media de haber sentido los disparos, una máquina conduciendo un grupo de "expertos", a cuyo frente venía el célebre Clemente Carrera... Nos creímos perdidos y dispuestos a hacer pagar caras nuestras vidas!

También pasaron éstos delante de la esquina donde estábamos apostados sin signos visibles de reconocimiento. Y al fin vimos venir a nuestros compañeros, que traían la máquina destinada a darnos remolque. Venían tranquilamente, conversando en voz alta. Al llegar, nos dieron la noticia.

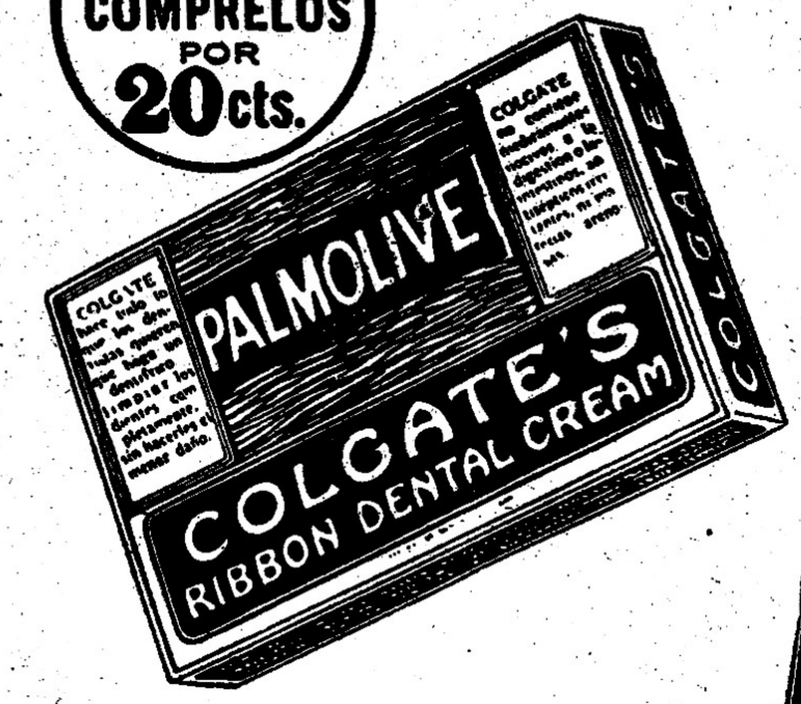
—Los del "Cadillac", cumplieron como buenos, pero aún no se sabe de ellos.

Ya entonces, más tranquilos, emprendimos el regreso después de amarrar las dos máquinas y volver a esconder en los sitios ad-hoc nuestras armas. Por la misma vía, en dirección contraria, venían de La Habana, continuamente, máquinas oficiales. Por cierto que pudimos ver a Fors, que con un agente y el célebre inspector Medina, si no recuerdo mal, gesticulaban más de la cuenta en el fondo de la charolada máquina en que descansaban sus humanidades.

Pasamos por delante del Puente de Pote, y nos detuvimos ante la policía. Sólo unas horas después, nos enteramos de que nuestros compañeros habían abandonado la máquina "Cadillac", con armas, pues se vieron obligados a dejar tras de ellos una pista, la misma que luego nos obligó a casi todos a emprender camino del destierro, y la misma que había de servir de acicate—conocida la participación de algunos de nosotros en aquel resonante suceso—para que fuese posible conducir al tormento y a la muerte a algunos de nuestros maravillosos compañeros. A Pío Alvarez, por ejemplo.

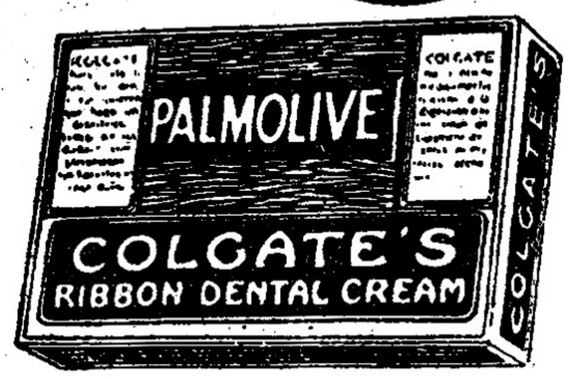
SE AGOTAN!

VALEN 30 cts. COMPRELOS POR 20 cts.



¡NO DEMORE!
COMPRE VARIOS ESTUCHES HOY

VALEN 14 cts. COMPRELOS POR 10 cts.

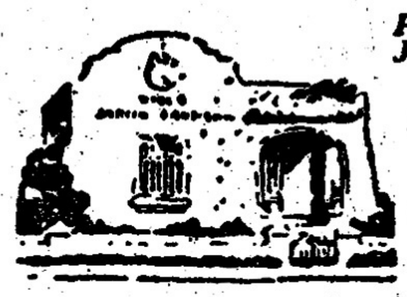


ULTIMA OPORTUNIDAD
PARA AHORRAR DINERO

ECONOMICE en artículos necesarios. Por tiempo limitado ofrecemos esta ganga en los artículos de tocador más populares de Cuba.

Colgate es la Crema Dental recomendada por más dentistas que ninguna otra, porque es superior en 4 cosas: (1) su detergente espuma limpia completamente, aún donde el cepillo de dientes no toca; (2) embellece la dentadura, porque contiene el ingrediente pulidor especial que usan los dentistas; (3) su delicioso sabor a menta deja la boca fresca y el aliento perfumado; (4) es la más económica, porque el tubo grande contiene UNA MITAD MAS de crema que otras del mismo precio.

ADEMAS, obtiene usted el famoso jabon embellecedor, el Palmolive, —la mezcla secreta de los balsámicos aceites de palma y oliva,—que conserva el cutis suave, fresco, juvenil y encantador.



Participe en los Concursos de CASAS Y ZAPATOS del JABON CANDADO, enviando cualquiera de las siguientes cosas que dan derecho a Un Número:

2 tapitas de la Crema Dental Colgate Grande

4 tapitas de la Crema Dental Colgate Mediana

5 Cintas negras de Jabón Palmolive Grande

5 Candaditos de envolturas de panes grandes del Jabón Candado.

Envíelos a: Concurso Jabón Candado-Apdo. 1990-Habana

UN NUEVO INSTRUMENTO DE DESTRUCCION

(Viene de la Pág. 30.)

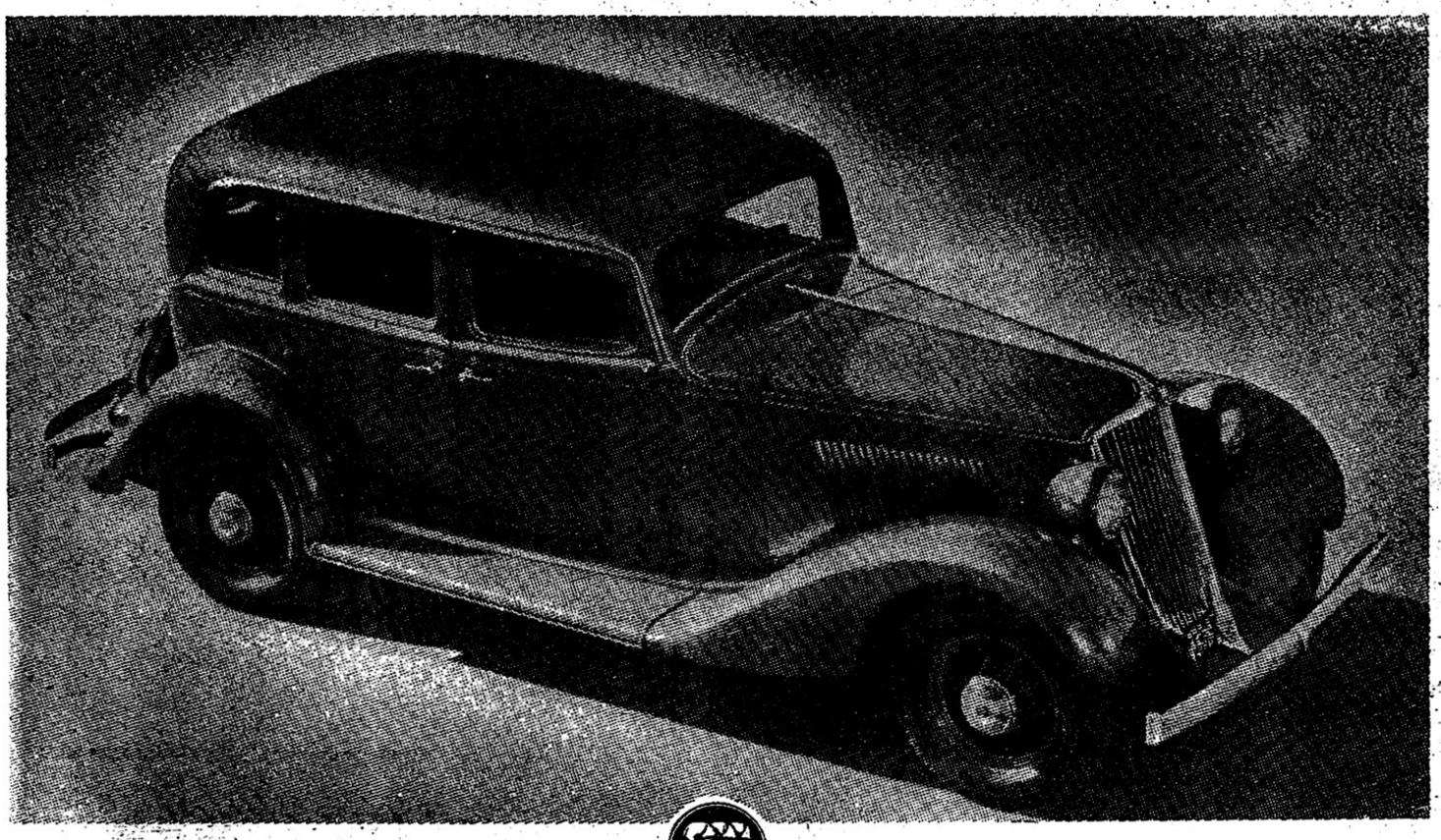
proyectiles pueden llegar a perforar planchas de acero de 3|4 pulgadas a una distancia mucho mayor que cien metros.

Ya en 1918, un americano, Mr. Levi B. Lombard, inventó un aparato semejante en todo, con la sola diferencia de que tenía menor alcance y de que el número de proyectiles que lanzaba por minuto llegó a los treinta y tres mil. Ofrecido su invento a distintos gobiernos de Europa, después de haberlo desechado el Departamento de Guerra de los Estados Unidos, se reportó en 1921 que aquel descubrimiento fué adquirido por el gobierno inglés. Por entonces—finalizada ya la Guerra Europea—no había gran interés en los distintos departamentos de guerra por nuevos armamentos, contrastando con lo que ocurre en los momentos actuales, en que todos los países del mundo y muy especialmente los de Europa, están interesados en la pronta adquisición de los más efectivos implementos bélicos.

El invento japonés acaso esté destinado a entrar en funciones en un futuro muy inmediato y en el próximo teatro de la guerra, que acaso sea Europa o la Siberia.

AUTOMOVILES GRAHAM

LOS MAS IMITADOS



MODELO 1934

BELLEZA, SEGURIDAD Y ECONOMIA

DISTRIBUIDORES:

CUBAN AMERICAN AUTO CO., S. A.

SAN LAZARO 99-B. TELEFONO A-2356

HABANA.

Estación C- M. B. Z. de la Casa Salas

SAN RAFAEL 14. TELF. A-4368.

Sintonice todos los días de 7 a 8 de la mañana: EL GRAN DIARIO DEL AIRE ''EL CLAMOR'', que dirige el periodista EMILIO CASTRO CHANE. Tres ediciones diarias, de 7 a 8 de la mañana; de una y media a dos de la tarde y de 6 a 7 de la noche.

Escuche los martes, jueves y sábados de 7 a 8 de la noche ''LA REVISTA DEL AIRE O UNIVERSIDAD POPULAR'', que dirige el director de ''EL CLAMOR''. Arte, Ciencias, Teatro, Política, Literatura, etc.

Y los domingos de once a doce de la mañana, única edición de ''EL CLAMOR'' y la revista para niños ''GENTE MENUDA''.

LA GRAN TRAGEDIA DE LA VERDADERA OFICIALIDAD CUBANA

(Viene de la Pág. 36.)

La ''sargentería'' y demás clases y alistados paniaguados, maliciosamente halagada y mantenida por nuestros anteriores gobiernos dictatoriales, han venido constituyendo al propio tiempo la otra infranqueable barrera que a retaguardia de la oficialidad Subalterna ha venido cumpliendo su canallesca misión de aisladores de la influencia de la misma sobre la Tropa (siempre simpatizadora de la oficialidad joven), con la deliberada previsión de dificultar posibles imposiciones, situaciones de fuerza o ''cuartelazos'' en que el mérito de los Oficiales Militares se impusiese y exigiese las depuraciones y reorganizaciones requeridas por los más elementales principios de la Moral Militar y Cívica.

— Esa circunstancia especialísima en que se encontraba la Oficialidad Militar de nuestras Fuerzas Armadas, los mantuvo espectantes por mucho tiempo hasta que las organizaciones de conspiración secreta contra la podredumbre que nos consumía, les brindó la primera oportunidad que tuvieron para decidirse a proceder en justicia; y al efecto, bien sabemos la gran cantidad de oficiales (Subalternos casi totalmente), que abrazaron alborozados los ideales y propósitos sustentados por dichas organizaciones y que a ellas se afiliaron y de acuerdo con ellas realizaron la más meritoria labor revolucionaria quizás que se haya desarrollado en Cuba durante los últimos tiempos culminando en la hermosa y ordenada rebelión militar de principios de agosto último, en que sin derramar una gota de sangre hermana, esos oficiales, Y EXCLUSIVAMENTE ESOS OFICIALES, encabezaron y provocaron el movimiento; logrando sólo tres días más tarde el regreso ordenado y pacífico de las tropas a los cuarteles y permaneciendo en la paciente disciplinada espera de mejores días, en la que fueron arteramente sorprendidos por el más inexplicable e injustificado de los cambios que pueda imaginarse.

—La conjura contra el Honor y la Capacidad dentro de las Fuerzas Armadas no hacía excepciones fácilmente; y así ha venido sucediendo en los últimos años, que muchos jóvenes meritísimos, clases con aptitudes y preparación para ser oficiales, fueron tenaz y sistemáticamente obstaculizados en sus esfuerzos por obtener sus merecidísimos ascensos, precisamente por estar ellos imbuídos de las mismas ideas de la verdadera oficialidad y por haber sido aprobados académicamente para ello; llegándose hasta el extremo de anular arbitraria e indefinidamente la función normal de las Academias Militares nacionales.

—No nos proponemos poner sobre el tapete de la observación, análisis y estudio la fase última de la Evolución Militar Cubana, desde el 4 de septiembre pasado

(Pasa a la Pág. 41.)

Maltina Tívoli

VITAMINADA

VIGOR-NUTRICIÓN

BELLEZA

PEDIDOS. 1-5261

P.

OFERTA ESPECIAL

Si su cutis es áspero, marchito y sin atractivo, debe atribuirlo a la falta de OXIGENO, valioso elemento que da vida a la piel. Hoy puede usted remediar ese mal dando a su cutis abundancia de OXIGENO activo en una admirable CREMA OXIGENADA, que debe dejarse en la piel toda la noche.

De venta en Farmacias y Perfumerías.

Remita por correo 5 centavos en sellos de correos a Dr. B. ABELLA, Apartado 78, Habana. Y le enviaremos una muestra de CREMA DIOXOGEN gratis.

UNA NOCHE BASTA

Para probar la eficacia de este famoso laxante.

A un afamado médico inglés le cabe la gloria de haber combinado una excelente fórmula para un purgante suave pero notablemente eficaz. No requiere más que diez horas para producir su efecto: literalmente, *de la noche a la mañana.*

Las Píldoras de Brandreth están compuestas de seis preciosos ingredientes vegetales, cada uno de los cuales procede de un lugar distinto. ¡Seis naciones, seis climas, seis suelos diferentes contribuyen a hacerlas el laxante perfecto!

No irritan. Obran de una manera suave. Y como ejercen su acción únicamente sobre el intestino grueso, pueden tomarse todo el tiempo necesario sin temor de que afecten la digestión. Además, no envician ni pierden su eficacia, y por lo tanto no hay que aumentar la dosis.

¡No en vano son aclamadas por millones de personas, que las han popularizado en más de 70 países!

Su acción es lenta, pero completa. Pruébelas. Déles diez horas para producir su efecto, y no volverá a usar ningún otro laxante. Las venden todas las buenas farmacias.

FABRICAMOS
DE ENCARGO TODA CLASE
DE LAMPARAS
SOLICITE PRECIOS
ALADINO
GRAL. CARRILLO 72 HABANA

LA GRAN TRAGEDIA DE LA VERDADERA OFICIALIDAD CUBANA

(Viene de la Pág. 40.)

hasta la fecha presente; pero no sería posible una terminación lógica de todo lo que antecede (dejando para mejor oportunidad la minuciosa cuanto necesaria exposición de ese complicado período) si no hiciéramos mención al menos de cuales son los más antagónicos y combativos elementos que aún continúan la interminable y demoledora campaña contra el sector más valioso que nuestras Fuerzas Armadas han tenido en toda su existencia: el de la Oficialidad Militar verdadera, los Académicos y sus identificados.

Baste con saber, y ésto más que nada es preciso que se sepa, que los más encarnizados enemigos actuales de esa Oficialidad mártir a que venimos refiriéndonos, son precisamente ciertos elementos que por desgracia aún predominan y actúan, tanto dentro de las filas militares como fuera de ellas, con igual espíritu y siniestras tendencias que tuvieron anteriormente a la Revolución derrocadora de la Tiranía Machadista.

M A X I M A S

La razón debe desentenderse de los intereses del corazón.

Nuestra razón nos hace tan infelices como nuestras pasiones.

Cuando la razón es fuente de desdichas, se produce el caso del enfermo envenenado por su propio médico.

La razón es el poder más legítimo y más discutido.

Cuando el alma está perturbada y borrascosa, la razón desaparece; y el frío hielo de sus consejos es menos que una gota caída sobre las llamas de inmensa hoguera.

Si la imaginación es la loca de la casa, el juicio debe ser su mentor.

La inteligencia es víctima del corazón; pero a menudo toma el desquite.

EL VERDADERO TALISMAN UNIVERSAL DE SU RESOLUCION DEPENDE SU EXITO

¿ ?

Sin voluntad ni fé toda empresa fracasa. ¿Por qué sufre usted? ¿Por qué no contrae matrimonio? ¿Por qué se halla separado de la persona amada? ¿Por qué lucha usted tanto por la subsistencia de la vida? ¿Por qué no redime a sus enemigos? ¿Desea conocer las causas de su fracaso? ¿Quiere tener suerte en amores, comercio o salud? ¿Desea conocer los méritos del Talismán Universal?

Yo puedo poner en sus manos, los verdaderos y poderosos secretos del ocultismo científico. Visíteme y se convencerá que soy el único que poseo la llave de su felicidad.

Enviándome ocho sellos rojos para franqueo doy informe de su consulta gratis.

Adanz Marcelles, Espada No. 5, bajos, entre Príncipe y Vapor de 9 a 12 y de 2 a 7 p m.

ERNESTO VILCHES, el famoso actor de la escena y de la pantalla, vistiendo un elegante traje confeccionado en los talleres de la Sastrería Anatómica "EL SOL", de la Manzana de Gómez. — Habana.

LA LECHE MALTEADA DE HORLICK ROBUSTECE LOS BEBÉS

porque suministra casi todos los elementos nutritivos necesarios para hacerlos fuertes y robustos.

La Leche Malteada de Horlick

es un alimento sano y seguro, y se digiere facilmente. Las madres durante la lactancia la hallan tan deliciosa y nutritiva para ellas como para sus bebés. Se envasa en frascos sellados para protección del consumidor. De venta en boticas y tiendas.

¡¡ASOMBRESE!!

Enviando 45 centavos en giro postal (exclusivamente), recibirá a vuelta de correos y en paquete certificado una camarita fotográfica y un paquete de planchitas para la misma. Por 90 centavos una hermosa pluma de fuente con llenador automático del tipo más moderno.

JOSE LUIS GONZALEZ

BLANCO 38, bajos. — Habana.

Ataque

EL VIEJO MOHO CON EL ACEITE 3-EN-UNO

El moho no puede formarse en las superficies que se limpian y pulen con

Aceite 3-en-Uno

3-en-Uno proteje — impide la herrumbre.

Usese para limpiar estufas, hornos, parrillas, planchas, espitas, herramientas y todas las superficies oxidables. Las conservará limpias y brillantes, libres de moho, manchas y herrumbre.

Exija Aceite 3-en-Uno. No acepte substitutos. El "3" blanco sobre el "1" rojo es su protección.

use

ACEITE 3-EN-UNO

THREE-IN-ONE OIL COMPANY

NUEVA YORK, E. U. A.

35

(AÑO 1934)

La famosa maga ZORAIDA ZOE, posee el secreto de este nuevo año. Visítela y le dirá todos los acontecimientos de su vida, ella tiene la clave de su Destino. Triunfe en amores, negocios y juego.

Consúltela en SAN RAFAEL 55, altos entre Manrique y Campanario.

TELEFONO M-3056.

LA GUERRA: SUEÑO DE PROSPERIDAD

(Viene de la Pág. 25.)

correspondieron $22.000.000.000 a Uncle El costo indirecto de la guerra (destrucción de propiedades, etc.), ascendió a $150.000.000.000.

De acuerdo con el estimado de los expertos de guerra germánicos Lehmann-Russbuldt, por cada víctima de la guerra, los que con ella se beneficiaron, obtuvieron una utilidad de $12.000.

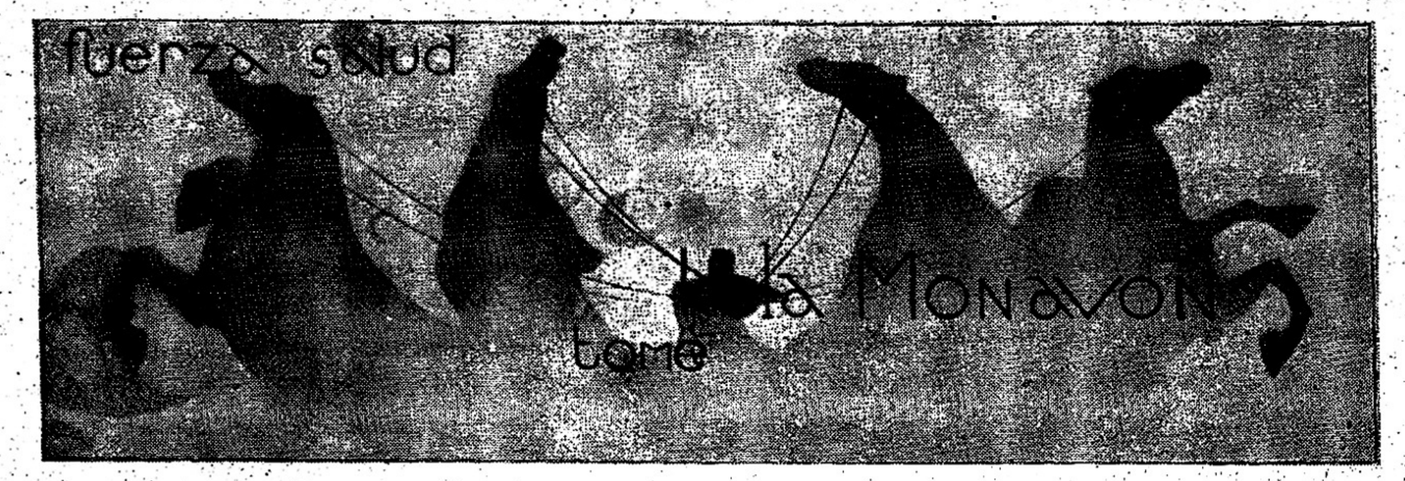
En Canton, Estado de Ohio, por exponer estas verdades Eugenio V. Debs, leader del Partido Socialista, del que se apartó más tarde para engrosar las filas comunistas, fué condenado a veinticinco años de prisión y, en California, Tom Mooney, que entorpeciera con una cívica campaña los preparativos de la Banca y el Gobierno para lanzar al pueblo americano á la batalla, fué acusado de un crimen que no cometió y todavía se pudre detrás de las rejas de la penitenciaría de San Quintín.

EL CASO DE CUBA.

Retornemos al punto de partida, dejando para otra ocasión el comentario acerca de las condiciones de terror y opresión que prevalecieron en los Estados Unidos en los días de la Guerra Imperialista. Examinemos pues, en lo que nos resta de espacio en estas columnas, el caso de Cuba en vísperas de la próxima conflagración universal. En cuanto a beneficios, hemos demostrado que la gran masa trabajadora no ha de recibirlos; quebrantos, empero, han de sobrarle. Unida su suerte, por una fatalidad histórica, a la de los Estados Unidos, ha de sufrir los efectos de la contienda que, si tiene por escenario el continente americano, serán de enormes consecuencias.

Cuba, extendida a la entrada del Canal de Panamá, forma en la línea avanzada de sus defensas. Tiene, además, en su propio suelo, una base naval yanqui: Guantánamo, y un trazado de carretera, construídas de acuerdo con las necesidades militares de los Estados Unidos; trazado de carreteras que forma parte de la línea que, comenzando en la frontera del Canadá, se extiende a través de todos los Estados de la costa del Atlántico, hasta la base naval de Key West. Esta prolongada cinta de asfalto, cuya importancia se disimuló ante los ojos del pueblo americano, con afirmaciones repetidas de que se construía exclusivamente para fines comerciales y favorecer el turismo, tiene una trascendente importancia para la estrategia militar y está llamada a ser recorrida por camiones del ejército americano cargados de hombres, municiones de guerra y de boca, cuando estallado el conflicto bélico con Inglaterra o el Japón, sea preciso reforzar las defensas del canal interoceánico. La destrucción de estas bases navales—Guantánamo y Key West—así como la de los caminos que las aproximan, será uno de los primeros objetivos del enemigo, que, si es Inglaterra, agravará desde el primer momento nuestra situación, por tener en la misma zona del Caribe, a una distancia relativamente corta, poderosas estaciones navales y bien equipados puertos para la navegación aérea.

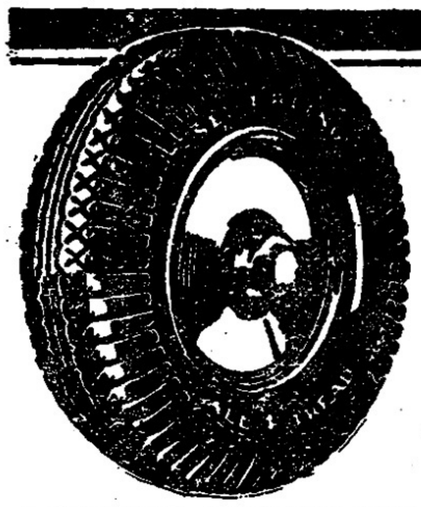
Ni aun la población civil de Cuba, ni aun la población que se libre de formar en las filas de la carne de cañón que el imperialismo yanqui demandará de nosotros para defender sus intereses, se librará de los horrores de la guerra que se caracterizará, como bien dice el eminente escritor Donald Cameron, por el aporte de la química a la mayor eficiencia de los ejércitos. Veremos entonces bien de cerca el lamentable cuadro descrito por un corresponsal de la Prensa Asociada que se encontraba en Sanghai el 29 de Enero de 1932. El pueblo aterrorizado — decía el mensaje a que acabamos de referirnos— se encontró frente a un dilema trágico: permanecer en sus casas y morir entre los escombros ardientes o correr a la calle para ser destruído por las bombas que arrojaban las flotillas de aviones.



LA FORMULA BARBUSSE.—

Previendo la repetición de estos horrores, Henri Barbusse, desde la tribuna del Congreso Contra la Guerra, celebrado recientemente en New York, nos dió la fórmula para evitarlos. Fórmula que no es otra sino la unión estrecha, sincera y vigorosa de las masas a través de las fronteras políticas, a través de las líneas geográficas, para luchar denodadamente, para luchar hasta vencer, contra el imperialismo en sus distintas manifestaciones.

Diciembre 1933.



Seiberling

EL SELLO QUE GARANTIZA UN SERVICIO

LA GOMA QUE RESPIRA Y TIENE DOBLE VIDA

PIDANOS UNA DEMOSTRACIÒN

AGENTE EXCLUSIVO PARA CUBA: J. LEDO ROJAS - SAN LAZARO 261 - TEL. U-1777 - HABANA -

LA ZONA FRANCA EN EL PUERTO DE MATANZAS, UNICA SALVACION DE LA CIUDAD AGONICA

(Viene de la Pág. 28.)

rretera Central y por los Ferrocarriles Unidos y el de Hershey, tiene suficiente servicio. Tiene, además, en el litoral marítimo, en el lugar limítrofe al en que se proyecta establecer la Zona Franca, instalaciones y tanques de petróleo, utilizables por los vapores que en aquel puerto podrían reabastecerse. Y, sobre todo, porque Matanzas, no solamente tiene allí esos terrenos del Estado, propios para la Zona Franca, sino que en esos terrenos hay muelles, almacenes, ferrocarril y cuanto pueda necesitar para el establecimiento de la misma, y todo propiedad del Estado, aunque en poder hoy de un concesionario cuyos contratos están al vencerse, y que ningún beneficio reportan al Estado ni al pueblo.

"BOHEMIA" APOYA A MATANZAS.

En ésta, como en todas las iniciativas de carácter beneficioso para la colectividad, BOHEMIA aporta su sincera y decidida cooperación. Consideramos que Matanzas tiene derecho a vivir, y a ser algo más que la cuna o el sepulcro de famosos poetas. Allí hay hombres dignos que luchan por el resurgimiento de la ciudad y nuestra cooperación está a su lado. Hace falta ocupación para sus hombres, y debe proporcionársela el Estado, haciendo la concesión que el pueblo, sensatamente, pide. No es el negocio de un hombre. Es el hambre de un pueblo. No es un favoritismo a un privilegiado, es el medio de que toda una población se sienta inyectada de savia nueva; una vida que no la resta a ninguna otra población hermana, sino que le llega de todas partes del mundo.

Porque aunque parezca exagerado, así es, y así será. Y como buena prueba de ello, vamos a apuntar solamente lo siguiente: Tan pronto como se ha comenzado a laborar por la concesión de la Zona Franca en Matanzas, ya se han presentado en aquella ciudad los representantes de una poderosa compañía inglesa, manufacturera de tejidos, interesada en conocer los detalles. No por simpatía a Matanzas, ahorrarían transportes y derechos de travesía por el Canal de Panamá, establecerían inmediatamente sus depósitos de materias primas y sus plantas industriales en la Zona Franca de Matanzas, dando trabajo, de primera intención, a no menos de dos mil obreros.

Y si eso es así, cuando se están aún en los inicios de las gestiones, cabe augurar que los matanceros verán coronado su esfuerzo por el éxito, ya que si logran, como deben lograr la concesión, la batalla no habrá sido inútil, sino que Matanzas recibirá la inyección de trabajo y de dinero de que tan necesitada y justamente ávida está.

BELLEZA!!

su más codiciado tesoro.

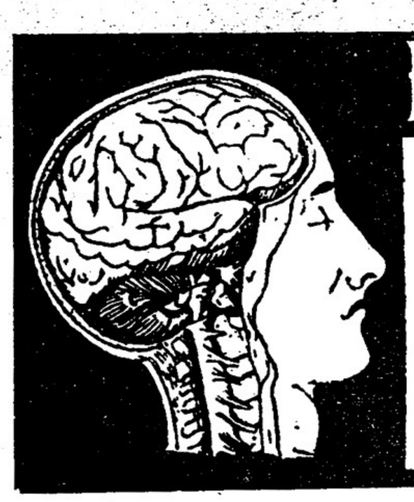
REALCE LA BELLEZA DE SU CUTIS USANDO EL JABON DE HIEL DE VACA

AGRADAR! Siempre agradar! Inefable y dulce placer que experimenta la mujer, cuando se encuentra con el ser que ama. El Jabón de Hiel de Vaca, impartirá a su cutis, la suavidad de los pétalos de una rosa, la belleza y blancura de una camelia y el sutil y delicioso perfume de una azucena.

Aplíquese con la espesa espuma un suave masaje (fíjese que la espuma es rica y abundante); enjuáguese varias veces con agua limpia y fresca. Hágalo dos veces al día, y siéntase feliz de haber logrado con el uso de este exquisito jabón, el anhelo de su vida, AGRADARLE!

"Un Siglo Embelleciendo Rostros"

JABON DE HIEL DE VACA DE CRUSELLAS



NERVO-FORZA

Cura los Estados de Impotencia o Debilidad General. Sea fuerte.

HAGA DEL AFEITADO UN PLACER!!

USANDO

Delite

LA CREMA PERFECTA

SIN BROCHA NI JABÓN

SUAVIZA LA BARBA MAS REBELDE

GRATIS, ENVIAMOS MUESTRAS - SOLICITAMOS AGENTES

CHARMY LABORATORIES - BOX 558 - HABANA. CUBA

Moldes y Labores

A cargo de la señorita MERCEDES SAAVEDRA

Tras una breve ausencia, vuelvo de nuevo a mis lectoras, ofreciéndome a su disposición desde estas páginas y enviándoles, como cordial saludo, sinceros deseos de venturas en 1934.

Cuando dejó de publicarse esta Sección, tenía pendientes algunas contestaciones y publicaciones de distintos modelos, bordados, etc., las que iré cumpliendo; pero si deja de publicarse algo, suplico a la interesada que se escriba nuevamente, para tener de esa forma, el gusto inestimable, de complacerla.

EL MODELO DE ESTA SEMANA

El gris y rojo es la nota predominante de la "season", y en verdad que han tenido buen gusto los creadores, pues pocas veces se ha logrado una tan perfecta armonía de colores y efectos contrastantes.

El modelo es en crepé y su corte sesgado, que es el que más favorece y mejor modela

la silueta moderna, es sencillo y de gran atractivo.

La blusa "floja" y las mangas abiertas desde el hombro, son de extraordinaria elegancia, y reúnen en sí, todas las características de la moda de ahora. La saya, de dos piezas y con costuras delante y detrás, es muy ajustada, abriendo en su parte inferior, aunque muy ligeramente. ....

El cinturón va enganchado en una argolla roja de gran tamaño, constituyendo un detalle de gran lucimiento.

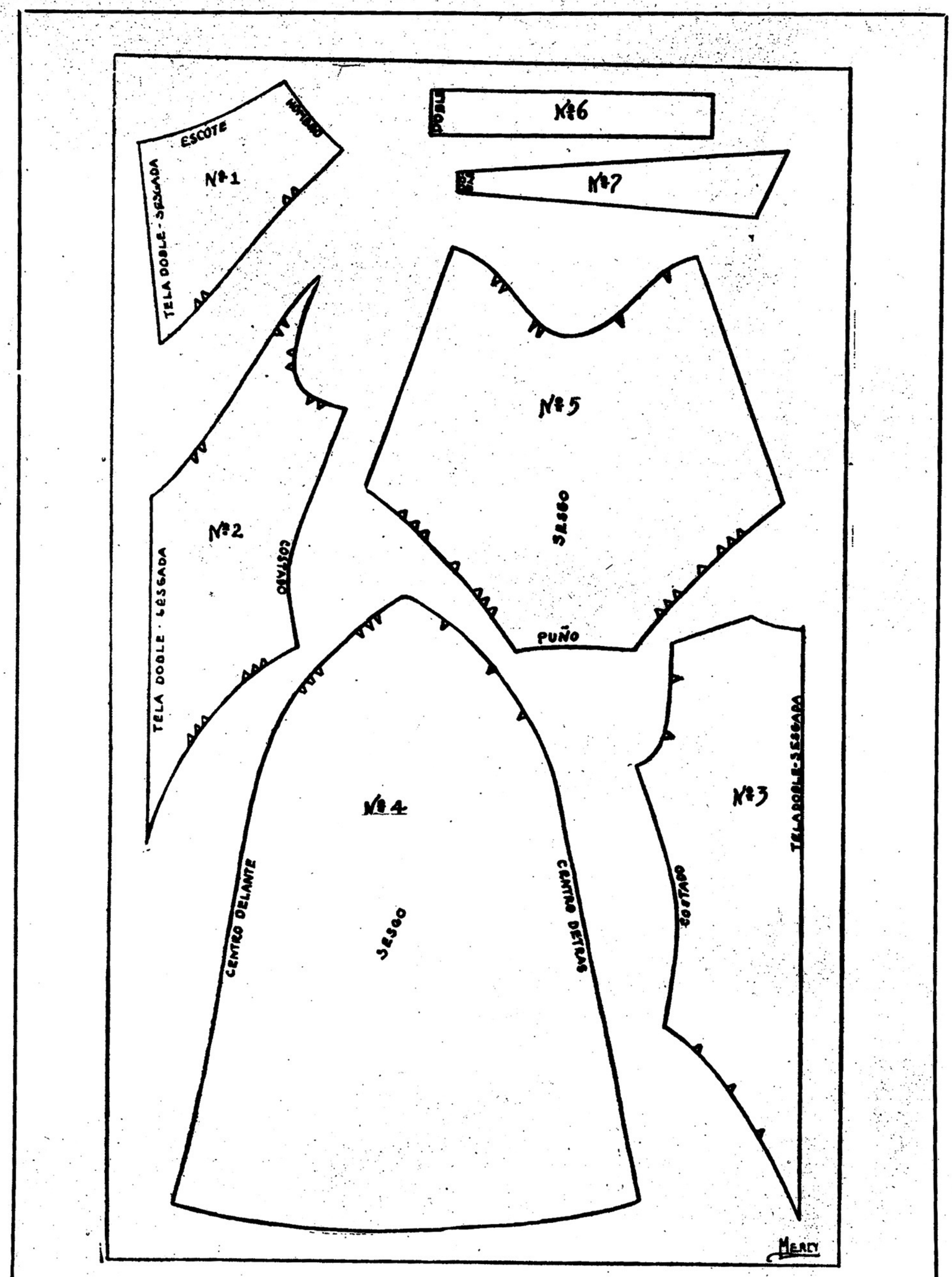
Pasemos a la descripción de cada una de las piezas.

No. 1. — PIEZA SUPERIOR DE LA BLUSA.—Se corta al sesgo, como todas las demás, y se le pone un plomo en el escote, para su mejor caída.

No. 2.—DELANTERO DE LA BLUSA.

No. 3.—ESPALDA DE LA BLUSA.

No. 4.—SAYA. Se cortan dos iguales.



No. 5.—MANGA. Esta pieza es de un bello corte. La parte que queda sin costura y que se coloca al sesgo de la tela, es la de debajo del brazo. Por donde queda abierta, o sea, desde el hombro hasta un poco más arriba del codo—pues de ahí se cierra hasta el puño—va forrada en rojo, de manera que a cada movimiento del brazo, se ve el forro. Lleva la manga como último detalle un precioso botón rojo.

No. 6.—CINTURON. Es rojo, forrado en gris.

Una talla 36, necesita 4 yardas de tela gris y media de tela roja.

CONTESTANDO A MIS LECTORAS

Dirija su correspondencia a: Srta. Mercedes Saavedra. Apartado 2169. — Habana.

ORGELINA MARRERO. — Recibí su carta hace escasamente una semana. ¡Qué pena me causó no haberla recibido a tiempo! De todos modos, confío en que si no pude atenderla en esta ocasión, ya me escribirá cuando se trate de la canastilla del bebé. Una felicidad imperecedera, son mis deseos. Le contesto por correo.

HELIODORO GARCIA, TRIUNFA EN EL "NACIONAL"

(Viene de la Pág. 21.)

mo por arte de encantamiento de La Habana del post-Machadato. La instalación ha sido realizada con un esplendor maravilloso. Los detalles de suntuosidad predisponen al visitante al optimismo. El ambiente, logrado con la gracia primorosa de las cuatro acomodadoras vestidas a lo Marlene Dietrich, y el decorado del escenario y el perfume a cigarrillo rubio, ofrecen la sensación de que se vive un mundo mejor.

Heliodoro García, se ha anotado con la apertura del "Nacional" un gran éxito, como organizador y como empresario. Sus actividades al frente del "Neptuno" y del "Fausto", no podían tener una apoteosis más brillante.

—Mis proyectos—dijo Heliodoro a este entrevistador—, no se detienen en ésto. Pienso, para cuando mejoren las cosas, traer compañías de gran espectáculo y aquellos artistas de mayor relieve en la pantalla, para que asistan como es costumbre en Hollywood, a la premier de sus películas en Cuba.

—Por el momento—continúa diciendo—, el "Nacional" será ésto que ya es hoy, el templo de la "Paramount" y de la "R. K. O." El público gusta de las cosas suntuosas. Del espectáculo, tanto en el escenario como en los detalles que le precedan. Por eso no he regateado gastos en la adaptación de este rincón para fumar, en el uniformado de los empleados y en el adorno del vestíbulo.

Marlene Dietrich, dió a la nueva temporada del teatro "Nacional", los primeros llenos. Desde la una de la tarde que se abrieron las puertas del flamante cinematógrafo, hasta las once y media que se cerraron, el primer día del "Cantar de los Cantares" ha sido un éxito de público difícilmente visto en La Habana.

Todavía las últimas exhibiciones de esta película, se hicieron ante un público numeroso y selecto.

"El Cantar de los Cantares", en realidad, es una bella producción en la cual la genial actriz alemana, se supera. Cosa ésta que la propia actriz estaba lejos de pensar al faltarle Stemberg en la dirección.

—¿Qué película seguirá al "Cantar de los Cantares?"—pregunté a Heliodoro García.

—King Kong... Una obra de gran intensidad. Lo monstruoso, al servicio de la cinematografía. Lo fabuloso también. **King Kong** crispa los nervios, espanta, inspira miedo. Llega un momento en que el espectador se cree una cosa insignificante, perdido en una butaca del teatro, ante la ciclópea figura de **King Kong**.

—¿Y después de **King-Kong?**

—Enrique VIII y sus seis mujeres.

—¿Y qué decía usted de traer compañías y artistas célebres de la pantalla?

—Más adelante. Cuando todo se normalice y tanto la tranquilidad ciudadana como la abundancia material sea con nosotros, para entonces, abrigo la ilusión de realizar esos proyectos. Las grandes compañías de Broadway salen todos los años de **tournée** por los estados de la Unión y yo creo que no sería muy difícil ni costoso que incluyeran La Habana en sus recorridos. Así mismo, las casas productoras envían a sus artistas más populares a largos viajes de propaganda. ¿Por qué no han de estar en el "Nacional", para asistir a los estrenos de sus películas?

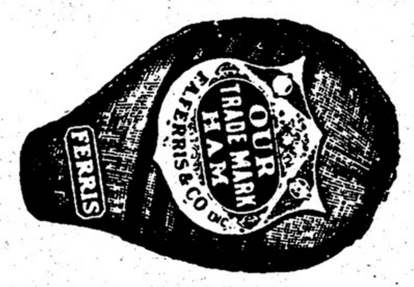
Y así, ideando planes, organizando novedades, sintiendo la Necesidad de ofrecer la atracción capaz de sacar al público de sus casas, este pequeño gran empresario, va de un lugar a otro, observándolo todo, adelantándose a todo, y del "Nacional" al "Fausto" y del "Fausto" al "Neptuno", en una peregrinación entusiasta e incansable.

jamones
FERRIS

FAMOSOS
DESDE 1836

JAMONES PEQUEÑITOS, ESPECIALES PARA FAMILIAS
Compare el sabor de este exquisito jamón con los de otras marcas.

ES LA PRUEBA
MAS
CONVINCENTE



JAP-A-LAC

Made in 21 Colors
and Natural (Clear)
Renews everything from Cellar to Garret

La pintura esmalte ideal para pintar sillones, muebles, y uso general del hogar, Más de 30 colores distintos.
Pida muestrario a sus únicos distribuidores.

Ferretería "LOS DOS LEONES"
GALIANO Y VIRTUDES. TELEFONO A-4190.
HABANA.

LA TRAGEDIA SE CIÑO A SU CANTO

(Viene de la Pág. 24.)

Y el epílogo tiene tristezas de cementerio. Pero como final del drama vulgar que se revistió de amor, de música, de sangre, de celos y de muerte, María Cervantes no cantará más. Su voz no tiene emoción, la propio emoción se mató. Llevará en su vida el signo doloroso del hombre muerto y del esposo preso. Ella lo ha comprendido y con la resignación fatalista del árabe, sabe que es que la "tragedia tuvo celos de su felicidad y se ciñó a su canto..."

VISITA INUTIL DE LOS REYES MAGOS

(Viene de la Pág. 29.)

Y dejan unos centavos en la casa del pobre.

Es un barrio de obreros, de empleados de tercera categoría. Miseria, sordidez, desamparo.

—La revolución ha pasado por aquí, —expresa Baltasar, que es un gran observador.

—Y la huelga,—dice Gaspar.

Se marchan.

Después de todo, ya no les queda un juguete. Melchor suspira:

—Será otro año...

—Sí. Será otro año...

Miran al cielo. Ni una estrella. Los Reyes extravían el rumbo, dan vueltas por las calles solas. Ignoran dónde se encuentran. Ha desaparecido en el cielo, que se oscurece con nubes de tormenta, la estrella guiadora. Pero no hay cuidado. Melchor tiene brújula. Y rápido, ya orientado en la sombra densa, dice, fatigado:

—¡Al Este!

Desaparecen, súbito.

En la mañana que sigue, los niños se desesperan y se entristecen en sus casas. Unos pocos se entretienen con unos malos juguetes. Los otros miran, con ojos de incomprensión, en los que aún no se define el rencor de los hombres.

Así, toda la ciudad.

Por la tarde, pueden matarse sus padres en las calles, con los padres de otros niños, que tampoco tienen juguetes. El real trío está lejos. Muchas casas se llenan de llanto infantil. Y cuando cae la noche, pasan por el mismo camino de sombras las estrellas impasibles...

REFORME
SUS LAMPARAS
LLAME A LA CASA
ALADINO
GRAL. CARRILLO 72. A-0456

TOPICOS DEPORTIVOS...

por

por ADOLFO FONT

Jimmy Mc Larnin, actual campeón welter weight del mundo, ha sido seleccionado por cien críticos de boxeo el mejor pugilista del año de 1933. El año pasado, "Baby Face" sólo obtuvo dos votos, siendo superado por Tony Canzoneri, Max Schmelling. Billie Petrolle, Mickey Walker y Kid Chocolate.

Es Jimmy uno de los boxeadores que más pelea acepta y en estos tres últimos años, no ha rehusado ningún combate por insignificante que la bolsa fuere. Y a ésto le debe, principalmente, su ascensión al ler lugar de los mejores púgiles del mundo, ya que conservándose en un entrenamiento perpetuo casi, ha podido rebasar las flaquezas que casi todos los boxeadores presentan en determinadas etapas de su vida aún cuando rindan un fervoroso culto a su acondicionamiento físico.

Esta colección de bellas chicas,—modelos de carne viva—, exhiben los trajes de baño que estarán en boga en el venidero verano norteño. Y a fé que si no hubiera otras muchas razones para que los cubanos se fueran a Miami, los modelos—el continente y el contenido—serían una considerable razón.

En segundo lugar fué seleccionado Barney Ross, actual campeón ligero del mundo y uno de los boxeadores que, al decir de los críticos, mejor representara la categoría de las cientos treinta y cinco libras. Ross peleará el próximo día veinticuatro de los corrientes, contra Billie Petrolle, que quedó en el octavo lugar del "ranking" que acaba de publicarse.

Esta pelea Petrolle-Ross le brindará a la temporada de boxeo invernal un incentivo mayúsculo, ya que los fanáticos de New York arden en deseos de verlo en acción otra vez, ya que su segunda victoria contra Tony Canzonery convenció definitivamente a los que juzgaban al pugilista chicagoense uno de tantos "bluff" que se forman una aureola triunfal sin base alguna para perpetuarla en el ring.

A pesar de que Max Baer no es el actual campeón de la categoría pesada, los cien críticos que seleccionaron a los diez mejores pugilistas del año emitieron el voto a su favor sobre Primo Carnera, el gigante italiano que ostenta el título mundial en la categoría mastodóntica. En Max Baer ven todos los fanáticos y críticos al boxeador que volverá a prestigiar la división que tan bien supieron representar los Johnson, Dempseys y Tunneys del pasado.

Sin embargo, son muchos también los que creen que debido a las facultades físicas de Carnera, tardará mucho tiempo para que puedan destronarlo, fundándose además, en que el italiano cada día aprende más y se cuida mejor.

◇

Kid Chocolate, nuestro mejor boxeador, está atravesando su primer gran vía-crucis y puede ser que de él no rebase si no toma con seriedad sus entrenamientos y cambia, radicalmente su actual régimen de vida.

Nos dice un amigo de New York, que siente enormes simpatías por el Kid, que éste se entrena; pero que en un día echa por tierra todos los esfuerzos de varias semanas. Si ésto es cierto, creemos que mayor daño le causa a su salud estas alternativas que si se dejase arrastrar completamente por los mil y un desenfrenos que su inexperiencia le hacen víctima. Es lástima que ésto le ocurra a quien, como Kid Chocolate, ha podido palpar en pocos años toda la grandeza de la gloria terrenal. Idolo de las mejores empresas promotoras: mimado de todos los públicos del mundo, su vida resultaría un emporio de bienandanzas, hasta que llegado el momento de la retirada soltase los guantes con prestigio, si recapacitase, pero parece que este capítulo no se há escrito en su mente todavía.

Tony Canzoneri, Petrolle y aún Jimmy Mc Lanin, se han retirado a descansar obligados por las circunstancias. ¿Por qué el Kid no se retira a las montañas durante varios meses? Está a tiempo de resurgir con iguales o mayores glorias que las que hasha ahora ha gozado.

Kid Chocolate, por sus dos últimas derrotas y por su casi desaparición de los rings yankees en estos últimos tiempos, ha sido considerado por los cien expertos que han hecho el "ranking" de 1933 como el octavo boxeador del mundo. Frankie Klick, a pesar de que se anotó una definitiva y rápida victoria por knock-out sobre Kid Chocolate, no aparece en esa selecta lista.

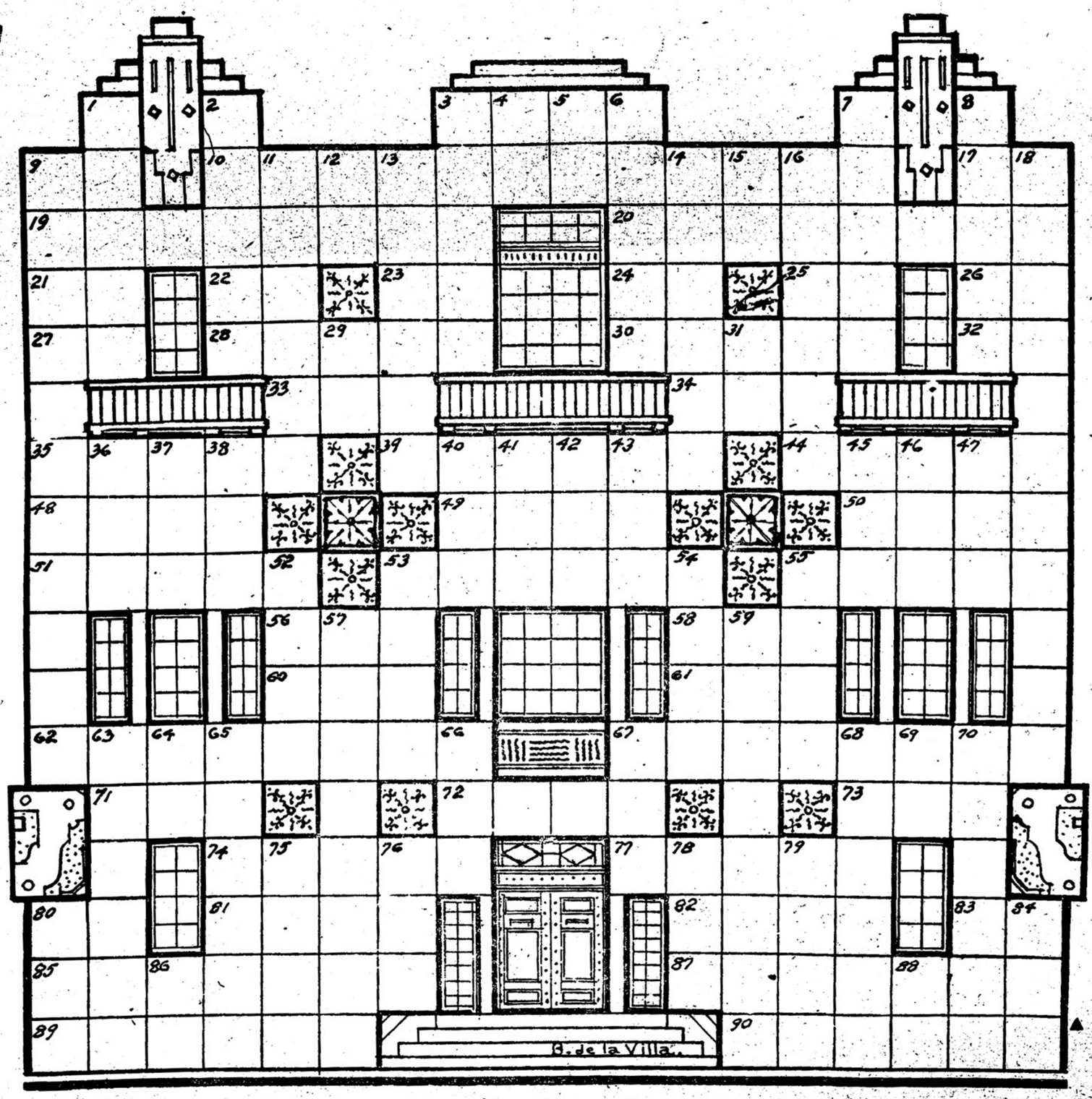
Los críticos y fanáticos yankees creen que el Kid puede hacer un "come back" glorioso. No lo dan por "muerto" todavía, ya que todos esperan que con vista de sus últimos fracasos, cambiará su vida y le prestará a sus facultades la potencia necesaria para darle elasticidad a sus piernas, fortaleza a sus músculos, tranquilidad a su espíritu y energía a su sistema nervioso depauperado, según dice, por sus innumerables correrías.

En estas páginas de BOHEMIA publicaremos en la próxima semana, una entrevista celebrada entre el Kid Chocolate y un compañero de la prensa de New York, en la que expone el campeón feather-weight del mundo el por qué de sus últimos fracasos.

Estamos de acuerdo con algunos de sus puntos de vista; con otros, no, aunque no haremos presión alguna sobre los lectores; cada cual puede hacer sus comentarios como mejor les venga en ganas.

Recreaciones

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES

3.—Pronombre, relativo unas veces y otras posesivo.
9.—Conjunción copulativa.
10.—Sangrador.
17.—Del verbo ir.
19.—Inducir a uno con halagos a hacer una cosa.
20.—Saludable. Sin lesión ni menoscabo.
21.—Nombre de letra.
22.—Adverbio.
23.—Forma del pronombre personal.
24.—Pronombre personal, forma reflexiva.
25.—Bebida estimulante. Infusión.
26.—Moneda romana de poco valor.
27.—Nota musical.
28.—Seco. Estéril.
30.—Cueros para echar vino.
32.—Interjección que se usa con ciertos adjetivos despectivos.
33.—Patriarca hebreo que se salvó del diluvio.
34.—Letra. (pl.)
35.—Vela que se coloca en el mastelero mayor.
39.—Pasta de harina que se usa para hacer sopas.
44.—Resina sólida amarillenta.
48.—Príncipe, caudillo árabe.
49.—Nombre de una raza de indios muy importante de la América Central.
50.—Gran lago entre Canadá y Estados Unidos.
51.—Nodos de una cuerda vibrante.
53.—Carruaje antiguo.
55.—Limpian.
56.—Parte que sobresale en una vasija.
58.—Cualquier animal acuático vertebrado.
60.—Fuerza, vigor.
61.—Pronombre demostrativo.
62.—Irregularidad.
67.—Viciar, corromper.
71.—Cualquier animal ovíparo plumífero.
72.—Isla grande del Japón.
73.—Hogar.
74.—Trozo de pared. Cerca.
77.—Parte del rostro humano.
80.—Nota musical.
81.—Río de Francia.
82.—Bella ciudad de Francia y puerto en el Mediterráneo.
83.—Preposición.
85.—Método empleado para evitar las fermentaciones pútridas.
87.—Lío pequeño y mal hecho.
89.—Diversiones, fiestas.
90.—Sal formada por el ácido úrico y una base salificable. (pl.)

VERTICALES

1.—Raya, renglón.
2.—Envanecida, presuntuosa.
3.—Pie de la poesía antigua, compuesta de una sílaba larga y una breve.
4.—Nombre antiguo de la nota "do".
5.—Pronombre personal.
6.—Dejar pasar una cosa en silencio.
7.—Odre o saco de pellejo (pl.)
8.—El llamado buen ladrón.
9.—Descuido.
11.—Algazara, barahunda.
12.—Escuela Técnica, (inic.)
13.—Piel curtida y suave que sirve para guantes, especie de badana.
14.—Falta prolongada de alimento y bebida.
15.—Academia Comercial((inic.)
16.—Repárese, Obsérvese.
18.—Confundir. Ofuscar.
29.—Montaña de China en la provincia de Sse-Chuan.
31.—Nota musical.
36.—Dueño.
37.—Planta cuyo fruto es la uva.
38.—Pasión que mueve a indignación.
40.—Nombre de mujer.
41.—Desgracia, Calamidad.
42.—Del verbo oír.
43.—Artículo, (pl.)
45.—Forma de pronombre (pl.)
46.—Nombre de letra.
47.—Pronombre posesivo.
52.—Materia derretida que arrojan los volcanes.
53.—Aproximadamente.
54.—Desmonte. Baje.
55.—Casualidad. Caso fortuíto.
57.—Figura de construcción gramatical, por medio de la cual se establece la concordancia con arreglo al sentido y no a las reglas gramaticales.
59.—Ser inmaterial.
63.—Ensenada de Cuba.
64.—Observatorio Vulcano. Inic.
65.—Intervalo cuadrado que media entre los adornos del piso dórico, es decir, del cornisado entre la cornisa y el arquitrabe.
66.—Mujer encargada de la crianza de un niño.
67.—Gracia o habilidad para hacer una cosa.
68.—Estatura de un caballo.
69.—Del verbo ir.
70.—Garbanzo de Asturias.
75.—Género de insectos arábidos.
76.—Instituto Escolar "Academy". (Inic.)
78.—Nombre de mujer.
79.—Levantar, elevar.
80.—Adverbio. A todo trance.
84.—Pronombre.
86.—Terminación de infinitivo.
88.—Pronombre personal. (Inv.)

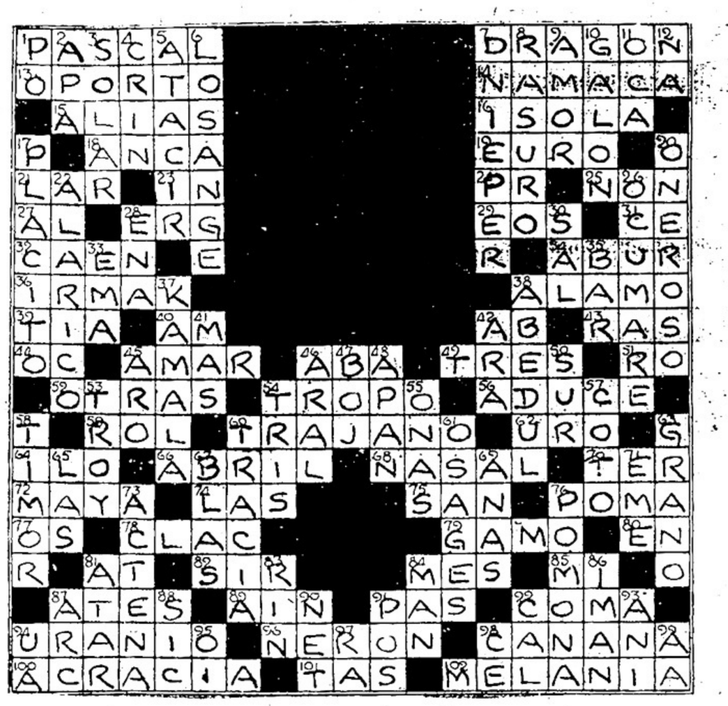
CHARADAS:

Prima-dos no es **tres-primera**
y si ahora la encuentras mal
es porque el rostro le altera
el calor de ese TOTAL.

Estos **segunda-primera**
quiere amarrar Cunda
con cuerda que es tan ligera?
¡Pues está **prima-segunda!**

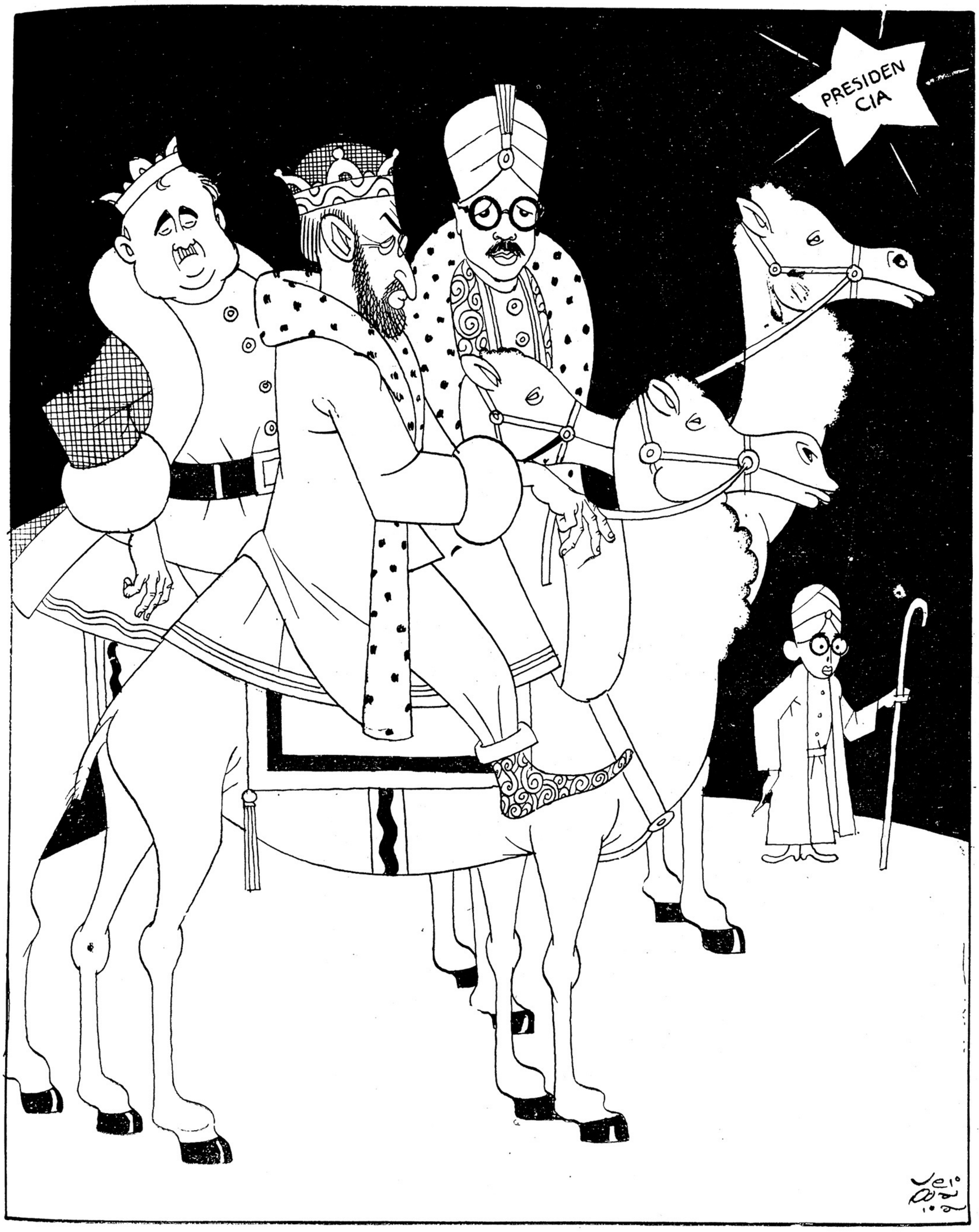
COMPRIMIDO

DEP c nota ORTE



SOLUCION AL CRUCIGRAMA DE LA SEMANA ANTERIOR

TANGANA



EN POS DE LA ESTRELLA

SE SALVARON LAS GORDAS

El alcalde de Encrucijada, cuyo nombre ignoramos, pero que debe ser una de las figuras más brillantes de la República, ha dicho estas palabras, plenas de esperanza y de afán justiciero: Los nacionalistas de las Villas marcharán a tono con los anhelos de las masas.

Caramba, gracias a Dios, que en este recholateo incomparable, ha habido un cristiano que se haya acordado de las gordas.

VENDRA MARQUEZ STERLING

Dice un colega: ''Vendrá Márquez Sterling a dirigir su Departamento''.

Esa noticia se ha publicado desde el 8 de septiembre hasta nuestros días, setentisiete veces. Y la verdad es que Márquez Sterling no acaba de despetroncarse de Washington para venir a La Habana a dirigir su Departamento. Unas veces es porque tiene catarro; otras, porque se conectó con un resfriado; otras, porque cogió el sereno después de comer; y en otras ocasiones porque se arrojó de la cama con los pies en el suelc o está estudiando el problema del Chaco Boreal.

El caso es que no se despetronca de Washington para La Habana. Quizás piense que apenas llegue a encargarse de su Departamento, tenga entonces que despetroncarse de La Habana para Washington, para Leticia o para el Chaco Boreal.

SE FUE BATISTA

Se fué Batista... La noticia corrió impetuosamente por La Habana en la última tarde del difunto 1933. En el Estado Mayor lo negaban. Lo negó Velasco, sacudiendo sus galones flamantes. Lo negaron en Columbia, en donde, ese día, no dejaban entrar ni al Pipisigallo, más auténtico y más revolucionario. Lo negó un comandante con la cándida inocencia de un sargento. Lo negó Querejeta que, como estratega, tiene una pega terrible y explosiva. Pero era la pura evidencia, el viaje improvisto del Coronel a Santiago de Cuba. De repente, todo se esclareció.

Y La Habana, que se disponía a celebrar con júbilo la llegada del Año Nuevo, volvió a su tristeza.

SARGENTO IN HONORIS CAUSA

Grau, enternecido hasta el paroxismo al verse rodeado el día de Año Nuevo por una línea de kaki, dijo lo siguiente: El Ejército es salvaguarda de la Revolución y ésta se halla sostenida por ese Ejército glorioso.

Un minuto de silencio para presentar una moción: Es hora de que se reuna la Universidad y acuerde hacer al doctor Grau Sargento in honoris causa.

...Y FUEGOS ARTIFICIALES

Dice un colega con un desbordamiento explosivo de júbilo: ''Habrá carnavales este año y quizás toros.''.

Y quizás, también, fuegos artificiales. Y de seguro, que, para completar este bellísimo programa turístico, se celebrará en breve, con gran esplendor, la Fiesta del Guatao.

OBREROS LIBERTADOS

Título de un colega: ''Fueron puestos en libertad 78 obreros que se hallaban presos.''

No es para felicitarlo. Porque el Gobierno, cada vez que se le ocurre hacer un viraje—a derecha, a izquierda, a la vanguardia, a la retaguardia, al Morro, a La Cabaña, o simplemente a los files—mete en el Príncipe a cincuenta obreros.

LADRONES MINUSCULOS

Dice el título de un parte de policía: "Robaron la caja de caudales en un bar del Prado."

Como ustedes ven, se trata de unos ladronzuelos minúsculos, beatíficos, indignos de manejar la ganzúa e ineptos, sustantivamente, para maniobrar bajo el signo de Caco.

Eso, por otra parte, con excepción de alguna persona que padezca de taquicardia o de insuficiencia del agujero botal, a nadie puede producir alarma.

Porque tal como se están poniendo las cosas, uno empezaría a sentir un leve principio de inquietud, en el caso de que los ladrones hubieran cargado con la cúpula del Capitolio.

¿LA QUITAN O LA DEJAN?

Guiteras, brillante farmacéutico que dirige la Secretaría de Gobernación, anunció en días pasados que la Ley Marcial sería derogada.

Veinticuatro horas después, el coronel Batista, brillante taquígrafo que dirige el Estado Mayor, reunió a los jefes de los distritos militares, con objeto de aplicar los preceptos de la Ley Marcial a los que meten bolas, a los que las hacen correr y a los que las catchean.

¿En qué quedamos? ¿Quitan la Ley Marcial? ¿La hacen más dura y más feroz?

Sería conveniente que en este asunto de tanta trascendencia patriótica, la Farmacia y la Taquigrafía llegaran a un acuerdo.

VIRAJE HACIA LA CALLE

Dice un despacho cablegráfico: "Rico Avello, Ministro en el gabinete de Alejandro Lerroux, renuncia la cartera de Gobernación.

Vamos a ver si con la lectura de ese despacho cablegráfico, Guiteras se embulla y hace un viraje farmacéutico hacia la puerta de la calle.

TABURETE MILITAR

Dice un tierno colega, con un optimismo de liga grande: Sólo se aguarda por la justicia militar para poner en libertad a los ex-oficiales.

Como en estos tiempos la justicia militar es sargéntica y taquigráfica, no estaría demás, como precaución, adquirir un taburete por cuestación pública, para esperar en una posición cómoda.

CON UN NICKEL EN EL BOLSILLO

Leemos este título de carácter tranviario, que en estos momentos en que la patria se lamenta sobre su catre amargo, es una orquestación de optimismo:

"Los Nacionalistas de Arroyo Apolo apoyan al Dr. Grau."

Pues ya sabe el doctor Grau: con el apoyo de los nacionalistas de Arroyo Apolo, y con un nickel en el bolsillo, puede ir hasta Jesús del Monte.

DIFERENCIAS DE CRITERIOS

Rodolfo Méndez Peñate se dedica, desde hace algunos días, a visitar asiduamente al Presidente Grau. Las malas lenguas, con motivo de esas visitas, se soltaron a correr, afirmando que el hermano de Roberto estaba a punto de atrapar la Secretaría de la Presidencia.

El joven Rodolfo se ha apresurado a desmentir la posibilidad de engrampar la argolla de una cartera, pero, en cambio, después de calentarse el brazo y de hacer un pequeño y económico training de balompié, ha hecho las siguientes declaraciones: "No hay escisiones en las filas nacionalistas; sólo hay diferencias de criterios."

Eso lo sabe todo el mundo. No hay escisiones, sino diferencias de criterios. Diferencias de criterios, en cuanto a la manera de entrarle al jamón sin que el público se dé cuenta.

NI JUGO DE PIÑA

La subasta para la emisión y acuñación de los veinte millones de pesos quedó desierta. Con la excepción de un llamado Banco de Cuba, que debe ser primo del Banco de Terranova, las demás instituciones bancarias, no le dieron ni jugo de piña, ni un modesto por ahí te pudras, al proyecto del coronel Despaigne.

El que más y el que menos le ha cogido miedo a esa emisión, sospechando que cuando tengamos papel en Cuba, será preciso reunir veinte billetes de a cien pesos, para tener derecho a comprar un heróico cartucho de maní tostado.

TEATRALERIAS

Ernesto Vilches, creador de Wu Ling Chang, de "El Amigo Teddy" y de "Cascarrabias", ha debutado en el "Principal de la Comedia".

Sería conveniente que por ahí surgiera un empresario avisado, que, desde ahora, fuera organizando la función de despedida de Esperanza Iris a sus admiradores de La Habana.

DISMINUYE EL PALUDISMO

Ayer, a su salida de Palacio, el doctor Finlay, llevando bajo la axila su cartera oftalmológica y sanitaria, declaró a los repórters: "Les aseguro que ha disminuído notablemente el paludismo en toda la República."

No lo creemos, ni aunque nos lo jure por los restos mortales de un mosquito anafelide, después de pasado por la piedra del petróleo.

A no ser que el paludismo haya optado por retirarse al saber que Finlay había dado un viraje a la izquierda y se había metido a cargabates en el team zurdo de Antonio Guiteras.

LA PRESENTACION DIPLOMATICA

(Nota suministrada por el Almirante Freeman acerca del almuerzo celebrado en el "Wyoming", para que Caffery conociera al Cuerpo Diplomático.)

Caffery, desmantelando con intrepidez un langostino).—Vamos, caballeros, sin pena de ninguna clase, como si estuvieran en su casa. Pueden cargar sobre los langostinos.

El Ministro de Inglaterra, acogiéndose a la sombra de su pabellón: —Yo, en ciertos momentos prefiero el **roast beef**. Es sustancial como una reclamación diplomática. Y a propósito de reclamación.

Fernández Medina, haciendo una asistencia: ——Como se conoce, Excelencia, que usted no ha comido tasajo. Es sublime.

Se oyen ruidos lejanos. Tiros de azotea y tiros de rifle: una fiesta china de la pólvora en toda regla.

Un Ministro queda con el tenedor en el aire. Otro tiende la oreja peluda y cancilleresca hacia el extruendo lejano.

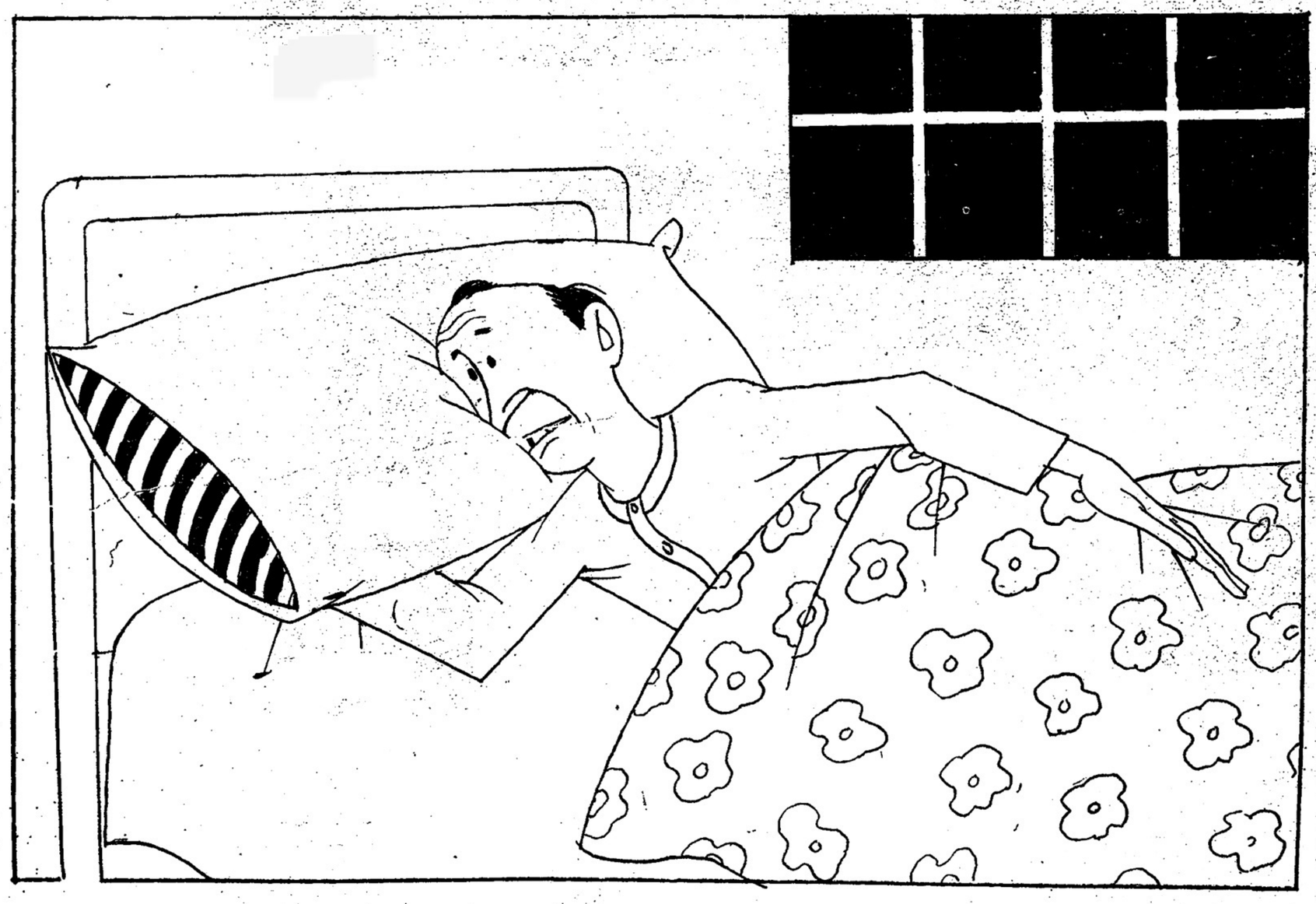
El Ministro de Francia: —¿Tiros?

López Ferrer: —Parecen voladores de a peso. O tal vez saltapericos.

Caffery, con profunda convicción: —No, caballeros, son trompetillas.

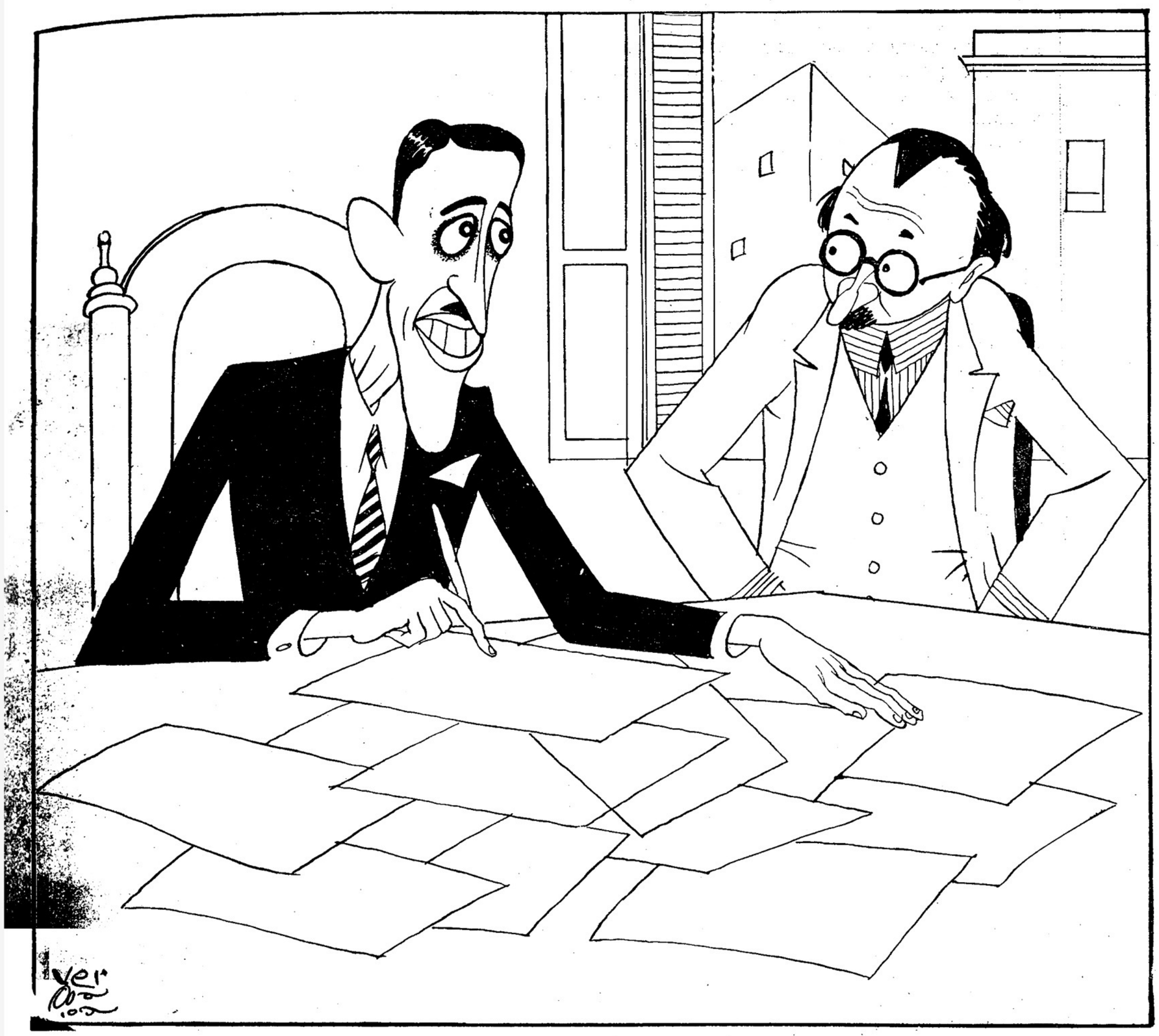
En ese momento, la marinería del "Wyoming", se cubre con sus cascos, presenta armas a los diplomáticos y desfila por cubierta a los compases bélicos de "A la voz de fuego, se va Covadonga."

Y conste, para evitar malas interpretaciones, que el Presidente Grau nació en Consolación del Norte.



SOLILOQUIO

—No hay modo de que concilie el sueño. ¡Y es que no me puedo quedar dormido hasta que no suena el quinto caramelo!



COSAS QUE PUEDEN SUCEDER...

El revolucionario desconocido: —¿Y cómo se va a arreglar ese asunto de la huelga de los médicos?

Mongo: —Ya lo tengo resuelto. Voy a hacer un decreto prohibiendo las enfermedades.

NO ES CIERTO QUE...

El Marqués de Piedra. Multicolor Berenguer y el P. Viera, dirijan el Partido Contrafuerte Cubano.

Hacemos esta aclaración, porque son muchas las personas que estiman que esos tres arriscados revolucionarios, se preparan a acabar con la Constituyente.

Y aunque esos tres patriotas andan juntos con frecuencia y celebran conferencias misteriosas, no es que preparen un nuevo sector, o una nueva ideología, sino que están organizando una fábrica de fritas.

COLECCIONANDO POSTALITAS

El Gobierno, dando un reconstraviraje a la izquierda, ha autorizado a los fabricantes de cigarrillos, para que regalen con la mercancía que se les compre, cupones, vales y postalitas.

Ahora ya están los cubanos como querían. Mientras se dediquen con bravo entusiasmo a morirse de hambre, podrían consagrarse a coleccionar postalitas.

UN PAR DE PATINES

La escena fué emocionante. Parecía que sobre ella se esparciera un soplo heróico. El coronel Batista condujo a los repórters a los hangares de Columbia. Y con un ancho gesto taquigráfico, que parecía envolverle todo, exclamó subrayando la intrepidez: —Cuento con veinte aeroplanos.

Positivamente es excesivo ese derroche de alas y de motores. Porque con un par de patines, podría resolverse el problema.

SERAN BOMBARDEADOS

El Poder Judicial se ha tirado en el suelo y palpándose la tráquea jurídica dice que no traga. La cosa no es para menos. La Audiencia de La Habana ha despachado numerosos recursos de Hábeas Corpus a favor de los ex-oficiales presos. El Juez señaló a cada uno fianza de 500 pesos para gozar de libertad provisional. Pero el Dr. Fulgencio Batista y Edelman, que preside el Tribunal Supremo, revolviendo en su vieja cultura jurídica y sacando out en segunda una Ley de Toro, ha dicho, con la majestad de un considerando: De libertades, por ahora, nada.

Es explicable la actitud de los Tribunales, que se ven burlados en sus decisiones. Pero no se parapeten en la Audiencia, porque a lo mejor, los bombardean desde la Loma del Burro.

ACLARADO UN MISTERIO

Dice un despacho cablegráfico: El Gobierno francés ha declarado que no abandonará los aviones de bombardeo.

Esta declaración terminante del Gobierno de Francia pone fin a un complicado, porque ahora se explica que todas las noches, en La Habana, los reflectores eléctricos, anden dando cureña por el cielo.

ESTRATEGIA

Titular de los periódicos: Dice el Coronel Batista que no serán puestos en libertad los oficiales de línea.

He ahí una alta manifestación estratégica del Catedrático de Fisiología, Dr. Fulgencio Batista.

A LA TERRAZA OTRA VEZ

Las Corporaciones Económicas, en un escrito dirigido al Presidente, dicen cosas impregnadas de dulzura y de optimismo: Se avecinan días terribles de crisis para la economía nacional. La emisión de plata será un fracaso y servirá para destrozar el crédito. Nos vemos precisados a declarar, sin ambages, que la resistencia es ya imposible.

Verán ustedes, después de este documento, un risueño espectáculo. En la azotea de Palacio, los sacos de arena recibirán un brillante refuerzo. Guiteras, entornando los ojos en un delirio específico, dirá que la Ley Marcial va a ser derogada. En Puerto Padre, después de una larga deliberación, los ochocientos casos de paludismo, acordarán retirarse para otro término.

Y ante los anuncios y los vaticinios, hechos por las Corporaciones Económicas. Grau aparecerá en la terraza de Palacio o acudirá, nuevamente, a la peregrinación de La Hata.

CONTRA EL RASCABUCHEO

Los habaneros no acaban de acostumbrarse a ese divertido espectáculo nocturno de los reflectores. Desde que esos chorros de luz se prodigan todas las noches—acaso, porque la República está próspera y porque el kilowat ha sido rebajado—han aumentado los accidentes, las taquicardias y las congestiones cerebrales.

Porque es evidentemente cierto. Esos reflectores no descubren aeroplanos en el cielo, ni kilos extraviados en el pavimento, ni apagan fuegos, ni usan pito de auxilio.

Pero en cambio, esos reflectores, al descubrir, súbitamente, en una azotea, junto a una claraboya, a cualquier ciudadano sacudido por los éxitos de vistilla, acabarán por destruir el rascabucheo, nuestra más noble institución nacional.

EL PRIMER NATIVO

Dice un colega que en el Negociado de Previsión Social de la Secretaría del Trabajo, se han inscripto 28,500 nativos desocupados.

No se lo digan a nadie, porque hay secretos que nunca pueden revelarse. El primer nativo que se puso para su número en la Secretaría del Trabajo, fué Pancho el de La Isla.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

MUEBLES

CAO Y VARELA.—Plazos cómodos, alquilamos, cambiamos.— Surtido juegos cuarto, comedor. sala alta novedad. Agradecemos su visita.—Neptuno 187.—Telf. U-3417

MUEBLES EN GANGA
Juegos de cuarto, sala, comedor, caoba, últimas creaciones.

$3 mensuales.
Grandes facilidades al cliente.

LA EMINENCIA

Neptuno No. 188.—Telf. U-5427.

C. M. X.
CASA "LAVIN"
890 K.C.
Propagandas "Joffre"
Miércoles, 9 p. m.
Jueves y Sábados, 8 p. m.
Dramas y comedias en tres actos.

ESCUCHELAS
CUADRO DIRIGIDO POR
ARTECONA Y BEJAR

ASMA

Probar para creer. Por violento que sea un ataque de asma, desaparece en veinte minutos con la primera dosis del nuevo producto LACTUSAN. No contiene narcóticos calmantes, yoduros, ni ninguna otra droga alterante. Recorte este anuncio y pase a recoger una muestra gratis. Debe venir el paciente personalmente. Infanta 59, entre Carlos III y Estrella, Habana. Teléfono: U-4000. Farmacia. También la enviaremos por correo al recibo de diez)10) centavos en sellos.

Practique la costumbre de regalar flores del jardín EL CLAVEL, que llevan un sello de lozanía y belleza que nadie hasta ahora ha mejorado en Cuba.
Nuestros precios económicos están al alcance de todos.
Su orden puede hacerla por teléfono

ARMAND Y HNO.

MARIANAO.

TELEFONOS: FO-7029, FO-7238,

FO-7937, F-3587.

LA LEYENDA DE LICUMEA

(Viene de la Pág. 11.)

bestial pasión hincó sus garras en su carne de macho insatisfecho y en un salto de fiera trepó sobre la roca bajo el diáfano palio de la cascada, aprisionó en sus nervudos brazos a la mujer desnuda y echándola a su espalda, cual el centauro Neso raptara a Dejanira, volvió a su fortaleza con aquel nuevo trofeo de sus conquistas.

. . . . . .

Los días, plenos de primavera, fueron pasando.

Ya el amo no salía. Recluído en su finca había olvidado sus paseos matinales, su cotidiana visita a las sementeras y la revista a sus ganados.

Un mayordomo administraba su hacienda.

Y era que un extraño encantamiento, del que no pudo escapar tampoco el indómito Cortés en los morenos brazos de la Malinche, le tenía subyugado.

Amaba a su cautiva, y él, el dominador. se trocó en prisionero, y quedó sumiso a sus plantas como el Hércules mitológico a los pies de su Onfala.

Mas la virgen india, a la cual los hombres de su tribu llamaban Licumea—nombre que en otomí significa "flor de las peñas"—no amaba al hombre blanco. En la infinita desolación de su cautiverio, su alma, impregnada de la melancolía de su raza, se consumía de pena como una florecilla trasplantada. Sufría las caricias del amo con la dulce resignación de una esclava a la que no era dado protestar. pero en el fondo de su vaga conciencia fué incubando y acrecentándose día tras día, un sentimiento de rebelión que llegó bien pronto a convertirse en odio. Aquel hombre, que soberbio como un dios humillaba a su patria y a su raza, la había arrebatado a sus lares, justamente cuando después del sagrado ritual de la purificación del agua, debía de unirse con el bravo Tabú, el más noble y valiente guerrero de su tribu.

¡Nostálgica de su bendita libertad miraba, con los ojos empañados por el lloro, desde la enrejada ventana de su prisión, cómo moría la tarde en el lejano horizonte y por las noches, en la sierra distante, como luciérnagas que cintilaban en la negrura, brillar las fogatas que en su campamento encendían sus hermanos en holocausto a sus dioses.

Y luego, un hecho insólito, del cual no tuvo al principio una clara conciencia, añadió a su amargura una honda preocupación. Un estremecimiento agitaba sus entrañas. Y desde el fondo de su instinto de mujer se alzó la voz de las sublimes revelaciones, la voz de la generación, misteriosa y eterna y musitó a su oído confidencialmente, el gran secreto de la vida.

Aquella revelación, que bajo el techo de su choza nupcial la hubiese vuelto loca de alegría, la agobió de tristeza cabe al artesonado de la mansión del amo. Ello mataba su última esperanza. La dulce Licumea no volvería a su tribu. Los hombres de su raza, ella estaba segura, jamás perdonarían el ultraje, y su bravo Tabú, lleno de santa cólera, ahogaría entre sus manos, que domeñaban al toro salvaje en la montaña, al hijo del odiado hombre blanco, del osado advenedizo, cuyo caballo hollaba con sus cascos las tumbas de sus mayores.

¡Y se abatió, mustia y llorosa. como dulce paloma atravesada por el dardo acerado de cazador ignaro.

Luego, ya no lloraba más. Sus bellos ojos, tan grandes y tan negros, se hundieron en las cuencas de sus sombrías ojeras. Y el sueño huyó también. En las noches tranquilas de plenilunio, mientras la fresca brisa de la sierra descendía como un bálsamo sobre su abatida frente, ella se paseaba febril, como una sonámbula, tras los espesos muros de su prisión. Meditaba la fuga. Y una noche de aquellas, noche sin astros, en tanto que su amante guardián dormía profundamente, Licumea se escapó.

Tal cual una vaga sombra silenciosa que escapa de una tumba, la pobre india abandonó la finca y, cautelosa, internóse por las altas milpas que el viento de la noche movía como un oleaje y se perdió en la negrura de los campos silentes.

Caminaba de prisa, muy de prisa, volviendo temerosa la cabeza, sin que sus pies descalzos que tropezaban a cada paso con los tallos rampantes de las enredaderas, con los pedernales y las raíces serpenteantes de los arbustos, sintieran las heridas punzantes de los abrojos y de las malezas.

Su marcha era inconsciente, penosa, pero precipitada. Era el andar automático de un cuerpo sin alma, que obedecía un mandato imperativo que la obligaba a ir siempre adelante.

Y caminó así, largo rato, entre la oscuridad.

De pronto, como negros tapetes que se descorren, las nubes se entreabrieron y apareció la luna. Su amarillento disco se destacaba sobre el cielo de gris pizarra y a su opaca y lúgubre claridad, los objetos tomaron un tinte mortecino, como iluminados por un cirio funerario. Las piedras cenicientas remedaban horripilantes cráneos que con sus órbitas vacías la acechaban y perseguían, y de entre los matorrales, sombríos fantasmas tendían sus manos de dedos desgarrados y lacerantes para detenerla.

Aullaban a lo lejos lobos hambrientos olfateando su presa.

Mas la desventura Licumea, ensimismada en su dolor, caminaba veloz, indiferente a toda amenaza, con la serenidad estoica del mártir que, con los ojos puestos en el cielo, escala imperturbable los peldaños de su calvario. Una fuerza interior, sobrehumana y potente, la empujaba.

Conocedora de su camino, fué cruzando colinas y hondonadas, costeó una ancha cañada y momentos después se halló al borde del precipicio, sobre las grandes peñas de cuyo centro arrancaba el torrente y donde aquella mañana, inundada de sol, el cruel aventurero la sorprendió bañándose.

Al llegar a la boca del abismo se detuvo. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Bajo sus pies, el agua se escapaba como de cruenta herida, despeñándose en la sombra.

La nativa se irguió una vez más, bella y solemne como una vestal en el templo de la noche y quedó inmóvil. en actitud hierática.

Tal vez brotaba de su alma la última plegaria.

Luego cerró los ojos, de los que dos amargas lágrimas rodaron y se arrojó al abismo...

El ojo mortecino de la luna desapareció tras los negros cortinajes de los nubarrones y la noche, con el negro sudario de su manto, entoldó piadosamente el trágico escenario."

Y cuenta la leyenda, terminó diciendo el viejo Abuelo, que a la mañana siguiente, cuando el globo incandescente del sol asomó tras los picachos de las montañas, el torrente se había secado y las enormes peñas que simulaban la fachada de milenaria catedral, se habían tornado rojas.

(Viene de la Pág. 13.)

prendía que era urgente acudir al remedio, que si mi mano andaba torpe o remisa, mis compañeros perecerían durmiendo.

De pronto oí la voz de la señora Challenger que gritaba desde el gabinete.

—¡Jorge! ¡Jorge! ¡Me ahogo!

—No tema, señora— contesté—; acabo de abrir otro cilindro. Mis demás compañeros despertaron.

Aun cuando no estaba la ocasión para bromas, no pude dejar de reirme cuando Challenger se desperazaba y con sus formidables puños velludos se frotaba los ojos para despertar por completo.

Summerlee tenía escalofríos de calentura. A medida que recobraba por completo el sentido que aniquilara el sueño, perdía el temor del hombre para readquirir el estoicismo del sabio. Lord John estaba tan frío y tranquilo y bien dispuesto como si despertara temprano para asistir a una cacería.

—Quinto y último—dijo echando una ojeada al tubo—. Supongo, joven, que no va usted a hacernos creer que se ha entretenido durante la noche en llenar de notas su carnet.

—Sí, he escrito algunas notas para matar el tiempo.

—Es una idea que sólo se le puede ocurrir a un irlandés. Para tener un lector, necesitará usted aguardar, a lo que creo, que nuestra hermana menor, la amiba, haya crecido algo; y todo indica que no se apresura por lograrlo. ¡Y bien, profesor! ¿Qué perspectivas se nos ofrecen?

Challenger miraba cómo la niebla matinal cubría el paisaje. Sobre aquel océano de algodón en rama, las colinas erguían sus cimas, como islas.

—Se diría que esta niebla es un sudario—exclamó la señora Challenger, que salió del gabinete con peinador blanco—. Jorge, ha resultado profética aquella canción que tan a menudo cantabas: Envuelve al viejo, envuelve al joven. Pero veo que están ustedes tiritando, amigos. Yo pasé la noche bien arropada entre mantas, mientras ustedes dormían en las sillas. Voy a indemnizarles.

Salió la excelente señora, y al cabo de un rato oímos cantar la cafetera. Pasados unos minutos más apareció mistress Challenger con una fuente donde cinco tazas exhalaban un agradable vaho de chocolate.

—Esto les reconfortará algo; beban ustedes—nos dijo.

Bebimos. Summerlee pidió permiso para encender la pipa y nosotros, menos Challenger, que no fumaba, teníamos cigarrillos.

El tabaco calmó nuestros nervios; pero no por ello dejamos de cometer una imprudencia fumando, porque la atmósfera, ya cargada, del aposento, fué irrespirable. y Challenger se vió obligado a abrir el ventanillo de la puerta.

EL CIELO ENVENENADO

—¿Para cuánto tenemos?—preguntó lord John.

—Para unas tres horas probablemente—respondió Challenger encogiéndose de hombros.

—Al principio tenía mucho miedo—declaró la señora Challenger—; pero cuanto más se aproxima el desenlace menos me impresiona. ¿No crees que sería bueno rezar, Jorge?

—Reza si quieres, qerida—respondió cortésmente el ogro—. Nosotros tenemos otra manera de orar. La mía consiste en un consentimiento absoluto y alegre por todo cuanto el destino me reserve. Y así están de acuerdo, probablemente, la religión más alta y la ciencia más elevada.

—Yo no puedo decir, hablando francamente, que me sienta inclinado hacia un consentimiento gozoso— gruñó Summerlee, sin quitarse la pipa de la boca. Me someto porque no me queda otro recurso. Confieso que preferiría vivir un año más para terminar mi clasificación de fósiles del yeso.

—¡Bah! Dadas las circunstancias no importa mucho que no pueda usted acabar eso—pontificó Challenger—. Piense que yo tampoco podré terminar mi gran obra "La escala de la vida". Mi cerebro, mis lecturas, mi experiencia, todo lo que, en suma, constituye mi bagaje, iba a ponerlo en ese libro, destinado a formar época. Y, sin embargo, ya lo he dicho, consiento.

—Presumo—dijo lord John— que todos dejamos algo en el telar. ¿Qué ideaba usted, buen mozo?

—Un volumen de poesías—respondí.

—Menos mal; el mundo se habrá evitado eso. Por poco que se piense, siempre resulta cierto el proverbio español que dice: "No hay mal que por bien no venga."

—¿Y usted?—inquirí a mi vez.

—Yo hacía mis maletas; había prometido a Merivale ir al Tíbet a cazar con él, esta primavera, el leopardo de las nieves. Pero es usted, mistress Challenger, quien debe encontrar más duro el golpe pensando que hace poco había usted edificado esta casa deliciosa.

—Donde está Jorge, allí está mi casa—dijo la señora Challenger—. Pero confieso que daría cuanto pudiera por un último paseo, en compañía de todos ustedes, por esas magníficas dunas, tomando el fresco de la mañana.

Estas palabras resonaron en nuestros corazones. El sol acababa de desgarrar el velo de la bruma, y la campiña entera parecía bañarse en oro.

Del fondo de nuestra triste habitación emponzoñada contemplábamos como un sueño de belleza aquella pura y gloriosa campiña acariciada por las brisas.

La señora Challenger tendía hacia ella sus brazos en ademán de súplica.

Acercamos nuestras sillas y las colocamos en semicírculo delante de la ventana.

La atmósfera era ya muy pesada. Se me antojaba ver las sombras de la muerte espesarse alrededor de nosotros, últimos supervivientes de nuestra raza.

Era como una cortina invisible que se cerrase por todos lados.

—Este cilindro—dijo lord John— parece que no quiere durar tanto como los otros.

Y al decir esto, respiraba con visible esfuerzo.

—La cantidad de oxígeno—explicó Challenger—varía según los cilindros. Depende de la presión y del cuidado con que se les carga. Me parece, lo mismo que a usted, Roxton, que ese es de los malos.

—¡De modo — exclamó con amargura Summerlee— que nos han robado nuestra última hora de vida! ¡Admirable rasgo de nuestro siglo sórdido! Ea, Challenger, éste es para usted el momento de estudiar, si le place, los fenómenos subjetivos de la disolución física.

—Ponte en este taburete y dame las manos—dijo Challenger a su esposa. Me parece, amigos míos, que no conduce a nada resistir una atmósfera tan corrompida. ¿No lo deseas, verdad, querida?

La señora Challenger, con un débil quejido, ocultó su cabeza entre las rodillas de su marido.

—He visto—dijo lord John—a gentes que en invierno se bañaban en la Serpentina. Cuando ya todos los bañistas estaban en el agua, siempre había dos o tres que continuaban tiritando en la orilla y envidiando a los que ya dieron el chapuzón. Los últimos lo pasan siempre mal. Prefiero ser de los primeros.

—¿Abriría usted la ventana? ¿Permitiría entrar el éter?

—¡Vale más el veneno que la asfixia!

Summerlee hizo de mala gana una señal de asentimiento y, tendiendo su mano a Challenger, dijo:

—Hemos reñido a menudo; ya no discutiremos más. En el fondo nos queríamos y nos estimábamos mutuamente. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista, muchacho!—me dijo lord John—. Pero la ventana está calafateada y no hay manera de abrirla.

Challenger se inclinó, levantó a su mujer, la estrechó contra el pecho mientras ella le abrazaba.

—Malone—pronunció gravemente — deme esos prismáticos.

Se los entregué.

Entonces, con voz de trueno:

—¡Nos entregamos en manos de la potencia que nos ha creado!—pronunció—.

Y con toda su fuerza lanzó los gemelos contra el cristal.

Aún no habían tocado el suelo los cristales en que se rompió el de la ventana, cuando llegó hasta nosotros un soplo de

(Pasa a la página 65.)

MAQUINAS RECONSTRUIDAS DE TODAS MARCAS

MUEBLES DE OFICINA.

CINTAS Y PAPEL CARBON

PROPAGANDAS MERCANTILES CIRCULARES Y DIRECCIONES.

MARCOS NOROÑA

REPARACION DE MAQUINAS DE OFICINA DE TODAS CLASES

ECONOMIA RAPIDEZ SERVICIO

HABANA 65. — TELF. A-9995.
HABANA. — CUBA.

DISTRIBUIDORES DE LOS PRODUCTOS "PELIKAN" Y "MILLER"

PAPEL STENCIL, TINTAS Y ACCESORIOS "EDISON-DIGE" PARA MIMEOGRAFOS.

ADRESOGRAFOS, GRAFOTIPOS, MULTIGRAFOS Y SUS ACCESORIOS.

(Viene de la Pág. 7.)

eso quería "ser algo", ahora sin la férrea oligarquía, abiertos los vastos campos para los hombres nuevos. Le remordía la conciencia su indiferencia durante los años de guerra al Tirano, cuando los jóvenes caían abatidos por las balas cobirras, llenaban las cárceles o huían al extranjero para preparar la caída del Monstruo. Nada hizo. Cumplía su misión en la compañía extranjera, automáticamente, leyendo de los periódicos sólo las planas de sports y las secciones de tribunales. El caso de muchos cubanos jóvenes y viejos. Al derrumbarse la tiranía, en algunos momentos sintió no tener el derecho de correr en los autos repletos de revolucionarios, gritando de júbilo, destruyendo las moradas de los bandoleros del régimen caído... En las distintas sociedades secretas que salían a la luz, amigos le estimularon a que se inscribiera, ya que en plena satrapía no había querido. Había que ser de los nuevos. Tuvo pronto su carnet y al pasar de los días, ofertas de buenos destinos en el gobierno de Céspedes. Tuvo escrúpulos, por un lado, y por el otro, su gran amor, exigía de su juvenil ardor despreocuparse. Cuando a los veinte y dos días un nuevo golpe militar derribó el poder de los abecedarios, algunos de sus compañeros de cédula quisieron llevarle, desligándose de la gran sociedad que rechazaba la nueva situación y se colocaba en el terreno espectativo. Su calidad de rentista, su espíritu profundamente conservador le hizo abominar de las doctrinas radicales que promulgaba el gobierno de estudiantes y soldados. Aunque para nada intervino en los conciliábulos de sus compañeros de sector, ratificó su adhesión a la línea de conducta que siguiera en lo adelante. Quedaba tiempo para compensar su indiferencia a los destinos de la patria y aguardaba para desempeñar su papel en la Historia... Sí, así como lo pensaba Celia en su visión deductiva, tenía que ser: los abecedarios se habían preparado silenciosamente para la contrarrevolución y Daniel, obedeciendo las órdenes de los directrices no había vacilado en tomar las armas... Lucharía con toda la fibre de su juventud, pensando en ella, para conquistar un puesto en los destinos de su patria con derechos ganados por la acción...

Celia se sintió un momento conmovida ante estas ideas. ¡Su Daniel se convertiría en un héroe, por ella, para ofrecer a su amada algo grande que la llenara de orgullo!... Pero ese relámpago romancesco duró breves instantes. Surgió rápidamente su egoísmo de mujer que todo lo había dado al hombre a quien consagraba las fuerzas plenas de su vida; la mujer que lo es todo para el amante: esposa, madre, hermana, novia, hija y ve de pronto una amenaza horrible de perder en el más profundo de los abismos destructores el mundo construído de felicidad, indiferente a todos los rumores e inquietudes. ¿Qué podría resultarle a Daniel de esa aventura? ¡Morir! Apagarse para siempre el brillo de aquellos ojos claros; enfriarse sus labios próvidos; extinguirse el aliento que la enardecía; tornarse rígidos sus brazos y sus manos y enmudecer la voz cuyos acentos, uno a uno, iban a fundirse en los glóbulos de su sangre loca de pasión...

¿Qué podría hacer? Buscar a Daniel y morir a su lado o luchar junto a él, no importaba cuál fuese la causa, justa o injusta. ¿Cómo podría saberlo? Rápidamente se puso un vestido de calle y caminó hasta la calzada cercana. Pasaron varios autos con revolucionarios y al fin uno de alquiler. El chófer no quería alquilarlo: iba rápido a guardar, pues corría el peligro de perder su carro o la vida, pero aceptó ante la oferta de veinte pesos.

—¿Dónde vamos, señora?

UNA MUJER EN ATARES

—¡A San Ambrosio!

El chófer la miró asombrado.

—Señora, no sabe usted lo que dice... aquéllo está que arde. Las fuerzas del Gobierno han acabado con los rebeldes y los que se han salvado han huído para el Castillo de Atarés.

—¿Está usted seguro?

—Se están batiendo en Columbia y esperan vencer en la fortaleza...

—Pues acérquese lo más posible al Castillo, dondo yo pueda subir!

Tan imperativa fué su orden, tan llena de entusiasmo y arrestos, que el hombre se puso en marcha. Por todo el camino se veían movimientos de guerra, confusión, gritos; multitudes que corrían sin saber dónde y estampidos de armas de fuego en todas direcciones. Con varias interrupciones llegaron a Cristina, junto a una calzada que subía hacia el mismo Castillo. Febrilmente Celia saltó del auto, extendió un billete de veinte al chófer y corrió precipitadamente hacia aquél. Se oía el rugido de las ametralladoras y rifles hacia el lado opuesto y un vocerío dantesco. Cuatro hombres en mangas de camisa y con revólver llevaban el mismo camino de Celia y a ellos se unió la joven, sin cambiar palabra. Al llegar junto a la entrada de la fortaleza varios centinelas, con bayoneta calada les exigieron la consigna. Los cinco hombres murmuraron el nombre de un personaje, pusieron la mano sobre el corazón y otra palabra más y les franquearon la entrada... detrás les siguió Celia, sin que para nada la molestasen.

3

La confusión que reinaba allí dentro no distraía su pensamiento en su único fin: ¿Estaría entre esos hombres su Daniel? El cañoneo se intensificaba, derribando los parapetos de piedra y haciendo caer a los centinelas colocados tras ellos con las cabezas destrozadas. Los rebeldes disparaban sus rifles corriendo de un lado para otro, en masa y en masa caían destrozados por las balas de cañón que llegaban de distintos lugares estratégicamente emplazados; las piedras volaban también, cayendo sobre los sitiados... ayes de dolor y maldiciones y en medio de la baraunda desesperada y heroica algunos que exaltaban el entusiasmo de los soldados pugnando por hacer la voz más potente que el horrísono bramar de las detonaciones... Celia exploraba, impávida y sorda al peligro, todos los rostros de los hombres, las siluetas, los brazos que se alzaban y hasta los miembros que caían, algunos a sus pies. Un valor desconocido la animaba y su misma indiferencia parecía estimular a la muerte a respetarla; sus ropas estaban llenas de sangre. Se abrió paso entre los grupos y penetró en las bóvedas, llenas de heridos, de moribundos, do olores inconcebibles y dantescos, de humo y polvo que hacía difícil la respiración. Su calidad de mujer no sorprendía a los contrarrevolucionarios, bastantes preocupados de la situación desventajosa que tenían, fatalística pero valientemente esperando la hora suprema. Se detuvo en un salón dormitorio, con seis o siete camas donde se contorsionaban heridos de muerte. Varias muchachas prestaban sus servicios allí, con pocos recursos clínicos de vendajes y medicamentos. Celia olvidó un instante el vértigo de su pasión, de su objetivo único para unirse a la labor. Rasgó su chal y se desposeyó del refajo para ceñirlo en los torrentes de sangre que brotaban de los heridos. En la puerta, muchos caían y se amontonaban encima de los otros. Llegó un momento en que aquel lugar sólo fué un cementerio sanguinolento: todos los heridos rodaron en estertores definitivos... Salieron las muchachas en busca de otros sitios más seguros donde prestar sus servicios de enfermeras. Siempre observando a todos los hombres, Celia las siguió en silencio... La metralla hacía temblar toda la fortaleza y sus efectos llegaban, con sus salpicaduras de piedra, a todos los rincones. De pronto la joven se detuvo, cuando se disponía a penetrar en otro salón dedicado a hospital de sangre. Arriba, una explosión horrible había derribado un fuerte baluarte defendido por numeroso grupo y junto con las piedras, cueruos humanos fragmentados volaban en varias direcciones. Sintió un golpe en la espalda que la hizo caer y al mismo tiempo una impresión de frialdad en el espíritu. Se desvaneció del fuerte golpe y mecánicamente recorrió, con sus ojos dilatados, el suelo. Se abrieron más y más y se lanzó frenética, junto a un objeto redondo y rojo, el que la había derribado. Extendió los brazos y lo tomó: lo puso ante sus ojos y luego, silenciosa y congestionada su cara por una mueca extraña lo aproximó a su boca cruzando sus brazos alrededor de él: una cabeza desprendida del tronco que, como otras partes se habían regado por distintos lugares...

¡No había duda, su intuición, la rara corriente que había circulado por todo su ser antes de verla se lo había revelado: era la adorada de Daniel, el hombre de su vida, el hijo, el padre, el amante, el esposo, el novio hacia el cual convergían todos los sentimientos de su alma, todas las ilusiones pasadas y presentes que se condensaron en la realidad de él! ¡Una bola mutilada, con las cuentas vacías, sin poder precisarse cuál era el lado del rostro, pues por todos sus sitios estaba perforada como una esponja húmeda de sangre! ¡Minutos antes, ese casco horrible había estado moviéndose sobre los hombros de él, con altivez, con el pensamiento puesto seguramente en la mujercita delicada que se embellecía material y espiritualmente cada día, elevando su amor a las más excelsas potencias de la ilusión! ¡Media hora y ella hubiese podido escuchar las últimas frases candentes de su adoración! ¡Hubiera podido aún sentir el fuego de su sangre y los electrones de sus labios unificando con los de ellas las dos vidas en una y entonces... ¿qué importaba si los dos partían para Allá, la Región que no tiene fin, que no tiene dolores, que carece de esperas e inquietudes y donde la hipocresía de la sociedad no está hurgando siniestramente con sus pupilas ofidianas los sentimientos de los escogidos?...

Fuertemente apretada a la cabeza querida, reviviendo en su masa sanguinolenta toda la vida fozada a su lado, sintió desvanecerse... Luego, como un sueño tranquilo. Cuando volvió en sí, las horas de la tragedia patria vivida en las alturas de la fortaleza sombría, habían puesto su fin luctuoso. Se hallaba en un hospital... Recordó su propia tragedia... ¿Dónde habría ido a parar la cabeza, el cuerpo? ¡Ni siquiera el consuelo de una tumba para orar junto a ella! ¿Cómo y cuál sería ahora su vida? Rompió a llorar...

MEDICACIÓN ALCALINA
PRÁCTICA Y ECONÓMICA
Comprimidos Vichy-État
2 o 4 comprimidos en un vaso de agua.
TODAS FARMACIAS

AMOR DE VISTA CORTA

(Viene de la Pág. 8.)

¿Cuál de ellas era la joven encontrada por la tarde en la niebla? Dilworth no podía reconocerla. Esperaba, para ello, una sonrisa, una mirada, una inclinación de cabeza, una palabra. Pero ella seguramente, esperaba que fuese él quien se le acercara.

Dada la actitud de Dilworth, la joven podía considerarse ofendida. Sin embargo, él le había confesado que era corto de vista.

Pero la explicación de la indiferencia de la joven podía ser otra. Mucho más dolorosa, para Dilworth, que la anterior. Quizá la desconocida se había arrepentido de las esperanzas que dejara entrever a su compañero de la tarde.

O tal vez no se tratase de una señorita, sino de una señora... ¡que en ese momento podía estar bailando con el esposo!

Aquéllo se convertía en un rompecabezas. Lo mejor era renunciar a todo intento de reconocer a la joven. Pero Dilworth no se atrevía a adoptar esa resolución. Un interés superior a otra consideración le obligaba a permanecer allí, junto a la pared, mirando bailar a las paréjas, en espera de la mirada afectuosa. de la inclinación de cabeza, de la sonrisa, del saludo.

Por fin, apenado y casi ofendido, se retiró a su habitación.

◇

A la mañana siguiente, Dilworth se levantó con un humor de mil demonios. Vistióse apresuradamente, preparó su valija y salió del hotel para tomar el pequeño ómnibus que hacía el servicio hacia la estación

Cuando el vehículo arrancó, sólo tres personas se hallaban en su interior: Dilworth, un caballero y una magnífica joven pelirroja, a quien Dilworth había visto en el baile la noche anterior. La joven miró a Dilworth con indiferencia. Nuestro héroe extrajo de su petaca un cigarrillo y pidió fuego al otro caballero con un gesto.

—No tengo fósforos—contestóle el desconocido—. Si quiere encender en mi cigarrillo...

Dilworth tomó el cigarrillo del otro personaje entre el anular y el meñique, mientras sostenía el suyo con el pulgar y el índice. Un segundo después, el ómnibus se detenía, y el caballero descendía.

El vehículo reanudó la marcha. Hubo en el interior un instante de silencio. De pronto:

—¿Por qué no se acercó usted anoche a conversar conmigo?—preguntó la muchacha pelirroja.

—¿Eh?—gritó Dilworth—. ¿Usted? ¡Oh, señorita! Muy buenos días...

Y, tomando entre las suyas las manos de la muchacha, Dilworth relató todas sus angustias de la noche anterior.

—Yo no recordaba con precisión su cara, señorita. Tiene que disculparme. Ya le he dicho que soy muy corto de vista... Pero usted, viendo que yo no me acercaba, debió dirigirme la palabra, o hacerme una inclinación de cabeza, o sonreírme... No; no le hago ningún reproche. Usted es mujer. A mí me correspondía dar el primer paso... Este... ¿no me dijo que pensaba quedarse en el hotel hasta que terminara la temporada? ¿Por qué ha tomado el ómnibus?... ¿Qué significa esa valija?...

La joven vaciló un rato, ruborizándose. Y, por último, confesó:

—Como anoche no pudimos conversar..., y como usted me dijo que hoy se marchaba a Nueva York, pensé que... nos veríamos en la estación, o en el tren...

—¡Oh, gracias, gracias, señorita... Pero... ¿por qué anoche no se adelantó a saludarme?... Así me hubiera evitado esa tortura...

—No lo reconocí—declaró ella con gran asombro de Dillworth—. Tampoco lo reconocí cuando usted subió al ómnibus... Y si no hubiera sido porque lo ví encender el cigarrillo...

La muchacha se interrumpió para abrir la cartera, de donde extrajo un par de gafas. Gafas que se calzó en seguida, para explicar:

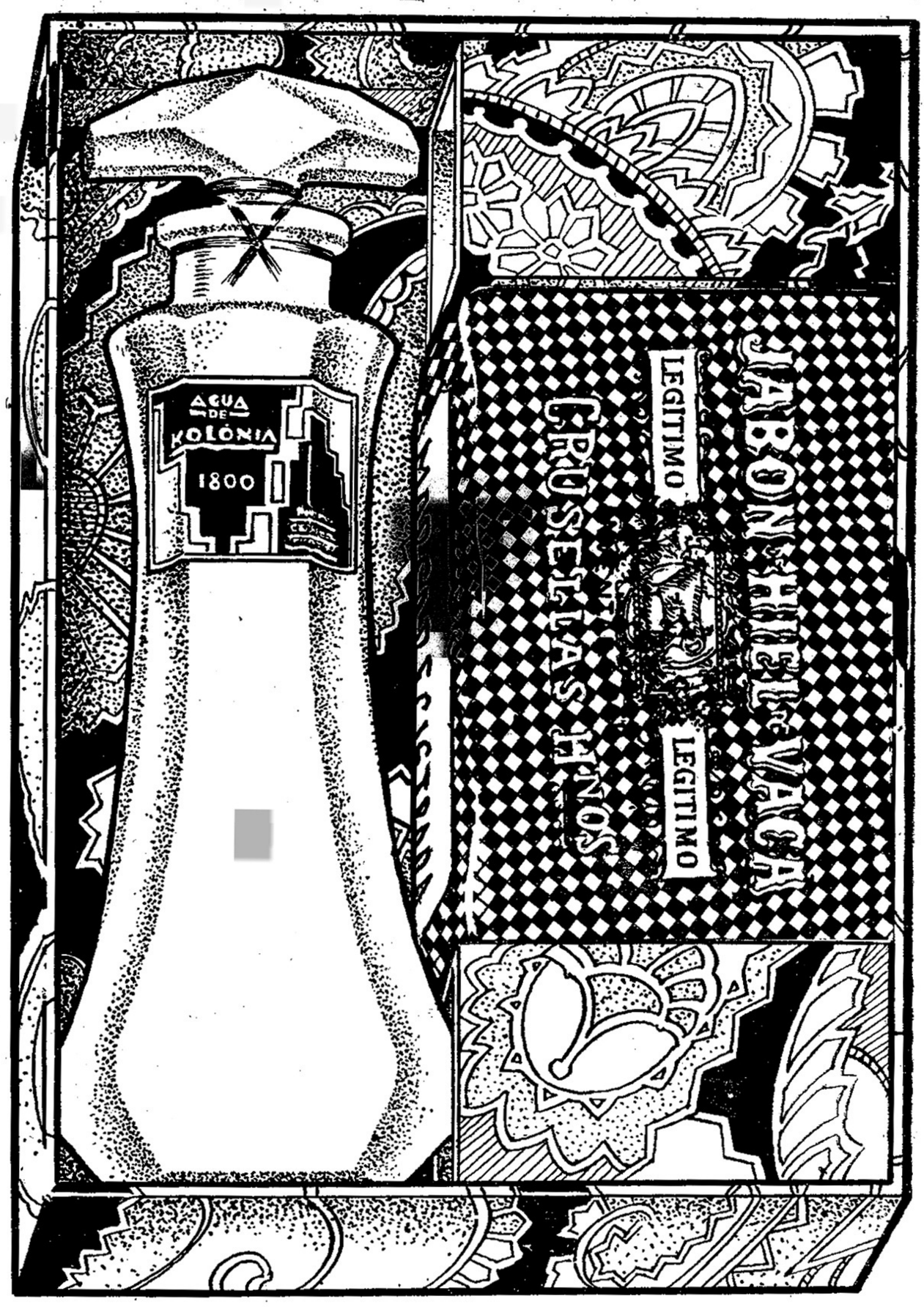
—Yo... ¡yo también soy muy corta de vista!

Viéndose por fin los ojos, los dos jóvenes sonrieron con una sonrisa amplia, franca, que no tardó en convertirse en carcajada. Un barquinazo del ómnibus interrumpió las risas. Y Dilworth, audaz, acercó su boca a la de la joven pelirroja.

Los dos eran cortos de vista, pero en el beso no se quedaron cortos.

TAMAÑO NATURAL

del estuche que regalamos a nuestros favorecedores



UN REGALO de la REAL SILK

DURANTE EL MES DE ENERO

Absolutamente GRATIS, puede obtenerse un estuche COLONIA 1800 CON JABON, sin costo alguno. Nuestros Representantes están debidamente autorizados para informar a nuestra distinguida clientela de cómo obtener este obsequio, que solamente será durante el mes de ENERO. No dudamos que nuestros amigos y clientes sabran aprovechar esta oportunidad.

Llame al M-6023 o a la Oficina de la Localidad donde usted reside, solicitando la visita de un Representante.

NUESTRO REGALO QUE RIGE EN TODA LA REPUBLICA TERMINARA EL MIERCOLES 31 DE ENERO

REAL SILK

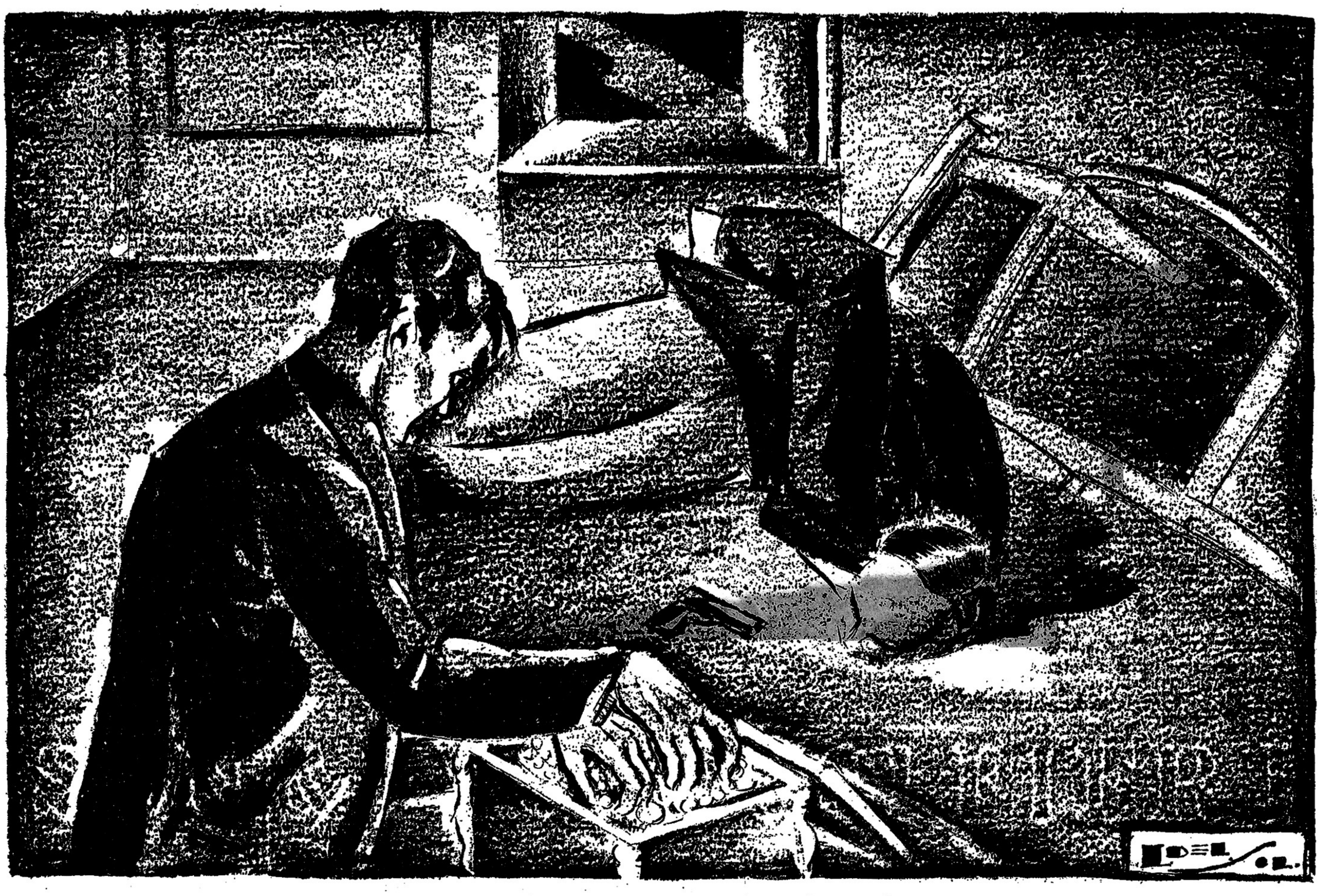
PLACIDO 3 HABANA TEL M-6023

Una llamada telefónica será atendida por uno de nuestros Representantes.

25 Oficinas en la Republica

No se venden en las tiendas

!!!



LA LLAVE

por

Frederick C. Davis

Dentro de media hora, Kennedy poseería una fortuna en piedras preciosas. En eso pensaba él, inclinado sobre su registro. Pero no pensaba que, adquirir esa fortuna, le era necesario matar a un hombre.

Mientras arañaba con su pluma el papel de su libro registro, vigilaba a Levy. Levy, hombrecito judío de ojos vivos y brillantes, era su jefe y el propietario de aquellas piedras preciosas. Por el momento, estaba ocupado detrás del mostrador, distribuyendo joyas sobre una bandeja y sonriendo ante la magnificencia de las mismas.

Todos los días, desde hacía varios años, había hecho los mismos gestos. Para Levy, aquel día iba a terminar de una manera diferente. Antes de media hora, estaría muerto.

Kennedy se inclinó aún más sobre su registro y escribió unas cifras. Detestaba su oficio de esclavo, los libros que olían a moho, la pluma que manchaba de tinta sus dedos finos; detestaba a Levy, hombre adinerado que le pagaba muy poco. Detestaba aquella casa tanto como hubiera detestado una cárcel.

El apartamento de Levy se componía de dos piezas. la primera, que servía de tienda de venta, estaba dividida en dos por un mostrador ordinario. El buró de Kennedy se hallaba detrás del mostrador, en un rincón. La otra pieza estaba detrás de la primera. Había allí una caja de caudales en la cual Levy ponía todas las joyas, cada tarde, después de cerrar la tienda.

Un hábil ladrón hubiera podido apoderarse fácilmente de la caja que, aunque sólida, era vieja; pero Levy había tomado tantas precauciones que la pieza que la contenía era, por decirlo así, una fortaleza inexpugnable.

El apartamento se encontraba en una esquina de un edificio de ocho pisos, en el sexto. Así situado, el santuario de Levy no hubiera podido ser violado desde el exterior, pero para más seguridad, el propietario había provisto de gruesos barrotes las dos ventanas, y la única puerta que daba acceso a la tienda era de roble espeso y reforzado de planchas de acero. Por la tarde. la cerraban con una cerradura especial de la cual sólo Levy guardaba la llave; cerradura de dobles caras que se podía maniobrar desde el interior o el exterior, a voluntad.

Cuando las agujas del reloj marcaron las cinco, Levy comenzó la ceremonia ritual de la distribución de las piedras preciosas. No dejó de cerrar con llave su puerta; después, volviendo hacia el mostrador, transportó las bandejas, unas después de otras, de la tienda hasta la fortaleza. Las puso en fila sobre una mesa, y abrió la caja.

Kennedy nunca tomaba parte en aquel trabajo, pero últimamente había espíado con tanta atención los gestos de Levy, que los conocía de memoria.

Kennedy sabía exactamente lo que iba a hacer. Había preparado de antemano todos sus movimientos hasta en los detalles más mínimos. El robo de las piedras sería bastante fácil: le bastaría entrar en la pieza antes que el cofre estuviera cerrado, desembarazarse de Levy y apropiarse las joyas más valiosas. Ni las ventanas de barrotes de hierro, ni la puerta blindada eran obstáculo para la realización de su plan.

Kennedy consideraba necesario el asesinato de Levy. Si él no lo mataba, el comerciante propalaría la alarma en seguida. Muerto el judío, el robo no se descubriría probablemente hasta el día siguiente. Ese lapso de tiempo daría a Kennedy la facilidad de alejarse a un lugar donde estaría fuera de alcance de la policía.

Desde que hubiera abandonado su buró, correría a encontrar a Franky Lerner en cierto rincón de Broadway. Kennedy había encontrado a Franky unos meses antes en un cabaret nocturno, y habían combinado el negocio en seguida.

Franky vivía de sus propios recursos—que eran más o menos sospechosos—pero vivía bien. Los dos irían a casa de cierto personaje amigo de Franky, y dispondrían de las joyas. Franky tendría su parte y Kennedy estaría enteramente libre. Todo estaba bien combinado.

La fuga de Kennedy también estaba minuciosamente preparada. El había ya separado su pasaje para Boston, a bordo de un avión. De Boston, iría en tren hasta New-Haven, y allí compraría un automóvil de ocasión y huiría hacia el Norte. Naturalmente, registraría su auto con un nombre falso, y se serviría de esa supuesta pieza de identificación para franquear la frontera canadiense.

Desde que la policía descubriera el cuerpo de Levy y se diera cuenta del robo, sospecharía en seguida la culpabilidad de Kennedy. Pero es no le preocupaba. El se había procurado lo necesa-

rio para transformarse durante el trayecto. Se teñiría los cabellos, se pondría un bigote postizo y se cambiaría de traje.

Abandonaría su auto en el camino y tomaría el tren hasta la costa del Pacífico. Una vez allí, le sería fácil fabricarse otra identificación. Llegaría a México y se establecería al fin en Río, donde se hallaría en plena seguridad. Entonces conocería la buena vida, la vida lujosa.

Ese plan era bueno. Kennedy sabía que le daría buen resultado. Había calculado todos sus detalles centenares de veces. Sin duda, su plan cristalizaría en un magnífico triunfo.

Kennedy pensaba en todo eso, mientras vigilaba a Levy, que transportaba una por una las bandejas a la otra pieza. El mostrador estaba ahora casi desnudo. Con otro viaje de Levy, quedaría vacío.

Levy se detuvo un momento, con la última bandeja en la mano, para preguntarle a Kennedy:

—¿Acabará usted pronto para que yo pueda poner los libros en la caja?

—Dentro de un minuto—contestó Kennedy.

El hombrecito no se movió, mirando a su tenedor de libros con ojo penetrante. Kennedy pareció no darse cuenta, pero sentía pesar sobre él la mirada hostil de Levy.

—Usted se ha equivocado varias veces últimamente—dijo este último a su empleado—. Usted no tiene la cabeza en el trabajo.

—Hoy no me he equivocado—declaró Kennedy tratando de dominar la emoción que lo embargaba.

Levy meneó la cabeza y pensó en la fortaleza. Kennedy cerró el registro y se volvió ligeramente. Sacó un revólver de una gaveta donde lo había escondido. Deslizó el arma en un bolsillo de su saco y se levantó.

Levy esperaba a su empleado cerca de la puerta de la caja de caudales que permanecía abierta, e hizo girar impacientemente uno de los botones a derecha e izquierda.

Kennedy le dió los registros. Levy se apoderó de ellos, los puso en su sitio y empujó la puerta de la caja.

—¡Un momento!

Ese grito se había escapado de los labios de Kennedy. El sintió la sangre hervir en sus venas. Había llegado el momento de poner su plan en ejecución. Permaneció un segundo pensando en lo que iba a hacer, pero había tomado ya su determinación.

Levy se enderezó y se volvió hacia él, asombrado. Kennedy cerró prontamente la puerta de comunicación que separaba las dos piezas, con el objeto de ahogar mejor los gritos de Levy, si éste gritaba. Después volvió a dirigirse hacia Levy. El comerciante, intrigado, se metió una mano en el bolsillo.

—¿Qué pasa?—preguntó.

Kennedy sacó su revólver y le apuntó a su adversario. Los ojos de Levy se agrandaron desmesuradamente y su mirada se volvió grotesca. Palideció violentamente y abrió la boca para gritar. En el mismo momento Kennedy apretó el gatillo.

No hubo más que el ruido sordo de una bala que penetró en la pared detrás de Levy. Kennedy había errado el golpe.

Durante el terrible segundo de pausa que siguió, Kennedy se mantuvo inmóvil, pero Levy se puso furioso. El comerciante judío lanzó un grito agudo y dió un salto hacia adelante para apoderarse del arma de su enemigo. Aquel salto los lanzó a los dos contra la pared, ferozmente enlazados. Kennedy pronunció una palabrota y tiró el arma lejos. Hacía violentos esfuerzos para desprenderse del loco que se agarraba a él, golpeándolo, mordiéndolo, despellejándolo. Puso toda su fuerza en un rudo golpe dado con la rodilla y Levy rodó por el suelo.

Entonces Kennedy recogió su arma y volvió a tirar. Esta vez su disparo fué certero. La bala alcanzó a Levy en pleno pecho. Kennedy tiró tres, cuatro veces, y todas las balas hicieron blanco en el cuerpo del comerciante. Levy comenzó a recogerse sobre sí mismo como un globo que se desinfla. Un gemido largo y ronco salió de su garganta. Después, no se movió más.

Kennedy también permaneció inmóvil durante un momento, el tiempo que necesitaba para convencerse de que Levy estaba muerto. La realización de su acto le dió una fuerza nueva. Obraba ahora fríamente, deliberadamente. Se maldijo por haber fallado su primer disparo, pero en realidad, eso tenía poca importancia: las joyas le pertenecían. Podía continuar su plan.

Volvió a meter su revólver en el bolsillo para evitar que toda huella digital pudiera ser descubierta, prestó atención para persuadirse de que el grito de Levy no había alarmado a nadie, y se acercó a la caja de caudales. Examinó separadamente cada una de las bandejas, escogiendo las piedras de más valor y deslizándolas en su bolsillo. Esta operación la hizo en unos minutos, pues más de cien veces había mirado aquellas joyas y las había seleccionado mentalmente. Cerró la caja, echó una ojeada a Levy, pasó a la tienda y se dirigió hacia la puerta. Entonces pudo comprobar que la puerta estaba cerrada con llave. Sí, él se acordaba en efecto: Levy la había cerrado antes de guardar las joyas. Kennedy necesitaba la llave para abrirla, pero aquella llave, la tenía Levy.

Kennedy hizo una mueca al pensar que tenía que registrar al hombre que había matado. Sin embargo, no debía titubear.

Se inclinó sobre el cadáver, lo volvió de un lado e inmediatamente se levantó. Sus manos estaban llenas de sangre caliente, roja, pegajosa. Se estremeció, sacó en seguida su pañuelo de su bolsillo y trató de limpiarse las manos. Sus mandíbulas se crispaban de horror mientras registraba en uno de los bolsillos del pantalón de Levy para buscar la llave. No la encontró y tuvo que registrar en el otro bolsillo. En este tampoco estaba. Se levantó, se apartó del muerto y lo miró. De nuevo, se vió obligado a limpiarse las manos, que le temblaban.

Le era necesario encontrar aquella llave. Entonces se puso a registrar los bolsillos del chaleco del muerto. Sacó un gran reloj de oro y una caja de fósforos, pero no la llave. Se levantó, retrocedió unos pasos y murmuró:

—La llave no está sobre él; debe haberse caído.

Tenía que encontrar aquella llave lo más pronto posible. Nunca hubiera pensado que matar a Levy le causara un malestar tan grande. Cuando preparaba fríamente el asesinato, no había previsto la mala impresión que podía motivarle la sangre derramada. Eso le causaba náuseas; el cuerpo inerte sobre el suelo lo exasperaba.

Con una mirada escrutadora examinó el piso. Sus miembros se pusieron a temblar, su respiración se hizo jadeante. Kennedy se arrodilló y miró bajo la caja. Con sus dedos nerviosos, registró todos los huecos donde el polvo se había acumulado. Pero la llave no aparecía. Se levantó y volvió a mirar atentamente en toda la habitación.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¿Dónde estará?

Sus ojos volvieron a fijarse sobre el cuerpo inmóvil de Levy. Levy seguía guardando la llave sobre él. Seguramente, Kennedy no había buscado bien la primera vez.

El culpable temblaba de la cabeza a los pies. La idea de tener que volver a registrar el cadáver lo ponía en un estado de sobreexcitación increíble. Se agachó y recomenzó la inspección de cada de los bolsillos. Se sentía débil y presa de vértigos; cerró los ojos, se mordió los labios y lanzó un lamentable gemido. Sintió sus manos pegajosas, pero se esforzó por terminar su inspección.

Al cabo de un rato se levantó de un salto, limpiándose las manos. Pero tampoco había encontrado la llave. Trató de calmar sus nervios, pero fué en vano. El tiempo que había pasado en aquella habitación con aquel hombre muerto a su lado, le había parecido una eternidad de tortura. Todo estaba combinado. El

(A la Pág. 59.)

(Viene de la página 15.)

alta, para que lo oyeran cuantas personas estaban presentes de que preparara almuerzo y comida a cincuenta invitados. Seguidamente dispuso que los soldados rompieran filas y ocuparan sus puestos de descanso en la casa cuartel.

Los militares se retiraron, pero no le quitaron las sillas a los caballos ni se deshicieron de los arreos de campaña.

Quise cerciorarme personalmente de lo que iba a hacerse en la cocina y advertí que los cocineros y demás sirvientes no se movilizaban en la intensidad requerida para cumplimentar las instrucciones que se les habían dado.

—Aquí no hay nadie 'horita''—me respondió uno de los pinches— y empecé a contagiarme con la idea de que era necesario alejarse cuanto antes de la finca ''Nenita''.

Mi regreso a la casa principal coincidió con la llegada del Alcalde. Lo acompañaba el General Llaneras. ''Pepito'' tenía una lividez de cera.

—Lo espera el Presidente—le informó, al Alcalde, el exsargento Baldrich.

La nerviosidad del jefe del Distrito Central y la mirada brillante del viejo mambí me hizo presumir que les había sucedido algo, y me aproximé a Mateo, el chofer que los había traído hasta la finca y le pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Nos tirotearon por dos veces. Una, al salir del Vedado, y otra, al pasar por Carlos III. La Habana es un campo de batalla. Se oyen tiros por todas partes. Me dijeron que habían matado al Coronel Jiménez y están buscando a todos los hombres que sirvieron a sus órdenes.

◇

Llegó el Capitán Crespo. Había hecho el viaje desde La Habana sentado junto al chofer del camión que traía las últimas pertenencias personales de la familia de Machado. Se tiró del asiento agitando los brazos y hablando en voz alta:

—¡Es un salvajismo lo que he visto!—vociferó nerviosamente—. Han entregado el Palacio Presidencial a las turbas. En el momento en que yo salía una partida de hambrientos invadió las despensas y están cargando con todo. Arrancan los arbustos y palmeras del jardín. Esa es la revolución: destruir todo lo que ha costado años y años crearlo.

—El señor Presidente quiere verlo, Capitán—le informó su segundo en el mando del escuadrón.

Entró.

Las palabras de Crespo produjeron estupor en los circunstantes. Durante unos cuantos segundos, guardaron silencio las personas que lo oyeron. Se retrataba en el semblante de todos la amenaza de un peligro que veían inminente. En ese instante sonaron unas cuantas detonaciones en el pueblo de Santiago de las Vegas, y Carlos Miguel preguntó:

—¿Dónde está la guarnición de aquí?

Nadie le respondió, pero se produjo un movimiento de retroceso hacia la parte posterior de los edificios principales de la finca. Benigno González, Panchito Camps, Enrique Machado y otros alejáronse hacia el fondo, y no volví a verlos más.

Sonó el teléfono y acudió Llaneras.

—Señor Presidente, del Campo de Aviación.

El general Machado se puso el receptor en el oído.

—.....

—¿Uno nada más?

—.....

—Necesito dos, por lo menos, de doce pasajeros cada uno.

—.....

—¿Seis asientos?

—.....

—No es eso lo convenido. Ferrara me

DIARIO SECRETO DE UN INTIMO AMIIGO DE MACHADO

informó que eran dos los aviones que puso el Embajador a mi disposición.

—.....

—Bueno: está bien.

Colgó el receptor con evidente gesto de contrariedad y permaneció un momento pensativo. Inmediatamente llamó a Molinet, Averhoff y ''Pepito'' Izquierdo. Sostuvo una conversación, en voz baja, con ellos, que duró unos dos minutos. Cuantos overon sus palabras en el Campo de Aviación y presenciaron el aparte con las personas citadas se dieron cuenta de que sólo había a disposición del fugitivo un aparato de seis pasajeros y que los preferidos para ocupar asientos en él, eran ''Pepito'', Averhoff y Molinet.

Esto produjo una reacción de disgusto en los presentes, un largo silencio doloroso, un gran desaliento.

Pronto se corrió entre todos la noticia, y no pocos optaron por abandonar subrepticiamente la casa. Unos, como Benigno González, se dirigieron al fondo de la finca. Otros subieron a sus automóviles y regresaron por el mismo camino que habían ido. Ainciarte caminaba de un lado a otro con pasos y gestos nerviosísimos, mordiéndose las uñas y quitándose frecuentemente la gorra para volver a ponérsela sin finalidad alguna. ''Colinche'' estaba de espalda a la vitrola y miraba el espectáculo con una profundidad mayor de la arruga que le parte en dos la frente. Wifredo le daba vueltas al sombrero que tenía en las manos.

Un gran silencio penoso los conturbaba a todos.

◇

El centinela le dió el alto a una patrulla de soldados. Llegaba por la entrada principal. Integrábanla un teniente, un sargento y varios alistados.

—Queremos ver al jefe del escuadrón —dijo el oficial.

Se encaminaron al cuartel. Le salió el capitán Crespo, seguido de quince o veinte soldados.

—Capitán—dijo el teniente—: de orden del Estado Mayor que se incorpore inmediatamente, con el escuadrón, al Castillo de Atarés.

—Nosotros no nos incorporamos a ninguna parte ni nos moveremos de aquí mientras el Presidente no nos lo ordene.

Hubo una vacilación. Duró cuatro o cinco segundos. Seguidamente produjose un murmullo entre los soldados, hasta que uno de éstos se adelantó y dijo vacilantemente:

—Nosotros somos militares, Capitán, y debemos obedecer las órdenes del Estado Mayor.

—Sí, nosotros no somos más que militares. El Estado Mayor nos manda que nos incorporemos y estamos dispuestos a cumplir esas órdenes—dijeron casi todos los hombres de tropa.

—Obedezcan ustedes, si quieren — respondió Crespo—y, dirigiéndose a su segundo, añadió: —Teniente, tome el mando.

El oficial obedeció instantáneamente:

—A formar—mandó—. ¡Alineación izquierda! ¡Frente! Escuadroooón, cuatro derecha. De frente, ¡marchen! Al trote, ¡marchen!

Y la guardia personal que protegía la vida del Dictador y sus amigos abandonó la finca ''Nenita''. Crespo siguió detrás del último caballo y, con la cabeza baja y un chucho en la mano derecha, se incorporó al grupo de magnates que había visto, con pavor, el desfile de los soldados.

Desde este momento hasta el minuto de abandonar la casa veraniega del hombre que mandó en Cuba durante ocho años, todo fué confusión, carreras, ansiedad, despliegue de iniciativas y de proyectos para defenderse, reaccionar, comunicarse con el coronel Castillo en Columbia, con la Embajada Americana y con los centros superiores del Ejército. Se inició la fuga en una proporción mayor que la que había regulado el propósito de salvarse cada uno como podía.

Manteníanse firmes, sin embargo, Bebito Echarte, Wifredo, Ainciarte, Carlos Miguel de Céspedes, coronel Machado, capitán Crespo, ''Salvadorcito'' Guedes y otros poquitos, muy poquitos. No llegaban a veinte.

Se sirvió el almuerzo y casi nadie se sentó a ella. Machado sí lo hizo, pero no comió nada. Su preocupación eran ''Pepito'', Molinet, Averhoff, ''Salvadorcito'' Guedes.

Mientras ésto sucedía, el criado personal del Presidente deslizábase hacia la salida de la finca con dos maletas y un maletín.

De la mesa, el grupo se dirigió a los automóviles e iniciamos el camino del Campo de Aviación. Frente a la salida ya había numerosos curiosos que nos miraron hostilmente. A lo leos, en el pueblo, escuchábanse detonaciones. Yo creía que eran cohetes. Más tarde supe que eran tiros, y que los habrían hecho sobre nosotros si hubiesen sospechado que nos fugábamos.

Ante la entrada de Rancho Boyeros unos cuantos amigos del Presidente lo saludaron quitándose los sombreros. El campo de aviación estaba poco concurrido. Atravesamos la sala de espera y nos detuvimos en el espacio que equivale a los andenes del ferrocarril.

El mismo hombre que había estado paseándose en los portales de la finca ''Nenita'' se acercó al Presidente y le dijo:

—Estamos listos, General. Cuando usted quiera.

Los motores del ''Sikorky'' estaban andando, y comenzaron las despedidas. Se vió inmediatamente que la mayoría de las personas que había acompañado al ex-Presidente hasta el campo de Aviación lo hizo con el decidido propósito de ser de los que tomara asiento en el avión.

''Pepito'' fué el primero en subir. Lo siguieron el doctor Molinet, Averhoff, ''Salvadorcito'' Guedes, capitán Vila y el ex-Presidente. Detrás fué a ocupar un puesto el capitán Crespo, y lo detuvo el piloto.

—No hay sitio para usted—le dijo.

—Pues yo voy—replicó descompuesto el Capitán.

—No puede ser.

Crespo se dirigió entonces al general Machado y le expuso:

—Estoy demasiado comprometido para quedarme. Vila o ''Salvadorcito'' Guedes no tienen nada que temer y usted debe ordenarle a uno de ellos que me ceda su puesto.

—Es cierto—murmuró el Presidente, y dirigiéndose a ''Salvardocito'' Guedes le mandó—. Quédate tú, Salvador.

—Estoy siempre a sus órdenes, Presi-

(Pasa a la Pág. 61.)

LA LLAVE

(Viene de la Pág. 57.)

tenía las joyas en su bolsillo. Sólo le faltaba salir y escaparse. ¡Ah!... ¡Salir de allí!... ¡Salir de allí!...

Esa era su obsesión. Y para salir, tenía que encontrar la llave.

Puesto que la llave no estaba sobre Levy, debía hallarse en alguna parte de la habitación. Kennedy volvió a empezar sus rebuscas; después, cansado al fin, corrió hacia la puerta y la sacudió con todas sus fuerzas. A puñetazos, trató de demoler las placas de acero que la protegían; pero la puerta no se movía.

Comenzó a sollozar. Lágrimas de rabia rodaban por sus mejillas. Se volvió y miró a su alrededor con ojos extraviados. Luego se precipitó de nuevo sobre el suelo, y en cuatro patas, reanudó su búsqueda en el piso, dando vueltas como un animal salvaje en una jaula, y repitiendo:

—Tengo que salir de aquí... tengo que salir de aquí.

Afuera, las barras de hierro que condenaban las ventanas lo convertían en un prisionero. Y la puerta—la puerta inmovible—no podía abrirse sin la llave.

Más allá de aquel horizonte estaban la seguridad, la riqueza, el lujo En aquel recinto fortificado no había más que locura y miedo a la muerte.

—Salir de aquí... salir de aquí...—murmuraba Kennedy sin cesar.

Pero la llave no aparecía.

Poco después, el ruido de un cristal roto atrajo la atención del empleado del ascensor. Luego se oyó la caída de un cuerpo pesado, y unos gritos ahogados. Todo estaba oscuro y silencioso. Cuando el empleado del ascensor se dió cuenta de que aquellas quejas ahogadas salían del apartamento de Levy, abrió la puerta contigua a aquel apartamento con una llave maestra.

Una voz débil gemía:

—Déjenme salir... déjenme salir...

El groom avisó en seguida a la policía. Los agentes policíacos trataron al principio de romper la puerta blindada a golpes de hacha. No lo lograron, y entonces utilizaron una lámpara de acetileno y quemaron la cerradura.

Cuando al fin pudieron penetrar en la tienda, se encontraron con un joven de ojos huraños, que se limpiaba las manos con un pañuelo y los miraba con estupor.

—Soy yo quien lo ha matado para robarle—dijo Kennedy.—Sáquenme de aquí; eso es todo lo que pido.

En la comisaría. le hicieron varias preguntas. El acusado no hizo más que repetir que buscaba una llave y no podía encontrarla. Lo condujeron al manicomio de Bellevue, pues no cesaba de hablar de la llave.

El detective Charles Kane entró en la oficina de su jefe, con una llave en la mano.

—He aquí el objeto—dijo.

—¿Dónde la ha encontrado usted?

—Oiga la explicación del asunto—prosiguió Kane plácidamente.— La primera vez que Kennedy tiró sobre Levy, no hizo blanco. Entonces Levy se tiró sobre su adversario. Parece que tenía la llave en la mano y en el transcurso de la lucha la dejó caer accidentalmente en uno de los bolsillos del saco de Kennedy.

—¿Entonces Kennedy tenía la llave en uno de sus bolsillos, durante todo el tiempo que pasó buscándola?—preguntó el comisario.

—Sí—contestó secamente el detective Kane—. Kennedy pasó el tiempo buscando la llave, sin saber que mientras tanto la tenía en uno de sus bolsillos.

JEAN HARLOW SE HA CASADO POR TERCERA VEZ

(Viene de la página 9.)

con entusiasmo, tiene la estampa carcomida de un viejo, junto a los veintitrés años radiosos y fulgurantes de Jean Harlow.

Y eso da qué pensar. ¿Se trata de un pliegue mental de la estrella? ¿Es una terca persistencia por rondar el peligro y la emoción? ¿O es simplemente en Jean Harlow una actitud paleontológica y un áspero deseo de meter plesiosaurios en su tálamo triste?

Por lo pronto, llevada por una urgencia sospechosa, para callar la boca de los maldicientes, Jean Harlow lo ha dicho:

—Harold no es un Apolo. Comprendo que es de una fealdad dramática. Está un poco viejo. Pero encontré en mi fotógrafo un amigo, un verdadero amigo, tierno delicado, leal, amante.

Y con un suspiro de colegiala divertida y emocionada: —Es el esposo modelo.

Sabéis, seguramente, cómo se efectuó esta tercera boda de Jean Harlow. Conoció a Harold G. Rosson, cuando éste la fotografiaba en su última película. Le plació su cara de una fealdad superlativa, su aspecto de buey marchito, la parsimonia que ponía en chupar una pastilla de swin gum, su traje desgraciado, la opacidad de su persona. No sé si se enamoraron. Pero ambos saltaron en un avión y fueron hasta Yuma, un risueño pueblecillo de Arizona, a casarse. Eran las cuatro de la mañana cuando se unieron en matrimonio y en seguida partieron en aeroplano hacia Hollywood.

Cuando abandonaron el avión, Jean Harlow parecía más clara, más diáfana. Avivó el rojo violento de sus labios con un gesto pilluelo. Y tras su gracia dorada, en su rastro de suavidad y de hechizo, siguió el tercer esposo, atónito, espeso, titubeante, los ojos muertos sobre el suelo, remolcando con destreza una maleta.

Y acaso ya, con su mano crispada, acariciaba en el bolsillo, la pistola de Paul Bern.

LA TRISTEZA DE...

(Viene de la Pág. 5.)

estaban en 1917. El jardín, en donde jugaba el heredero del trono, al que jamás descendían ni el tsar ni la tsarina. Las caballerizas. El huracán revolucionario barrió todos los personajes de este Versalles ruso, como el huracán de 1779 arrasó con los muñecos imperiales de Francia. Todos desaparecieron, unos en la muerte, otros en el exilio, en donde van muriendo poco a poco, de miseria o de tristeza. Pero no. Oudard nos cuenta que un personaje queda aún, uno solo, en medio de este palacio gigantesco y triste: el jardinero. Es el mismo jardinero que cuidó los parterres y las platabandas en tiempos del Imperio!

Está viejo, encorvado, medio sordo, pero recio aún, pero sanguíneo. En el silencio impresionante del jardín vacío las palabras del viejo servidor caen lentamente, como gotas amargas, como lágrimas.

—¿Qué quiere usted que le diga, señor? Yo entiendo poco de esas cosas de política. Mejor dicho, no entiendo nada. ¿El? Era buen esposo, buen padre... ¡Pobre tsar!

Eso es todo.

El sudario de tristeza de Tsarscoie-Selo envuelve las piedras y los objetos del palacio. Un palacio de cuento romántico en cuyo regazo comienzan a dormirse los recuerdos. Unos recuerdos que dentro de poco no serán sino vagas sombras grises en un fondo gris.

¡Proteja su niño contra la PIORREA!

Él le estará agradecido dentro de 10, 20 o 30 años.

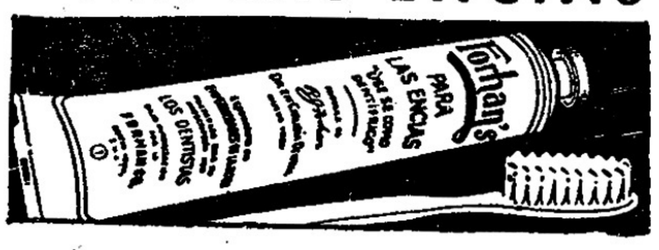
LA terrible enfermedad de la boca, la piorrea, es desagradable, insidiosa y a veces *invisible!* Tal vez de aquí a 10 o 20 años su hijo no sea el hombre saludable que Ud. se imagina que sea, pues puede ser una víctima de la piorrea, en 30 años puede que sea un fracasado y arruinado.

Ayude ahora a sus hijos para que en el futuro sean fuertes y robustos. Haga que ellos usen Forhan's para las Encías, por las mañanas y por las noches, pues no solamente mantendrán sus dientes limpios y blancos, sino que también evitarán la terrible piorrea.

Forhan's para las Encías, es tan fino, puro, delicado y suave que no puede dañar el más delicado esmalte del diente de su hijo más pequeño.

Forhan's para las Encías, elaborada según fórmula del Dr. R. J. Forhan, especialista en enfermedades de la boca, contiene el astringente Forhan, descubierto por el Dr. Forhan y usado por casi todos los dentistas del mundo en el tratamiento de la piorrea.

Forhan's FSa
PARA LAS ENCIAS



HIERRO QUEVENNE
ANEMIA
DEBILIDAD, FIEBRES
Activo, agradable, barato, inalterable.
Exigir el verdadero QUEVENNE.

VALDA
REMEDIO ANTISEPTICO
DE GRAN EFICACIA
SON LAS
Pastillas VALDA
PARA EVITAR Y CUIDAR
LA TOS, LOS RESFRIADOS,
AFECCIONES DE LA GARGANTA
recientes ó inveteradas, BRONQUITIS agudas
ó crônicas, CATARROS, GRIPPE, TRANCAZO, ASMA, etc.
PERO HAY QUE TENER ESPECIAL CUIDADO
de no EMPLEAR màs que
LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
PEDIRLAS, EXIGIRLAS
EN TODAS LAS FARMACIAS
EN CAJAS
con el nombre VALDA
en la tapa

FACETAS DE LA DICTADURA EN VENEZUELA

(Viene de la página 18.)

Caudillaje,—hijo sin padre reconocido—a los hijos de Madres desconocidas, complacientes de la lujuria almacenada del Peón de la Mulera; pero que su complacencia fué bastante motivo para que gozaran del privilegio de manejar la cosa pública y de confraternizar con una sociedad que se mordía los labios, sin poder protestar, ante el cretinismo de aquel Padre y ni tampoco del inmoral espectáculo.

La parentela de Juan Bisonte forma una legión de individuos que han tomado por asalto todos los puestos públicos, tales como Diputados, Presidentes de Estados, Ministros, etc., etc., robando miserablemente el tesoro nacional. La moralidad de la familia puede conocerse con sólo recordar el asesinato de que fué víctima su hermano Juancho, cuando plácidamente dormía en el mismo Palacio de Miraflores. Harto sabido es que el asesino no fué otro que el hijo del Bisonte, que llegó a sentir envidia y más tarde odio hacia aquel que creía su antagonista político.

Y todo este espectáculo de la "Causa" fué una daga afilada que fué a clavarse en las cenizas del Héroe máximo...

Navegando sobre las olas turbias de un mar en perpetua tempestad, soportando los vaivenes, recibiendo en su velamen el golpe fortísimo de los vientos que traen envueltos ayes lastimeros de dolor y las lluvias torrenciales de lágrimas vertidas por las víctimas; manejada por un timonel que se complace en mirar las olas de sangre que baten sobre los costados; sin una ruta a seguir que la lleve a otras aguas más tranquilas, ha ido la barca de la República, año tras año, hasta llegar a este de 1933. El 19 de Diciembre del mismo se cumplen 25 años de un navegar sin tino; 25 años en que el mismo timonel sigue aferrado al timón haciendo juegos malabares con él, complaciéndose en llevar la barca por sobre olas de sangre, y haciendo cada día que crezca más aún el odio de los que le combaten y sólo viven para darle alientos a la Revolución que, cuando explote, será una guerra sin cuartel, una guerra a muerte; pero él no se inmuta, tal parece que a su cerebro atrofiado le complace el coqueteo sangriento...

Veinte y cinco años, Bodas de Sangre con el Tiranicidio; veinte y cinco años en consorcio con la maldad y con el crimen.

Nos parece estar contemplando los festejos en honor del Caudillo que vistiendo su militar uniforme se pavoneará entre sus adoradores entre una trompetería de notas sin sentido. Nos parece oir el coro de aduladores improvisando discursos para conmemorar el siniestro aniversario.

Juan Vicente Gómez, al borde de los 80 años se mantiene firme a los 25 años de su mandato, dispuesto a continuar por todo el tiempo que su Naturaleza le permita. Es como un desafío a la Oposición que duerme tranquila esperando quizás su muerte, para ver libre a Venezuela de sus garras. Vergüenza sin nombre la de un pueblo que ha aguantado a un hombre de la calaña del Bisonte durante un cuarto de siglo sin derribarlo; vergüenza para una Oposición que espera su muerte para poder respirar a sus anchas.

En este diecinueve de Diciembre en que Juan Vicente celebra, satisfecho, su consorcio con el crimen, los venezolanos todos debemos unirnos para tratar de disculpar el baldón que sobre nosotros lanza la América; debemos hacer un juramento sagrado: **'No dejar que haga la Naturaleza lo que deben hacer nuestras manos."** Juan Vicente Gómez no debe morir, debe **ser muerto.** El no se merece la augusta majestad de Miraflores para recibir la muerte producto de sus largos años de existencia, sino la calle, para allí recibir la cuchillada reivindicadora del pueblo. Tampoco se merecen los desterrados por espacio de un cuarto de siglo, que se escape mecido por una muerte tranquila, sin que sus manos aprisionen su cuello hasta dejarlo sin respiración, para cobrarle así los tantos años que llevan sin hogar y sin patria.

¡No! Juan Vicente Gómez debe morir en una hoguera qu ha de instalarse en la Plaza Bolívar entre el bullicio de un pueblo que vitorée su caída.

¡¡Venezolanos del destierro, únanse todos; unámonos todos y juremos este 19 de Diciembre,—conmemorativo de las Bodas de Sangre—, que Juan Vicente Gómez 'NO HA DE MORIR, SINO QUE HA DE SER MUERTO!!"

¡¡NO DEJEMOS QUE HAGA LA NATURALEZA LO QUE DEBEN HACER NUESTRAS MANOS!!

STALIN EN ACCION

(Viene de la Pág. 17.)

¿Son siempre adecuados los procedimientos? Nadie se atrevería a afirmarlo. Se aproximan tanto a la perfección como lo permite el pensamiento colectivo de millares de hombres capaces, interpretando y combinando la voluntad de millones más, son más perfectos de lo que ningún hábil dirigente individual pudiera concebir. Si a veces parecen demasiado costosos en vidas y sufrimientos humanos, no se experimenta la sensación de un sacrificio inútil, sino que más bien esos hombres juzgan que las pérdidas y ganancias serán juzgadas por la Historia. En cuanto a Stalin, uno experimenta la sensación de que usa el material humano con cuidadosa consideración hacia sus posibilidades y deseos, con simpatía, pero sin emociones.

En la Unión Soviética hace mucho tiempo que han dejado de hablar mucho de Trotsky, aún cuando en las discusiones se alude "a los puntos de vista trostkistas", pero, como una gran parte del mundo todavía establece un contraste entre Trotsky y Stalin, como dos grandes antagonistas personales, quizás convendría agregar lo siguiente:

Entre los muchos puntos en que los dos difieren, el que más interesa al mundo es la opinión de Trotsky de que un solo país como Rusia no podía por sí mismo formar un nuevo sistema económico-social, sino que tenía que esperar y alentar revoluciones en otros países más adelantados; pero el Comité Ejecutivo Central del Partido Comunista—no fué Stalin solo—interpretando las demandas de millones de obreros y campesinos, decidieron "despertar" su atrasado país agrícola, hacer que se bastara a sí mismo, socializarlo y fortalecerlo, como la mayor contribución que podía hacerse a la revolución que se necesitaba en el mundo. Trotsky se opuso a ellos primero por medios legales, y después por otros ilegales, y fué al fin exilado.

Aparte del conflicto de opiniones entre Trotsky y Stalin, había una significativa diferencia personal entre ellos, que ilumina la Unión Soviética de hoy. Trotsky arrastraba las grandes masas con su magnetismo personal; podía hacer que lo aplaudiera un auditorio de enemigos; podía convencer a los hombres aún contra su voluntad. Según dicen los americanos, "se imponía". Nadie desea ésto ahora en la Unión Soviética. Siguen más bien al hombre que nunca parece imponer su voluntad o "'arrastrarlos", sino que aclara y fortalece la voluntad de millones, organizando, disciplinando y guiando.

Hace años conocí a Trosky y le escribí: "Miles de hombres morirían con entusiasmo por Trotsky y hasta por los errores de Trotsky."

Con Stalin uno no piensa en morir, sino en trabajar; algunas veces, por fortuna, con entusiasmo; siempre con perseverancia.

(Traducción del Dr. E. A. Félix).

PENSAMIENTOS

Los hombres son juguetes de las circunstancias, aunque éstas parezcan ser juguetes de aquéllos.

◇

Nunca es el hombre tan ridículo por las cualidades que tiene como por aquellas que finge tener.

◇

Generalmente se puede juzgar de un hombre, a primera vista, por el grado de importancia que se dá.

◇

Por lo común, se habla de los hombres mejor y peor de lo que merecen.

(Viene de la Pág. 58.)

dente, contestó el ex-representante, y dió su puesto al capitán Crespo.

Cerraron la portezuela. Le quitaron los calzos a las ruedas. Aceleraron los motores y el avión partió.

Las escenas que acabo de describir fueron más emocionantes de lo que soy capaz de dar una idea de ella. Mas, si se tiene en cuenta que allí, esperando ser de los que debían ir en el avión estaban, con los brazos cruzados, la decepción y la amargura pintadas en el semblante, Wifredo Fernández, el hombre que corrió primero que nadie junto al Presidente para ayudarlo a escapar con vida del Palacio Presidencial el día anterior; el capitán Rodríguez Batista, "Colinche", el fiel guardián durante 8 años, que le protegió de ser objeto de un atentado, y, finalmente, el brigadier Ainciarte, el jefe de la Policía, que cargó con la responsabilidad de la masacre del día siete de agosto, y amigos como Carlos Miguel, "Bebito" Echarte, Salvador Guedes y otros.

DIARIO SECRETO DE UN INTIMO AMIIGO DE MACHADO

Profundamente amargados, Wifredo, Colinche, Ainciarte y dos o tres más, emprendieron el regreso a la finca "Nenita" para deliberar lo que deberían hacer; pero en la entrada, los esperaba una muchedumbre que los atacó, y corrieron, dispersos, en todas las direcciones.

Fué el último episodio de la fuga del Dictador hacia tierras propicias a vivir sus millones y a rumiar los gritos de su conciencia.

LA MECANOGRAFA

por
C. LANGTON CLARKE

—Yo dudo que usted pueda convenirme—dijo Eric Ransome, repantigándose en su asiento articulado y mirando a la frágil muchacha que estaba sentada frente a él, cerca del buró—. La encuentro demasiado joven. Yo necesito una mecanógrafa experta. Ya se han presentado cinco antes que usted y me he visto obligado a rechazarlas por el mismo motivo. Sin embargo, dos de ellas habían trabajado durante dos años con abogados.

—Pero yo no soy tan joven como usted se imagina—contestó la muchacha, con voz dulce y tímida.

Eric la examinó de la cabeza a los pies; alternativamente, revisó los sedosos bucles castaños, el talle esbelto que se adivinaba a través del vestido de seda blanca, el fresco rostro de cutis rosa y delicado, las piernas finas y armoniosas protegidas por unas medias casi transparentes. No se le podía reprochar nada: era una muchacha encantadora, de exquisitos gustos artísticos. Pero Eric Ransome, hombre de negocios antes que nada, no podía dar importancia a esas cosas.

—¿Qué edad tiene usted? ¿Dieciséis años?—preguntó con indulgencia.

—Voy a cumplir diecisiete en el próximo mes de marzo—contestó la muchacha.

El vió sus párpados temblar de una manera extraña y temió que se pusiera a llorar.

—¡Ah! ¿Ve usted que no me equivocaba mucho?—dijo Ransome—. Se lo repito, hija; yo necesito una mecanógrafa capaz de estenografiar con inteligencia y velocidad y de transcribir sin muchas faltas de ortografía en cada carta.

—Pero yo tengo la capacidad necesaria para cumplir bien mi trabajo—replicó la muchacha con una risa argentina que inspiró confianza al abogado—. ¿Quiere usted ponerme a prueba?

Con cierta indiferencia, Ransome le dió unas hojas de papel y comenzó a dictar el primer artículo que encontró.

—Más rápido—dijo la muchacha con impaciencia—. De ese modo no vamos a acabar nunca.

A medida que el hombre activaba la lectura, las manos flexibles y ágiles de la mecanógrafa volaban sobre las hojas. Cuando Ransome terminó, la muchacha se levantó y, acercándose a la máquina de escribir, la examinó un instante, con ojos conocedores. Después, prestamente, puso una hoja de papel y empezó a trabajar.

Durante cinco minutos, aquéllo fué un repiqueteo de acero continuo y rápido, comparable al que suele hacer un muchacho con una barilla sobre los barrotes de una reja. El hombre parecía admirado de tanta destreza; pero su admiración fué más grande cuando observó la hoja escrita y vió que no contenía el más mínimo error.

El texto estaba absolutamente correcto; no le faltaba ni un punto ni una coma.

—¡Ah, pero si usted es asombrosa!—exclamó con entusiasmo.

La muchacha sonrió modestamente cerrando los ojos.

—¿Está usted satisfecho?—preguntó ella con la misma voz dulce—. En cuanto al sueldo, no tema; yo no soy exigente.

Después citó una cantidad tan baja que Ransome se quedó estupefacto.

—¡Ah! ¿Por qué no vino usted más antes?—dijo él—. Desde hace tiempo yo buscaba una empleada como usted.

Y la contrató en el acto.

Se alegró mucho de la adquisición. Alicia Vickars no era solamente una secretaria ideal, sino que también daba muestras de una inteligencia demasiado notable para una muchacha de su edad.

Estaba dotada de una sorprendente facilidad de comprensión; y Ransome no tardó en acostumbrarse a discutir de asuntos de negocios con ella como lo hubiera podido hacer con un colega.

Una vez que estaba muy apurado, la encargó para que arreglara cierta negociación con el viejo Adam Tracey, el mejor de sus clientes, que administraba un banco privado, situado en la planta baja del inmueble donde Ransome ocupaba el primer piso. Y la muchacha desempeñó su cometido de una manera inmejorable.

—Usted tiene una empleada notabilísima—dijo el banquero a Eric Ransome la mañana siguiente, al encontrarlo al pie de la escalera. —Además, es muy linda—agregó con un gesto malicioso.

El joven abogado enrojeció ligeramente y se mordió los labios.

—Es verdad, ella es bonita, inteligente y esencialmente honrada—dijo acentuando sobre todo el último calificativo.

—¡Bah, bah!—protestó el otro, riendo—. No se ponga nervioso, mi querido Ransome. No tengo la intención de quitársela. Pero dígame: ¿cuándo será la boda?

Y, tocándole un hombro familiarmente, desapareció sin darle tiempo a contestar.

—¡Qué viejo tan imbécil!!—murmuró Eric Ransome subiendo hacia su gabinete.

Pero, diciendo eso, sintió que su corazón latía de una manera insólita, pues, en el fondo, se daba cuenta de que experimentaba cada día una afección más viva por la mecanógrafa.

Las palabras del viejo banquero lo habían dejado preocupado. La idea de que su preciosa secretaria lo abandonara por otra colocación más lucrativa o para casarse, lo torturaba. Bruscamente, su fisonomía se ensombreció.

Después de todo... ¿por qué no se casaría con ella él mismo? El era solo en el mundo y su posición económica bastante buena. Podía casarse con una muchacha pobre. Además, estaba locamente enamorado de su mecanógrafa. Nunca había encontrado una muchacha tan inteligente ni tan encantadora.

Abrió la puerta de su gabinete y entró. Alicia, siempre fresca y deliciosa, lo acogió con una sonrisa tímida.

En su rostro se adivina un poco de fatiga—dijo Ransome con voz inquieta—. Usted se acuesta muy tarde. ¿Cómo va esa novela?

—Me queda que hacer dos capítulos solamente—contestó la muchacha—. Ya tengo deseos de terminarla. No sabe usted lo que le agradezco que me haya permitido trabajar aquí por la noche.

—Sí, pero tenga cuidado—dijo Ransome con ternura.— Si llego a notar que ese trabajo la fatiga demasiado, le retiro el permiso en seguida. Varias veces he sentido la tentación de venir a sorprenderla mientras usted trabaja.

—No; yo sé que usted no cometerá esa imprudencia—contestó la muchacha con calma—. Usted es un hombre galante y no se atreverá a importunarme.

—¿Y continúa usted negándose a revelarme el nombre del autor?

Alicia sacudió la cabeza, riendo a carcajadas.

—Si usted me obliga a cometer semejante indiscreción, perderá toda la confianza que me inspira—respondió.

—¿Quiere usted que le diga lo que pienso?—dijo Eric Ransome amenazándola jovialmente con un dedo—. Pues bien, estoy convencido que el autor es usted y que me reserva la sorpresa de ofrecerme cualquier día un ejemplar dedicado.

Durante un instante, Alicia pareció a punto de hacerle una confesión, pero se retractó en seguida.

—Espere a que se publique—contestó ella.

Y se sentó a trabajar en la máquina.

Ransome estuvo todo el día silencioso y preocupado. Tenía una defensa complicada que presentar en la corte y tuvo que recurrir a toda su voluntad para repararla concienzudamente. Cuando la leyó ante el tribunal, estaba tan distraído que no veía ni a su cliente ni a los jueces, ni a los testigos, ni nada de todo lo que había en la sala. Su pensamiento vagaba únicamente en el apartamento amueblado donde se proponía instalar a Alicia Vickars, o mejor dicho, a Alicia Ransome, como ella se llamaría entonces.

Ese hermoso sueño lo encantó de tal modo que, encaminándose hacia su gabinete, se prometió realizarlo lo más pronto posible.

Pero, desde que empujó la puerta, se dió cuenta de que el gabinete estaba vacío.

La inquietud, la impaciencia, lo sumergieron en un estado de extremo enervamiento.

—¿De dónde viene usted?—preguntó con tono un poco seco, cuando la muchacha apareció al fin en el umbral.

—De abajo—contestó la mecanógrafa, que parecía muy contenta.— He necesitado algunos informes con respecto a la procuración Allan, y como usted no estaba aquí, fuí a pedírselos al señor Tracey. ¡Qué viejo tan amable! ¿Sabe usted que ha puesto en mis manos una soberbia ocasión de progresar? Imagínese usted que me ha propuesto emplearme como secretaria particular con doble sueldo del que gano aquí actualmente.

—¿Y usted aceptó?—preguntó el joven abogado con voz temblorosa.

—No—contestó la mecanógrafa dulcemente—. Le manifesté que no tenía la menor intención de dejarlo a usted.

Eric Ransome se lanzó hacia ella y le tomó las dos manos entre las suyas.

—Alicia...—balbuceó febrilmente—. Necesito una prueba más satisfactoria. Quiero que le conteste que no me abandonará jamás. Quiero que usted sea mi esposa.

Y, mientras miraba con ansiedad a la muchacha, volvió a ver cómo temblaban sus párpados extrañamente, igual que el día que se presentó en aquella oficina por primera vez. Ahora sabía jue aquel parpadeo era en ella un signo de gran emoción o de preocupación.

Casi en seguida, ella se echó hacia atrás. Y murmuró:

—Yo no sé qué respuesta darle, señor Ransome.

—Dígame que sí—insistió el joven abogado, cada vez más exigente—. Dígame que se decide a casarse conmigo.

—No se impaciente—replicó Alicia—. Deme tiempo para pensarlo. Mañana hablaremos de todo eso.

Y, descolgando su sombrero de la sombrerera, salió corriendo.

Eric Ransome regresó a su casa en un estado de exaltación indescriptible. Y se repetía incansablemente:

—Es la más deliciosa, la más encantadora, la mejor mujercita que podré encontrar.

Cuando Ransome llegó al día siguiente por la mañana a su oficina, se sorprendió al ver, frente a la puerta de la calle, un pequeño grupo de curiosos, algunos de los cuales aplastaban su nariz sobre los cristales del banco para ver lo que pasaba en el interior. Un policía que estaba en la puerta del edificio trató de interponerse cuando él quiso entrar; pero Ransome se identificó y el agente lo dejó pasar.

El joven abogado comenzaba ya a interrogar para saber la causa de aquel insólito agrupamiento, cuando el viejo Tracey, pálido y tembloroso, le cogió por un brazo y lo condujo casi a la fuerza a su oficina.

—Me han robado, Ransome—le dijo con una voz estrangulada.—Unos malhechores se introdujeron anoche en mi banco y han desvalijado mi caja de caudales donde había siete mil libras esterlinas en plata líquida y no sé cuantos paquetes de papel moneda.

Y ante la estupefacción de Ransome, continuó:

—Estoy arruinado, completamente arruinado... Venga para que se dé cuenta usted mismo.

Llevó al abogado hacia el fondo del banco, donde había una caja de caudales maciza.

El viejo Tracey era de opinión que, para que una caja de caudales estuviera al abrigo de todos los peligros, debería ser instalada en plena calle, o de lo contrario, lo mejor era situarla en un sitio donde se viera sin dificultad a través de los cristales de la fachada. Así, el gran armario de acero, en lugar de estar incrustado en la pared como se hace continuamente, estaba expuesto bien a la vista sobre el suelo, a unos dos pies del tabique del fondo.

Cuando el abogado se acercó, notó que la puerta estaba abierta y, mirando al interior, vió que una parte de la pared del fondo, que medía dieciocho pulgadas, por doce, había sido destruída.

—¡Qué audacia!—exclamó volviéndose hacia su viejo cliente-Pero, ¿cómo han podido introducirse aquí?

—Eso es precisamente lo que yo quisiera saber—declaró un hombre grueso, de ojos vivos, que acababa de levantarse, después de haber examinado minuciosamente un fragmento de metal oblongo, apoyado contra la pared—. Esta tarea no ha sido realizada en una sola noche. Han necesitado por lo menos cinco o seis noches.

(Viene de la página 63.)

¿Pero por dónde han penetrado en el banco?—preguntó Ransome al detective.

—Han cortado el cristal de una de las ventanas de atrás—contestó el detective—. Pero, ayer todavía, la ventana estaba intacta, según he podido comprobarlo. Sin embargo, eso es un ardid para despistarnos. Para romper esta caja de caudales han necesitado, indefectiblemente, varias noches enteras de trabajo. Somos demasiado viejos para dejarnos engañar tan fácilmente.

—¿Y la puerta de hierro que comunica con el vestíbulo?—sugirió el abogado.

—No ha sido tocada—contestó el detective, en tono breve.

Después, retrocediendo un paso, y protegiéndose los ojos con la mano, examinó durante un largo momento el techo que era de madera de encina y estaba dividido a intervalos regulares por gruesas vigas ennegrecidas.

Luego se volvió bruscamente al señor Tracey.

—¿Quién ocupa las oficinas de arriba?—le preguntó.

—El señor Ransome, que está aquí presente—respondió el banquero mirando con estupefacción.

—Pues bien, señor Ransome, yo soy, como ya lo sabrá usted, el inspector Brinks, de Scotland Yard—dijo el detective—. ¿Quiere usted llevarme a su oficina? Quiero convenecerme de ciertas cosas.

—Con mucho gusto—contestó Ransome.—Acompáñeme, señor.

Mientras subía la escalera, el ruido de la máquina de escribir llegó a sus oídos, y después, en tanto que una sonrisa de beatitud aparecía en sus labios, se puso a palpar suavemente, entre su pulgar y su índice, un precioso anillo de compromiso que tenía en el bolsillo.

—¿Hay otras personas en su oficina, además de usted?—se informó el detective.

—Nada más que la mecanógrafa que me sirve de secretaria—contestó el abogado.

—Realmente? Pues yo me atrevo a apostar que otra persona ha venido aquí durante la noche—replicó el inspector.

○

Cuando ellos penetraron en el gabinete, Alicia, que se había entretenido haciendo algunas copias, levantó la cabeza y les sonrió amablemente. Ransome le respondió de la misma manera; y el detective, casi sin mirarla, pasó en seguida a la pieza contigua, que era la oficina particular del abogado.

Después de haber avanzado hasta el fondo, el detective se inclinó, levantó una punta de la espesa alfombra que cubría casi toda la superficie del piso, y la echó hacia atrás.

—Es lo que yo pensaba—declaró.

Se bajó por segunda vez, levantó algunos mosaicos que estaban flojos y miró por el hueco que acababa de practicar.

Eric Ransome, se inclinó para observarlo, lo vió alargar el brazo, coger un pequeño aro de cobre y descubrir una trampa hábilmente oculta en el techo de encina.

LA MECANOGRAFA

La parte superior de la caja de caudales se hallaba precisamente debajo.

—Ya me había parecido notar también algunas huellas de sierra—dijo triunfalmente el detective.— Ahora veo claramente cuál ha sido su manejo.—Con ayuda de unas llaves falsas, el ladrón se introducía aquí todas las noches, se dejaba deslizar hacia abajo, por medio de una cuerda amarrada a este gancho y, provisto de una linterna eléctrica, registraba toda la caja. Le juro que es un tipo temible.

—En ese caso, ha tenido buena suerte, pues corría grandes peligros de ser sorprendido — dijo el abogado. La señorita Vickars, mi mecanógrafa, está aquí hasta muy tarde por las noches, ralizando en la máquina de escribir ciertos trabajos personales con mi autorización. ¡Pero esto es espantoso! Cuando pienso que ha podido ser asesinada la pobre muchacha...

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?— preguntó el detective, con marcada atención.—¿Ella ha trabajado aquí hasta muy tarde, por la noche? Entonces, es preciso que yo le hable. Indudablemente, podrá darme algunos datos esclarecedores.

Ransome lo cogió por un brazo.

—Sobre todo, le ruego que no la asuste —le recomendó—. Ella...

Iba ya a confesar que pensaba casarse con ella, pero se contuvo.

—Ella es excesivamente tímida — concluyó.

El inspector Brinks alzó vivamente los ojos sobre el joven y no le fué necesario escrutar mucho su semblante para comprender que estaba turbado.

—Está bien, está bien—dijo con indulgencia.— No se inquiete, señor. Yo no la asustaré.

—Alicia, tengo el gusto de presentarte al inspector Brinks, que desea hacerle algunas preguntas— explicó el abogado entrando en el gabinete donde trabajaba la mecanógrafa.

La muchacha levantó la cabeza y Ransome vió temblar sus párpados de la manera que ya conocía.

Volviéndose con inquietud hacia el detective, notó, con gran estupefacción, que éste tenía el rostro congestionado, la boca abierta y los ojos desorbitados. Estaba en la actitud de un hombre que no se apresta a saltar sobre un tipo peligroso.

Entonces, instantáneamente, un brazo frágil emergió de una manga de seda blanca y se extendió hacia el detective; el corto cañón de acero de un pequeño revólver apareció entre cinco dedos delgados; hubo una detonación, y mientras el detective, herido gravemente, se desplomaba en los brazos de Ransome, Alicia Vickars, ágil como una liebre, desapareció.

¡Horrorizado por el drama imprevisto y rápido que acababa de desarrollarse ante sus ojos, el abogado permaneció inmóvil, con el detective apoyado en sus brazos. No comprendía si estaba en presencia de una realidad o si todo aquello era un sueño.

—Me ha herido en plena clavícula—murmuró débilmente el detective.— Afortunadamente, pude bajarme a tiempo, de lo contrario, la bala me hubiera atravesado el corazón.

Después entró un policía y se detuvo perplejo ante los dos hombres, observando la cara pálida del detective, y la del abogado, más pálida todavía.

—¿Qué pasa?—preguntó—. La muchacha nos ha dicho que su jefe había matado al inspector...

A pesar de su extrema debilidad, el inspector Brinks lanzó una carcajada.

—¡La muchacha!—exclamó mirando al policía.— ¡Qué idiota es usted, amigo mío! ¿Sabe usted quién es esa muchacha? ¿No lo sabe? Pues bien, es Dick Masters... alias "Guiñaguiña". Es el bandido más astuto que existe en el Reino Unido. A no ser por el significativo temblor de sus párpados, yo no lo hubiera conocido bajo su enmascaramiento. Corra en seguida a dar órdenes para que lo persigan. Mi herida no ofrece peligro inmediato; el señor Ransome se encargará de mí.

Y mientras se alejaba el policía, el inspector, ayudado por Ransome, pudo acostarse sobre un canapé.

—¿Entonces, según dice usted, esa muchacha es un hombre?—preguntó el joven abogado.— ¿Tiene usted la seguridad de no equivocarse.

—Estoy completamente seguro de lo que digo—contestó el detective.— No existe la menor duda. Es tan cierto que se trata de "Guiña guiña" como que me llamo Brinks. Y usted no es la primera víctima de sus traperías.

El abogado escuchaba, con la boca abierta.

—Es un tipo de una perversidad inaudita—continuó el inspector.— Pertenece a una familia excelente, pero las malas compañías lo echaron a perder. Lo que engaña a todo el mundo, es precisamente su aspecto distinguido y su correctísima manera de expresarse. Pues ha recibido una magnífica educación. La prueba es que habla admirablemente cuatro o cinco idiomas y que—según me ha informado uno de sus camaradas—continúa perfeccionando sus estudios. Es un caso prodigioso, si tenemos en cuenta que no tiene veinte años todavía.

—¡Qué atrocidad!—dijo Ransome, cada vez más estupefacto.

—Y lo peor del asunto es que cuenta con varios compañeros tan temibles como él—prosiguió el inspector.—Si no lo hubiéramos desenmascarado a tiempo, usted hubiera sido su próxima víctima. Por lo tanto, señor Ransome, conténtese con lo que ha sucedido.

Pero el detective ignoraba el desastre que la falsa mecanógrafa había causado en el corazón de Ransome.

—No se preocupe, señor Ransome—concluyó el inspector.— A esta hora, ese malvado estará ya en manos de la policía. Y la cárcel lo guardará entre sus paredes por largo tiempo.

Pero en esto último se equivocaba el detective, pues "Guiñaguiña" no pudo ser atrapado.

EL CIELO ENVENENADO

(Viene de la Pág. 53.)

aire salubre, a la vez violento y suave, que nos bañó en su ola.

No sé cuánto tiempo permanecimos sin movernos atortolados, mudos.

Por fin, como en sueños, oí la voz de Challenger que gritaba:

—¡Hemos vuelto a las condiciones normales! ¡El mundo ha atravesado la zona venenosa! Pero de toda la humanidad, nosotros solos sobrevivimos.

◇

Aún creo vernos, sentados en las sillas, aspirando golosamente el aire, aquella brisa agradable y salvadora del sudoeste que agitaba la muselina de las cortinas y nos refrescaba las caras.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí sin movernos. Más tarde, no conseguíamos ponernos de acuerdo acerca de aquel punto. Estábamos aturdidos, desorientados, como pasmados. Todos, ante la muerte, habíamos hecho frente con valor; pero la espantable y súbita obligación de continuar viviendo después de la extinción de nuestra raza nos asestaba un golpe tremendo y que no sabíamos cómo resistir.

Sin embargo, poco a poco, el mecanismo físico volvió a reanudar su marcha; funcionaron la memoria y la voluntad, y las ideas se perfilaron y acusaron en los cerebros.

Con una ardiente, con una implacable lucidez percibimos las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, entre la existencia ya vivida y la que aún nos quedaba por vivir.

Con sentimiento de mudo horror, buscando los ojos de nuestros compañeros, mirábamos en ellos lo que ellos veían y leían en los nuestros.

Lejos de regocijarnos, nuestra inesperada suerte no nos producía el menor gozo y nos abismaba en una negra melancolía.

El misterioso océano del infinito había tragado cuanto amábamos, deseábamos y esperábamos. Éramos como los prisioneros de una isla desierta, sin amigos, sin esperanzas, sin deseo. Estábamos condenados, como los chacales, a rondar en torno de las sepulturas y habiendo tardado en morir, moríamos solos.

—¡Es terrible, Jorge, es terrible!—exclamaba la señora Challenger sollozando. —¡Ah! ¡Fuera preferible haber compartido la suerte común! ¿Por qué nos salvamos? Me parece que nosotros somos los muertos y que los demás viven.

Challenger, con los ojos entornados y teniendo en su mano la mano de su mujer, pensaba, meditaba. Había observado que siempre, en su inquietud, ella tendía los brazos hacia él como un niño los tiende hacia su madre.

—Sin llevar el fatalismo hasta no resistir—dijo—he reconocido que la más alta sabiduría consiste en no aceptar lo que es.

Hablaba lentamente, y estaba cargada de emoción su voz sonora.

—Yo no acepto—declaró Summerlee con firme acento.

—Que se conforme o no—declaró lord John—se me figura que poco importa. De buena o mala gana tiene usted que tomar las cosas tal como son. ¿Qué ventaja proporciona la aceptación o el rechazo? Nadie, que yo sepa, ha solicitado su permiso antes de los acontecimientos actuales. Que piense así o de otro modo, nada cambia.

—Sí, algo cambia, pues ésto o aquéllo puede engendrar la dicha o la desgracia —respondió Challenger pensativo, acariciando la mano de su mujer. Puede usted dejarse llevar por la corriente y sentir la paz del alma, o procurar vencer a la corriente y estrellarse contra un peñasco o agotar sus fuerzas. Ya que los hechos no dependen de nosotros, tomémolos como se presentan y no los mentemos más.

—Pero ¿en qué vamos a ocupar en lo sucesivo nuestra existencia y dedicar nuestra fuerza?— pregunté con un ademán de imploración hacia el firmamento azul y vacío. ¿Qué podré hacer yo? Ya no hay periódicos. Acabó mi carrera.

—Lo mismo que la mía—declaró lord John—. Ya no hay caza que matar ni guerra que emprender.

—Y que la mía. Ya los sabios huelgan —afirmó Summerlee.

—Ni la mía tampoco—añadió Challenger—pues la ciencia persiste y esta catástrofe va a plantearnos mil problemas de los más interesantes y de solución muy difícil.

Habíamos abierto todas las ventanas y recorríamos con la mirada la silenciosa inmovilidad del paisaje.

—Dejen que reflexione—continuó el profesor—. Ayer a las tres de la tarde, quizá algo después, el mundo penetró por entero en la zona infectada. En este momento son las nueve de la mañana. ¿A qué hora habrá salido de esa zona mefítica?

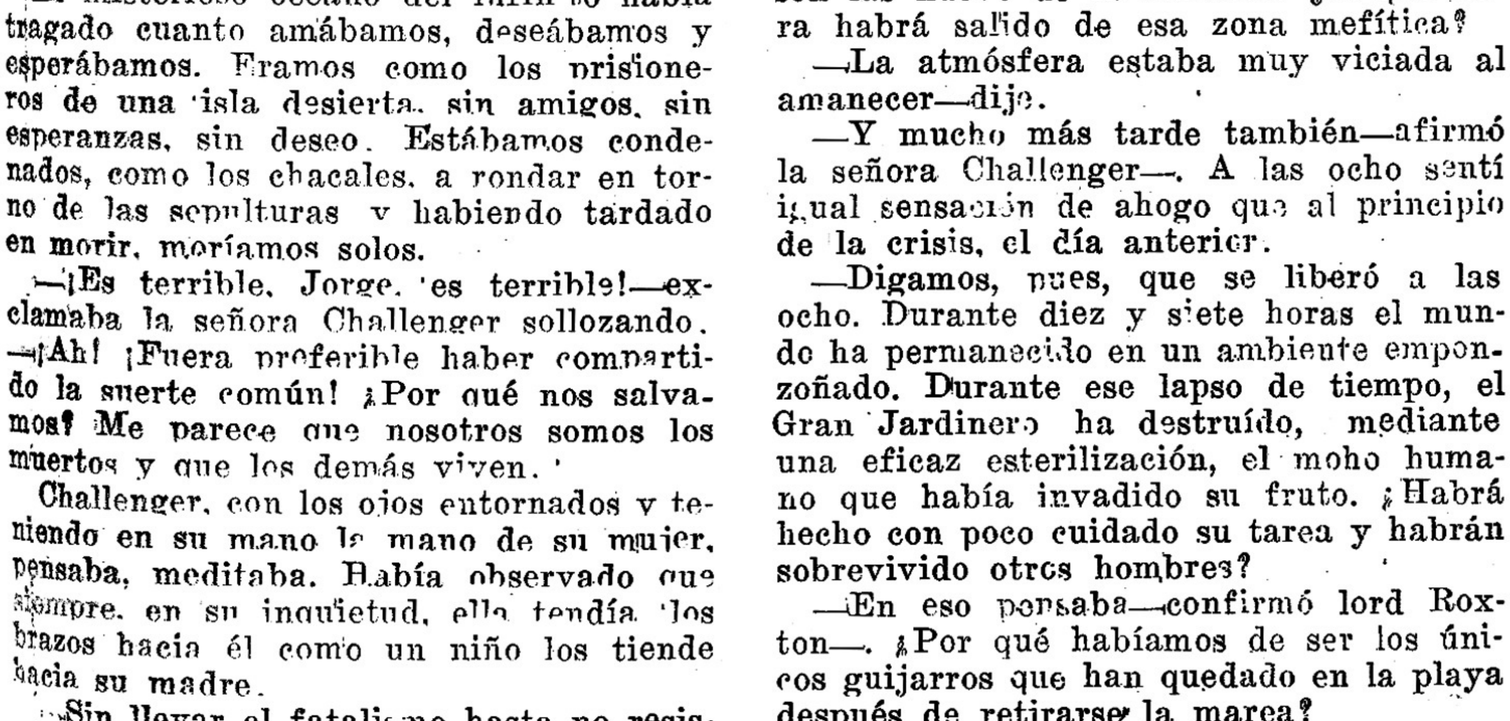
—La atmósfera estaba muy viciada al amanecer—dijo.

—Y mucho más tarde también—afirmó la señora Challenger—. A las ocho sentí igual sensación de ahogo que al principio de la crisis, el día anterior.

—Digamos, pues, que se liberó a las ocho. Durante diez y siete horas el mundo ha permanecido en un ambiente emponzoñado. Durante ese lapso de tiempo, el Gran Jardinero ha destruído, mediante una eficaz esterilización, el moho humano que había invadido su fruto. ¿Habrá hecho con poco cuidado su tarea y habrán sobrevivido otros hombres?

—En eso pensaba—confirmó lord Roxton—. ¿Por qué habíamos de ser los únicos guijarros que han quedado en la playa después de retirarse la marea?

(Continuará en el próximo número.)



Hagase Juvenilmente Hermosa Con Cera Mercolizada

Desde hace 25 años la Cera Mercolizada ha sido factor indispensable de belleza y juvenil apariencia del rostro y del cutis. Ensáyela para que se convenza, como se han convencido millones de mujeres, de sus poderosas cualidades embellecedoras. Basta aplicarse todas las noches Cera Mercolizada golpeándola suavemente sobre el rostro, cuello y brazos, como si fuera cold-cream ordinaria. Hace caer de manera insensible y en partículas diminutas la cutícula vieja, y gradualmente aparece un nuevo, hermoso y encantador cutis, más blanco, suave y terso, y completamente libre de imperfecciones. La Cera Mercolizada descubre la belleza oculta. **Para reducir rapidamente las arrugas y otros signos de vejez** use liberalmente esta loción astringente. 30 gramos de Saxolite en Polvo en ¼ de litro de extracto de hamamelis

AGRADECIDA HASTA LA MUERTE

Después de muerta, si hay otra vida, estaré agradecida al hermano Doubal; fué mi salvador por un Talismán que me dió, pues peligraba mi vida; hoy agradecida, publico este testimonio para que todos mis hermanos sepan dónde encuentran su salvación. Pues me saqué en la Lotería, este Sorteo 9.000 pesos; hoy agradecida publico este testimonio para que todos mis hermanos, puedan llegar a ser tan felices como lo soy yo. Recibe desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche y los domingos también.

A los del Interior también les manda informes gratis, por correo, mandando 5 sellos morados para gastos de franqueo. Y también manda informes a todas partes del mundo, por correo. Escríbale usted hoy mismo, no lo deje para mañana, que quizás le resulte tarde.

Dosinda TORRES.

MARIO DOUVAL

CRESPO, 27, BAJOS,

Entre Colón y Trocadero.—Habana.

Humorismo

EN LA ESCUELA

—¿Qué es lo que le dá al agua del mar ese sabor salado?

—Debe ser el bacalao.

EN LA EDAD DE PIEDRA

—Y sobre todo, joven, tenga cuidado para que no se roben una novela de los estantes.

UN DESCONFIADO

—Te participo, querido que he resuelto, cocinar yo misma desde hoy.

—Ahora me explico tus insistencias para que me hiciera un seguro de vida.

—¿Qué quiere decir esto, camarero? He encontrado un diente postizo en una de mis croquetas.

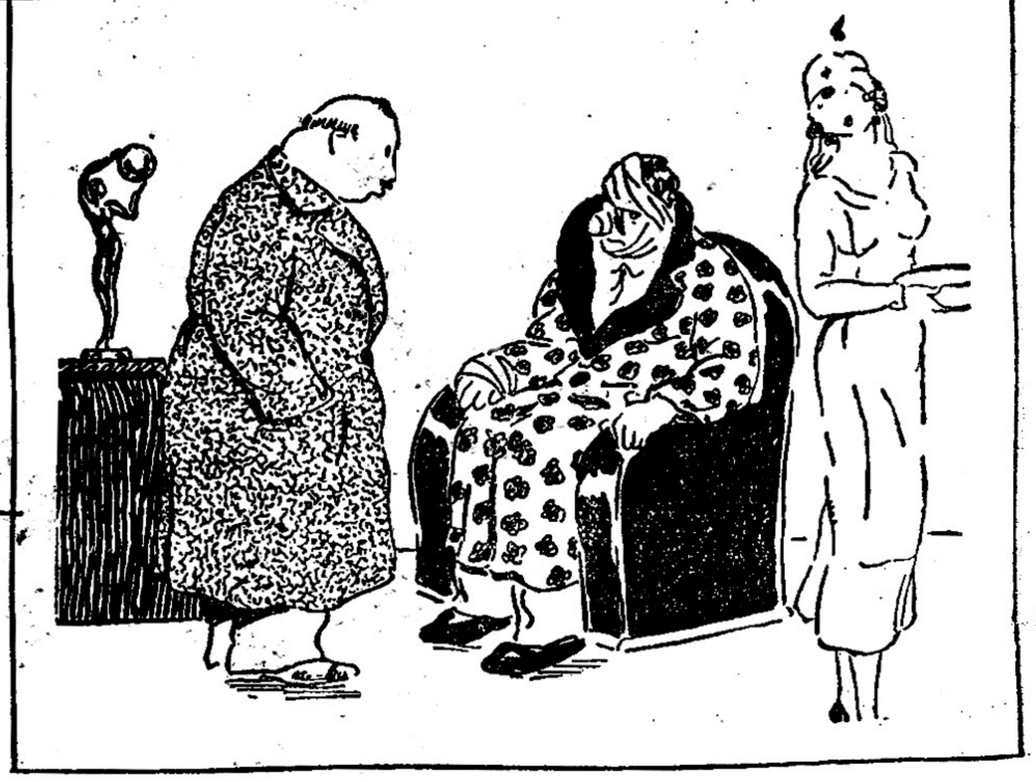
—Es porque la inglesa que dejó ayer la mitad de su biftec, tiene la dentadura postiza.

—Y sobre todo, trate usted de no faltarme al respeto. Yo soy extremadamente susceptible.

DE TODO CORAZON

Los amigos íntimos han venido a felicitar a los recién casados.

El nativo (al periodista).—No ha llegado usted oportunamente; todo está tranquilo. Desde hace ocho días, no hemos hecho otra revolución.



—Busca la manera de entretenerlo... Yo voy a casa del cerrajero a comprar un revólver.

—¿Ha sido usted víctima de un grave accidente?

—Algo de eso... He tenido una pequeña discusión con mi mujer.

25 AÑOS

DE ESFUERZOS Y SUPERACION CONSTANTE, HAN SERVIDO PARA CREAR UNA REPUTACION JAMAS SOÑADA

Bohemia

HA LOGRADO OBTENER EL MAS RESONANTE TRIUNFO EN EL AÑO QUE TERMINO

120.000 Ejemplares

DE UNA REVISTA ILUSTRADA, EN CUBA, DURANTE EL FATIDICO AÑO DE 1933, QUE LLENO DE MISERIA Y DESOLACION AL PUEBLO CUBANO, PRUEBAN QUE NUESTRO

Prestigio y Solidez

LEJOS DE AFECTARSE SE AGIGANTARON EN UNA PROPORCION NO SOSPECHADA POR LOS FUNDADORES DE "BOHEMIA EN EL AÑO 1908.

LA REVISTA CUBANA ILUSTRADA, DE 10¢. DE MAYOR CIRCULACION

¿Quién debe decidir cual es la Mejor Cerveza Cubana?..

La opinión de los Expertos?...
No. La preferencia del público?...
Tal vez. Pero cuando ambos, el público y los expertos coinciden, la respuesta es clara e incuestionable. Por eso decimos sin miedo a las contradicciones: La Cerveza Tropical es la Mejor Cerveza Cubana.

Agencia Científica de Publicidad